



Pilar Pascual de Sanjuán

Escenas de familia
Continuación de «Flora»

Índice

Continuación de «Flora»

Libro de lectura en prosa y verso para niños y niñas

- I -

Leer y escribir

- II -

El libro de los Reyes

- III -

La muñeca de Blanca

- IV -

El reloj y el calendario

- V -

Bellezas de la primavera

- VI -

Molestias del verano

- VII -

Riqueza del otoño

- VIII -
Placeres del invierno
- IX -
Esponjas, coral y perlas
- X -
El agua
- XI -
El ojo. Seres microscópicos
- XII -
Los gigantes de la naturaleza
- XIII -
Lo dulce y lo salado
- XIV -
La miel y la cera
- XV -
El jardín encantado
- XVI -
Excelencia del trabajo
- XVII -
Las carreras
- XVIII -
La misión de la mujer
- XIX -
La marina. La brújula
- XX -
El pájaro de Enrique
- XXI -
Edades del hombre. La familia
- XXII -
Artistas y artesanos
- XXIII -
El alma humana
- XXIV -
Pena y gloria
- XXV -
La niña muda
- XXVI -
Doce años después

- I -
Leer y escribir

En paz y armonía vivían Flora Burgos, mujer de talento y de corazón,
exquisitamente educada, y su esposo, sujeto que valía tanto como ella.

Concedioles el cielo la dicha de reunir en su hogar cuatro hijos sanos, graciosos, dotados de buenos sentimientos, clara inteligencia y constante aplicación al estudio y al trabajo.

Al empezar nuestra relación el mayor de los niños, llamado Basilio, tenía 12 años; el segundo, que se llamaba Jacinto, 10; seguía Blanca, la única niña, que -6- apenas contaba 7 y el menor era Enrique, objeto constante de las atenciones y cuidados de su hermanita; que se complacía en enseñarle y corregirle a imitación de lo que su madre hacía con ella. Ya deben suponer mis jóvenes lectores que los niños mayorcitos leían, escribían correctamente y sabían suficiente Aritmética para tomar la cuenta a la criada cuando las ocupaciones de otro género no permitían a la buena madre desempeñar este cometido. En cuanto a la niña, que supongo será la que más interese a las lectoras y la que les inspiro mayor grado, de simpatía, apenas hacía un año que sabía leer; y respecto a la escritura se ensayaba en los primeros ejercicios, que trazaba en una pizarrita. Cierta noche, se hallaban reunidos los individuos de esta interesante familia, agradablemente entretenidos, ocupándose cada cual en aquello que le permitían su aptitud o sus conocimientos.

El padre escribía, los niños mayores resolvían los problemas de Aritmética que debían presentar al profesor al día siguiente, la madre hacía calceta, y Blanca, deseosa de imitar a su padre y hermanos, tomó su pizarra y su pizarrín, y empezó a trazar líneas directas e inversas, con bastante limpieza y soltura, si se tiene en cuenta su corta edad y el poco tiempo que llevaba empleado en aprender este difícil utilísimo arte.

Enrique se entretenía en formar sus soldados de plomo.

-Papá, dijo de repente el pequeñuelo, dando un cachete a su milicia y derribando la mayor parte de ella, yo me canso de jugar solo; dígame usted a éstos que jueguen conmigo.

-¿No ves que están ocupados?, respondió el padre.

-Pues que me den papel y pluma que escribiré como ellos.

Basilio, para que los dejase en paz, le alargó una -7- cuartilla de papel y una pluma; pero el niño cubrió pronto de rayas y borrones el blanco papel que le habían entregado.

-Vamos, no sé escribir, dijo Enrique soltando la pluma. ¿Quién enseña a escribir?, preguntó a su padre.

La niña, riendo cándidamente le contestó:

-¡Qué tonto eres! Los maestros lo enseñan todo.

-Suspendió el padre su ocupación, y dirigiéndose a su vez a Blanca le dijo:

-Bien has contestado, pero no tanto como tú crees. Yo te pregunto, pues: Y a tus maestros, ¿quién los ha enseñado?

-¡Toma! Los suyos.

-¿Y a los suyos?

-Yo creo que siempre ha habido maestros.

-Los maestros, querida mía, con paciencia y bondad dignas de todo elogio, y valiéndose de ciertos métodos y procedimientos que han estudiado, enseñan lo que ellos han aprendido; pero ellos no han inventado la escritura, arte interesante, sin el cual nos sería muy difícil adquirir los útiles conocimientos, que forman como si dijésemos la vida intelectual del individuo.

-¿Quién ha inventado, pues, la escritura?, preguntó Jacinto.

Jeroglífico

-Mucho se ha discutido acerca de esto, pero el origen de este precioso arte se pierde en la oscuridad de los tiempos. Antiguamente se usaban jeroglíficos, semejantes a los que con tanto placer descifráis hoy; pero, como comprenderás fácilmente, para significar, por ejemplo, un árbol, cosa que ahora hacemos con cinco letras, era necesario dibujar más o -8- menos correctamente el objeto, y aun este procedimiento era insuficiente para representar los seres abstractos, las ideas y los sentimientos.

-¿Qué son seres abstractos?, preguntó Blanca, a quien interesaba mucho la conversación.

-Te lo explicaré. Si yo estuviese en el campo y quisieras que te trajese un pajarito vivo ¿cómo me lo pedirías por medio de un jeroglífico?

La niña reflexionó un instante y contestó:

-Mire usted, si fuese un poco mayor me habrían enseñado a escribir signos, como ahora me enseñan a escribir letras...

-También son signos las letras, adelante.

-Pues bien, dibujaría una mano abierta en actitud de pedir y enfrente de la mano un pajarito.

-No está mal pensado. ¿Y cómo me manifestarías que estabas triste por mi ausencia y que deseabas mi regreso?

Volvió a quedarse Blanca pensativa, y al cabo respondió:

-No lo sé.

-Pues no lo sabes, dijo el padre, precisamente porque la tristeza y el deseo son cosas abstractas; esto es, que no son materiales, no afectan forma alguna y por eso es muy difícil hallar signos que directamente por representen.

En tiempos remotísimos, se escribía, pues, con jeroglíficos, y cuando no se había inventado el papel servían para este uso tablillas de madera, ladrillos y también láminas de marfil cubiertas con un baño de cera. Lo de los ladrillos es lo que más me choca, porque lo comprendo menos -dijo Basilio.

-Es de suponer -continuó el padre- que mientras los tales ladrillos o losas estaban blandos, se grabaría en ellos con algún instrumento cortante lo que se quisiese dejar escrito, y que al secarse al sol a cocerse en el horno, conservarían en su superficie, los símbolos o caracteres. Las tablillas las pintaban con albayalde, sobre el cual trazaban los signos con un punzón o estilo y aparecía la madera.

Ladrillo caldeo con caracteres cuneiformes

-Ahora comprendo perfectamente lo de la cera, pero me parece que les costaría muy caro a los señores..., ¿quién era quien escribía de esa manera?

-Los romanos, hijo mío.

-Pues costaría muy caro a los señores romanos esa clase de papel.

-Has de suponer; lo primero, que entonces no escribía todo el mundo como ahora; y después, que los cónsules y patricios romanos, que tenían

instrucción para ello, tampoco arrojarían la tablilla de marfil como antes tú con el papel que te sirve para los borradores de tus problemas y apuntes; sino que los estilos de que he hablado, muy finos por un extremo, eran anchos pulimentados por el opuesto, a fin de poder con ellos borrar lo que se había, escrito, ya se tratase de corregirlo, ya de dejar la cera tersa e igual para poder volver a escribir en ella.

En cuanto a los egipcios, se valían de papiro que es una planta parecida a los juncos, la cual debajo de su corteza verde tiene películas muy blancas y sumamente finas, siendo de notar que las más internas o más inmediatas al tronco son también las más suaves y flexibles. Después de desarrollarlas, las estiraban, las prensaban, las pegaban unas con otras para dar más -9- consistencia a esa especie de tela, y pulimentándola para quitarle sus naturales asperezas, la sumergían después en aceite de cedro para que resistiese a la acción de la humedad y de los insectos; y sobre este papiro escribían en jeroglíficos interesantes historias de reyes, asuntos religiosos y otras cosas de menor importancia, existiendo aun hoy alguno de estos escritos que cuenta más de 3000 años de antigüedad.

Papiro

Enrique había estado escuchando pacientemente esta larga conversación, hasta que viendo que no se le atendía exclamó:

-Sí, pero nadie juega conmigo, ni me dan con qué escribir, ni me hacen caso.

-No les hagas tú a ellos, déjalos estar, mamá te quiere mucho, dijo Flora doblando su calceta y sentando al hijo menor sobre sus rodillas.

Él la besó repetidas veces, después apoyó la cabecita en su seno pocos minutos, más tardé dormía en el regazo materno.

El padre agradeció con una sonrisa a su compañera el haberle librado de las interrupciones de Enrique, y continuó de esta manera:

-También las pieles de animales adelgazadas, curtidas y suavizadas, se usaron desde tiempos muy remotos para escribir en ellas; pergamino se llama a la piel así preparada, nombre que viene de Pérgamo, capital de un pequeño estado cuyo rey Atalo 2.º, que existió dos siglos antes de la venida de Jesucristo, protegió esta fabricación, en términos que, facilitando la materia que debía servir para la escritura, dispensó también su protección a este maravilloso arte, y la biblioteca de este rey fue famosa por el número de escritos que contenía.

-¿Todos hechos a mano?, preguntó Basilio.

-Por supuesto, ya que el arte de imprimir no se inventó hasta siete siglos después, o sea en el quinto de la era cristiana.

-Ha dicho usted que el pergamino se hace de pieles de animales, pero ¿de qué clase de animales?, preguntó Blanca.

-Generalmente, respondió el padre, de cabras y carneros. Hasta la invención del papel, se escribieron en pergamino las leyes, los decretos y hasta las cartas participares, y como por lo recio y por su falta de flexibilidad no era susceptible de doblarse como el papel, se arrollaba y sellaba de modo que no pudiera abrirse sin romper el sello, siempre que el contenido del escrito era muy interesante o convenía quedase reservado.

-Yo he visto libros con cubiertas de pergamino, dijo la niña.

-12-

-Fácil es, porque todavía existen muchos volúmenes antiguos con esta encuadernación, pero hay otra clase muy superior, que aventaja al papel en finura y consistencia, llamada vitela, la cual se emplea para los títulos académicos y otros documentos de suma importancia.

-Eso no lo he visto yo, respondió Blanca.

-Yo sí, dijo Jacinto, es muy delgado y muy fuerte, y ¿de qué clase de piel se hace?

-Las vitelas se fabrican de la piel de los cabritos y corderillos que nacen muertos, por ser más suave y flexible que la de los demás.

- Y el papel, ¿quién lo inventó, cuándo, y de qué se hace?, preguntó Blanca.

-Los chinos y japoneses lo fabricaban de las cortezas de ciertos árboles, de filamentos de plantas, como la paja de arroz y la caña de bambú, etc.; y los árabes aprendieron de ellos y hacían papel de algodón, es decir, no de trapos de algodón, como se hace en el día, sino de esta materia en rama, lo cual era causa de que fuese menos consistente. Cuando, a principios, del siglo octavo, después de la famosa batalla de Guadalete se apoderaron de España, importaron a Europa aquella industria; la cual se ha ido perfeccionando. Hoy se emplean para la fabricación de papel los trapos viejos, que se muelen y reducen a pasta, formando después con ella hojas más o menos sutiles, ya pintadas de bellísimos colores, ya satinadas, ya de un blanco hermosísimo con cantos dorados. Sus aplicaciones son innumerables: con papel se envuelve desde el arroz y los fideos hasta los cortes de vestido de las señoras, en papel se imprime, en papel se escribe y dibuja, con él se forman preciosas calas y estuches, se forran paredes, se fabrican cuellos y puños y, dándole mayor grueso y consistencia, se hacen, con el llamado cartón piedra, molduras para adornar los techos y paredes de los salones, -13- figuras y hasta imágenes que imitan, perfectamente a las de mármol y otras piedras, mesitas, rinconeras y otra infinidad de objetos.

-Todo eso es muy bonito, papá -dijo Basilio-, pero lo principal es que tengamos papel para escribir. No sería poco enojoso tener que andar con las tablillas de madera o de marfil, o con el delicado y carísimo papiro, para aprender a escribir, para resolver los problemas de Aritmética y para comunicarnos con nuestros amigos. El pergamino pase, pero se necesitaría mucho, y creo que llegaría a escasear.

-Es evidente, respondió el padre, que no nacerían suficientes reses ni habría en el mundo pastos con que alimentarlas, si todo lo muchísimo que se escribe e imprime hoy en el mundo civilizado se hiciese sobre pergamino.

-Demos gracias a Dios, dijo Blanca, por haber nacido cuando ya se había inventado el papel, y además cuando en vez de jeroglíficos se usan letras, porque con aprender a distinguir y formar 28 signos, es fácil saber leer y escribir.

-Indudablemente, hija mía, la invención del alfabeto ha simplificado en gran manera la enseñanza de la lectura y escritura.

-¿Y quién lo inventó?

-No puede fijarse con precisión quién, ni cuándo.

-Los celtíberos usaban ya en sus monedas una escritura semejante a las letras alfabéticas. Los fenicios griegos y romanos también tenían escritura y fueron modificándola hasta formar esa preciosa clave conocida con el nombre de abecedario o alfabeto, en el cual están representados los sonidos puros, y todas las modificaciones de que son susceptibles para formar las infinitas voces de nuestro idioma y de algunos otros.

-¿Qué no se escribe en todo el mundo con las mismas letras?

-14-

-En todo el mundo, no; pero nuestro alfabeto es común a todos los pueblos del centro y mediodía de Europa y a muchos puntos de América.

-¿Y cómo está mejor dicho: abecedario o alfabeto?

-Abecedario es más español, porque viene de sus primeras letras a, b, c, d, pero los griegos llamaban alfa a su primera letra, beta a la segunda, etc. y así la palabra alfabeto es griega en su origen.

-¡Ay, papá mío, cuánto he molestado a usted esta noche! No le he dejado escribir. ¿Verdad?... Pero usted sabe tanto y nosotros tan poco, que por mi parte no me canso de preguntarle.

-Ese deseo de saber es muy laudable y produce excelentes resultados porque engendra el amor al estudio, preciosa cualidad, que será causa de que tu entendimiento se nutra con conocimientos útiles y tu corazón se forme según las máximas de la virtud.

El padre al decir estas palabras abrazó y besó a su hija y ella recogió su pizarra, preparándose para retirarse a su cuartito y entregarse al descanso.

- II -

El libro de los Reyes

Mis jóvenes lectores se estremecerán de placer al recordar las dulces emociones experimentadas todos los años la noche del 5 al 6 de enero. Los niños se acuestan tempranito y desean conciliar pronto el sueño y no despertar hasta la madrugada, hora feliz en que los Reyes han pasado ya y colocado en el balcón los dulces, juguetes y a veces cosas mas útiles; pero la propia emoción, la extraordinaria alegría son causa de que tarden más de lo regular en dormirse. Lo consiguen por fin, y sueñan con los Reyes, llega al cabo la deseada aurora, los pequeños se levantan aquel día antes que las demás personas de su familia, y en su impaciencia, quisieran abrir el balcón y salir a medio vestir para recoger los anhelados

juguetes... Se levanta la cariñosa madre, que con prudentes avisos ha evitado que los hijos se expongan a coger una pulmonía, abriga bien a los niños, abre un poquito el balcón y cada cual toma su -16- regalo y entra en la habitación saltando y gritando, arrebatado de purísimo e infantil regocijo.

-Así sucedió en casa de Blanca: Jacinto y Basilio dijeron que ya eran demasiado grandes, que los Reyes guardaban sus dádivas para los niños chiquitos, y así renunciaron filosóficamente a verse agasajados por tales personajes; no así Blanca y Enrique que pusieron en el balcón sendas bandejas, con la esperanza de encontrar en ellas alguna cosa buena, porque decía Blanca:

-Mi hermanito y yo somos pequeños todavía, y además somos buenos, porque hacemos todo cuanto nos mandan papá y mamá, de modo que los Reyes no podrán menos de querernos.

En efecto, al día siguiente, en el azafate de Blanca se encontró un precioso libro de cuentos con bonita encuadernación y muchos grabados, una lindísima muñeca sin vestir para que ella se entretuviese en hacerle los vestidos y una caja de excelente mazapán; y en el de Enrique había, amén de una regular cantidad de turrón, un tren de ferrocarril, compuesto de cinco cochecitos, que por medio de un resorte andaba solo por toda la casa.

La alegría de los niños no conoció límites durante algunos minutos, y se expresó con risas y palmadas; pero, calmado el primer ímpetu, Enrique dijo a su hermanita:

-Los Reyes te quieren más que a mí, Blanca.

-¿Por qué dices eso?, respondió ella.

-Porque te han traído tres cosas, y a mí dos solamente.

-Es natural, a mí me han traído una muñeca; a ti, el tren; a mí, dulces; a ti, también...

-¿Y el libro?

-A eso iba. A ti no te han traído libro porque no sabes leer.

-17-

-Bien, pero podían haberme traído otra cosa, una escopeta, por ejemplo.

-Eso serían dos juguetes, y a mí no me han traído más que uno. Los Reyes no quieren que juguemos siempre y ya verás como cuando sepas leer te traen uno o más libros.

-¿Qué saben ellos si sé leer o no?

-Lo mismo saben eso que si somos buenos o malos.

El niño calló y fue a enseñar su juguete y su golosina al padre, a los hermanos y a las criadas. La madre los haría visto al mismo tiempo que él, porque había salido con los niños al balcón a recogerlos.

Pasaron días, y Blanca no se cansaba de admirar los preciosos grabados del libro; pero una noche en que, reunida la familia, estaban como de costumbre entregados sus individuos al trabajo o a la lectura, Blanca dijo a su madre:

-¿Sabe usted, mamá, que me ha causado gran sorpresa una cosa que he visto?

-Y ¿qué cosa es ésa? Dila, hija mía, a ver si yo también me sorprendo.

-¿Ve usted este bonito libro?

-Sí, el que te trajeron los Reyes.

-Pues bien, mi amiga Juanita tiene uno enteramente igual, que le ha comprarlo su papá; pero tan igual, que los grabados son idénticos, las páginas concluyen con la misma palabra, donde el uno tiene letra mayúscula el otro también; de modo que al compararlos, si no hubiera sido porque el mío está completamente nuevo y el suyo un poquito deteriorado, no hubiésemos podido distinguirlos.

-Y ¿qué tiene eso de particular?, observó Flora.

-Tiene, que habiendo comprado el uno aquí, y habiendo traído el otro de...

¿ De dónde traen los regalos los Reyes?...

-De ninguna parte.

-18-

-¡Ah!, ¿no nos regalan? ¿Pues no decían ustedes que sí?

-Los Reyes bajan del cielo, y premian a los niños que lo merecen con recompensas de todas clases, pero como en el cielo no hay fábricas de juguetes, ni librerías, ni confiterías, es de suponer que lo comprarán aquí; por eso en los días que preceden a vuestra fiesta favorita se nota tal profusión de juguetes en todos los comercios, para que esos señores puedan escoger.

-¡Ah, ya! Pero, ¿cómo no encontramos nunca ningún rey comprando muñecas y cosas bonitas?

-Porque irán muy tarde, cuando ya duermen los niños.

-¿Y no se cerrarán las tiendas en toda la noche?

-Es probable que no.

-Con que los Reyes habrán comprado el libro aquí, lo mismo que el papá de Juanita.

-Y si no, mira la portada y verás dónde se venden.

-¿Qué es la portada?

-La primera página en que hay algo escrito.

-Es verdad: «Imprenta y librería de D. F. de T.», de modo que habrán hecho dos libros iguales.

-No, hija mía, habrán hecho tres o cuatro mil.

-¡Jesús! ¿Y para qué tantos?

-Por dos razones: la primera, porque siendo una obra útil, agradable e interesante puedan disfrutar el placer de su lectura y aprovecharse de los conocimientos que difunde muchas niñas a un tiempo; y la segunda, porque como el hacer un libro cuesta mucho trabajo y han de emplearse en ello bastantes personas, que ganan el sustento de su familia ejecutando las diferentes operaciones que requiere, echo el primer ejemplar (que así se llama) se puede, con la mayor facilidad y en poquísimo tiempo, hacer un gran número de ellos, lo cual proporciona provecho a la sociedad y lucro a los citados industriales.

-19-

-Es verdad que, habiendo dibujado una de estas láminas tan bonitas, ya no les costará tanto el copiar las otras, pero siempre emplearán muchos días en hacer dos a tres mil, y como en cada libro hay varias, será cosa de nunca acabar.. ¡Pobres dibujantes!

Grabador al boj

-No, hija mía, cada paisaje, cada figura, cada lamina, en fin, no se

dibuja más que una vez en el papel, después otro artista lo copia con minuciosa exactitud en una plancha de boj, para lo cual se vale de un instrumento llamado buril, y una vez grabado en el boj, la prensa traslada al papel cuantos ejemplares se desea. Hay, además, grabados en metal, hechos a mano o bien por procedimientos químicos y mecánicos.

-Y, ¿qué es la prensa, querida mamá?, porque me interesa mucho cuanto usted me dice, y deseo enterarme bien.

-La prensa es una máquina que impulsada por la fuerza animal, por el vapor o por cualquier otro motor, oprime el papel para que se estampe en él lo que lo esta en el boj, o en una plancha de piedra o de acero. Este procedimiento puede compararse al que emplean en el servicio de ferrocarriles cuando timbran los billetes que entregan a los viajeros. ¿No lo has reparado nunca?

-20-

-No me he fijado, pero he visto que papá tiene un sello para las cartas, lo aplica y queda su nombre en el papel.

-Tienes razón; pues una cosa semejante sucede con los grabados de los libros.

-Bueno, eso ya lo entiendo; pero, ¿y las letras, se hacen lo mismo?

-No, querida mía. En las imprentas, que así se llaman los establecimientos dedicados a esta utilísima industria, hay millares de letras como ésas en que está impreso tu libro y de todos tamaños; el oficial tipógrafo, que ha de ser un hombre instruido y de gran paciencia y destreza, lee el original que está escrito en letra de mano...

-Bien, vamos, como escriben papá, usted, mis hermanos...

-Y todos los que saben escribir. Toma, pues, el original y va componiendo la página del libro, colocando ordenadamente aquellas pequeñas letras con sus puntos, comas, acentos y demás. Terminada la página, se saca una prueba en cualquier papel, el corrector de la imprenta la examina escrupulosamente para ver si está conforme con el original, y una vez corregida, se sacan por medio de la prensa miles de ejemplares de cada página y de cada pliego, que encuadernados después, forman los preciosos libros de que tan contentas estáis tú y tu amiga Juanita.

-¡Qué cosa tan maravillosa!

Cerró el padre el libro en que leía y tomando parte en la conversación dijo:

-Maravillosa en verdad, hija mía, y que nos prueba de cuánto es capaz la inteligencia humana, ese don con que el Supremo Creador nos ha enriquecido, haciéndonos tan superiores a todas las otras criaturas.

Antiguamente no se conocía el arte de imprimir; y era necesario copiar pacientemente una o más veces los libros

-21-

Monjes copistas

-22-

que se quería conservar, lo mismo que tus hermanos copian o ponen en limpio (como ellos dicen), los problemas y los documentos que por vía de ensayo les mandan hacer los profesores; por consecuencia, había pocos libros y muy caros, porque el sacar cien copias, por ejemplo, de una obra

de alguna extensión costaba años enteros, los copistas hacían pagar mucho por aquella trabajosa tarea, y a pesar de que los monjes en los conventos, durante la Edad Media, se entregaban frecuentemente a ella, muchos buenos libros quedarían sin copiar, y perdiéndose después o inutilizándose el único ejemplar que existía, quedaba privada la humanidad de conocer los sucesos que narraba o los pensamientos que contenía.

Basilio y Jacinto, entre tanto, habían llegado, besado la mano a sus padres, corrido a dejar sus libros y sus carteras, y colocándose al lado de su hermanita escuchaban atentamente las últimas palabras del papá.

-¿Cuándo y cómo se inventó la imprenta?, interrogó el primero.

-A mediados del siglo XV, respondió el padre, vivía en Maguncia, ciudad de Alemania, un joven llamado Juan Gutenberg, huérfano de padre y madre, poseedor de escasa fortuna, pero dotado de claro talento.

Trasladado a Estrasburgo, viendo que el deseo de saber se desarrollaba entre sus contemporáneos, y particularmente en aquel pueblo estudioso y pensador, y que la copia manual de los pocos libros que existían no podía satisfacer la necesidad creciente de adquirir conocimientos, empezó a discurrir si sería posible hacer un molde que pudiese reproducir muchas veces las páginas de cada volumen; mas como era necesario hacer uno para cada página el coste hubiera sido inmenso; entonces le ocurrió construir letras sueltas, de modo que se pudiesen formar con ellas todas las palabras que contiene cada página del libro.

-23-

-Bien, como nos ha explicado mamá que hacen ahora -observó la niña.

-Sí, querida, pero no creas que Gutenberg, cuyo nombre quiero que retengáis en la memoria, como el de uno de los bienhechores de la humanidad, consiguió su objeto sin grandes contratiempos, sacrificios y penalidades.

Ahora el imprimir es un trabajo para el cual, como se os ha dicho, se necesita habilidad y paciencia, pero nada más; porque el cajista tiene ante sí una caja de madera, subdividida en multitud de separaciones o cajetines, en cada uno de los cuales hay muchísimas letras iguales; por manera que en uno hay centenares de aaa, en otro, de bbb, etc. Si quiere componer tu nombre, por ejemplo, busca la B en el cajetín de las BB mayúsculas, después la l minúscula y así sucesivamente, teniendo también a su disposición puntos, comas, admiraciones y cuanto se necesita; mas para inventar este difícil arte, era necesario todo el talento, toda la energía y toda la constancia de Juan Gutenberg.

Empezó por grabar las letras cada una en un pedacito de madera; pero como esto requería mucho tiempo, mucho trabajo y no ofrecía bastante solidez, construyolas de hierro y por ser este metal demasiado duro, rompían el papel; las de plomo se aplastaban con la presión de la prensa, las de bronce resultaban demasiado caras... En último resultado, consumió todos sus recursos y los de tres amigos que, convencidos de su buena fe y de la grandeza de su proyecto se le asociaron, no tanto por la esperanza del lucro como por el deseo de contribuir a una empresa que tan útil debía ser a la humanidad.

Arruinado, pues, y perseguido por los acreedores, abandonó a Estrasburgo y regresó a Maguncia, viajando a pie y pidiendo limosna. Allí, en su patria, empezó -24- de nuevo sus inútiles tentativas, hasta que comunicando

sus ideas a un tal Juan Faust, éste, que era un hábil fundidor de metales, ideó una liga de plomo y antimonio para hacer las letras, que dio mejor resultado que los metales con que hasta entonces se había intentado formarlas.

Debo advertiros, que así como ahora se imprime con caracteres diferentes de aquéllos con que escribimos, las primeras letras que se hundieron eran de la propia forma que las de los manuscritos, y esto dio lugar a que Faust, que tenía tanto de egoísta como Gutenberg de generoso, tratase de explotar en provecho propio las primeras obras que se imprimieron haciéndolas pasar por copias manuscritas para venderlas a más alto precio.

Gutenberg buscaba la difusión de la ciencia; Faust, el lucro solamente. Necesitaba un hábil dibujante y se valió de Pedro Schoeffer, que hacía en el papel los modelos de las letras, y a quien exigió Faust el mayor secreto, casándole con su hija para tenerle más seguro.

Precisaba, asimismo, emplear operarios y se les exigía juramento de que a nadie revelarían el secreto de la imprenta, y lo que es más indigno, al mismo Gutenberg le arrojaba Faust de la fundición en que se fundían las letras, de los talleres en que se imprimía; y como el ilustre, cuanto desgraciado inventor, había necesitado del capital de su ingrato socio, éste le apremiaba para que le devolviese los fondos que le había prestado, al mismo tiempo que le privaba de los medios para valerse de su maravilloso invento, hasta el extremo de obligarle a emigrar de nuevo de su ciudad natal.

Mientras Gutenberg andaba pobre y errante, Faust se enriquecía fabulosamente, hasta que sucumbió durante una epidemia que diezmo la ciudad de Maguncia. -25- Su yerno se encargó entonces de la imprenta, poco después moría Gutenberg, y casi al mismo tiempo, habiendo sido asaltada Maguncia por tropas enemigas, éstas asesinaron a Schoeffer y destruyeron su establecimiento, diseminándose sus operarios y difundiendo por Alemania, Francia, Suiza y España el maravilloso secreto que poseían y que ya dejó de serlo, desde que los impresores desde que los impresores (que se daban a sí mismos el nombre de hijos de Gutenberg), comprendieron que aun cuando su arte fuese conocido del público, podría reportarles pingües beneficios.

-Entonces reinarían en España los Reyes Católicos -dijo Basilio.

-Calla tú, ¿qué nos importa eso?, interrumpió Blanca.

-Importa, repuso el padre, porque se preparaban importantísimos sucesos, que los cronistas, historiadores y poetas debían consignar, y la imprenta reproducir, inmortalizar a las personas que en ellos intervinieron.

-Sí, tal, dijo Jacinto, la completa expulsión de los moros del territorio español y el descubrimiento de las Américas.

-Yo, como no entiendo de esas cosas, preferiría que me explicasen minuciosamente cómo se hace todo lo demás, hasta que los libros están concluidos y en disposición de leerlos.

-Me sería difícil, hija mía, darte una idea exacta, a pesar de mi buena voluntad, y así prefiero llevarte a la casa editorial de mi amigo el señor Núñez, en donde verás la fundición de tipos de imprenta, las prensas y el taller de encuadernación.

-Nosotros también iremos, ¿verdad, papá?, dijeron los niños.

-Sin duda alguna.

-Bendito sea Gutenberg y benditos los fundidores, -26- los cajistas, los dibujantes y encuadernadores -dijo Blanca-, que nos proporcionan libros tan preciosos como éste.

-Pues, hija, te dejas lo principal, respondió el padre.

-Sí, por cierto, añadió Basilio, a ésta se le puede aplicar aquello de la fábula de Iriarte, «Los huevos»: Gracias al que nos trajo las gallinas.

-Ya la recuerdo, contestó la madre.

-Yo también la he leído, repuso Blanca, pero, ¿quién es aquí el que nos trajo las gallinas, ¿y los Reyes?

-No, querida, el autor del libro.

-¿Y qué quiere decir eso?

-El que le escribió la primera vez letra por letra, con la pluma mojada en tinta, como escribo yo las cartas que dirijo a tus abuelos.

-¿Pues no me ha dicho mamá que estaba hecho con prensa por los impresores?

-Sí, pero recuerda que también te dijo que el cajista tenía delante el original, esto es, el cuaderno o las cuartillas sueltas en que el autor había escrito lo que debía imprimirse. Los autores de libros son generalmente personas estudiosas y amantes de la instrucción, que se dedican a generalizar sus conocimientos, procurando a los demás medios de ilustrar su inteligencia; y el que se dedica a escribir para los niños necesita, además, abrigar mucho cariño a los pequeñuelos para adoptar vuestro lenguaje y poner las cosas de un modo tan claro y preciso que podáis entenderlas. Dotado de imaginación para inventar cosas agradables y pintar con vivos colores y preciosos detalles las ya conocidas, el autor de libros para la infancia tiene la paciencia y la abnegación de buscar para vosotros aquello que pueda instruiros sin cansaros, antes deleitándoos, de modo que le debes estar tan agradecida -27- como a tu madre y a mí, cuando dejamos ella su labor y yo mis negocios, y nos ponemos a dirigir vuestros juegos para que os divirtáis sin peligro de haceros daño, y para que vuestras inocentes distracciones no degeneren en desagradables altercados.

-Es verdad, papá, pues ya quiero yo mucho a los autores de los libros para niños, pero no por eso dejo de estar agradecida a Gutenberg... (¿Ve usted cómo me acuerdo del nombre?) por haber inventado el medio de hacer tantos libros iguales, que con uno que escriba uno de estos señores, podemos leer, todas a un tiempo, tres o cuatrocientas niñas.

-¡Lástima que con tanta habilidad y talento no se hubiese hecho rico!, observó Jacinto.

-Las riquezas, hijo querido, no proporcionan la felicidad, dijo Flora. Di más bien: ¡Lástima que durante su vida no se le hubiese hecho justicia, lástima grande que su invento cayera en manos de un indigno explotador como Faust!

En efecto, si los contemporáneos de Juan Gutenberg hubiesen conocido lo que valían él y su invención hubiera disfrutado comodidades en vez de persecuciones y miseria, y se hubiera visto colmado de honores y dignidades; pero esta desgracia es común a todos o casi todos los hombres céleres, según verás cuando leas la Historia; solamente puede consolarnos la idea de que la vida es breve, de que Dios recompensa en otro mundo

mejor los servicios que no alcanzan galardón en la tierra, y que la posteridad se encarga de hacer justicia a los buenos y a los sabios.

-Y a éste se la ha hecho muy cumplida -respondió Basilio-, porque hoy día, después de más de cuatro siglos, se le prodigan los más honrosos títulos y se ensalza su nombre de mil maneras. Precisamente, el día del Santo del Director del Colegio a que asisto se recitaron poesías, y a mí me tocó una muy preciosa de un -28- poeta contemporáneo de Manuel José Quintana, en que pone al inventor de la imprenta en el lugar que se merece. Aún me acuerdo. ¿Quieren ustedes que la recite?

-Sí, hijo mío, la oiremos con mucho gusto, y tu hermanos experimentarán una satisfacción, pues parece les mortifica la idea de la triste suerte de tan ínclito varón.

-Pues suprimiré algunos fragmentos, porque es muy larga.

-Como gustes.

Y Basilio recitó con buena entonación la siguiente poesía:

A la invención de la imprenta

¿Será que siempre la ambición sangrienta
o del solio el poder pronuncie sólo,
cuando la trompa de la fama alienta
vuestro divino labio, hijos de Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
la hermosa luz de la brillante gloria,
¿serán tal vez del nombre a quien daría
eterno oprobio o maldición la historia?
¡Oh!, despertad: el humillado acento
con majestad no usada
suba a las nubes penetrando el viento;
y si queréis que el universo os crea
dignos del lauro en que ceñís la frente,
que vuestro canto enérgico y valiente
digno también del universo sea.
[...]
[...]

«No basta un vaso a contener las olas
del férvido Océano,
-29-
ni en solo un libro dilatarse pueden
los grandes dones del ingenio humano.
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si a natura
un tipo basta a producir sin cuento

seres iguales, mi invención la siga:
que en ecos mil y mil sienta doblarse
una misma verdad, y que consiga
las alas de la luz al desplegarse».

Dijo, y la Imprenta fue; y en un momento
vieras la Europa atónita, agitada
con el estruendo sordo y formidable
que hace sacudo el viento,
soplando el fuego asolador que encierra
en sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
la estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó, y a su porfía
los soberbios cimientos vacilaron.
¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
que abortó el dios del mal, y que insolente,
sobre el despedazado Capitolio,
a devorar el mundo impunemente
osó fundar su abominarle solio?

Dura, sí; mas su inmenso poderío
desplomándose va; pero su ruina
mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
la altiva cima de fragosa sierra;
su albergue en ella y su defensa hicieron
los hijos de la guerra,
y en ella su pujanza arrebatada
rugiendo los ejércitos rompieron.

-30-

Después, abandonada
y del silencio y soledad sitiada,
conserva, aunque ruinoso, todavía
la aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae:
cae, los campos gimen
con los rotos escombros, y entre tanto
es escarnio y baldón de la comarca
la que antes fue su escándalo y espanto.

Tal fue el lauro primero que las sienas
ornó de la razón; mientras osada,
sedienta de saber la inteligencia,
abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
que un velo impenetrable antes cubría.

Y allí contempla el eternal reposo
del astro luminoso
que da a torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar; la Italia ciega
lo da por premio un calabozo impío,
y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuosos,
a modo de relámpagos huyendo,
los astros rutilantes; mas lanzado
veloz el genio de Newton tras ellos,
los sigue, los alcanza,
y a regular se atreve
el grande impulso que sus orbes mueve.
[...]
[...]

-31-

Llegó, pues, el gran día
en que un mortal divino, sacudiendo
de entre la mengua universal la frente,
con voz omnipotente
dijo a la faz del mundo: «El hombre es libre»
y esta sagrada aclamación saliendo,
no en los estrechos límites hundida
se vio de una región; el eco grande
que inventó Gutenberg la alza en sus alas,
y en ellas conducida,
se mira en un momento
salvar los montes, recorrer los mares,
ocupar la extensión del vago viento...
[...]
[...]

No hay ya, ¡qué gloria!, esclavos ni tiranos:
que amor y paz el universo llenan,
amor y paz por donde quier respiran,
amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien, sobre su trono de oro,
el cetro eterno por los aires tiende;
y la serenidad y la alegría
al orbe que defiende
en raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran coluna
el magnífico y bello monumento
que a mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
levanta la miseria en la fortuna
del que renombre entre opresión granjea.
Ante él por siempre humea
el perdurable incienso
-32-

que grato el orbe a Gutenberg tributa:
breve homenaje a su favor inmenso.
¡Gloria a aquél que la estúpida violencia
de la fuerza aterró, sobre ella alzando
a la alma inteligencia!
¡Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
su influjo eternizó libre y fecundo!
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

Los padres y los hermanos aplaudieron los fragmentos de tan bella poesía,
y al que con tanta gracia los había recitado, y se separaron para
entregarse a sus respectivas ocupaciones.

- III -

La muñeca de Blanca

Nuestros lectores recordarán que la madrugada del día de los Reyes, no sólo fue memorable para Blanca por el precioso libro con que la obsequiaron, sino también por una gran muñeca que le trajeron, la cual tenía una carita tan redonda y sonrosada, unos ojos azules tan hermosos y una cabellera tan rubia y rizada que daba gozo el verla; y como era casi tan grande como una niña de seis meses, cuando Blanca salía con ella al balcón y la sentaba en la baranda, más de una vez sucedió que una mujer de buen corazón, temiendo una desgracia, le dijese:

-Cuidado, niña, no dejes caer a tu hermanita.

Blanca se reía y contestaba ufana:

-No tema usted, señora, que no es una niña, es mi -34- muñeca Sara

pero yo cuidaré de que no me caiga a la calle, porque se rompería.
Y entraba gozosa a contar a su mamá que los transeúntes toman a Sara por una niña de veras ¡tan grande y hermosa era!

El nombre de la muñeca también tiene su historia.

Blanca quería bautizarla, pero su madre se opuso por una razón muy convincente.

-Si le echas agua sobre la cabeza, dijo, se le mojará y desrizará la linda peluca y se deslucirá la bonita cinta azul que la sujeta.

-Pues bien, no bautizaré con agua a mi muñeca; pero quisiera ponerle nombre y convidar a mis amigas a este importante acto.

-Hazlo enhorabuena.

El primer día festivo, fueron invitadas todas las amiguitas de Blanca, personajes de 6 a 9 años, y trataron del nombre que debía ponerse a aquella preciosa criatura.

-¿No te la regalaron los Reyes?, dijo Petra, morenilla de ojos negros, lista y pizpireta.

-Sí, por cierto, repuso Blanca.

-Pues me parece bien que en prueba de reconocimiento y como grato recuerdo, le pongas su nombre.

-Ya, pero, ¿qué nombre?

-Reina.

El auditorio prorrumpió en alegres carcajadas, que no consiguieron turbar a la intrépida morenita.

-¿No te parece bien?, continuó.

-No, más bien el nombre de alguno de ellos. ¿Sabes tú cómo se llamaban?

-No.

-Pues yo tampoco.

-¿Hay alguna que sepa cómo se llamaban los Reyes Magos?, interrogó Petra.

-Yo creo que sí, dijo Mercedes, muchacha seria y reflexiva.

-35-

-Veamos.

-Melchor, Gaspar y Baltasar.

-¡Qué nombres tan feos para niña y para muñeca!, dijo Blanca, ¡Melchora, Gaspara y Baltasara!

-El último es el menos feo, observó Petra.

-Pero es muy largo.

-Ponle en diminutivo.

-Todavía lo será más.

-Baltasarita.

-Quiero decir que puede abreviarse.

-¿Cómo?

-Llamándole Sara.

-Sí, como la esposa de Abraham, dijo Mercedes, que parecía la más enterada de la historia religiosa.

-Tienes razón, repuso Blanca; pues es un nombre bonito.

-¡Muy bonito, muy bonito!, clamaron las niñas saltando y palmoteando.

Acordose, pues, por unanimidad, poner a la muñeca el nombre de Sara.

Entonces Blanca, sin otra ceremonia, la tomó en sus brazos, la besó y le dijo:

-Te llamarás Sara, entiéndelo bien.

Después las amiguitas la fueron tomando y besando sucesivamente, diciéndole:

-Sara, eres muy bonita.

-Sara, yo te quiero mucho, etc.

Y terminó la función acostando a Sara en una rica y elegante camita, que la mamá de Blanca había comprado, y sirviendo a las niñas una buena merienda, que consistía en frutas secas, pastas y dulces.

A todo esto, la muñeca estaba desnuda, sin más ropa que una camisita de batista con encaje en el pecho y en las mangas, por cuya razón, en cuanto se disolvió la infantil concurrencia, dijo Blanca a su buena mamá:

-Será preciso hacerle un vestidito a Sara. ¿Quiere usted que busque tela y usted me lo cortará?, porque yo no sabría.

-Mañana nos ocuparemos de eso.

-¿Y por qué no esta noche?

-Porque no tengo el género buscado, porque me gusta que te acostumbres a moderar tu impaciencia, y, sobre todo, porque es día festivo y no es lícito trabajar, ni aun para las muñecas.

Fiel a su palabra, Flora, al día siguiente, cortó una linda bata de batistilla de algodón, que la niña cosió con bastante destreza.

Terminado su trabajo, y viendo llegar a su padre le dijo:

-Papá mío, yo he hecho un vestido para la muñeca.

-¿A ver?, contestó el padre.

-Mire usted, ya lleva puesta mi Sara su bata, porque esta clase de vestido se llama una bata. ¿No lo sabía usted?

-Sí, pero no la has hecho tú.

-Vaya si la he hecho. Mamá la ha cortado y yo la he cosido.

-Está bien, la has cosido, pero no la has hecho.

-¿Qué lo falta, pues?

-Ahora, nada; pero, ¿hubieras podido hacerla sin muselina?

-¡Ah!, eso no, pero, ¿quería usted que yo hiciese la muselina?

-No, hija mía, ni trato de rebajar el mérito que pueda tener tu trabajo, solamente deseo que te fijes en lo inútiles que serían los esfuerzos aislados de un individuo, y que comprendas las inmensas ventajas que proporciona al hombre el vivir en sociedad. ¿Me creerías si te dijese que para vestir a tu muñeca han trabajado mil manos?

-Lo creería si usted me lo afirmara; pero, ¡Dios mío!, parece imposible.

¡Mil manos!

-37-

Algodonero

-Atiende, pues.

-Déjeme que coloque a Sara en su sillita, para que escuche también, como si fuese una persona importante, la mucha gente que se ha empleado en su servicio. Ahora, cuando usted guste.

-38-

-Ante todo, debo preguntarte, porque no soy muy inteligente en la materia. Ese género que llamáis batistilla o muselina, ¿es de hilo o de algodón?

-Mamá me ha dicho que de algodón.

-Y ¿sabes tú de dónde sale esta primera materia

-No, señor.

-Pues es el producto de una planta, que se cultiva principalmente en los Estados Unidos de la América del Norte, si bien en otros países puede también prosperar.

El algodón es un arbolito que produce, como todos los demás, flores y fruto; este último encierra unas cajitas cada una de las cuales contiene varias semillas envueltas en unos filamentos sedosos; este filamento, pues, hilado y tejido, teñido o no, es el que forma la finísima muselina, los percales, indianas, cretonas y otra infinidad de géneros, cuya nomenclatura tu mamá te enseñará mejor que yo.

Semilla de algodón

En Inglaterra y en nuestra patria hay excelentes fábricas de géneros de algodón.

-Tiene usted razón que han trabajado muchos para vestir a mi Sara, pero mil manos suponen quinientas -39- personas, y yo no sé para que se ha necesitado tanta gente.

-También yo ignoro si me he quedado corto.

-¿Corto, dice usted?

-Te lo probaré. Ve sumando el que cogió el algodón, dado caso que sea el mismo que sembró y cuidó las plantas, el que lo hiló, el que lo tejió, el que lo blanqueó, el que pintó en él esas lindas florecillas...

-Y pare usted de contar.

Aguarda. ¿Crees tú que el agricultor, y el que hila, y el que teje no necesitan utensilios para su trabajo?

-Ya sé que se hacen esas cosas con máquinas.

-¿Y quién ha hecho esas máquinas?

-Los maquinistas.

-Pues esos constructores de máquinas necesitan hierro, acero y madera. El hierro se extrae de las minas, se forja y temple, y se le da forma por medio de varias operaciones. La madera de construcción se saca de los troncos gruesos de algunos árboles, como los nogales por ejemplo, y hay que aserrar el árbol, después los tablones, pulimentar la madera...

-Basta, por Dios.

-Quiero convencerte. ¿Tú misma no has necesitado nada para coser el vestidito?

-Hilo, aguja y dedal.

-Pues solamente para la aguja. ¿Cuántos operarios te parece a ti que han trabajado desde su extracción de la mina hasta ponerla en su actual estado?

-Es cierto, papá mío y después el hilo, el dedal, las tijeras con que mamá lo ha cortado.

-Y la camiseta, ¿de qué es?

-De batista de hilo, que tiene más mérito, según dicen, que la de algodón. Mamá me dijo que de una planta, llamada lino, se sacaba el hilo para las telas, y también para coser, hacer calceta, encajes, etc.

Lino

En efecto, lo del lino y del cáñamo se saca el hilo, pero no se cosecha en tan grande abundancia como el algodón en la América del Norte.

-¿Por qué no siembran todas las tierras de cáñamo y lino?

-Porque necesitan aprovecharlas para trigo, de que se hace el pan, principal alimento del hombre, para viñas, para hortalizas, legumbres y otras muchas cosas.

En esto entró la madre, diciendo:

-Mira, hija mía, aquí te traigo una falda de lana y un saquito de seda para tu muñeca, mañana se los harás.

-Papá dice que no esta bien dicho hacer, contestó Blanca-, porque no hago más que coserlo.

-Y tiene razón, observó Flora, pero decimos hacer en el sentido de dar forma a un trozo de tela para convertirlo en un traje.

-Diga usted, papá, ¿dé dónde sale la lana y la seda?

-La lana, de los carneros y ovejas...

-La de los colchones, ya lo sé, pero no ésa tan fina de que nos hacemos vestidos.

-Pues tiene el mismo origen, solamente que la primera, después de cortada y lavada, se deja en rama y la otra se carda, se hila, se teje y se tiñe de colores.

-¿Y es menester matar los carneros para quitarles la lana?

-No, hija mía. Cada primavera se trasquilan los carneros y ovejas, que se prestan gustosos a esta operación, pues el largo vellón los molesta cuando el calor aprieta.

-¿Son animales de distinta raza esos que ha nombrado usted?

-41-

Trasquiladura de los corderos

-No por cierto, el carnero es el padre de los corderitos y la oveja la madre.

-Son, pues, muy útiles, ¿no es verdad?

-Efectivamente, pues además de la materia que nos ocupa, y que tiene tantas aplicaciones, las ovejas dan rica leche y tiernos y sabrosos corderillos.

-¡Y no me gustan a mí poco las natas y los requesones!

-La carne de carnero es muy sana y nutritiva, la piel curtida se aprovecha para varios usos, el estiércol es un excelente abono y hasta las tripas o intestinos se utilizan para cuerdas de violines, guitarras, arpas y otros instrumentos.

-Mire usted, que Dios, que ha criado animales de tanto provecho, ¡es muy bueno!

-¡Y tanto, hija mía! Cuanto más le conozcas por sus obras, más admirarás su Providencia.

-Volviendo a ocuparme de los géneros de lana, quisiera hacer a usted una pregunta.

-Di.

-El merino, de que tiene un vestido mamá, ¿no es también de lana?

-Las ovejas merinas, sacadas de los rebaños españoles, y llevadas a

Sajonia, a pesar de ser aquél un país muy frío, se han multiplicado allí extraordinariamente, y producen la lana más fina y apreciada de Europa: de ahí que se dé el nombre de merinos a los tejidos -42- fabricados con aquella lana, o que se venden como tales.

-Iba a decir que en un vestido de esta clase no ha trabajado tanta gente como en el de algodón, pero ya veo que sí. Ahora, ¿se sirve usted decirme algo de la seda?

-La seda procede de unos gusanillos que se alimentan con hojas de morera, la de mejor calidad es la de la India, pero en España también se cría esta clase de utilísimos insectos, y se cultiva la industria de que tratamos, especialmente en las provincias de Valencia, Murcia y sus limítrofes. Los gusanos de seda necesitan una temperatura de unos 25 grados centígrados...

-Yo no sé qué quiere decir eso -interrumpió Blanca.

-Tienes razón, otro día te lo explicaré. Por hoy te bastará saber que necesitan bastante calor para vivir. Se les coloca en cañizos cubiertos de hoja de morera, la cual les sirve de lecho y alimento.

-¿Y no se van por la casa?

-No se van, porque tienen allí lo que necesitan. Comen vorazmente y cuando han satisfecho esta necesidad, duermen durante tres días, experimentando estas alternativas hasta llegar a su completo desarrollo. Entonces se rodean los cañizos de ramas secas, entre las cuales se colocan para formar su capullo con una hebra finísima que sale de su boca y que le va envolviendo, primero como una gasa tenue, y después más tupida hasta formar una calabacita de lo largo de tu dedo medio, poco más o menos, pero algo más gruesa y de un color amarillento.

-¿Y de allí se hace la seda?

-Aquello es seda. Se hierva, se hila, se teje, se tiñe, etc., y según su calidad y las operaciones que con ella se practiquen, se la convierte en raso, damasco, terciopelo y otras muchas telas más o menos caras y lujosas.

-43-

Gusano de seda en sus varios estados

-44-

-¿Y los gusanos, al hervir el capullo se morirán, o están muertos ya?

-Mueren todos los que se hacen hervir; de manera que para conservar la especie se deben excluir de dicha operación algunos capullos, que se dejan para simiente, y cuyos gusanos horadan el capullo, pasado cierto tiempo, y salen convertidos en mariposas.

-¡Ay!, ¡qué bonitas serán!

-No tanto como las que ves volar por los jardines, pues tienen el cuerpo muy grueso, las alas cortas y son completamente blancas, sin ninguno de los bellos matices que ostentan las demás especies.

-¿Y dice usted que dan simiente?

-Sí, ponen unos huevecillos diminutos como cabezas de alfiler, que se recogen y guardan cuidadosamente; para que en tiempo oportuno y al influjo del calor, se aviven o conviertan en gusanos.

-Pues, ¿por qué no esperan a que salgan todas las mariposas? Así habría

más semilla, y no se morirían los pobrecitos gusanos.

-No puede ser; porque, como ya te he dicho, al salir horadan el capullo y lo inutilizan.

-Ya ves, ya ves, Sara, cuántas personas trabajan y cuantos animalitos pierden la vida para que tú puedas llevar un precioso cuerpo de raso, dijo Blanca a su muñeca. Puedes estar satisfecha, añadió, tomándola en sus brazos.

-Ya sabes que Sara, como tú la llamas, no te entiende: si así no fuera, no consentiría yo que le dijeras eso, dijo la madre, que había escuchado las últimas explicaciones de su esposo.

-¿Por qué, mamá?

-Porque el llevar ricos vestidos y el pensar en lo que cuestan y en lo que valen suele ser motivo de orgullo y vanidad para muchas mujeres y niñas, que se creen superiores a las que se ven precisadas a usarlos -45- más modestos, y hasta pobres y humildes. Precisamente trata de seda y de gusanos una décima que aprendí y que reprende el orgullo.

-¿Me la quiere usted enseñar?

-Con mucho gusto:

 Esa seda que relaja
 Tus procederes cristianos,
 Es obra de unos gusanos
 Que labraron su mortaja.
 También en la región baja,
 La tuya han de devorar:
 ¿De qué, pues, te has de jactar
 Ni en qué tus glorias consisten,
 Si unos gusanos te visten,
 Y otros te han de desnudar?

-¡Qué tristes son esos versos!, dijo Blanca.

-Pero lo que dicen es exacto, observó el padre.

-Pues mire usted, mamá, a ratitos me los enseñará usted, y yo los repetiré a menudo porque no quiero ser vanidosa. A Sara se lo decía en broma.

- IV -

El reloj y el calendario

En una de las últimas Blanca se entretenía en hacer correr el tren de Enrique y en formar sus soldados de plomo para entretenerle, pero el pequeñuelo se cansó de la diversión y fue a apoyarse en las rodillas de su

madre estregándose los ojos.

-¡Pobrecito!, tiene sueño, dijo la señora. Y no me gusta que se duerma tan temprano porque se despierta al amanecer. ¿Qué hora es, amigo mío?

El padre, que estaba corrigiendo un escrito de Basilio, miró su reloj y dijo:

-Las siete.

-Entonces voy a darle de cenar y llevarle a la camita.

-47-

Enrique besó a su padre, hermanos y hermana, la cual estaba poniendo los juguetes en sus respectivas cajas, y salió siguiendo a su mamá.

-¿Cómo lo haríamos sin relojes?, preguntó Jacinto.

-Perfectamente, todo sería acostumbrarse, respondió Blanca. Nuestro hermanito no sabe nunca la hora que es y está tan contento.

-Calla, tontuela, que yo no te lo decía a ti sino a papá. Enrique, ¿para qué quiere saber la hora, si no tiene más que hacer que comer, dormir y jugar? Mamá que ha de acostarle y levantarlo, mira cómo lo pregunta.

El padre terminó la corrección, entregó el cuaderno al hijo mayor, y contestó al segundo:

-Tienes razón en todo, menos en llamar tontuela a tu hermanita, que es natural que sepa menos que tú por sus pocos años y porque apenas hace uno que asiste al colegio.

En la infancia de la humanidad, sucedía, pues, lo que hoy acontece en la de los individuos. Los primeros hombres, que no tenían necesidad más que de cultivar los campos y apacentar los rebaños, tenían bastante con el reloj natural, el mejor de todos, por el cual se rigen todos los demás. Este reloj es el Sol, que con su presencia les indicaba la hora del trabajo; y la del descanso con su ausencia.

Creciendo las necesidades y exigiendo la vida social que los hombres tengan horas fijas para reunirse con los infinitos objetos que sus relaciones exigen, sea para trabajar en común, orar o divertirse; se inventaron relojes de diversas clases, hasta llegar a la perfección que hoy alcanzan.

-Es verdad, observó Blanca, los hay de níquel, de plata, de oro...

-No es eso lo que dice papá -interrumpió Basilio-, sino que se fabrican con máquina diferente. Es a saber: cilindros, decoras, cronómetros...

-48-

-Nada de eso. ¿Te parece a ti que de un golpe se llega a la perfección en ningún arte, sin hacer primero repetidos ensayos en cosas más sencillas y de menos coste?

-Ya recuerdo lo que nos ha contado usted del papel, la imprenta y otras cosas.

-Pues bien, ha habido relojes de agua, de arena, de sol y últimamente se han construido los que tienen máquinas semejantes o iguales a los que hoy usamos.

-¿Relojes de agua ha dicho usted?, interrogó Blanca.

-Sí, hija mía. Son los más sencillos y por consecuencia los primitivos.

-Ha dicho usted que el primer reloj era el Sol, indicó Basilio, por eso yo creía que los primeros relojes que se habían construido eran los de sol, que aún se usan, puesto que vi uno en la casa de campo de mi amigo Fernando.

-No lo dije en ese sentido, sino en el de que el Sol pasa por el meridiano una vez en 24 horas y a esto llamamos un día.

-Yo crea que en 24 horas hay un día y una noche, dijo Jacinto.

-Es cierto. Llámase generalmente día, al espacio de tiempo en que el Sol está sobre nuestro horizonte, iluminándole, y noche al tiempo durante el cual estamos privados de su luz; pero entre uno y otra forman el día de 24 horas; que es lo que tarda el globo que habitamos en dar la vuelta sobre su eje.

-¿Con que el mundo da vueltas?, dijo Blanca.

-Sí, querida mía, en dos sentidos; una sobre sí mismo y otra alrededor del Sol. En la primera emplea el tiempo que hemos indicado; y en la segunda, 365 días, 6 horas aproximadamente.

-Diga usted, papá, diga lo de los relojes de agua, dijo Basilio.

-Si no hubiera reloj en casa y hubieses observado -49- que el día en que se abre el surtidor del jardín para limpiarle, y se deja correr toda el agua, tarda 3 horas justas en vaciarse; es claro que un día en que tú oyeras dar las doce al tiempo de empezar a correr el agua, conocerías que eran las tres, cuando se hubiese completamente vaciado el depósito.

-Es muy cierto.

-Esta observación de la regularidad con que el agua rebosa o sale, cuando encuentra un orificio, está fundada en una ley de física que se enuncia de este modo: «Cuando un líquido se mantiene a una altura constante en un recipiente cualquiera, en iguales espacios de tiempo manarán de él cantidades iguales».

-Ya lo entiendo, papá, dijo Blanca, saltando de gozo.

-¡Qué has de entender tú!, la interrumpió Jacinto.

-Es decir, lo entiendo un poquito. Verás: cuando la cocinera llena el jarro del agua lo pone bajo el grifo de la fuente, pues bien, suponiendo que tarde cinco minutos en llenarse, cuando se hayan llenado tres jarros enteramente iguales, sabremos que ha pasado un cuarto de hora.

-Perfectamente, hija mía.

-¿Ves?, dijo la niña, volviéndose gozosa a su hermano.

-Pero eso no es un reloj, replicó él.

-Pues así se formaron los primeros relojes de agua, que tenían el inconveniente de no ser manuales, pero que eran aparatos por medio de los cuales se llenaban, por ejemplo, 24 vasijas, y por el número de las que se habían llenado se sabía la hora, aunque no con tanta exactitud como la indica mi cronómetro.

Este aparato se fue perfeccionando, pero le dejó muy atrás la ingeniosa invención del reloj de arena, que, como sabéis, consiste en dos vasos o tubitos de vidrio o de cristal, que se comunican entre sí, de modo que -50- del colocado en la parte superior va pasando la arena grano por grano, invirtiendo en vaciarse 15 minutos, 30, etc., según ha tenido por conveniente hacerle el constructor del reloj; claro está que pudiendo medir el curso del tiempo por medio de agua, ya no ofreció dificultad la formación del que nos ocupa, que se completó con dos círculos que alternativamente le sirven de base y unas columnitas que los sostienen.

-Bueno -dijo Blanca-, pero ese aparato sirve para saber que ha pasado media hora desde que empezó a correr la arena, mas no nos dice si esa media hora es de las 12 a las 12 ½ o de las 12 ½ a la 1, por ejemplo.

-Tu observación es justa, hija mía. En otros términos: el reloj de arena no marca la hora, pero sí el curso del tiempo.

Reloj de sol

Inventáronse poco después los de sol, que consisten en un círculo o un cuadrado pintado en la pared, y una barrita clavada en el centro en posición tal que al mediodía la sombra que proyecta caiga sobre las 12 y así las demás horas. Éste ya marcaba la hora, aunque no los minutos, pero tenía otros inconvenientes.

-Ya lo creo, dijo Jacinto, de noche no funciona y cuando está nublado tampoco.

-Otro.

-No doy en ello.

-El reloj de arena, observó el padre, lo puedes llevar donde quieras y el de sol no. Los romanos ya los usaban para marcar el tiempo que debía durar una audiencia, -51- un discurso, un baño, etc. Es el símbolo de la rapidez del tiempo o de la brevedad de la vida y así al dios Saturnio en quien los gentiles personificaron el tiempo, se le representa con uno de estos aparatos en la mano o a su inmediación.

-¿Sabe usted qué pensaba papá?, dijo Basilio. Que hoy día no los usan más que los catedráticos y las cocineras: los primeros, para fijar el tiempo que ha de durar el examen de un alumno; y las segundas, para sacar en su punto los huevos pasados por agua.

-Las pobres cocineras, lo comprendo, dijo Blanca riendo, porque no tienen reloj y muchas de ellas ni lo entenderían siquiera; pero los catedráticos, ¿no llevarán reloj de bolsillo como los demás señores?

-Supongo que sí, pero cuando fuimos a ver el examen de mi primo Ernesto, vi que, al empezar a preguntarle, ponían el reloj, que al caer el último grano de arena, le mandaron retirarse. El presidente del tribunal llamó a otro examinando, invirtió el reloj y continuó la función. ¿Se acuerda usted, papá?

-Sí, y lo he visto muchas veces. Aunque ellos tengan reloj y, aunque lo pongan abierto sobre la mesa, no verá el examinando y el público que se invierten 30 minutos, por ejemplo, en preguntar a uno, y que este espacio de tiempo es igual para todos.

-Ya lo entiendo. ¿Y quién inventó los relojes que se usan ahora?

-Esto ha sido fruto del estudio de muchos sabios y de la aplicación de varias observaciones científicas. Primero se idearon relojes de pared que una enorme pesa hacía funcionar, poniendo en movimiento las saetas que recorrían la esfera; Galileo, notando la oscilación de una lámpara colgada del techo de una iglesia, pensó que se podría regularizar el movimiento de un cuerpo pesado suspendido a una cuerda o una cadena, o inventó el péndulo.

-52-

Huyghens en el siglo XVII redujo a la práctica la teoría de Galileo, y otros muchos sabios, que sería prolijo nombrar, reformaron la máquina inventada por éste, hasta llegar a la perfección con que hoy la moderna mecánica fabrica máquinas de reloj con tal habilidad y delicadeza que hasta los hay del tamaño de una monedita de plata.

-Bien, pero yo quisiera saber por qué andan -dijo Blanca.
-Por una causa semejante a la que pone en movimiento el tren de Enrique.
-Eso tampoco lo sé.
-Pues atiende.
-Atendemos todos, repuso Basilio.
-Vosotros lo comprenderéis mejor. A una y otra máquina se les ha de dar cuerda con una llave. ¿Verdad?
-Sí, señor.

Muelle, cuerda y husada

-Pues bien. Se llama dar cuerda porque esa llave entra en un agujero, y se ajusta al eje de la husada, piecicita de forma cónica que tiene una ranura o hendidura que se desarrolla en espiral. Unida a esta pieza, va una cadenita de pequeñísimos eslabones, la cual, al girar la husada movida por la llave que se ajusta a su eje, va arrollándose en rededor y entrando en la ranura de que he hablado. A esta cadenita se llama vulgarmente cuerda, y por eso se dice: le he dado cuerda, se le ha concluido la cuerda, etc. Forma también parte del mecanismo del reloj un muelle de acero que se arrolla, al funcionar la llave, dentro de una cajita llamada tambor, y en virtud de la elasticidad de que estás dotado, en cuanto sacamos la llave principia a desarrollarse; la cadenilla o cuerda lo detiene, pero no tanto que impida su movimiento, sino que lo regula; y en este cálculo exacto y matemático de la fuerza que impulsa y la que modera, para ajustar el movimiento de la máquina al curso del tiempo, debió consistir el ingenio de los primeros relojeros; pues en cuanto a los de hoy no hacen más que copiar o acaso perfeccionar lo ya inventado.

Ahora ya sabéis por qué andan los relojes, hijos míos.

-Pero no por qué se paran -respondió Blanca.

-Ya se comprende -dice Basilio-. Cuando concluye de desarrollarse el muelle, como no hay nada que ponga en movimiento la máquina, ésta se para y decimos que se ha concluido la cuerda.

-El mecanismo de la máquina no lo comprenderíais con facilidad, además de que las hay muy sencillas y muy complicadas, tanto en los de bolsillo como en los de pared; pero todo consiste en ruedecitas que engranan unas con otras y mueven diferentes resortes. La mayor parte de los relojes de pared tienen un martillito, que, golpeando sobre una pieza hueca de bronce, da las horas. Algunos tienen un cuclillo u otro pájaro que canta cuando suena la campana, otros una cara o rostro humano que se asoma y retira al compás que dan las horas, en otros salen figuritas que danzan, soldados o caballeros que se baten; los hay que encierran una cajita de música con varias bonitas piezas, y alguno tan ingenioso que marca el día del mes, de la semana, etc.

-Entonces estarían de más los calendarios, observó Jacinto.

-De ningún modo, contestó el padre, porque un reloj que posee máquina tan complicada, que (sea dicho -54- de paso) es más bien uu objeto de lujo que de utilidad, no está al alcance de todas las fortunas, al paso que un calendario cuesta muy poco dinero:

-Además, observó Basilio, que el reloj no nos anunciará los días festivos ni la entrada de las estaciones ni otras muchas cosas.

-Es verdad, añadió Blanca, como las lluvias, los vientos, las nieves, etc.

-Había empezado a explicarte, Blanca mía, y nos ha interrumpido Basilio con sus relojes de agua y de sol, que el mundo da vueltas sobre su eje en 24 horas.

-Sí, señor, y yo no lo entendí muy bien.

-Ya lo creo; por eso insisto sobre el particular. Dame un ovillo de algodón o de hilo bien redondo.

-¿Está bien éste?

-Perfectamente.

-No es bien redondo, porque está un poco aplanado en los extremos.

-Mejor, también la Tierra lo está. Estos dos extremos se llaman polos. Trae ahora una aguja de hacer media.

-Tome usted.

El padre atravesó el ovillo de un punto a otro de los que dijo representaban los polos, y continuó, haciéndole girar sobre aquel eje improvisado.

-¿Ves, hija mía? Así da vuelta el globo terrestre en veinticuatro horas o un día, y de este movimiento resulta el día y la noche.

Supón que en este lado hubiese una hormiga; al estar la parte que ella ocupara iluminada por el resplandor de la lámpara que arde sobre la mesa tendría luz; esto es, sería de día para la hormiguita, y cuando llegase a quedar en la sombra sería de noche.

-Es decir, que el mundo que habitamos es una bola como este ovillo.

-Muy semejante.

-55-

-¿Y nosotros estamos por encima?

-Sí, en la superficie.

Hay en el mundo una parte sólida, esto es, la costra terrestre cubierta naturalmente de montañas, bosques, valles, etc., y sobre la cual se han fundado ciudades, pueblos y aldeas: existe, además, la parte líquida, esto es, los mares, que cubren unas tres cuartas partes del globo; -y la gaseosa, que es la atmósfera que nos rodea, el aire que respiramos, cuyos componentes os explicaré en otra ocasión.

-Pero al dar la vuelta la Tierra, ¿cómo no nos caemos? Porque nosotros no somos como las hormigas que andan por el techo.

-Existe en la naturaleza una fuerza llamada atracción, que entre otros fenómenos naturales produce el de que ninguna cosa pueda quedar suspendida en el espacio: todo es solicitado por el centro de la Tierra, todo es atraído, todo cae; de modo que es imposible que nadie ni nada se separe de su superficie, sino en ciertos casos que no te hallas en estado de comprender.

Al propio tiempo, tiene la Tierra un movimiento de traslación, da una vuelta, para que lo entiendas mejor, alrededor del Sol, y al tiempo que emplea en recorrer este trayecto que se llama órbita, se le denomina año.

-Usted había dicho que emplea unos 365 días o horas.

-Pues es igual.

-Pero entonces si un año se acaba a las 12 de la noche, el otro terminaría a las 0 de la mañana, el otro a las 12 del día y el siguiente a las 6 de la tarde.

-Bien has discurrido; para evitar esto, cada 4 años hay uno llamado bisiesto, que tiene 366 días, es decir, uno más que los otros, día que se llama intercalar y que está formado con las horas que sobran en los cuatro años.

-De modo que el último mes del año unas veces tendrá 30 días y otras 31.

-56-

-No por cierto; tiene siempre 31, y es febrero el segundo mes del año, el que tiene 28 días y cada cuatro años 29. Enero, marzo, mayo, julio, agosto, octubre y diciembre tienen 31 días; y abril, junio, septiembre y noviembre 30.

-Eso se me olvidará fácilmente.

-Pues yo te enseñaré un modo de contarlo que nunca se te olvidará: cierra la mano izquierda; nombra por su orden los meses del año. ¿Los sabes?

Modo de saber los días de cada mes

-Sí, señor.

-Pues a cada nombre pon el dedo índice de la mano derecha sobre un nudillo o sobre el hueco que resulta entre los dos nudillos; los que caigan en estos huecos tienen 30 días, menos febrero que ya sabes que no llega, y los que caen en nudillo 31.

Hízolo la niña y al llegar a julio dijo:

-La mano no tiene más nudillos y los meses no se han concluido.

-Vuelve a empezar, ordenó el padre.

-57-

-Vienen dos seguidos de 31.

-No importa, así es en efecto.

Continuó Blanca y terminó en nudillo diciendo:

-Efectivamente: Diciembre, último mes del año, tiene 31.

Ya lo sabéis, queridos lectores, cuando no sepáis cuántos días corresponden a un mes cualquiera, contad como Blanca, y no os equivocaráis. Ésta, que, como habréis notado, deseaba averiguarlo todo para instruirse, preguntó:

-¿El Sol, no se mueve también alrededor de la Tierra, papá mío?

-No por cierto, la Tierra y otros muchos planetas describen su órbita alrededor del Sol.

-¿Pues cómo le veo yo por la mañana enfrente del balcón que da a la calle y por la tarde cerca del jardín?

-Por la misma razón que cuando viajas en ferrocarril, siendo así que parece que no te mueves, ves delante de ti un árbol, una montaña o la casita del guardavía, y algunos segundos después ves que el propio objeto se ha quedado a tu espalda.

-Ya comprendo. ¿Y la Luna tampoco se mueve?

-La Luna sí. Este planeta, al cual llaman los astrónomos el satélite de la Tierra, da vueltas alrededor de ésta, empleando en recorrer su órbita unos 29 días y medio.

-¿Pero cómo es que a veces no se nos presenta redonda y otras ni siquiera media?

-Eso consiste en que la Luna es un cuerpo opaco, lo mismo que la Tierra, esto es, que no tiene luz propia como el Sol, y según la posición que

tiene respeto este astro, nos presenta todo su disco iluminado o únicamente una parte de él, porque lo que queda en la oscuridad no es visible para nosotros.

Durante el novilunio o Luna nueva, que dura 7 u 8 días, la vemos al principio pequeña como una hoz o un cintillo de plata; -viene después el cuarto creciente, -58- en que se nos presenta un poco mayor; -pasado igual periodo, viene el plenilunio o Luna llena; de igual duración y entonces se ofrece a nuestra vista redonda y tan grande como el Sol, aunque con luz más pálida, lo cual nos permite contemplar a nuestro sabor, cosa que no podemos hacer con el astro del día, porque nos deslumbra; -los restantes días está en su cuarto menguante y durante ellos va presentándose otra vez en forma de semicírculo. Estos diferentes aspectos se llaman fases de la Luna.

-¿Y es tan grande como el Sol?

-No hija mía, sino mucho menor: el Sol es 65 millones de veces mayor que la Luna, y ésta 49 veces menor que la Tierra.

-¿Pues cómo los vemos casi iguales?

-Porque la Luna esta mucho más cerca que el sol.

-¿Y el calendario explica todo eso?

-El calendario indica, en efecto, además de las fiestas religiosas, vigiliias, etc., las fases de la Luna, la duración del día, el cambio de estaciones y las afecciones atmosféricas.

-Es verdad, dijo Jacinto, que a veces dice: «Vientos, lluvias, etc.»; pero suele no acertar.

-En efecto, si pronostica frío en enero y calor en julio, estad seguros de que acertará; pero lo demás es muy dudoso, pues la ciencia está bastante atrasada.

Los sabios, mediante sus estudios y los instrumentos o aparatos de que disponen, anuncian con algunos días de anticipación las tempestades; pero la ciencia humana es limitada y cuanto se pronostique para un plazo tan largo es aventurado. Sólo Dios puede inquirir lo futuro.

-Por la falta de exactitud en esos vaticinios, dijo Basilio riendo, será por lo que se ha inventado aquel refrán que dice: «Miente más que el calendario».

-Hay calendarios o almanaques literarios que contienen, -59- además de las cosas indispensables, cuentos morales, anécdotas, poesías y otros escritos amenos o filosóficos. En uno de éstos, bastante antiguo, aprendí una composición poética que voy a recitar, con lo cual daremos fin a la conversación de esta noche.

-Venga, venga: la poesía, dijo Blanca, y cuando la hayamos oído mis hermanos y yo, iremos a cenar sin hablar una palabra.

El padre sonrió bondadosamente, y recitó la poesía que a continuación copiamos:

El calendario

«[...]
Nunca, nunca vuelve a ser
lo que allá en la eternidad
una vez contado fue».

ZORRILLA.

Gira rápidamente el minuterero
su círculo al trazar sobre la esfera,
va más lento el horario, y su carrera
anuncia la sonora vibración.
Se asemeja el reloj a un ser viviente
que tiene voz de penetrante acento
y uniforme, animado movimiento,
cual latido de humano corazón.

Es el amigo que constante vela
no distante del lecho de reposo,
el que advierte severo y cuidadoso
del nuevo Sol la bella aparición;
le consulta con ansia indescriptible
el que un momento de placer espera,
el pecho sus latidos acelera
y él prosigue en su igual oscilación.

-60-

Mas con aquella oscilación avanza,
avanza siempre inexorable y frío,
y cual marca las horas del hastío,
marca también las horas de placer.
¡Ay!, quién pudiera en ocasiones dadas,
suspendiendo del tiempo la carrera,
de una dicha ilusoria y pasajera
años mil de ventura entretejer!

¡El que rebosa juventud y vida,
y es rico en goces que el rubor no empaña,
dijera como Pedro en la montaña:
«bueno será permanecer aquí...».
Pero el reloj prosigue, dan las horas,

y parecen gritarle desde el cielo
«adelante, adelante, no es el suelo
el lugar de reposo para ti».

¡Cuántas veces, tras un día
tranquilo, dulce y contento,
el son argentino y lento
que le llama a descansar,
si es precursor de otro día
que amarguen negros pesares,
es el Mane, Thecel, Phares
del festín de Baltasar!

Pero tristes o risueños
siguen su curso ordinario
los días, y el calendario
va funcionando a la par;
en cada página suya
se extingue un mes de la vida,
¡y una página leída
jamás se vuelve a empezar!

-61-

Finida la última hoja,
el Calendario arrojamos
y es un paso que avanzamos
corriendo a la eternidad...
No le arrojéis, conservadle,
será un libro de memorias
que narre gratas historias
a la helada ancianidad.

El quinceno que leemos
llega entre aromas y flores,
entre esperanzas y amores,
y todo el año es abril.
Que aunque en invierno natura
vista un sudario de muerte,
nuestra ilusión le convierte
en las galas de un pensil
treinta Calendarios rotos...
Hemos doblado los años
y acaso los desengaños
han herido el corazón.
Es julio, se han marchitado
de abril las cándidas flores...

Lo que al campo los calores
las penas al alma son.

Cuarenta y cinco Almanagues
deslízase la existencia
más cauta con la experiencia,
más rica con el saber;
sin brillantes panoramas,
sin floridas ilusiones,
sin el sol de las pasiones...
El otoño viene a ser:

-62-

y luego, como el invierno
cubre los campos de nieve,
formando una alfombra leve
de deslumbrante color;
en el invierno del hombre
una nívea cabellera
corona triste y severa
su semblante pensador.

E infatigables y rápidos
siguen su curso ordinario
el reloj y el Calendario
sin la menor detención,
se va aumentando el catálogo,
y el que muchos ha hojeado
es el viajero cansado
que se acerca o la estación.

En el período del último
el reloj marca una hora,
y una voz consoladora
llama al justo a descansar;
y esa voz anuncia al réprobo,
con el fin de su existencia,
la inapelable sentencia
del festín de Baltasar.

- V -

Bellezas de la primavera

- Mamá, hoy es jueves -decía Blanca saltando de gozo-. ¿Sabe usted lo que quiere decir eso?

-Sí, en tus labios quiere decir: Hoy es fiesta, esta tarde no tengo que ir al colegio.

-Pero quiere decir también que iremos a dar un paseo.

-Yo no; pero rogaré a tu papá que os acompañe.

-Y ¿por qué no, mamá? Tan buen tiempo como hace, ¿no será lástima que se prive usted de tomar el aire y el Sol que todavía es agradable?

-Ya lo disfrutaré otro día, pues hoy he determinado que quiten las esteras y alfombras y llamado al tapicero.

-Ya lo harían él y las criadas.

-Tienes razón, lo harían bien o mal; pero una buena ama de casa no debe consentir que estas operaciones se lleven a cabo sin que ella las presencie y las dirija.

-64-

Ve con tu papá y tus hermanitos, da un largo paseo y a la vuelta encontrarás la habitación despojada de sus pesados cortinajes de invierno, de sus esteras y alfombras respirando todo la frescura y alegría propias de la bellísima estación en que nos hallamos.

-¿Y cómo se llama esta estación?

-La primavera.

Comió alegremente la familia, y un rato después Blanca, en compañía de su papá y sus hermanos mayores, salió al campo a disfrutar los placeres con que en todo tiempo, y más en la estación florida, nos brinda la madre naturaleza.

Un vientecillo fresco, ligero y suave templaba el ardor del Sol que empezaba a sentirse con intensidad. Las violetas ocultas entre el verde follaje, que como mullida alfombra tapizaba el suelo, y las blancas flores de los naranjos y limoneros mezclaban sus perfumes y embalsamaban el ambiente; los almendros, manzanos y perales, desnudos todavía de hojas, pero cubiertos de pequeñas y lindas flores blancas y rosadas se mostraban por todas partes como preciosos ramilletes; y los sembrados de trigo, formando cuadros más o menos regulares, ostentaban su color verde y brillante, meciéndose sus tallos a impulso del ligero céfiro.

La bóveda celeste no se hallaba oscurecida por negras o pardas nubes, y solamente interrumpía su terso azul alguna blanca y diáfana nubecilla de caprichosa forma.

Los jóvenes paseantes se hallaban regocijados, charlaban, brincaban y reían, cuando una linda mariposa pasó junto a Blanca, que emprendió con ardor su persecución. El padre la llamó y le dijo:

-¿Por qué persigues ese hermoso animalito? ¿Qué mal te ha hecho?

-Ninguno, pero me gusta mucho y quisiera tenerla, por lo mismo que es tan bonita.

-65-

-Es decir, que porque es bella y te encanta su presencia, quisieras privarla de su libertad.

-La tendría en casa, como tenemos el canario.

-El canario canta y nos recrea con sus alegres trinos; además, como esa clase de pájaros nacen ya en las pajareras preparadas por el hombre y viven siempre dentro de nuestras habitaciones, no echan de menos una libertad que nunca han disfrutado, al paso que la mariposa, que de nada te serviría y cuya vida es muy corta, moriría tanto más pronto cuanto que no tienes habitación que destinarle.

-La pondría debajo de un vaso.

-Y como el vaso no es como la jaula, que está formada de alambres, por entre los cuales circula el aire, la pobre mariposa moriría asfixiada, y si resistía a la asfixia moriría de hambre.

-Además, cuanto se diga sobre el asunto es ya inútil -observó Jacinto-, porque mira cuán lejos se ha ido.

-Está bien, pero deja que hablemos -repuso Blanca-. ¿Dice usted, papá, que dentro del vaso no habría aire?

-No he dicho eso; porque el aire, si no se extrae, está en todas partes.

El aire, agente invisible e impalpable, que por todos lados nos rodea, envolviendo nuestro globo, es pesado, es transparente, esto es, que vemos los objetos a través de grandes masas de este fluido; es insípido, esto es, que no tiene sabor alguno; inodoro, es decir, que carece de olor, y es incoloro en pequeña cantidad, al paso que en las grandes masas toma un color azul, como éste en el cual se destaca hoy el brillante disco del Sol. Por eso, cuando vemos a lo lejos una montaña, nos parece azulada porque lo es la gran masa de aire a través de la cual la miramos, por la misma razón que si tenemos ante los ojos un vidrio verde o encarnado, verdes o encarnados nos parecerán los objetos que miremos.

-66-

- Es verdad, papá, yo he observado eso del vidrio. Pues bien, el aire, como he dicho, está en todas partes, a menos que se extraiga por medio de un aparato que se ha inventado con este objeto, llamado máquina neumática, y esta operación tiene por nombre hacer el vacío. Debajo, pues, del vaso en que encerrases la mariposa habría aire, pero he dicho que no circularía, que no podría renovarse, y a un insecto que se encerrase allí le sucedería lo que a ti si te enterrasen, por ejemplo, en el ropero donde tu mamá guarda los vestidos.

-¿Y que me sucedería?

-Voy a explicártelo. El aire es un compuesto de dos gases llamados el uno oxígeno y el otro nitrógeno o ázoe, y para estar en buenas condiciones para la respiración de personas y animales necesita tener las proporciones siguientes: de cien partes de aire, 21 de oxígeno, 79 de ázoe o nitrógeno, y una pequeña cantidad de ácido carbónico; pues aunque hay algo de vapor de agua (que es lo que se llama vulgarmente humedad) esto no es en realidad parte del aire, sino un componente de la atmósfera.

Tú sabes que continuamente respiramos; al hacerlo, introducimos aire en nuestros pulmones y lo volvemos a arrojar, pero ya descompuesto, pues nos apropiamos una parte del oxígeno que se mezcla con la sangre, dándole el color rojo, y en cambio expelemos una cantidad de gas ácido carbónico, el

cual es altamente nocivo, pues envenena la atmósfera; de modo que cualquier persona o animal encerrado en un aposento reducido y donde no se renovase el aire, consumiría el oxígeno, cargaría la atmósfera de gas ácido carbónico, y moriría por asfixia como he dicho anteriormente. -Por eso mamá tiene tanto cuidado de que se renueve el aire de las habitaciones, dijo Blanca.

-67-

Basilio hubiera deseado preguntar algo más acerca de la respiración, pero su padre le hizo observar la multitud de pétalos blancos y rosados que una ráfaga de viento arrancó de los cercanos frutales, y que vino revoloteando a caer a sus pies:

-¡Qué lástima de flores!, dijo Jacinto ¿Para qué las hará Dios hacer para vivir tan poco?

-Y ¿crees tú que no han llenado ya su misión sobre la Tierra?, replicó el padre.

-No sé.

-Pues has de saber que eso que nos atrae y encanta en las flores, llamado corola por los botánicos, no es más que la parte accesoria, como si dijésemos el vestido con que se engalanan. Ésta es unas veces de una sola pieza, como sucede en las campanillas, por ejemplo, y otras de varias, como las rosas, claveles, etc. Cuando es de varias piezas llámense estas pétalos. Al caer la corola, ya está fecundada una de las partes esenciales de la flor, que se llama pistilo, y se ha formado la fruta que contiene la semilla. Muchas veces, como en ese árbol que véis a la derecha, son unas pequeñísimas manzanas que irán creciendo hasta llevar a su completo desarrollo, y después madurarán, adquiriendo un precioso color amarillo con manchas de fino carmín, un olor agradable y un sabor delicioso.

-¡Cuán hermosa es la primavera!, dijo Basilio.

-Es cierto, hijo mío, es la juventud del año y un poeta la ha llamado la sonrisa del Eterno. Es el despertar de la naturaleza, que parece dormida o más bien muerta durante el invierno. Los árboles, que hace dos meses parecían troncos secos destinados a arder en la chimenea, se cubren de verdes pimpollos y bonitas flores; los insectos alados, como la mariposa, que quería coger Blanca, han pasado el invierno entregados a un sueño letárgico convertidos en crisálidas o ninfas y envueltos en un capullo...

-68-

-Como los gusanos de seda, ¿verdad?

-Ciertamente. La forma y el color varían y generalmente el envoltorio es más pequeño en las otras especies; pero todos los insectos alados, han sido primero gusanos, después crisálidas, han salido más tarde de su estrecha cárcel con su nueva y más bella forma, entonces es cuando ponen sus huevecillos o larvas, los que nacerán a su vez otros gusanos.

-Mire usted, papá, observó Blanca. Mire usted aquel pajarito qué paja tan larga lleva en el pico.

-¿Sabes tú para que la quiere?

-No, señor.

-Pues precisamente de eso iba a hablaros. Como en esta hermosa y fecunda estación todo recobra movimiento y vida, todo renace y germina, también los pajarillos comprenden con el maravilloso instinto de que Dios les ha dotado, que van a tener huevecitos que empollar, y después, pequeñuelos

que cuidar; se unen por parejas y cada una de éstas forma un nido con velloncitos y lana que las ovejas dejan prendidos en los zarzales, con las pajitas o espartos que por casualidad encuentran por los caminos, y con los filamentos de algunas plantas; pero con estos escasos y al parecer despreciables materiales, lo construyen a la vez tan fuerte y tan ligero, que al paso que se columpia entre dos débiles ramitas, puede resistir el peso de varias avejillas, que encuentran en su seno blando y cómoda abrigo, y el del padre o la madre, que alternativamente cubren con sus alas a sus hijuelos resguardándolos del viento y de la lluvia.

-Yo no he visto ningún nido. ¿Qué forma tienen?, interrogó Blanca.

-Generalmente, contestó el padre, tienen el tamaño y la forma de media naranja, o mejor dicho de la corteza de ésta, pues son cóncavos.

-Y ¿hasta cuándo están los pajarillos en el nido?

-69-

-Hasta que se cubren de plumas y aprenden a volar. Entre tanto los padres van a buscar semillitas o mosquitos y otros insectos, según la especie a que pertenecen, y con cariñosa solicitud se los introducen en el pico, cuidando de repartir el alimento entre los hermanitos que, piando y batiendo las alas, reclaman la satisfacción de esta necesidad.

-Pero no todas las aves anidan en los árboles, dijo Basilio.

-No, por cierto, contestó el padre: las águilas, buitres y otras aves de rapiña construyen sus nidos en las aberturas de inaccesibles peñascos; las cornejas, cigüeñas y otras semejantes, en las elevadas torres, y las golondrinas, en los aleros de nuestros tejados, especialmente en las casas de campo, siendo tal su instinto, que después de haber pasado el invierno en lejana tierra, reconocen al volver a nuestro país su antigua morada y anidan en el mismo sitio varios años consecutivos.

-¿Son golondrinas esos lindos pajarillos que pasan chillando y vuelan formando curvas sobre nuestras cabezas?, preguntó Jacinto.

-Sí, hijo mío, fácil es conocerlas por sus largas alas, por su blanco pecho y por el negro azulado y brillante del resto de su plumaje.

-Y ¿dice usted que vienen de lejos?, preguntó Blanca.

-Sí, de África, adonde emigran al empezar el invierno, y pasan allí la temporada de los fríos y las nieves, volviendo en los primeros días de la primavera.

-¿Pero no es necesario pasar el mar para trasladarse a África?

-Sí tal, pero ellas sin haber estudiado Geografía, saben que dirigiéndose al Mediodía de Espalda encontrarán el estrecho de Gibraltar, brazo de mar que (como indica su nombre) tiene poca amplitud y a cuyo opuesto lado se hallan situadas las costas africanas. Además,

-70-

Nido de águilas

-71-

si el viento contrario dificulta o retarda su viaje, y no pueden resistir el cansancio, abaten su vuelo y se posan en cualquier embarcación que encuentren por el camino, cubriendo sus mástiles y jarcias, y regocijando a la tripulación con sus alegres píos, que les recuerdan los campos de su país.

-Y ¿no las matan?

-Rara vez, pues el marino europeo las ama y respeta, pareciéndole reconocer en ellas a los mensajeros de la patria y la familia, que pocas horas antes han visto su esposa o a sus hijos, han saludado sus bosques y montañas o han apagado su sed en la fuente vecina a su hogar.

-Y nosotros tampoco les hacemos daño, como a los murciélagos, añadió Jacinto.

-Hacéis muy mal en hacer daño a los murciélagos, dijo severamente el padre.

-Yo no, pero otros niños.

-Nosotros saludamos a la golondrina como a la anunciadora del buen tiempo, y nadie las mata porque tienen muy poca carne, y vivas nos prestan un servicio como todas las otras aves insectívoras, porque se comen las moscas, mosquitos y destruyen las larvas de muchos insectos, que perjudican a las plantas y son la pesadilla de los labradores.

-Y ¿los murciélagos también son aves insectívoras?, preguntó Jacinto.

-Insectívoros, sí; pero aves, no.

-Como veo que vuelan, por eso me lo parecía.

-Son mamíferos alados.

-Y ¿qué quiere decir mamíferos?

-Animales mamíferos son aquéllos que no ponen huevos, ni dan de comer a sus hijitos como las palomas, ni les enseñan a picar como las gallinas y perdices, sino que los alimenta la madre con su leche.

-Sí, vamos -interrumpió Blanca-, como aquella cabra -72- que se ha echado en el suelo para que mame más cómodamente su cabritillo.

-Sí, y como todos los cuadrúpedos, esto es, animales de cuatro pies.

-¿Y decía usted que los murciélagos dan de mamar a sus hijuelos?

-Sí por cierto, pues no tienen de aves más que las alas, y aun éstas no están cubiertas de plumas, sino formadas de una membrana sutil como una suave y fina tela.

-Pues yo les diré a mis amigos, respondió Jacinto, que cuando cojan un murciélago no lo martiricen.

-Harás muy bien, y aún será mejor les digas que no los cojan, porque son animalitos inofensivos, y además de que nada conduce el privarlos de la libertad, como una vez en su poder un murciélago, ni les serviría de nada, ni se haría admirar por su belleza, concluirían por quitarle la vida más o menos cruelmente.

Después de una breve pausa, el padre continuó diciendo:

Hijos míos, el Sol esta próximo a su ocaso, ved cuán bello espectáculo nos ofrece el cielo. ¿Qué pincel podría reproducir esas bellísimas tintas de púrpura y rosa? Pero el vientecillo es algo frío, y debemos regresar a casa.

Los niños obedecieron al punto, y llegados a la presencia de su madre la enteraron de cuanto habían visto y de la agradable conversación que habían sostenido.

-Casualmente, respondió Flora, acabo de recibir un periódico literario que contiene una poesía dedicada a la primavera.

-A ver, mamá, dijo Blanca.

-Que la lea Basilio en voz alta, replicó Flora entregando el papel a su hijo mayor, y así todos saborearemos -73- el placer de oír elogiar la

grata estación que atravesamos.
Basilio leyó:

La primavera

¡Mil y mil veces bendita
la estación grata y risueña,
bendita tú, deliciosa
y apacible primavera!

Tú, con el cetro de flores,
tocas el campo, y despierta
de su pesado letargo,
de su profunda tristeza.

Preso estaba el arroyuelo,
y también la fuente presa,
y aunque de cristal brillante
duras eran sus cadenas.

Mas ya tus auras templadas
arroyo y fuente deshuelan,
y ellos, con dulce murmullo
se deslizan por la vega;

ya los prados y colinas
tapiza menuda yerba,
en que el matinal rocío
la naciente luz refleja.

Bajo del verde follaje
recátase la violeta,
y sólo el suave perfume
delata a la flor modesta.

Bandadas de golondrinas,
de brillante pluma negra,
y otras aves emigrantes
pueblan ya nuestras riberas.

Con voz alegre saludan
nuestra hospitalaria tierra,
-74-

y cada cual se dirige
y en torno revolotea,

al paraje en que otros años,
con su dulce compañera,
formara el amable nido
donde su prole se alberga.

Albas flores perfumadas
en los árboles se ostentan,
flores esmaltan el prado,
flores coronan la sierra.

Y el céfiro, que difunde
su pura fragante esencia,
deleita blando el sentido
y el alma encanta y recrea.

Juguetonas mariposas
de formas lindas y esbeltas,
con matices que envidiaran
los claveles y camelias,

batiendo sus leves alas
inquietas revolotean,
besan las flores gallardas
y caprichosas se alejan.

El gracioso cabritillo
y la blanca corderuela,
con sus alegres balidos
la grata estación celebran;

y paciendo con delicia
la fresca y menuda yerba
saltan y triscan gozosos
en la florida pradera.

Mas luego, cuando la noche
cambia la rústica escena,
tendiendo un velo sembrado
de innumerables estrellas;

ó bien si la tibia Luna,
su luz derramando bella,
-75-
el monte llano ilumina
y en el mar azul refleja;

el ruiseñor melodioso,
el cantor por excelencia,
cuyos trinos son encanto
de músicos y poetas,

llena el aire de armonía
con sus amantes endechas,
posado en su blando nido
qué oculta la selva espesa.

Esta es la paz de los campos,
esta es la vida hechicera
que otorga siempre a sus hijos
la madre Naturaleza.

Si alguna vez, por acaso,
tan dulce calma se altera;
si cubren el horizonte
apiñadas nubes negras,

el ronco trueno retumba,
y el huracán en la selva
troncha los árboles grandes
y los más tiernos doblega;

pronto, en fecundante lluvia
las densas nubes deshechas,
cobra el campo nueva vida,
la atmósfera, transparencia;

y en el aire se dibuja
con su divina belleza
arco de vivo colores
que junta el cielo y la tierra.

¡Venturosos los que pueden
presenciar tales escenas,
desde la choza pajiza
de verde parra cubierta!

Dichosas las pastorcillas
que en prado ameno se ostentan,
-76-
Sin más adornos, ni galas
que su cándida belleza.

Mas ¡ay de los ciudadanos,
esclavos de la etiqueta,
que discurren pensativos
por largas calles estrechas!

La vegetación lozana
miran al arte sujeta,
los pájaros enjaulados,
los arbustos en macetas,

las flores casi marchitas,
los árboles en hileras,
y en vez de la tibia Luna
el gas y la luz eléctrica...

No te gozan, te adivinan,
deliciosa Primavera,
mas te saludan diciendo:
¡oh estación grata y risueña,

Exuberante de vida,
de esperanzas y riquezas,
de flores y de perfumes,
bendita, bendita seas!

- VI -

Molestias del verano

En una calurosa tarde del estío, Blanca preguntó a su mamá:

-¿De dónde viene este calor que tanto nos molesta?

-Del Sol, hija mía, respondió la madre.

-¿Pero cómo es que en invierno hace también Sol y no calienta tanto? ¿Está más lejos?, insistió la niña.

-No por cierto, al contrario; si bien en la inmensa distancia a que nos hallamos, esta diferencia de proximidad es insignificante, pero la causa de que en la presente estación el Sol caliente con más intensidad nuestro globo, es la posición que éste ocupa respecto a aquel.

-No entiendo eso muy bien.

-Te lo explicaré: ¿recuerdas que te dijo tu papá que nuestro planeta giraba alrededor del Sol?

-Sí señora.

-Pues bien, en verano se coloca de modo que los -78- rayos del gran lumínar, origen de la luz y el calor, le hieren, casi perpendicularmente, y experimentamos, una temperatura más elevada; en invierno, por el contrario, nos dirige sus rayos oblicuamente, y no nos calientan tanto. Esto lo experimentarás fácilmente si pones la mano bien extendida encima una vela encendida: si la mano está en posición horizontal la llama la calienta perpendicularmente y por lo tanto con mucha intensidad y no podrás continuar sin sufrir un dolor muy vivo; en cambio, si ladeas la mano de modo que su posición respecto la dirección de la llama sea oblicua, sentirás calor, pero no tan insostenible como antes. También se puede de probar con un papel: en el primer caso se quema rápidamente y en el segundo tarda bastante.

-Pero bien ¿qué es calor? ¿Qué es temperatura?

-Tu papá te lo explicará, que ahora se levanta de dormir la siesta.

-¿Y por qué no continúas tus explicaciones, amiga mía?, dijo el padre sonriendo.

-Porque tú lo dirás mejor, y además, porque mi labor de tapicería exige toda mi atención.

-Pues, Blanca, ve a buscar a tus hermanos para que se aprovechen de la lección, dijo el padre.

Blanca obedeció y los niños entraron en un saloncito bajo, donde tenía lugar la conversación.

-Mande usted papá, dijo Jacinto.

-Preguntábasme el otro día qué era el calor, y ¿recuerdas lo que te contesté?

-Sí, señor, me dijo usted estas palabras poco más ó menos: «El calor es

movimiento de las moléculas de que se componen los cuerpos: cuando este movimiento aumenta en rapidez, aumentan las temperaturas del cuerpo y, al contrario, cuando disminuye dicho movimiento, disminuye también la temperatura.» Me dijo usted también que provenía del Sol, y al decirle yo -79- que era una cosa molesta y que a veces se hacía insostenible, usted añadió que el calor era la vida de la naturaleza orgánica e inorgánica, que por su acción circulaba la sangre en las venas y la savia en las plantas, que gracias a él maduran las mieses en los campos y las frutas en los árboles; de modo que yo quedé convencido de que es muy bueno, aunque me moleste bastante.

-Está bien; también me preguntabas por que el termómetro marcaba 25 grados, cuando en el invierno pasado hubo días en que marcó solamente 2 ó 3, y ¿qué tenía que ver esto con el calor y el frío?, y como quiera que tu hermanita ha dirigido hoy a tu mamá preguntas semejantes, voy a contestaros ampliamente.

Todos los cuerpos que nos rodean, ya se hallen en estado sólido, como por ejemplo las piedras, los montes, en una palabra la corteza terrestre, ya en estado líquido, como los ríos y los mares, ya por último en estado gaseoso formando la envoltura que rodea el globo en que habitamos; tienen siempre sus moléculas en continuo movimiento.

Este movimiento es el calor. Uno de sus efectos es la variación que sufre el volumen de un cuerpo; al crecer el calor, aumenta la velocidad de las moléculas, ocupan más espacio y, por lo tanto, se agranda el cuerpo, aumenta de volumen; al contrario, disminuye el movimiento de las moléculas, éstas se acercan y el cuerpo se contrae, su volumen se hace menor.

Por temperatura se entienden los diversos estados de calor por los que un cuerpo pasa cuando se lo calienta o se le enfría. Cuando aumenta el calor de un cuerpo, se dice que su temperatura se eleva; y cuando disminuye, que su temperatura baja o desciende.

Entre las varias modificaciones que los cuerpos experimentan cuando se les somete a la acción del calor, la más perceptible de todas es la variación del volumen, de que os he hablado. Hay una ley de Física -80- que dice: dos cuerpos tienen la misma temperatura cuando puestos en contacto no se modifican sus respectivos volúmenes.

Basándose, pues, en esta ley se ha construido el termómetro¹ aparato que sirve para medir las variaciones que la temperatura experimenta. Fue inventado según unos por Galileo, según otros por Cornelio Drébbel, a principios del siglo 17.^o

Para la construcción de termómetros son preferibles los líquidos a los sólidos por ser éstos muy poco dilatables; no obstante, nos valemos a veces ellos, para medir temperaturas muy elevadas, como por ejemplo la de los hornos de fundición, en donde se usa un aparato llamado pirómetro, palabra que significa medida del fuego. Por el contrario, los gases son demasiado dilatables y su volumen varía como temperatura y con la presión.

El termómetro ordinario se construye con mercurio o con alcohol. Consiste en un tubo cilíndrico de vidrio y de diámetro muy pequeño, soldado a un depósito más ancho de forma también cilíndrica o esférica. Un tubo en estas condiciones se llena de mercurio hasta sus dos terceras partes

próximamente, se introduce en un depósito de fondo agujereado y lleno de hielo y se le deja hasta que el mercurio permanezca estacionario: allí se marca el cero. Después se traslada a un aparato que contiene cierta cantidad de agua que se hace hervir. El vapor del agua rodea el depósito y el tubo del termómetro, y sale después por un conducto que el depósito tiene en una de sus paredes laterales. Dispuesto así el termómetro, se mira en donde permanece fijo el mercurio y se le marca el número 100 y el espacio comprendido entre el 0 y el 100 se divide en 100 partes iguales llamadas grados. Estas divisiones se marcan en -81- el mismo tubo ó bien se inscriben en una tablita de metal, de porcelana o de madera, en la que descansa el aparato.

-Ahora falta que nos diga usted lo que es el frío, dijo Blanca.

-El frío no es más que la disminución del movimiento de las moléculas que componen los cuerpos. Pues ¿en qué consiste, insistió la niña, que en invierno, si toco un objeto de metal, la baranda del balcón por ejemplo, la encuentro fría, tan fría que me duelen los dedos durante un rato?

-En la propiedad que tiene el calor de tender siempre al equilibrio, esto es, a perder un poco de él el cuerpo que tiene más y comunicarlo al que tiene menos; así cuando en invierno tienes las manos frías y yo las tomo entre las mías calientes, al poco rato se te han entibiado algo con el calor que yo te he comunicado. Esto se llama radiación, pero como la diferencia que existe entre la temperatura de tus dedos y la del hierro del balcón, en una helada mañana de invierno, es grandísima, al equilibrarse el calor pierdes rápidamente una gran cantidad de él, y eso te produce una brusca y dolorosa impresión.

En los países glaciales, ha habido ocasión en que al coger algún imprudente un instrumento de metal, se le ha quedado la piel de los dedos adherida a él, como si hubiese cogido una brasa.

-Yo también tengo que hacer una pregunta, papá, dijo Basilio.

-Házla, que ya te escucho.

-¿Por qué el agua de los pozos muy hondos y el aire de las grutas muy profundas, de los sótanos, cuevas, etc., es fresco en estío y caliente en invierno?

-Es que no hay tal cosa, y esa frescura y calor no son reales sino aparentes.

-No me lo explico.

-82-

-Pues es muy sencillo: la temperatura de tales sitios no cambia o cambia poco, por no hallarse en contacto con la atmósfera que nos rodea. Puede asegurarse, por lo tanto, que no estará más caliente el agua del pozo en invierno que lo está ahora; pero como nuestro cuerpo está en contacto con dicha atmósfera, cambia con ella de temperatura y experimenta una sensación de fresco muy grata, entrando por ejemplo, en una cueva donde el termómetro marcara 8 grados; como la experimentaría de suave calor en el invierno si en el interior de la cueva existiese la propia temperatura, o poco más baja, y en el exterior marcase el termómetro 0 grados.

-Ya lo entendemos, repuso Jacinto, y por mi parte confieso que el calor es una cosa muy buena, y excelente el verano si no tuviese un séquito de grillos y cigarras, que nos molestan con su canto, y de moscas, mosquitos,

hormigas y otros bichos. ¿Para qué habrá criado Dios todo eso?

-Ante todo, debo decirte que hay muchas aves que se alimentan de insectos, y después, que para saber el fin que Dios, Autor de la naturaleza, se ha propuesto al dar vida a todos y a cada uno de los seres que constituyen el universo, sería necesario que fuésemos tan sabios como él; y como distamos mucho de serlo, no tenemos más que acatar su ciencia y su poder, respetar sus arcanos y persuadirnos, aunque no lo comprendamos, de que todo tiene su destino en este mundo y que en las obras de Dios nada hay inútil y por demás.

-Eso dice una fábula que yo sé, dijo Blanca. La aprendí para recitarla en el colegio y está en un libro muy grande en que hay otras muchas.

-¿Recuerdas el nombre del autor?

-Sí, señor. don Felipe Jacinto Sala. ¿Quieren ustedes que la recite?

-Enhorabuena.

El espino

Viendo un nido que todas las ovejas
que cruzaban el borde del camino
dejaban en las puntas de un espino
despojos de su lana;
decía a su papá: -«¿por qué los cielos
dan vida a esos espinos punzadores
que carecen de frutos y de flores,
y que, nacidos sólo para el daño,
van robando el vestido del rebaño?
¿Por qué, di, los pastores
no cortan de raíz esos arbustos?

-Serían, si lo hicieran, muy injustos.
¿Ignoras que ellos mismos,
armados de tijeras cortadoras,
les quitan a la oveja y al cordero,
no leves copos de su blanca lana,
sino el vellón entero?

-Pero en eso, papá, tienen disculpa;
tú me has dicho en distintas ocasiones,
que con esos vellones
se solían tejer nuestros abrigos;
mas dime: ¿qué intención guiarle pudo
al espino que está siempre desnudo?
¡Oh! nada de clemencia;

mañana traeré mi podadera
y en pie no ha de quedar uno siquiera.»

El padre sonrióse con cariño,
pensando que muy pronto la experiencia
vendría a aleccionar, al tierno niño.

-84-

En efecto, a la vuelta de la aurora
innumerables pájaros cercaban
aquella misma planta punzadora,
y llenos de contento
huían y tornaban,
y con sus tiernos picos la besaban.

-«¿Qué es eso, papá mío?
-Exclamaba esta vez el rapazuelo;
¿qué vienen a buscar en el espino
esas aves del cielo?

Escúchame, querido,
la alondra, el colorín, los ruiseñores
y todos esos seres voladores
que ves allí, quieren formar su nido,
y ese espino por ellos bendecido
protege su familia y sus amores.
¿Ves con qué gozo cada cual se afana
en llevarse un poquito de esa lana
que aprisionó el arbusto?
Esa lana sobraba del ganado
y el tutelar espino la ha robado,
no para su provecho,
sino para cederla al ave bella
que va en seguida a fabricar con ella,
con trabajos prolijos,
la blanda cuna de sus tiernos hijos.

¿Y serás todavía tan impío?
¿Te obstinarás en que esa planta muera?»

Tirando la acerada podadera
y con llanto en los ojos,
el niño contestó: -«No, papá mío
florezca en paz y viva largos años,

que aun en ese arbusto,
-85-
tan malo en apariencia,
revela su bondad la Providencia.»

Del cedro altivo hasta la yerba fútil
y desde el hombre al más pequeño insecto,
en las obras de Dios no hay nada inútil,
en las obras de Dios todo es perfecto.

- VII -
Riqueza del otoño

Había llovido, y un Sol pálido, que ya descendía a su ocaso, apareciendo entre pardas nubes, que él doraba y matizaba débilmente, iluminaba también la parte más elevada de los edificios y las copas de los más altos árboles del jardín, cuyas escasas hojas ostentaban ese color peculiar que ni es verde, ni amarillo, ni dorado; ese color que imprime al campo un tinte de melancolía, contrastando con el verdor de que le viste la primavera y el principio del estío.

Todavía más secas y de un color mas oscuro se veían infinidad de las mismas hojas en el suelo, que crujían bajo los pies o formaban un rumor leve, al arrastrarlas el suave vientecillo que empezaba a levantarse.

-¡Qué triste es el otoño, mamá mía!, dijo Blanca, que con su madre y Jacinto se hallaba asomada a un balconcito, que caía sobre el jardín.

-No te dirán eso, replicó la señora, los labradores de los pueblos vecinos.

-Pues ¿no tienen ojos para ver esos árboles secos y esa alfombra de hojas amarillas, que se extiende a sus pies?

-87-

-Lo ven y dan gracias a Dios por su infinita Providencia.

Nosotros nos procuramos sombra y fresco en el estío con persianas, con transparentes y cortinajes; y calor en el invierno con estufas, caloríferos, alfombras, etc.; pero el pobre, que sale de su casa y camina o trabaja a la intemperie, y los niños de los aldeanos que juegan fuera de

sus estrechas y miserables viviendas, encuentran en el estío cortinajes y pabellones verdes que les ofrecen apacible sombra; después la Providencia despoja los árboles de esa frondosa hojarasca, y los hombres trabajan y los niños juegan al Sol, cuyos rayos pasan sin obstáculo a través de sus desnudas ramas.

-Pero todo el mundo sabe, observó Jacinto, que la caída de las hojas es la imagen, o mejor dicho, el recuerdo de la muerte.

De una muerte temporal, repuso Flora, porque de aquí a pocos meses la vegetación renace espléndida y vigorosa, y las plantas se cubren de nuevo de tiernos brotes o retoños, frescas hojas y hermosas flores.

-Sí, pero una canción dice:

«Y nosotros nos iremos. Y no volveremos más.»

-A este mundo no, pero nuestra alma inmortal está destinada a vivir eternamente en otra morada, donde reina la paz, impera la justicia y se goza una felicidad completa y sin límites.

-¡Si el ir al cielo fuese seguro!..., insistió el muchacho.

-Seguro es para quien de veras lo quiere y lo desea, puesto que Dios lo ha prometido por premio de nuestras buenas obras; y el vivir conforme a su santa ley y practicar la virtud está en nuestra mano.

-88-

-Tú siempre interrumpes, dijo Blanca a su hermanito. Diga, usted mamá, ¿y sólo tener sombra en el verano y Sol en invierno, están tan contentos los labradores?

-Lo están porque tienen su casa repleta como una colmena.

-¿Qué es una colmena y de qué está repleta?

-La colmena es la habitación de las abejas y está llena de panales de miel, pero en otra ocasión hablaremos de esto.

Cualquier tarde que no haya llovido, y por consiguiente, no haya barro en el suelo ni humedad en la atmósfera, saldremos al campo y verás las cuadrillas de vendimiadores, que regresan contentos a sus hogares entonando alegres canciones, y llevando en la cabeza sendos cestos con uvas doradas o negras, pero todas en estado de perfecta madurez.

-Les gustarán mucho las uvas, dijo Blanca, y por eso cantan y están alegres. A mí también me gustan.

-No todas se destinan para comerlas, si bien de las de ciertas especies se escogen los racimos más sanos, se cuelgan del techo y se guardan para el invierno, lo mismo que las peras, manzanas, membrillos, granadas, etc. En algunos pueblos de Valencia y de Andalucía, la mayor parte de la uva es de la llamada pasa, que escaldada y prensada convenientemente se exporta en grandes cantidades, constituyendo un postre tan sano como agradable; pero el principal destino que se da a la uva, en nuestro país, es el convertirla en vino.

-El vino no me gusta nada, dijo Blanca, haciendo gestos de desagrado.

-A mí, si es bueno, me gusta un poquito, añadió Jacinto.

-Cierto es que la bebida más sana es el agua; pero aunque no os guste el vino a vosotros, y aunque no -89- sea higiénico ni prudente que los niños se acostumbren a él, no deja de ser necesario para los hombres que

se entregan a rudos trabajos y se alimentan mal, pues les conforta más que el agua; es también conveniente y a veces hasta lo prescriben los médicos a las personas débiles por temperamento o por efecto de enfermedad, y se hace de él una gran exportación para otras naciones; de manera que los cosecheros obtienen pingües beneficios.

-¿Y estrujando la uva se hace el vino?, preguntó Blanca.

-Estrujándola se convierte en un líquido que se deja fermentar en depósitos cerrados, que se llaman lagares, después se saca de allí limpio y depurado, y se embotella o se guarda en toneles para la venta o el consumo de la familia.

El vino, como los demás licores, produce deplorable resultado para el que abusa de él bebiendo con exceso, pues (en vez de fortalecer) debilita, entontece y en momentos dados hasta priva de la razón.

Otra cosecha de la estación presente tan beneficiosa como la anterior para los agricultores es el aceite, el cual se obtiene prensando las aceitunas que, como sabéis, son el fruto de los olivos.

Ved, pues, si la familia que ha cogido trigo en el verano; que en el otoño se provee de vino, aceite y frutas exquisitas, que guarda para el invierno colgándolas del techo con fuertes clavos o colocándolas en el suelo sobre una gruesa alfombra de paja, que las preserva de la humedad; que ha recolectado, además, raíces como patatas y cebollas, y legumbres como judías, habas y lentejas; si por añadidura ha engordado un cerdo y lo mata al sentirse los primeros fríos, salando su carne y guardándola después de haber hecho salchichas, longanizas y toda clase de embutidos: ved, repito, si puede decir que ha llenado su casa como las abejas su -90- colmena y dar gracias a Dios por tales beneficios, mientras el cielo se cubre de nubes y el vendaval azota las ramas de los árboles, despojándolas de sus hojas.

-Pero si no piensan más que en llenar sus casas, guardándolo todo para sí ¿qué comeríamos los demás?, preguntó Jacinto.

-Los labradores se reservan para su consumo parte de lo que cosechan y el resto lo venden.

-De manera es, continuó Jacinto, que los labradores venden lo que les sobra a los comerciantes, y éstos lo vuelven a vender más caro, con cuyo tráfico se ganan la vida.

-Sí, por cierto, los comerciantes, clase también benemérita, compran los productos de un país y los conducen o envían a otro, que a no ser así carecería de ellos. Este cambio de productos entre diversas regiones es causa de que todas disfruten de las ventajas de los diferentes climas, y contribuye al bienestar de los hombres y a la armonía y fraternidad universal.

Al terminar estas palabras, la madre se retiró de la ventana, la cerró y mandó encender las luces, porque la noche había cerrado ya.

Como todos los años dejase sentir el invierno con sus rigores en la ciudad en que habitaban Blanca y su familia. Hallábase ésta reunida alrededor de la chimenea, en la que ardía un alegre fuego; el padre y los hijos leían, la madre hacía una labor de punto de media, y la niña estudiaba su lección de Historia.

La lluvia caía lenta y acompasadamente, produciendo ese ruido monótono que causa sueño; pero los niños de quienes nos ocupamos estaban muy despiertos, y aunque era de noche, no habían cenado todavía y tenían mas ganas de hablar que de dormir; así es que Jacinto, que, como habrán notado nuestros lectores, era el más locuaz, cerró el libro y frotándose las manos, que extendió delante de la lumbre, dijo:

-¡Cuán bueno es, cuando llueve y hace frío, estar -92- a cubierto con las puertas y balcones cerrados y al amor de la lumbre, como nosotros nos hallamos!

-¿Y no te ocurre nada más que eso?, dijo el padre. Te contentas con decir: «¿esto es bueno, yo lo disfruto y estoy contento?»

-¡Ah!, por supuesto que doy gracias a Dios porque nos proporciona calor y abrigo. Verdaderamente que si empezásemos a pensar en los pobrecitos que les coge la lluvia en la calle, o acaso en despoblado, en los que se hallan en el mar cuando la tempestad arrecia, nos pondríamos tristes sin poder remediar nada, y nuestra satisfacción no sería tan completa.

-Pero será mayor nuestra gratitud al Ser Omnipotente de quien todo bien dimana, si consideramos que, además de los infinitos beneficios que continuamente prodiga a todas las criaturas, nos dispensa ventajas y favores de que no todos pueden disfrutar.

-¿Sabe usted, cuando pienso yo eso, papá?, dijo Basilio. Pues pienso en ello, cuando en una noche tan fría y lluviosa como esta, me voy a mi cuartito tan caliente y cómodo, me meto en la blanda cama y me cubro con finas y suaves mantas de lana, que se ciñen a mi cuerpo y conservan su calor, ya que, según dice papa, los abrigos no nos dan calor sino que conservan el que tenemos, impidiendo que el contacto glacial de la atmósfera que nos rodea, nos robe una parte de él.

Entonces me acuerdo con lástima de tantos pobrecitos como duermen en habitaciones desmanteladas, con puertas que no cierran bien y dan paso al viento y quizás a la lluvia, y con escaso abrigo en la cama.

-Veo con gusto que te acuerdas de mis lecciones de física elemental, dijo el padre.

-Y yo observo con placer, añadió la madre, que tampoco olvidas la caridad.

Blanca había cerrado también el libro, y escuchaba atentamente.

-93-

Entonces intervino en la conversación, diciendo:

-Mira, Basilio, a esos pobrecitos les envía Dios muchas veces personas buenas que son su providencia.

-¿Qué sabes tú?, respondió Jacinto.

-Vaya si lo sé. ¿Lo digo, mamá?

-Habla, hija mía, no tengo yo secretos para tu padre y tus hermanos, respondió Flora.

-No me atrevía, porque dijo usted aquello de la mano derecha y la izquierda.

-No importa, aquí puedes decirlo todo. Entonces refirió la niña en su infantil lenguaje que pocos días antes la lavandera había contado a su madre que se hallaban sin ropa de abrigo, a causa de haberla empeñado tiempo atrás para proporcionarse recursos durante la larga enfermedad de un hijo suyo, que no habiendo podido rescatarla ni pagar el interés, los dueños de la casa de préstamos la habían vendido, y que los pequeñuelos lloraban de frío bajo su agujereada y raída manta.

Al día siguiente, la señora y la niña, seguidas de un mozo de cuerda, que llevaba un fardo formado con ropa para las camas y algunos vestidos usados que habían pertenecido a los niños, fueron a llevar abrigo y consuelo a la desgraciada familia, que vivía en una aldea inmediata; y la pobre mujer había vertido lágrimas de gratitud, bendiciendo la mano que los socorría, mientras los niños, huérfanos de padre, saltaban de gozo, diciendo: ¡Alabado sea Dios! ¡ya no tendremos frío!

Añadió Blanca que su mamá le había encargado no refiriese a sus amigas y compañeras de colegio, ni a ninguna otra persona, la obra de caridad que acababan de practicar, pues Jesucristo encargó que cuando socorriésemos al necesitado, no supiese la mano izquierda lo que hacía la derecha, de cuya advertencia nacía su vacilación al tratar de referirla.

-94-

... la señora y la niña seguidos de un mozo de cuerda...

El padre aplaudió el proceder de su esposa, y ésta dijo, dirigiéndose a los niños:

-¿Queréis creer que la niña de la lavandera, de poca más edad que Blanca, todavía halla medio de socorrer a otros seres más infelices que ella y los suyos?

-¿De veras, mamá?, cuéntenos usted eso, dijo Jacinto, sumamente complacido.

-No son individuos de la especie humana, pero son animalitos que Dios ha creado también, y que sufren los rigores del frío y el hambre que es consecuencia de la falta de vegetación. Aquella simpática y amable -95- niña notó que, si alguna mañana comía su pobre desayuno apoyada en la ventana y le caía una miga de pan, un gajito de nuez, o se dejaba la corteza del queso, venían los gorriones y devoraban con afán aquellos manjares; al día siguiente puso ex profeso miguitas de pan y desperdicios de la comida. Esto duró unos días, después dejó la ventana abierta y las acostumbradas provisiones dentro del cuarto; los pajarillos vinieron como de costumbre, algunos al verse burlados en su esperanza (pues se habían acostumbrado a almorzar en aquel sitio) miraron hacia dentro y aunque vieron en la habitación pan, algunas semillas y cortezas de queso, no se atrevían a bajar, porque María estaba sentadita en un rincón remendando su ropa. Al fin alguno más hambriento o más atrevido se determinó a bajar, y tras de aquel otros, viendo que nadie molestaba al primero; en términos

que ahora, todas las mañanas a la misma hora, entran siete u ocho gorriones, rodean a María, se le ponen en la falda o en el hombro, y aunque no se dejan coger, pues vuelan cuando lo intenta, comen a su lado, cual si fuesen gallinas, y con alegres píos y graciosos saltitos le demuestran su gratitud y regocijo.

-¿Tú los has visto?, preguntó Jacinto a su hermana.

No, dijo ésta, porque al entrar mamá y yo todos volaron, pero creo a la niña y más a la madre que es una mujer muy formal y también nos lo aseguró. «Esos pajarillos, me -96- decía la niña, son mis amigos, y me acompañan cuando me quedo sola en casa, preparando la comida». Yo le respondí: «Yo también tengo un canario muy bonito.» -«Sí, me replicó la muchacha, pero aquel está encerrado como un preso en la cárcel, al paso que éstos gozan de libertad, y vienen por su gusto o por su conveniencia.»

Cuando llegamos a la calle, prosiguió Blanca, dije a mamá: «¿Suelto el canario en llegando a casa?»

-¿Y qué te contesté yo?, dijo la madre.

-Una cosa que me convenció completamente; y así no pienso soltarle. Me dijo usted que, como no está acostumbrado a la libertad, no sabría usar de ella; que no viendo el cajoncito del alpiste y los cañamones no sabría buscar el alimento en otra parte; que no avezado a orientarse para volar con dirección fija, no podría volver a casa aunque quisiera; y, por último, que acosado por el hambre y aturdido, caería en manos de un chiquillo o en las uñas de un gato y acabaría su vida.

-Muy buena será esa niña, observó Basilio, que no pudiendo hacer bien a sus semejantes por falta de recursos, protege a los hambrientos pajaritos. En cuanto a mí, cuando el frío me molesta me consuelo pensando que hay otros seres más desgraciados que nosotros y los compadezco desde el fondo de mi alma.

-Eso ya lo has dicho, interrumpió Jacinto.

-No, que ahora hablo de otros más desgraciados que nuestros mendigos.

-¿Más que los que no tienen abrigo ni pan para llevarse a la boca?

-Más; porque estos, si carecen un día de pan, al siguiente se lo proporcionará su trabajo o la caridad pública o privada, y pueden disfrutar de la vista del cielo y el calor del Sol y de una naturaleza rica y animada, aun en medio del invierno.

-97-

-Ven el Sol cuando no ésta nublado.

-Es que aquellos están privados de su luz y su calor durante meses enteros.

-¿De verás?, dijo Blanca, y ¿dónde viven esas pobres gentes?

-Papá te dirá si digo verdad, contestó Basilio.

-En efecto, dijo el padre, en los países inmediatos a los polos no tiene el año más que un día una noche, con sus correspondientes crepúsculos, de modo que durante unos tres meses ven constantemente el Sol sobre su horizonte, pero en cambio pasan lo menos cinco sin ver su grata y vivificante luz, es decir que su invierno es una continua noche y su estío un largo día.

En aquellas regiones se forma con frecuencia la aurora boreal o polar,

maravilloso meteoro cuya causa no está bien averiguada, si bien probablemente es la electricidad o el magnetismo. Se presenta en forma de grandes nubes o humaredas de colores alternativamente oscuros y brillantes y con gran variedad de matices. Su aparición lo ilumina todo, rompiendo la monotonía de aquellas noches interminables.

Los viajeros que han visitado las inmediaciones del polo Norte nos describen con triste colorido aquellos campos cubiertos de hielo la mayor parte del año, aquellas chozas de madera y aquellos habitantes de cuerpo pequeño y deforme. Llámense esquimales, que quiere decir en danés comedores de pescado crudo y, en efecto, se alimentan de focas, animales anfibios que abundan mucho en aquellas regiones y son unos feos mamíferos, que tienen dos zarpas de que se valen para salir a tierra. Se les denomina también becerros marinos.

La grasa de las focas les sirve para procurarse luz, la piel les proporciona vestidos y calzado, y en su largo y triste invierno encierran en sus casuchas de madera -98- o de nieve gran cantidad de estos animales, que les sirven de alimento; pasando aquella noche de muchos meses sin ver otra luz que la artificial y la de las auroras boreales, sin poder salir de aquella especie de tumba, porque está nevando casi continuamente, sin reunirse las familias vecinas, aislados, tristes y respirando una atmósfera viciada y fétida. Con razón decía, pues, Basilio que estos seres son mucho mas desgraciados que nuestros pobres.

Esquimal

-99-

-A mí, que me gusta el invierno, observó Jacinto, no me desagradaría pasar una temporada en una de aquellas chocitas; y a la luz de un quinqué, alimentada con aceite de locas, leería, escribiría, dibujaría...

-Y yo pasaría unos ratos distraída con la lectura, y otros con mis labores, añadió Blanca.

-Vosotros, queridos míos, dijo la madre, sufriríais mucho más que ellos, si por desgracia (lo que no es probable) os hallaseis algún día en tan ingrato país porque no estáis habituados a tales privaciones; y por lo que toca a los esquimales, no pueden distraerse con la lectura ni las labores, porque su instrucción no llega a tanto.

-¿Cómo? ¿no tienen quien les enseñe a leer y escribir?

-No, hija mía, los europeos no visitan aquellas apartadas regiones, sino muy rara vez, cuando un naufragio o acaso el amor a la ciencia y el deseo de explorar remotos países ha llevado a esta parte del mundo algún bajel con su tripulación y pasajeros; por eso su civilización está tan atrasada y su instrucción es tan escasa. Si algunos misioneros cristianos tienen la abnegación y el valor de llegar hasta ellos, como suelen sucumbir al poco tiempo a las privaciones y al rigor del frío, apenas, si pueden vivir lo suficiente para enseñarles las principales verdades de nuestra Santa religión.

-¿Y decía usted, papá esos esquimales tienen casas de nieve?, dijo Blanca.

-Así lo he dicho.

-Pero ¡si la nieve es tal blanda que al momento de tocarla se deshace!...

-Se deshace aquí, donde el calor la derrite con facilidad, pero no en aquel clima glacial, donde adquiere una consistencia igual a la de las rocas duras; y las -100- nuevas nevadas que caen diariamente y se hielan a las pocas horas, no hacen más que aumentar el volumen de la choza y el espesor o solidez de sus paredes.

-¿Y en el verano no se derriten?

-No, pues aunque se deshiele la superficie, no tiene el Sol bastante fuerza para penetrar y licuar aquella masa solidificada.

-Pero cuando nunca anochezca, dijo la niña, será una cosa muy agradable.

-No tanto como a ti te parece, hija mía, pues las alternativas de día y noche ofrecen descanso a la vista, y los europeos que han estado precisados a soportar aquella luz constante, reflejada casi siempre por la blancura de la nieve, han sentido sus ojos fatigados, y han contraído inflamaciones y otras enfermedades en los delicados órganos del aparato visual.

-Pero lo cerrarán todo, y dormirán a ratos.

-Sin embargo, no logran esa oscuridad completa, que nos ayuda a conciliar un dulce sueño, pues aun a nosotros, a pesar de tener las casas infinitamente mejor acondicionadas y cerrar puertas y balcones, suele sucedernos que en cuanto se hace de día nos despierta la luz, que penetra por las rendijas de los postigos y atraviesa la delicada y sutil túnica de nuestros párpados.

-Vamos, dijo sentenciosamente Jacinto, veo que tenemos que dar muchas gracias al Señor por no haber nacido esquimales.

-Sí, añadió Blanca, bendigamos a Dios que nos da un invierno alegre y relativamente templado, que nos permite de día tomar el Sol, y pasar la noche en cómodas habitaciones.

-Y hablar, reír, contar cuentos, estudiar y trabajar al amor de la lumbre, con luz de gas, y no alimentada con aceite de focas, continuó el hablador Jacinto.

-Mamá, exclamó Blanca, he oído a muchas personas -101- quejarse del frío en invierno y desear el verano y cuando estamos en los más calurosos del año, echan de menos el invierno. ¿Sabe usted cual es el mes que yo prefiero? El de Diciembre.

-Ya presumo por que, dijo la madre. Porque en dicho mes celebramos los cristianos la fiesta más grata, el misterio más tierno y más sublime de nuestra santa religión, el nacimiento temporal de nuestro divino Redentor.

-Es verdad, repuso Jacinto, y también porque es el tiempo de los belenes.

¿Haremos uno, papá?

-No tengo inconveniente.

-Y cantaremos villancicos, y comeremos pavo, turrón y otras muchas cosas buenas.

-¡Calla, goloso!, dijo Blanca y deja que nos cuente mamá alguna cosa del Niño Jesús. Diga usted mamá ¿era muy hermoso? ¿llevaba ropas muy bonitas?

-Hermoso, sí, cual ningún niño nacido en este mundo, pero no llevaba ropas bonitas, si con eso das a entender ricos vestidos.

-Pues eso.

-Eso no. Figúrate un niño mucho más chiquito que nuestro Enrique e infinitamente más bello con ojos brillantes como dos estrellas del cielo,

con una boca encarnadita y sonriente, con mejilla redondas y rosadas, con manos y pies pequeños y preciosos, divinamente modelados...

-Si estuviera aquí le daría mil besos, interrumpió la niña.

-Pero aquel infante era pobre, continuó la madre, y no tenía vestidos acolchados, ni camisitas de fina batista, ni el raso y los encajes aumentaban su belleza, y como ni siquiera nació en la pobre casa de José, el artesano de Nazaret, sino en ruidoso y abandonado establo, no tuvo mas cuna que un rústico pesebre y, en vez de blando colchón y mullida almohada, un puñado de paja.

-102-

-¿Y no tenía ninguna ropa?, interrumpió otra vez Blanca.

-Su santa y previsora Madre llevaba a prevención pobres y toscos pero limpiísimos pañales y fajas para envolver al divino Niño.

-Pero ¡tendría mucho frío el pobrecito de mi alma!

-Nuestro adorable Redentor nació en la Palestina, país situado en el Oeste del Asia y que tiene un clima bastante templado; pero en Diciembre allí son frías las noches, y el tierno recién nacido hubiera experimentado la inclemencia de la atmósfera, si su dulce madre no le hubiese abrigado en su amoroso regazo. Cuenta, además, la tradición que, cuando María le reclinaba en el pesebre, un buey y una mula, con los cuales compartía la Sagrada Familia su rústico albergue, se acercaban al Niño Dios y le calentaban con su aliento, oficio que envidiaban los espíritus celestiales, que rodeaban el portal cantando himnos de gloria, paz y bendición.

-¡Qué bonito es todo eso, mamá mía!

-Yo sé unos versos a la Natividad del Señor, que he leído en un libro muy antiguo, dijo Basilio.

-¡Dilos, dílos!, exclamó Blanca.

-Dilos, y nos iremos a cenar, porque ya es hora, añadió la madre. Basilio recitó el siguiente

Romance

¡Gran Dios del Universo!

Yo sé que en tu presencia,
la máquina del mundo
ni un átomo es siquiera.

Hasta aquí conocía
tu omnipotencia excelsa,

-103-

porque sólo al quererlo
vio el orbe su existencia.

También de tus bondades
formé una imagen bella,
mirando cual le rige,

tu sabia Providencia.

Tu justicia excelente,
esa justicia recta,
que acabó en un diluvio
con la manchada tierra,
y, vibrando los rayos
con invencible diestra,
a cenizas reduce
ciudades deshonestas,
me dio de tus furores
terribles una idea;
pero aun no conocía
bastante tu clemencia
hasta que vi... (¿te embargas
para decirlo? ¡oh lengua!)
Hasta que vi a tu Verbo
morar sobre la tierra.

¿Sobre la tierra dije?...
¿Quién elocuente fuera
para hablar de un pesebre,
de un establo de bestias,
de pajas, de pañales,
de lágrimas, de penas?
¿En qué, ¡oh gran Dios! ocultas
¡Ay! toda tu grandeza?

Ora sí que conoce
Mi alma tu clemencia,
y en su piélago inmenso
ora sí que se anega.

Pues, Dios niño, si eres
piadoso por esencia,

-104-

y das desde el pesebre
la más patente muestra,
para que eternamente
feliz tu Pascua sea,
de tus benignos rayos
derrama la influencia,
derrámala y que arda,
en su luciente hoguera,
el corazón que, amante,
para tí se reserva.

- IX -

Esponjas, coral y perlas

Blanca, tráeme la esponja para lavar a tu hermanito, decía Flora a su hija una mañana.

-Aquí está, mamá. ¿La pongo en el agua?

-Ponla.

-Mire usted cómo se empapa, cómo absorbe el agua. Parece a las que tenemos en la escuela, pero aquellas son de otro color y no las majamos.

-¿Para qué las usáis, pues?

-Para borrar los problemas de Aritmética y las oraciones gramaticales que escribimos en el encerado.

-Pues bien, aquellas son de la misma familia que estas, pero más bastas y lo mismo absorberían el agua u otro cualquier líquido.

-Diga usted, mamá ¿de dónde salen las esponjas?

-Del fondo del mar, hija mía, como las perlas, el nácar y el coral. Todas estas cosas, aunque no lo parece, pertenecen al reino animal.

-106-

-¡Calle! ¿con qué las esponjas son animales?

-Lo que yo tengo en la mano no es precisamente un animal, pero ha sido habitación de muchos animales. Cada celdilla de esas ha contenido un pólipo, ser irracional, pequeño y casi informe

Buzo

-¿Y cómo sacan las esponjas del fondo de las aguas?

-Hay, querida mía, en la humanidad tan diversas -107- aptitudes para la industria y el trabajo, como son complejas las necesidades de la vida y las exigencias del lujo. Existen, pues, ciertos hombres que se dedican a la pesca de esta clase, como también a la de las materias que antes he mencionado.

-¿Y cómo no se ahogan?

-Además de ser excelentes nadadores, los buzos, que así se llaman, se arrojan al mar provistos de un aparato que les permite respirar sin introducir el agua por la boca y las narices; llevan, además, una red en que van colocando la pesca; y van ceñidos de un cinturón al que está atada una cuerda que sostienen otros compañeros desde una barca. Cuando tiene necesidad de salir el que está en el agua, tira suavemente de la cuerda, los demás tiran con fuerza y lo ayudan a subir a la superficie, entra en la barca y le reemplaza otro de los pescadores.

-¿Y los corales, también están dentro de una esponja?

-No por cierto, los corales pertenecen a un tipo que la Historia natural clasifica con el nombre de zoófitos o plantas animales... pero, hija mía, tu hermanito ya está lavado y vestido, y veo que tú también estás preparada para ir al colegio. Vete ya, pues es hora, y a la noche

reanudaremos esta conversación, explicando tu papá lo que deseas saber, pues su mayor grado de instrucción será parte para que lo haga mejor que yo; y además tus hermanos se aprovecharan de los conocimientos que su relato te comunique.

La niña fue a buscar el sombrero, que su madre colocó sobre su rubia y rizada cabeza, besó la mano a la madre, hizo una caricia a Enrique, tomó seis libros y se fue saltando seguida de una criada.

Llegada la noche, la madre enteró a su esposo de la conversación de la mañana y él la reanudó en esta forma:

-108-

- Es el coral, como ha dicho muy bien tu madre, un animal que pertenece al tipo de los zoófitos. Durante mucho tiempo se creyó que los seres comprendidos en dicho tipo eran plantas marinas y al reconocer después su verdadera naturaleza de animales, se les llamó zoófitos, palabra que significa animal planta, es decir, animal con formas parecidas a los vegetales.

Millones de estos seres se agrupan adhiriéndose a las rocas en lo profundo del mar, y van formando graciosos arbolitos que se elevan hasta la superficie; y, en algunas ocasiones, multitud de estos arbolillos entretejen sus ramas de un hermoso color encarnado, como las enlazan sobre la tierra los verdes árboles de los bosques y selvas; y a estos bosques marítimos se les llama arrecifes de coral, los cuales constituyen un verdadero peligro para las embarcaciones, que pueden encallar en ellos como en un banco de piedra o de arena.

Otro ser perteneciente al reino animal, y que se cría también en las profundidades del mar, es la madre perla, animal que tiene dos conchas, semejantes a las ostras o almejas, cuyo interior es nacarado y de un precioso color rosado con visos dorados, verdosos, etcétera. El animalito que allí se aloja necesita abrir un poco las conchas para que se introduzca en ellas alimento, agua y el aire respirable que esta contiene, volviéndolas a cerrar inmediatamente. El molusco citado...

Madre perla

-¿Qué es molusco, papá?, interrumpió Jacinto.

-Moluscos son animales que no tienen vértebras; para -109- que lo entendáis mejor, no tienen huesos ni nervios, de modo que son más bien una masa carnosa, generalmente blanca o verdosa y siempre blanda.

Los caracoles y las ostras son moluscos, ¿verdad?

-Ciertamente. Pues bien, el animalejo de que hemos hablado segrega una sustancia blanquecina, que va cubriendo la cara interior de las conchas, y cuando un granito de arena se introduce en esta sustancia, otras capas de la misma van rodeando aquel núcleo y al cabo de unos siete años se forma una perla; de modo que este producto que a veces constituye un bello adorno de tu sexo, aunque pertenece al reino animal, no es un animal sino el resultado de la enfermedad de un ser de esta especie de los más inferiores, de molusco.

Al menos esta es la explicación que hoy se admite para la formación de las perlas, a falta de otra mejor.

Después de extraído del mar este precioso artículo, los granitos redondos

u ovalados, blancos, grises o amarillentos y de diversos tamaños que son las perlas, se limpian y pulen y se forman con ellas collares o brazaletes, o bien se colocan en pendientes, alfileres para el pecho y otras joyas, y hasta en las coronas de los reyes, pues tienes un valor sólo comparable al de las conchas de nácar que sirvieron de lecho al pequeño molusco, se destinan a la fabricación de pies de abanico, puños de bastón o de sombrilla, mangos de navaja o cortaplumas, cuentas de rosario u otras varias cosas; y de la clase inferior se hacen botones.

-Diga usted, papá, si no hay más que llegar y coger las perlas, ¿cómo es tan caro este artículo y hasta el nácar que es más abundante?, preguntó Blanca.

-¿Cómo llegar y coger perlas? ¿Crees tú que es lo mismo que llegar al jardín y coger violetas?

-110-

No, ya lo ha dicho mamá: es necesario descender al fondo del mar; si no fuera por esto irían tan baratas las perlas como el salmón o la merluza.

-Nunca sería lo mismo, porque son menos abundantes, pero ¿te parece a ti facilillo descender al fondo del mar? ¿Te parece que los pobres buzos no exponen su vida?

Tiburón

-Mamá me ha dicho que van provistos de unos aparatos que les permiten respirar, observó Blanca.

-Así es en efecto. Consiste el tal aparato en una campana de metal o bien un simple tubo, según la profundidad a que han de bajar, que contiene una cantidad de aire respirable, suficiente para que puedan pasar algunos minutos debajo del agua sin que sobrevenga la asfixia.

-De ese modo no peligra su vida.

-No temen, en efecto, los pescadores de perlas de la India morir ahogados, pero sí ser devorados por los tiburones, o dejar entre las fauces de estos terribles animales un brazo o una pierna subir a la superficie del mar mutilados y desangrándose.

imagen

- ¡Ay!, pobrecitos

-¿Y qué son tiburones, papá?, preguntó Jacinto.

-Son unos peces enormes, puesto que llegan a medir hasta 9 metros de longitud, y son gruesos a proporción. Su boca -111- es grandísima y está armada de varias filas de dientes; es, su voracidad excede a toda ponderación y se ceba siempre que es posible en la carne humana.

-¡Ah qué horror! Más valía que no llevásemos perlas en toda nuestra vida, si, para pescarlas, es preciso que un semejante nuestro se exponga a ser devorado por aquellos espantosos animaluchos, dijo Blanca.

-Aplaudo, querida mía, tus humanitarios sentimientos; mas a pesar de ellos, si cuando seas mayor tu mamá te compra un aderezo de perlas, que sientan mejor al candor de una jovencita que las piedras preciosas, puedes llevarlo sin el menor remordimiento, pues aunque tú renunciases a este costoso y bello adorno, no dejarían nuestros joyeros de ostentar perlas en sus escaparates, ni se interrumpiría el comercio de este artículo, y como es consiguiente, tampoco dejarían los buzos de exponer su vida.

-¡Qué inquietud, qué ansiedad pasarán sus familias!

-Es natural, y no sólo la esposa, la madre y los hijos del pescador dirigen en el interior de su hogar preces a sus falsas divinidades, sino que los sacerdotes de Brahma oran públicamente en la orilla del mar, levantando los brazos y los ojos al cielo para implorar a su manera la protección de su dios sobre los que se sumergen bajo las olas, y lanzan exorcismos a los feroces tiburones.

-¿Con qué no son cristianos?

-No, hija mía, pero el sentimiento religioso y la fe en un Ser superior, que con su providencia nos gobierna y con su amor nos protege, es común a toda la humanidad. Es, pues, evidente que aquellos infelices emprenden su trabajo más alentados con la convicción de que el dios Brahma, a quien los sacerdotes, imploran, vela por ellos durante su peligroso descenso.

-112-

Los propietarios o contratistas de las grandes pesquerías, pues los buzos no son más que unos jornaleros, ordenan dos diferentes operaciones: una vez bajan los pescadores provistos de largos y afilados punzones, que introducen entre las dos conchas de las perlas, y pinchan los moluscos a fin de que segreguen mayor cantidad de la materia que forma el precioso producto; y otra, van a arrancar de los bancos o peñas a que se adhieren, las conchas que contienen las perlas ya formadas.

-Pero no todos los hombres, dijo Basilio, sean indios o no, tendrán aptitud para bucear, ¿no es verdad, papá?

-Es claro que no todos la tienen, pero con repetidos ensayos y ejercicios se habitúan a estar algún tiempo debajo del agua sin aparato de ninguna especie, a nadar entre dos aguas, a precipitarse en el fondo, y subir con agilidad y presteza a la superficie. El arte de la natación no es difícil y en prueba de ello que nadan todos los salvajes, y también los perros, caballos y demás cuadrúpedos sin previa enseñanza. El miedo es lo que nos turba y paraliza nuestros movimientos; cuando nos encontramos en el agua convencidos de que no sabemos nadar, hasta el punto de hacernos perecer indefectiblemente. Hay personas que tienen una predisposición especial para pasar largo tiempo en el agua, encontrándose tan a gusto, al parecer, en el líquido elemento cual pudiera estarlo un pez o un anfibio.

No hace mudos años que recorrió las principales poblaciones de Europa una inglesa llamada Miss Lurline o la Mujer pez, que se exhibía en el teatro, y en presencia de numeroso público, entraba en una grande y preciosa urna de cristal, que le excedía en altura, y en cuyo fondo ejecutaba diferentes movimientos, mondaba una fruta y se la comía tranquilamente, se bebía la leche, vino u otro cualquier líquido contenido en una -113- botellita, se ponía de rodillas en actitud de orar, y después se tendía en lo profundo de su transparente morada, como las ondinas y nereidas de que nos hablan los poetas y dormía o fingía dormir sosegadamente durante algunos minutos.

-¿Usted la vió, papá?, preguntó Jacinto.

-Sí por cierto.

-Sería un milagro lo que se obraba en ella, añadió Blanca.

-No lo creo, al menos cuantos la vimos atribuimos su prodigiosa habilidad a la costumbre adquirida de contener la respiración durante mucho tiempo, para lo cual tendría cierta predisposición desde la infancia.

La infinita sabiduría del Hacedor divino ha dotado a los individuos de la especie humana de tan diversas aptitudes, para que de todas resulte el conjunto armónico que constituye los diferentes organismos del cuerpo social, de modo que el hombre de ciencia que, desde su resguardado y cómodo gabinete, mirase con desdén al labrador, que inclinado sobre la dura tierra la riega con el sudor de su rostro para hacerla producir dorada mies y dulce fruto, y al rústico pastor que todo lo ignora menos lo relativo al cuidado de las ovejas, y al pescador curtido por el sol y el agua, todos los cuales le proporcionan el indispensable alimento; en vez de mostrarse sabio, daría prueba de ser, además de necio, ingrato a la Providencia.

Dios ha repartido a cada uno el papel que debe desempeñar en este gran escenario del Universo. Entre los seres inanimados, la rosa y la violeta recrean con su perfume, mientras el peral nos ofrece su sazonado fruto, y el fuerte roble su excelente madera: entre los irracionales, la mariposa juguetea sobre las flores, mientras la oveja pace tranquilamente la fresca yerba que ha de convertirse en dulce leche, y el sufrido asno conduce pacientemente la carga que sobre sus lomos se -114- coloca; y en la humanidad, el sabio investiga las causas y efectos para arrancar sus secretos a la naturaleza, como el minero saca el oro de las entrañas de la tierra y el buzo roba sus tesoros al mar, en tanto que el artista reproduce las bellezas de la creación con hábil pincel y mágicos colores, o las canta con armoniosas notas o las describe en inspirados y melodiosos versos.

Así terminó la conversación de aquella noche.

- X -

El agua

Hemos hablado, papá mío, decía Jacinto la noche siguiente, del agua, de las personas que podían vivir en ella pareciéndose a los peces, de los preciosos productos del mar y del modo extraer algunos de ellos; pero ¡me quedé con una comezón de preguntar!...

-¿Y por qué no preguntabas?

-Porque temí molestar a usted, que ya había hablado un buen rato; además, era tarde, y temía que mamá levantase la sesión, mandándonos ir a la cama.

-Pues hoy, que es temprano y no estoy fatigado de hablar, puedes empezar tu interrogatorio.

-No es un interrogatorio, pero sí algunas preguntas que quisiera dirigir a usted, porque yo deseo saber, saber mucho.

-Ese afán de instruirte es muy laudable. Ve diciendo.

-116-

-¿Qué es el agua?

-El agua es un líquido compuesto de dos gases. ¿Te acuerdas lo que dije acerca de los componentes del aire?

-Sí, señor.

-Yo también, papá, dijo Blanca: son el nitrógeno o ázoe y el oxígeno.

-Pues bien, el mismo oxígeno combinado con el hidrógeno forman el agua, tan necesaria a la vida de los hombres, animales y plantas como el aire, la luz y el calor.

El agua cubre unas tres cuartas partes de nuestro globo, como creo haberos dicho ya en otra ocasión, de modo que la superficie líquida del planeta es tres veces mayor que la sólida. Estas grandes extensiones de agua se llaman mares, y toman diferentes nombres según el lugar que ocupan o según las tierras que bañan. ¡Magnífico espectáculo el de ese gigante azul ciñendo a la tierra con sus brazos de cristal, refrescándola con sus brisas, saturándola de sus vapores, pero sin invadirla jamás, sin inundar sus bosques, ni destruir sus florestas!

Jacinto continuó:

-¿Cómo es que siendo toda el agua compuesta de los mismos gases, hidrógeno y oxígeno, según usted ha dicho, la del mar es salada y amarga en términos de no poderse beber y la de las fuentes y ríos, dulce y agradable al paladar?

-En realidad no es dulce, respondió el padre: si lo fuese no apagaría tan bien la sed, ni serviría para mezclarla a ciertas sustancias en los diferentes guisos; se dice que lo es, para significar que no es salada ni amarga como la de los mares. El agua potable, es decir, la que sirve para beber, es insípida e inodora, esto es, no tiene sabor ni olor alguno; al paso que la del mar, que como dices muy bien es imposible beberla, -117- debe su sabor desagradable a la sal y otras sustancias que tiene en disolución.

-Otra pregunta: ¿todos los ríos del mundo van a parar al mar?

-Es evidente.

-¿Cómo, pues, al cabo de tantos siglos, las aguas de los mares no se aumentan ni se endulzan?

-No se aumentan porque se evaporan continuamente, y no se endulzan porque al evaporarse dejan las sales que tenían, las cuales se vuelven a disolver en el agua dulce vertida por los ríos. El río de las Amazonas, en el Brasil, es bastante caudaloso para desalar el Océano hasta 350 kilómetros de distancia de su desembocadura.

-Y ¿qué es evaporarse, papá mío?, dijo Blanca.

-No te acuerdas que dije en cierta ocasión que el calor tendía continuamente a dilatar los cuerpos, separando sus moléculas o sean sus pequeñas partecillas?

-Sí, señor.

-Pues bien, el agua, al dilatarse de este modo, se convierte en vapor acuoso, el cual es invisible e impalpable, sin que produzca otro efecto que aumentar la humedad de la atmósfera.

Estos vapores acuosos, que se elevan del mar, de los lagos, de los bosques y selvas, forman las nubes, que no son más que masas de agua evaporada que flotan en el aire.

-Nosotros también respiramos vapor de agua. ¿Verdad?

-Es cierto.

-Lo digo porque cuando me pongo delante de la boca un espejito, o cualquier otro objeto de cristal o de acero muy reluciente, pierde al momento su brillo, como si estuviese mojado.

-Pues bien, todos estos vapores intervienen en la formación de las nubes, las cuales cuando la atmósfera -118- se enfría se resuelven en lluvia por la nueva condensación del vapor, que se convierte otra vez en agua.

¿Qué sucede cuando una cafetera o una olla llena de agua está mucho tiempo a la lumbre?

-Si está mucho tiempo se quedará vacía, dijo Blanca.

-Muy bien. ¿Qué se habrá hecho el agua de la vasija?

-No lo sé.

-Se habrá evaporado.

-¡Ah! Tiene usted razón.

-Y si mientras está hirviendo, aunque no se haya evaporado del todo, está la cafetera tapada ¿qué sucede?

-Sucede que la cobertera está por la parte interior muy mojada.

-¿Y qué más?

-Que caen unas cuantas gotas de agua, por cierto muy calientes, que si se descuida una y le caen sobre la mano la queman.

-Pues ahí tienes una imagen de las nubes en el vapor suspendido en la tapadera; y de la lluvia, en las gotitas de agua en que éste se convierte en cuanto se condensa por efecto del descenso de temperatura.

-Pero el agua de la lluvia no está tan caliente.

-Porque el vapor que la produce no es caliente además porque se enfría en su trayecto; al paso que la de la cobertera no tiene tiempo de enfriarse.

Cuando el cambio de temperatura es mas rápido y violento, el agua se convierte en blancos y ligeros copos de nieve, que pronto cubren los valles, colinas, casas y arboledas con un manto de deslumbradora blancura, y cuando lo es todavía más, de modo que se solidifique el agua antes de llegar a la tierra, cae en forma de piedrecitas y recibe el nombre de granizo.

Ahora bien: el agua que descende de las nubes en -119- una u otra, forma, va filtrándose en la tierra y la absorben con avidez las raíces de las plantas, a las que da lozanía y frescura; el líquido vivificante se convierte en dulce naranja o en fragante fresa, en rojo clavel o en blanquísima azucena...

En los terrenos pedregosos o arenosos, que no es tan fácil se empapen del agua y la absorban, esta busca una salida por entre las piedrecillas, y vemos brotar en la falda de una montaña la cristalina fuente, que después se desliza entre la verde yerba va refrescando la campiña y regando sus silvestres flores. Más adelante, aquel arroyo se convierte en caudaloso río, que enriquecido con otros afluentes, corre a desembocar en el mar, de donde se eleva continuamente una considerable cantidad de vapor, que da lugar a que se repitan los indicados fenómenos, sin que se alteren jamás el equilibrio y la armonía establecidos.

-Pero, papá, ¿no podríamos vivir sin esa inmensa cantidad de agua?

-No, porque ni los animales ni las plantas pueden subsistir sin ella, como queda demostrado; y si no hubiese ese inmenso depósito ni el aire estaría por todas partes saturado de plácida frescura, siendo abrasador e

irritante para nuestros pulmones, como en los desiertos de África; ni las nubes flotarían sobre nuestros campos para devolver la vida y la lozanía a las plantas mustias, y a las flores marchitas por los calores del estío. Era necesaria, pues, esa hoya grandísima, llena del beneficioso líquido, germen de vida para el reino animal y vegetal, pero precisaba también dar movimiento a esta gran masa de agua para evitar que se corrompiera, y en vez de mantener la naturaleza fresca y risueña la inficionara con sus maléficos vapores, y a este objeto Dios dotó al agua de la movilidad continua que observamos en ella, siempre que no está encerrada -120- en una vasija o recipiente, o en un estanque que haga sus veces: sus moléculas se precipitan y ruedan unas sobre otras, y así la vemos deslizarse en el manso arroyuelo produciendo grato murmullo, correr con más fuerza en río caudaloso conduciendo embarcaciones sobre su ondulante seno, elevarse en moles gigantescas en las riscosas playas del Océano, estrellándose con furor contra las rocas, mientras otras olas más altas, más formidables, coronadas de blanca espuma, vienen a caer sobre las ya deshechas para empezar de nuevo su impotente y continuada lucha... pero no es esto solamente.

Un notable fenómeno que preocupó a los sabios durante mucho tiempo, es el flujo y reflujo de las aguas del Océano, lo cual ya sabréis que consiste en que éstas se retiran durante seis horas, dejando enjuta una gran parte del terreno que ocupan, y vuelven periódicamente a elevarse durante el mismo tiempo y a cubrir la propia extensión de la playa: de modo que en cada día de veinte y cuatro horas hay dos flujos u dos reflujos, o sea cuatro movimientos del mar: dos de avance y dos de retroceso.

Descartes observó que estos movimientos se relacionaban algo con la posición de la Luna, y por fin el inmortal Newton descubrió que este cuerpo celeste, satélite de la Tierra, era la causa productora del indicado fenómeno, pues mientras la Luna ocupa cierta posición ejerce sobre las aguas del Océano tal fuerza de atracción que las obliga a replegarse, abandonando las playas; pero a medida que aquella posición cambia y la influencia desaparece, las olas vuelven a cubrir la playa como antes.

-Me gustaría ser buzo para observar las muchas cosas bonitas que hay en el fondo del mar, dijo Jacinto.

-En efecto, continuó el padre, no es menos accidentado -121- el fondo del mar que el resto de la superficie del globo; en unas partes se encuentran profundos valles, en otras bancos de arena; aquí peñascos escarpados, allá bosques de plantas marítimas y entre los millones de millones de vivientes que allí tienen su morada, los hay de las más raras formas, de todos tamaños de los más variados colores.

-¿Qué dice usted, papá, millones de millones?, dijo Blanca.

-Eso he dicho, y me ratifico en ello.

-Habrá muchas clases de animales, continuó la niña, unos como las focas, de que habló usted una noche y los tiburones de que también se ocupó el otro día, y otros como los demás que sirven para comer.

-Hay tantos, contestó el padre que sólo en un vaso de agua ¿qué digo? en una gota, existen infinidad de animales llamados infusorios.

Infusorios

-¡Dios mío!, gracias que eso será solamente en el agua de mar, que si estuviesen lo mismo en la de fuente o de río no podríamos beberla.

-Existen lo mismo en el agua salada que en la dulce, e igualmente en la de fuente o río que en la de aljibe o pozo.

-¿Y cómo no los vemos?

-Porque son tan pequeños que no alcanza a distinguirlos la simple vista, haciéndose perceptibles solamente cuando se mira el agua con el auxilio del microscopio. Pero como vosotros no tenéis idea de este instrumento, me propongo dároslo en otra ocasión, y entonces os hablaré de ese mundo infinitamente pequeño, que vive y se agita en la gota de agua cristalina,

-122- en la mancha verdosa de un pedazo de pan o en el corazón de una fruta: hoy es tarde, y quiero terminar la conversación leyéndoos un soneto en que se compara el mar de que tanto hemos hablado hoy, con el corazón del hombre.

A una seña de su padre Basilio fue al escritorio de éste, trajo un cuaderno y lo puso en sus manos.

El padre leyó:

Como el mar

¿Ves las ondas, de aljófares orladas,
agitarse en continuo movimiento,
unas veces con ímpetu violento,
otras mansas, serenas y rizadas?

¿Ves lejos las llanuras azuladas,
que reflejan el claro firmamento?
pues guardan en su seno turbulento
cadáveres y naves destrozadas.

Tal es, oh niño, el corazón humano:
con exterior simpático y amable,
ocultan el soberbio y el tirano

Su fondo criminal y miserable;
de sus negros abismos el arcano
sólo al ojo de Dios es penetrable.

-Me gusta mucho esa poesía, dijo Blanca.

-Pero es triste lo que dice, añadió Basilio. ¡Eso de pensar que hay allí dentro tan siniestros despojos!...

-¿Pues los cadáveres no sobrenadan?, observó Jacinto.

-Es cierto, repuso el padre, pero los de las víctimas de un naufragio quedan a veces aprisionados en el buque hasta que los peces los devoran y también tienen por tumba el cristalino elemento los que mueren -123- de enfermedad o de desgracia en alta mar, pues los arrojan al agua con un peso en los pies para que no suban a la superficie.

-Más triste es, dijo la madre, la verdad que se desprende del soneto. Es cierto que muchas personas, bajo un exterior agradable, cristiano y hasta fino y cortés ocultan un corazón perverso, donde se abrigan los vicios más abominables y las más aviesas pasiones. Sírvanos esto de aviso para inquirir las costumbres y carácter de aquellos que tenemos ocasión de tratar; y si pertenecen a este número, compadezcámoslos, roguemos a Dios por ellos, pero evitemos su compañía y su contacto.

- XI -

El ojo. Seres microscópicos

Pocos días después de haber mediado la agradable conversación que en el capítulo anterior hemos referido, Basilio decía a su buen padre:

-Tiene usted una deuda contraída con nosotros, queridísimo papá.

-¿Y qué es ello?, preguntó éste cariñosamente.

-Nos tiene usted prometido explicarnos qué es el microscopio y cuáles son sus aplicaciones, y hablarnos de paso de los animales y otros objetos que no se pueden distinguir más que a favor de este aparato.

-Tienes razón, hijo mío, llama pues a tus hermanos, porque deseo que todos participen de la lección. Reunida la familia, el padre principió su explicación en estos términos:

-Diré, ante todo, alguna cosa del ojo humano, pues si no tenéis idea de este precioso aparato, no la podréis formar ni aproximada del microscopio o lente que deseáis -125- conocer. ¿Te acuerdas, Basilio, de lo que vimos el jueves por la tarde en casa de tu tío?

-Sí señor: la cámara oscura.

-Dinos qué es la cámara oscura, dijo Blanca.

-Si papá me lo permite, lo explicaré, respondió el niño.

-Te lo permito. A ver como satisfaces la curiosidad de tu hermanita.

-Había en la casa de campo de nuestro tío, que como sabéis domina una extensa campiña, un balcón cerrado; en el postigo o contraventana se había practicado una abertura a la que se ajustaba una lente convexa y

verticalmente a cierta distancia habían colocado un cartón grande, blanco, en el cual se veía el campo con sus colinas, sus árboles, sus sembrados, el riachuelo con su rizada corriente, las ovejas que pacían en el fondo del valle, en fin, todo cuanto se hubiera podido ver desde el balcón si hubiera estado abierto; pero en miniatura.

-Bueno, como en un cuadro, interrumpió Jacinto.

-Sí, pero el cuadro tenía movimiento y vida; estaba animado.

-¿Qué quiere decir eso?

-Que el Sol le iluminaba realmente, las aguas del río se veían correr, las ovejitas andaban y pacían y los árboles se movían a impulso del viento. Aquello era precioso y el cuadro solamente tenía un defecto; pero era capital: estaba invertido.

-¿Al revés?

-Sí, lo de arriba abajo. Papá me explicó que los rayos luminosos conducen a todas partes la imagen de las cosas que iluminan; así pues, los emitidos por los objetos que componían el paisaje se dispersaban por todos puntos, y parte de ellos entraban por el agujero practicado en la contraventana, atravesaban el vidrio convexo y se pintaban o proyectaban en el papel: pero -126- en esta doble operación los rayos de luz se cruzan y por eso el cuadro aparece invertido.

-¿Te has fijado bien, Jacinto, y tú, Blanca, en la explicación de tu hermano?

-Sí, señor, dijo la niña, pero no lo entiendo muy bien.

-Yo también me he fijado, y creo que lo comprendo, repuso su hermano. Tú ya lo entenderás otro día.

Ojo humano

-Pues bien, continuó el padre. Hacedos cuenta que nuestro ojo es la cámara oscura. Enclavado en una cavidad llamada órbita, su forma es la de un globo casi esférico, rodeado completamente de una membrana llamada córnea, la cual en su parte anterior es transparente e incolora. Al través de la córnea transparente, se ve otra membrana circular cuyo color varía, siendo en unos individuos azul claro, en otros azul oscuro, o bien gris pardo amarillento-pardo oscuro, casi negro. En el centro de esta membrana que se llama iris hay una abertura circular también llamada pupila, la cual hace las veces del orificio en la cámara oscura. Detrás de esta abertura está el cristalino que es una verdadera lente. Atravesando los rayos de luz esta lente y el licor acuoso de que está lleno el globo del ojo, se refractan y pintan las imágenes de los objetos que los han emitido en la membrana posterior del mismo ojo llamada retina, que desempeña el oficio del cartón en la cámara oscura.

-127-

-¿Y todo lo que miramos se refracta en la pequeña abertura de nuestros ojos?, observó Jacinto.

-Ciertamente.

-¡Cosa admirable! ¿Es decir, que cuando yo contemplo un bosque, una montaña, un edificio o el mar con sus barcos, estará todo esto pintado en mi ojo?

-Si así no fuese, nuestros nervios ópticos no podrían transmitir las

imágenes al cerebro.

-Pero papá, dijo Blanca, cuando yo miro a una persona, a usted o a mamá por ejemplo, o miro mis ojos en el espejo, nunca veo en los de ustedes ni en los míos más que una carita muy mona...

-La tuya, ni más ni menos. Nadie puede ver otra cosa que lo que se llama generalmente las niñas de los ojos, porque al mirar los de otra persona se pinta su imagen en ellos; pero si los mares, las montañas, los edificios y los árboles pudiesen ver, también se contemplarían reflejadas en la pupila del que los admira.

-Otra cosa me ocurre, insistió la niña, y es que teniendo dos ojos y pintándose en ellos las imágenes, como en la cámara oscura, parece que deberíamos ver dobles los objetos y, sin embargo, no vemos más que una imagen como si tuviéramos un solo ojo. ¿Por qué razón?

-Más difícil de lo que presumes es contestar satisfactoriamente tu pregunta. Varias explicaciones se han dado y esto mismo ya indica la poca certeza de todas ellas.

Otro tanto os diré de otro hecho sorprendente y es que pintándose invertidos los objetos en la retina, igual que en la cámara oscura, los vemos, no obstante, en su posición natural. Para explicarlo hasta se ha llegado a decir que todo lo vemos invertido, aunque no nos lo parezca, por falta de punto de comparación.

-De modo que los sabios no están de acuerdo, dijo Basilio, en la explicación de ambos fenómenos.

-128-

-No, hijo mío.

-¡La ciencia humana es, pues, muy incompleta!

-¿Quién lo duda? «Los antiguos creían...» « Los antiguos ignoraban...» hallamos cada paso en los tratados de cualquier ciencia. Pues bien, para los tiempos venideros, los antiguos seremos nosotros, y entonces se sabrá lo que nosotros ignoramos o se vendrá en conocimiento de que lo que tenemos por verdad es un error. ¿Cuándo dirá la ciencia su última palabra? ¿Quién arrancará a la naturaleza sus últimos arcanos? Sólo Dios está en plena y eterna posesión de la verdad.

-Pero, papá ¿no decía usted que nos iba a hablar del microscopio y de los objetos que sin él no pueden verse?, preguntó Jacinto.

-Voy a decirles algo acerca de ello, y creo que nada has perdido en adquirir idea de lo que es tu propio ojo, órgano del mas precioso de los sentidos.

-Tiene usted razón, papá, respondió Blanca, y a mí me ha gustado mucho, pero éste ¡es más impaciente!

-Cuando un objeto es sumamente diminuto, aun cuando esté muy bien alumbrado y se halle situado a la distancia de la visión distinta, el haz de luz que envía a la retina es tan pequeño que no puede producir en ella una imagen clara y determinada. Por eso, instintivamente, cuando no podemos distinguir bien un objeto lo acercamos más a los ojos; pero si lo aproximamos demasiado, sucede que los rayos emanados de los diferentes puntos del objeto no se reúnen en la retina y la imagen queda confusa, siendo imposible precisar su forma.

Ahora bien, el microscopio es un instrumento que tiene por objeto auxiliar a la vista, produciendo imágenes más o menos ampliadas de los objetos

pequeños, que nuestros ojos pueden ver entonces claramente como a la distancia de la visión distinta.

Hay microscopios simples y compuestos y colocados -129- unos y otros en diferentes armaduras según el objeto a que se destinan. Reducido este aparato a su mayor sencillez, consiste en una simple lente plano-convexa o biconvexa que es lo que vulgarmente se llama cristal o antejo de aumento.

Microscopio simple

-Papá, yo no sé qué quiere decir plano-convexo ni bi-convexo, dijo Blanca.

-Te lo explicaré. El cristal que cubre la esfera de mi reloj es convexo, si le vemos tal como está colocado; si lo sacamos del arito que lo sostiene y lo ponemos invertido sobre la mesa, nos presentará una forma cóncava; pero si en lugar de ser hueco, estuviera macizo diríamos que tenía una superficie plana y otra convexa y sería plano-convexo; siendo bi-convexo, esto es, convexo por ambos lados, si nos presentase por una y otra parte la forma que afecta ahora sobre la esfera del reloj. Otro ejemplo: la superficie de una bola es convexa y la superficie interior de una olla o caldero es cóncava.

De la mayor curvatura de la lente y de otras circunstancias de su construcción depende su mayor potencia, es decir, el poder de reunir a distancia conveniente los rayos luminosos que parten de los distintos puntos del pequeño objeto que se mira, presentándolo a los ojos del que lo observa mayor o menor, pero siempre mucho más grande de lo que es en sí. Con el auxilio del microscopio puede la vista humana distinguir los menores detalles de los más diminutos seres vivientes, ofreciéndonos ocasiones de admirar a Dios, que se muestra tan sublime en la esbelta palmera y el gigante cocotero como en el moho que cubre la -130- húmeda tierra, tanto en el elefante y la ballena como en el pequeñísimo arador y el microbio que vive en ejércitos dentro de un vaso de agua.

-¿Con qué en un vaso de agua hay ejércitos de animalitos?, dijo Blanca.

-Sí por cierto, repuso el padre.

-¿Y nos los bebemos?

-Es claro.

-Fortuna es que no los vemos; de lo contrario, nos darían mucho asco.

pulga

-Miradas con el microscopio las pulgas, por ejemplo, son animales gigantescos en comparación de los infinitamente pequeños de que os he hablado. La greda, que como sabéis es una tierra arcillosa, que sirve para quitar manchas y lavar cierta clase de ropas, que cortada en piloncitos cónicos o cuadrangulares se usa también, lo mismo que el yeso, para escribir en los encerados o pizarras, contiene miles de animalitos muertos, que un tiempo vivieron en las aguas del mar o en los pantanos, y al arrojarlos las olas a la orilla o al evaporarse las aguas que los contenían, conservaron su vida durante mucho tiempo; y después, apiñados unos sobre otros y formando verdaderas montañas, han muerto sin haberse

del todo petrificado, pues conservan cierta blandura y suavidad. En algunos países, por ejemplo, en Champagne (Francia) hay montes de greda, que deslumbran por su blancura, especialmente cuando los hieren los rayos del Sol.

Estos pequeños seres, que se reproducen en poco tiempo y con facilidad suma, en términos que dos o tres individuos procrean en breves días millones de millones, viven siempre en los líquidos, y por esa razón se llaman infusorios. Poned una gota de agua en cualquier parte, aunque sea sobre una barra de hierro, -131- que ya veis es materia dura y que, no se presta a servir alimento a ningún viviente: pues bien, al poco tiempo, el agua se pone turbia y es porque contiene una cantidad de infusorios relativamente grande. ¿Han nacido en el hierro? No, el aire los ha traído y los ha depositado en el líquido. Mirados con un buen microscopio se les ve retozar alegremente; después las materias alimenticias que para ellos contiene el agua, escasean al evaporarse ésta, y entonces se devoran unos a otros hasta que los que sobreviven a la terrible lucha se cubren de una especie de corteza, y aletargados o catalépticos pueden vivir durante mucho tiempo. En tal estado, el aire los conduce en sus corrientes y los deposita en cualquier líquido donde recobran al momento la vida y la actividad.

El aire, pues, está lleno de estos seres que se llaman microbios, y que según ha averiguado la ciencia moderna, son el origen de muchas enfermedades.

-¡Caramba con los animalitos!, dijo Jacinto, ya me dan más miedo que los animales grandes, porque éstos los veo venir puedo librarme de ellos, al paso que los microbios o infusorios los introduzco en mi cuerpo con el aire que respiro o me los bebo en el agua.

-Algún medio habrá para librarse de los que nos son nocivos, observó Basilio.

-De los que viven en el agua, ciertamente, respondió el padre. Cuando se sospecha que un líquido contiene infusorios perjudiciales a la salud, lo mismo que cuando se teme que las carnes contengan animalillos de las mismas condiciones, (la carne de cerdo triquinada, por ejemplo), no hay más que hervirlos; porque ninguno de ellos resiste a la ebullición.

-Háblenos usted, pues, de los animales grandes, insistió Jacinto.

-Otro día, porque hoy es tarde.

-No, papa mío, no es muy tarde, díganos usted al -132- menos si hay también plantas que no se puedan ver más que con el microscopio, dijo Blanca.

-Ya lo creo: el musgo que parece una alfombra de terciopelo verde, que tapiza las campiñas en otoño y en invierno, dando al suelo un aspecto agradable en medio de su tristeza y aridez, y prestando al aire el oxígeno de que carecería por falta de vegetación, ese musgo, pues, es un inmenso bosque formado por millones de arbolitos con sus ramas, sus hojas, sus flores y sus semillas; los líquenes que se forman en la tierra o en los troncos de los árboles, son también plantas tan diminutas, a veces, que su conjunto se tomaría por una simple mancha verdosa; finalmente, cuando dejas un poco de pan o un pedacito de queso en un sitio húmedo ¿no has reparado alguna vez que se cubre de una capa verde por debajo y blanquecina en la superficie?

-Sí, papá, una cosa blanda que parece algodón.
-Pues bien, aquello es un conjunto de pequeñísimos hongos.
-¡Hongos como aquellos que se comen, que tienen un tallo y un sombrerillo y son semejantes a un paraguas?, interrumpió Blanca.
-De la misma familia; pero no vayas a creer que son buenos para comer.
-Ya sé que no. Dice mamá que aun entre los hongos grandes y que se pueden comer, hay algunas especies venenosas.
-Así es en efecto, respondió la aludida, y tanto que no basta a distinguir los provechosos de los nocivos el color ni el olor, y aun a veces ni el sabor, pues los hay que tienen un gusto muy agradable y contienen activo veneno. El llamado seta de cardo y otros géneros semejantes son inofensivos. Yo lo entiendo un poco, y nunca dejo que se sirva a la mesa dicho vegetal sin examinarle bien primero. A mayor abundamiento, la cocinera -133- hace hervir con él una cebolla, un ajo o introduce una cuchara de plata en el agua en que se cuece, y si las setas u hongos son de buena calidad no se altera el color del ajo cebolla u objeto de metal, poniéndose negruzco en el caso contrario.
-Al menos, dijo la niña, los vegetales infinitamente pequeños no hacen daño, con no comer las substancias enmohecidas estamos libres de todo peligro.
-No lo creas, hija mía, repuso el padre, pues muchas de las enfermedades de las plantas, como el oidium que ataca a las vides, y el polvillo negro, que tanto perjudica a los olivos, no son más que una multitud de pequeñísimos hongos, de la peor especie.
-Vamos, vamos, que yo estoy por las cosas grandes, repitió Jacinto, ¿No es verdad, papá, que otro día hablaremos de ellas?
-Sí, querido, pero sin que dejemos de consignar que hay en el reino animal y en el vegetal cosas muy pequeñas, pero nada despreciables; como son en el primero, las abejas, la cochinilla, etc., y en el segundo, los estambres de las flores de azafrán y algunos otros.

Faro

- XII -

Los gigantes de la naturaleza

Celébrase una feria en la ciudad, y Enrique había ido con un tío suyo a comprar juguetes. Aquel chiquitín era tan amable y estaba tan bien educado, que a pesar de su tierna edad no causaba la menor molestia a las personas en cuya compañía se hallaba; de modo que la familia de su tío,

encantada de sus gracias infantiles, le tuvo toda la tarde en su compañía y sólo se decidió a desprenderse de él después de haberle dado una buena merienda, cuando ya anochecía y empezaba a llover.

La madre preguntó si su hijo menor se había conducido bien, y al recibir excelentes informes acerca de su comportamiento, le colmó de besos y caricias.

Retirose el tío y Enrique empezó a enseñar sus juguetes.

Llevaba a la espalda una escopetita colgada con una correa, que le cruzaba el pecho como el portafusil de los soldados; en la mano, un paquete de bellísimos cromos que representaban los principales pasajes de la Historia Sagrada, y debajo del brazo una caja de madera.

-¿Qué hay en esa caja?, preguntaron a la vez Jacinto y Blanca.

-135-

-Ahora lo veréis: esto es, precisamente, lo más bonito, contestó el recién llegado.

La madre abrió la caja y empezó a sacar de ella una colección de animales trabajados en marfil con suma pulcritud y esmero.

-¿Veis como no os engañaba?, decía el pequeñuelo saltando de gozo. Mira, Blanca, ¿ves? Este es un caballo, este es un galguito y esto, ¿qué significa con estos cuernos que parecen las ramas de un árbol?

-Este es un ciervo, respondió Jacinto.

-¿Y este otro, tan gordote y tan feo?

-Es un oso.

-Mira, mira, Jacinto, este es aún más feo, con unas narices que le llegan hasta el suelo.

Jacinto soltó una carcajada y contestó

-Este es el elefante, y lo que tú llamas narices es la trompa. Me parece que no esta proporcionado, porque es poco mayor que buey, y los elefantes son mucho mayores. ¿Verdad, mamá?

-Es claro que los fabricantes de juguetes no son muy escrupulosos en guardar las proporciones de los objetos. Imitan las formas, y creen hacer bastante. Aquí tienes un conejo que es poco menor que una cabra, dijo la interrogada.

-Pues eso es un mal, repuso Basilio, porque los pequeños, como éste, forman ideas falsas de las dimensiones de los objetos.

-Bueno, bueno, respondió Enrique, mi caja de animales es muy bonita. Ya quisierais vosotros tenerla. En aquel momento llamaron a la puerta.

-¡Ah, ja! Ya está aquí papá. Esta noche, como llueve, no volverá a salir y la caja con el elefante vendrá de molde para preguntarle acerca de los animales de gran tamaño, porque aquello de los microbios me dejó medio asustado. Lo malo es que este chiquillo nos estorbará.

-136-

-¿Quién? ¡Yo! No os estorbaré mucho, porque no tengo gana de cenar y tengo sueño. En viendo a papá y enseñándole mis juguetes, si mamá me lo permite, me iré a la cama. Pero eso sí, me llevaré la caja.

-Si papá no te manda que la dejes. Enrique miró a su madre con sobresalto.

-No se lo mandará, porque si quiere explicarnos lo relativo a un animal no necesita tenerlo a la vista.

-Bueno, pues le preguntaré dónde se crían los elefantes, qué tamaño tienen

y para qué sirven, dijo Jacinto.

En aquel momento entró el padre, que venía de dejar su abrigo y su paraguas; los hijos mayores le besaron la mano, el pequeño levantó los bracitos hasta que él se bajó lo bastante para que ciñese su cuello, le contó lo que ya saben mis lectores, le enseñó los regalos con que le habían obsequiado; y su mamá lo llevó a la cama.

Poco después Jacinto formuló su pregunta; y el amable caballero se explicó de esta manera:

-Dos especies de elefantes se conocen. Ambas tienen ciertos caracteres que les son comunes, como es la trompa a la que decís que Enrique ha llamado nariz, no tan disparatadamente como creéis, y los incisivos (vulgarmente llamados colmillos) de la mandíbula superior, salientes y que crecen toda la vida.

En Zoología... Ya veo, Jacinto, que abres la boca para preguntar «¿qué es Zoología?», pues, la parte de la Historia Natural que trata del reino animal. En Zoología, como iba diciendo, se le conoce por proboscídeo porque proboskis en griego significa nariz, y la trompa no es más que una prolongación de ésta. Se divide dicha trompa en dos tubos y termina en un apéndice móvil y digitiforme, esto es, en forma de dedo. Así dispuesta, constituye un excelente órgano de tacto, olfato y prensión.

-137-

-¿Qué quiere decir eso?, preguntó Blanca.

-¿Cuál es en ti el órgano del olfato?

-La nariz.

-Pues para él la trompa. ¿Y en qué parte de tu cuerpo reside la facultad de conocer si la superficie de un objeto es suave o áspera, blanda o dura, y está fría o caliente?

-En todas, pero particularmente en las manos.

-Pues eso es el tacto, y él lo tiene en la trompa. ¿Y la facultad de tomar y retener un objeto cualquiera?

-En los dedos.

-Pues eso es la prensión. El elefante lo mismo mata un hombre, cuando está enfurecido, con un golpe de su trompa, o arranca un robusto árbol, que toma un niño y le coloca sobre su lomo o coge para llevar a la boca cualquier objeto, aunque sea diminuto, un grano de arroz, por ejemplo; de manera que la fuerza que reside en este apéndice de la nariz del bruto cuya descripción nos ocupa, no excluye la delicadeza de su tacto.

He dicho que había dos especies de elefantes, y en efecto, unos son los de la India, que tienen la frente cóncava y los colmillos y orejas pequeños; y la otra especie es la de África, cuya frente es convexa y los colmillos y orejas grandes.

Unos y otros, sin ser hermosos son admirables por su corpulencia, por la majestad de sus movimientos, por la tranquilidad de sus costumbres, la frugalidad de su régimen alimenticio y la docilidad con que se someten al hombre, a quien son tan superiores en fuerza muscular.

Los elefantes viven en los bosques pantanosos de la zona tórrida, o en las grandes islas del mediodía de la India; estos son los de una raza, y los de la otra en África, desde el Senegal hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Los hombres de este último país no sacan provecho alguno de un animal tan útil: pues unos pueblos le -138- adoran atribuyéndole virtudes y

cualidades maravillosas y otros le alejan para que no tale sus plantaciones, dejándole completamente libre.

Ellos viven en sociedad formando agrupaciones, de cada una de las cuales se constituye jefe el macho más entrado en años.

En cuanto a los indios, se aprovechan de él haciéndole servir para el tiro y para la carga. Un solo elefante conduce fardos enormes, arrastra cualquier vehículo por pesado que sea, y no obstante su gran masa, aventaja en la carrera a los caballos, aunque éstos corran al galope. La caza del elefante es difícil y peligrosa, pero una vez reducido este animal a servidumbre, es dócil y pacífico y nunca se rebela contra sus poseedores.

Los antiguos llevaban a la guerra ejércitos de elefantes amaestrados, cada uno de los cuales conducía sobre sus lomos una pequeña fortaleza guarnecida por ocho o diez combatientes. Los formidables golpes de su trompa eran capaces de derribar a los más temibles enemigos, y muchas veces su sola presencia sembraba el espanto en las fuerzas contrarias, poniéndolas en precipitada fuga.

Cuenta la historia que Pirro se presentó en la batalla de Heraclea hacia el año 288 antes de Jesucristo, con sus elefantes de guerra, alcanzando (gracias a estos poderosos auxiliares) completa victoria sobre el cónsul romano Levino.

La dureza de su piel les servía de escudo, haciéndolos poco menos que invulnerables, pues, como ya sabéis, entonces no existían las armas de fuego, ni mucho menos los torpedos y otras invenciones modernas, a las que no resisten ni los buques blindados con gruesas planchas de acero.

Mas de una vez la aparición de los elefantes descorazonó, pues, a las legiones romanas, tan valientes como -139- soberbias cuando de pelear con hombres se trataba; pero que se hallaban sobrecogidas a la vista de un bruto menos que desconocido y al que juzgaban invencible por su fuerza, su resistencia y su tamaño.

Hoy los elefantes son empleados por los indios en la caza del tigre y el león, además de hacerlos servir para el tiro y la carga como queda dicho; y de sus colmillos se saca el marfil, artículo muy apreciado por su blancura y su dureza. Los chinos le trabajan con gran primor e inagotable paciencia formando de él pies y varillaje de abanicos, cubiertas de libros, tarjeteros, cajas de mil formas y destinadas a diversos objetos, y juguetes preciosos delicada y prolijamente adornados con paisajes, árboles y figuras de hombres y animales. Estos mismos juguetes que ha traído vuestro hermanito son de marfil.

-Bien está, papá mío, dijo Blanca, nos ha hablado usted de un animal de cuatro patas, gigantesco...

-Los animales de cuatro patas se llaman cuadrúpedos, interrumpió Basilio.

-Ahora díganos usted si hay también aves de gran tamaño, continuó Blanca.

Águila

-Las hay en efecto, contestó el padre; por ejemplo el águila, llamada reina de las aves, no precisamente porque sea la mayor en estatura, sino por su aspecto majestuoso, por la rapidez de su -140- vuelo y la inmensa altura a que se remonta, por su fuerza muscular y su vista

perspicaz y penetrante que se fija en el Sol sin deslumbrarse. Mide frecuentemente unos dos metros desde la punta de una de sus alas hasta la extremidad de la opuesta.

-¿Habría, pues, otras aves mayores?, preguntó la niña.

Avestruz

-Indudablemente: el avestruz, originario del África y de los desiertos de la Arabia, es realmente el gigante entre las aves; alcanza a veces dos metros de altura; pero al contrario del águila, tiene las alas tan cortas que no le sirven para el vuelo. En cambio es velocísimo en la carrera, pues los caballos a escape no pueden seguirle y aun cuando se diera el caso de que uno de estos nobles cuadrúpedos siguiera a un avestruz, -141- el primero tendría que rendirse a la fatiga, mientras el segundo atraviesa, en su rápida e incansable marcha, desiertos arenales sin que el hambre ni la sed consigan postrarle.

Los orientales le llaman ave camello, y en efecto la longitud de sus piernas y la pequeñez de su cabeza le dan alguna semejanza con dicho animal, en cuanto puede existir parecido entre un cuadrúpedo y un ave, pudiendo, asimismo, compararse en la ligereza de su marcha y en el sufrimiento de las privaciones. También sobre el lomo de un avestruz domesticado monta un indio, y es llevado a larga distancia, a través de abrasados desiertos sin agua ni verdura.

-¿Y no sirven para nada más los avestruces?, dijo Blanca.

-Su inteligencia, continuó el padre, es escasa, su timidez extremada, no sabiendo defenderse de los que intentan dañarle y apelando a la fuga en todas ocasiones.

Moisés había prohibido a los hebreos alimentarse con la carne de avestruz, los mahometanos también la tienen vedada, como la de cerdo, los romanos por el contrario eran muy aficionados a ella; hoy día los árabes tampoco la comen y se aprovechan únicamente de su grasa para fricciones, ya con objeto de dar lustre y elasticidad a su piel, ya para curarse el reumatismo y otras enfermedades.

-Papá, preguntó Blanca, y entre los animales que viven en las aguas ¿cuál es el más gigantesco?, sin duda la foca marina, de que nos habló usted en otra ocasión.

-No por cierto. Hay otro muchísimo mayor también mamífero que es la ballena, la cual mide a veces 18 o 20 metros de longitud.

-¡Dios mío! Como una casa, observó Blanca.

-¿Y para qué sirve este animalucho tan grande?, interrogó Jacinto.

-142-

-Las ballenas, enormes cetáceos, respondió el padre, se crían en los mares del Norte. Los marinos inexpertos las han tomado a veces por pequeños islotes; pero los pilotos de los buques balleneros no equivocan jamás aquella enorme masa flotante con ningún otro objeto. Además, con frecuencia saca afuera la cabeza para respirar, otras veces se endereza verticalmente, sacando la mitad superior del cuerpo, y después se deja caer de lado, con grande estrépito y agitación de las aguas. La delatan, asimismo, dos surtidores de agua que salen de sus fosas nasales, casi unidos al principio y que se van separando en forma de V.

Los barcos pescadores rodean al monstruo, el arponero lo arroja su arma que es un hierro fuerte y agudo, de la figura de una flecha, el animal herido se zambulle para huir de sus perseguidores; pero le es imposible escapar porque el arpón va unido a un largo cable a cuyo extremo hay un tonel vacío que no se sumerge y flotando en la superficie del mar indica el sitio y la dirección del animal. Éste, después de permanecer algunos minutos debajo del agua (media hora lo más), se ve precisado a sacar la cabeza, pues respira el aire atmosférico, y no como los peces la cantidad de este fluido que contiene el agua; entonces le tiran otro arpón, si el primero se ha quedado clavado, y esto se repite hasta que el cetáceo, desfallece por la pérdida de sangre y queda tendido y flotante a merced de sus enemigos.

-Pero bien ¿qué hacen con él, para qué sirve?, insistió Jacinto.

-Tiene la ballena, continuó su padre, formado el paladar de unas láminas córneas que se dividen en barritas filamentosas, y son las que, tomando la parte por el todo, designamos con el nombre de ballenas y sirven para corsés, amazones de paraguas y otros usos semejantes. Su grasa o aceite, que se vende a buen precio, sirve para el alumbrado; pues las bujías, que están -143- hechas de esperma o grase de ballena sin mezcla ni adulteración, son las mas bellas, dan una luz sumamente clara y no producen humo ni desagradable olor.

Además los farmacéuticos y los perfumistas emplean esta materia para la confección de ciertos unguentos y pomadas, siendo difícil de reemplazar por su incomparable suavidad y fresca.

-Ahora, papá, díganos usted algo de los gigantes del reino vegetal, dijo el más curioso y preguntón de los niños, que, como ya habrán observado nuestros lectores, era Jacinto.

-Los árboles más gigantescos se producen en los bosques vírgenes de la zona tórrida. La caoba, por ejemplo, que conocéis perfectamente, pues de esta madera es la mayor parte del mueblaje de nuestra casa, es un árbol muy corpulento que se cría en la Isla de Cuba, en Honduras y en otros países. Creo que os habéis fijado en su hermoso color y en el pulimento de que es susceptible, pulimento y brillantez que si con tiempo se oscurecen un poco, reaparecen en cuanto se frota el mueble con un trozo de lana ligeramente untado en aceite y después con otro enjuto.

En la India, se produce el ébano, árbol también de grandes dimensiones que da una madera negra, dura y brillante, la cual algún día constituyó en España la única madera de que se construían muebles de lujo, dando nombre a los industriales que trabajan en madera fina. Magnífico es un mueblaje de ébano, y aunque ha caído algo en desuso en nuestros días, no debe esto atribuirse a que se desconozca su mérito, sino más bien al gran coste de tan precioso artículo; y la prueba es que le vemos empleado en objetos pequeños, como bastones, abanicos, cajas o cofrecillos para guantes, pañuelos, etc.

Majestuoso cual ningún otro árbol es el cedro del Líbano, monte de la Judea. En las vertientes de esta -144- empinada montaña, tan célebre en la Biblia, existían bosques enteros de cedros de elevadísima talla, pues llegaban a medir treinta metros de altura por diez o doce de contorno, y eran muy apreciados por la dureza de su madera que se tenía por incorruptible.

Tú, Blanca, que tan aficionada te muestras a la Historia Sagrada, quizá sabrás que en el maravilloso templo que Salomón mandó construir en Jerusalén no se empleó otra madera que la rica y costosa de cedro.

-No lo recuerdo.

-Hoy aquellos inmensos bosques del gigantesco vegetal no existen ya, y se encuentran ejemplares en otros puntos, pudiéndose aclimatar en Europa. Parece haber seguido la suerte de los judíos sus compatriotas, que se hallan diseminados por todo el mundo.

Otros dos árboles muy notables son el baobab y el vellingtonia gigantea. Del primero os diré que puede llegar a la edad de 6 mil años y que muchas de sus ramas miden 20 metros de longitud: el tronco tiene de 10 a 12 metros de circunferencia de suerte que para abrazarlo se necesitarían unos 3 hombres con los brazos extendidos dándose las manos. El vellingtonia gigantea se encuentra en California y mide hasta 130 metros de altura: es el vegetal más elevado que se conoce y os formaréis idea de sus extraordinarias dimensiones sabiendo que con el tronco vaciado de uno de ellos, se hizo una sala en que cupieron 140 niños.

Baobab

-¡Qué barbaridad!, exclamó Jacinto.

-Ya que de grandes plantas nos ocupamos, no puedo menos de mencionar, y con esto concluyo mi explicación, el cocotero.

Cocotero

Ya conocéis su fruto. El árbol es notable por sus dimensiones, porque alcanza muchas veces de 20 a 25 metros de altura; sus hojas son grandísimas, pues suelen medir tres o cuatro metros de largo por uno o poco menos de ancho. En las islas Oceánicas abunda este utilísimo vegetal, cuyo cogollo es comestible y casi tan sabroso como la rica almendra que encierra el coco, el líquido que hay en la parte interior de éste es una bebida refrigerante; el tronco da excelente madera de construcción, y cuando es tierno y se hacen en él incisiones, se obtiene otro líquido de muy grato sabor que destilado si convierte en aguardiente de superior calidad; de las flores sale un jugo que acedado es muy buen vinagre; con las hojas cubren los indios sus chozas; con la parte leñosa de la corteza del fruto se hacen vasijas, juguetes y otros objetos, y, por fin, la almendra, no sólo es un alimento muy agradable, como ya sabéis, sino que de ella se extrae un aceite que sirve para la fabricación de bujías y de excelente jabón.

-¿Ve usted, papá mío? Ya decía yo que las cosas grandes eran más útiles que las pequeñas, observó Blanca.

El padre se sonrió y dijo:

- Acerca de las excelencias del reino vegetal, voy a recitaros un

Soneto

El cedro erguido, la gentil palmera,
la encina secular del bosque umbrío,
el frutal, que produce en el estío
la endrina dulce y la sabrosa pera;

La flexible y graciosa enredadera
cuyo tallo se mece en el vacío,
-147-
la flor que brota junto al claro río
y él musgo que tapiza la pradera;

Todo es obra del genio Soberano
que desde el alto celestial asiento
el orden establece y la armonía;

Y el repartirlo con fecunda mano
dio a los hombres albergue y alimento,
sombra y solaz, perfume y ambrosía.

Hoja y flor de baobab

- XIII -

Lo dulce y lo salado

Mamá, mamá, qué chasco tan desagradable he sufrido, decía Blanca cierta mañana.

-¿Qué te ha sucedido, hija mía?, respondió Flora.

-He visto unos polvitos blancos sobre la mesa de la cocina, me los he introducido en la boca pensando que aquello era un poco de azúcar, y era sal.

-Pues no hagas nunca eso de introducir en tu boca una sustancia sin saber lo que es, porque, conforme ha sido sal, pudieras haberte encontrado con alguna cosa nociva que te hubiera perjudicado. Ahora ven a desayunarte, pues ya es hora.

Salieron al comedor los cuatro hermanos, y Blanca refirió a los otros su equivocación.

-Pues yo prefiero la sal al azúcar, repuso Jacinto.

-¿Para comerla sola?, preguntó la niña.

-149-

-Para comerla sola no, pero si me dieran a escoger entre privarme completamente de comer azúcar o sal, preferiría lo primero.

-Yo no, yo no, respondió Blanca.

-Vamos a probar quien se cansa primero, insistió su hermano.

-Vamos, dijo Blanca gozosa al ver salir la cocinera con una gran fuente de sopa en leche. ¿Consiente usted, mamá, en que hagamos la apuesta?

Basilio habló algunas palabras al oído de su madre, y ésta respondió:

-Consiento, pero ya sé de antemano quién va a perder.

-Por supuesto que Jacinto; por de pronto ya no va a poder comer sopas con leche, porque tienen azúcar.

-Sin almorzar no me quedaré, porque mamá es muy buena y permitirá que me hagan otra cosa, dijo el aludido.

-Di lo que desees almorzar con tal que no seas muy exigente.

-¿Me darán una chuleta asada?

-Eso ya es gollería.

-¿Unas sopas de ajo?

-Adelante.

Pocos minutos después la cocinera servía el parco almuerzo de Jacinto, que dio cuenta de él con buen apetito.

Llegada la hora de la comida, pusiéronse los niños en el lugar acostumbrado y, después de enterar la señora a su esposo de la singular apuesta entablada entre dos de los hijos, se sirvió la sopa y el cocido, pero haciendo presente Blanca a su madre que ella no podía comer de aquello porque tenía sal, respondió:

-Ya he pensado en ello, hija mía, y haciendo una seña a la criada, ésta puso en la mesa una soperita con fideos que era lo mismo que comían los demás.

La niña los probó y los dejó, diciendo

-No me gustan, no tienen gusto a nada.

-Es porque el caldo no tiene sal, señorita, respondió la -150- muchacha, la señora me ha mandado que hiciese un pucherito aparte para usted, sin poner sal, no sé por qué. Yo ya sospeché que no le iba a gustar, y temo que le suceda lo mismo con la carne y los garbanzos.

-Vamos, no hable usted tanto, y traiga otra cosa, respondió la madre.

La carne y lo demás desagradó a la niña tanto como los fideos, y lo dejó igualmente.

El principio consistía en chuletas de ternera que apenas probó, porque su ración carecía del consabido condimento.

-¿Te das por vencida?, preguntó la madre.

-No, no, respondió Blanca; quiero ver si Jacinto se cansa de no poder comer cosas dulces.

Éste, entretanto, comía y callaba sonriendo de satisfacción.

-Ahora me toca a mí probar de todo, añadió su hermana, porque los postres no tendrán sal.

-Yo también comeré de todo menos natas, replicó el muchacho.

-No, señorito, no, que los pastelillos tienen azúcar. ¿Verdad, mamá?
En efecto, los postres que se habían servido consistían en natas,
pastelillos y frutas secas.

La madre corroboró el aserto de su hija: el niño se contentó con almendras
y nueces, mientras Blanca se despachaba a su gusto. Dobló su ración, pero
al querer tripicarla, le fue la madre a la mano diciendo que temía se le
indigestasen las golosinas, no habiendo comido anteriormente cosa más
suculenta.

Llegó la noche, y al ver nuestra amiguita que la ensalada cruda, la
cocida, los huevos y el pescado, es decir, toda la cena, era insípida y
desabrida, careciendo de sal, preguntó qué podría comer.

-Si quieres, otra vez, sopa en leche... dijo la madre.

-¿Y mañana lo mismo?

-Mañana podrás tomar chocolate. La niña torció el gesto.

-151-

-Esta mañana, dijo, sopa de leche, a medio día nata, por la noche otra vez
leche y por la mañana chocolate. ¿Puedo mezclar un poco de café?

-No, hija mía, el café excita el sistema nervioso, desvela y produce un
malestar indecible, especialmente en las mujeres y en los niños, y si
puede convenir después de una buena comida, a ti te sentaría mal, hoy que
estás mal alimentada.

-¿Qué hacer, pues?, respondió Blanca, mirando de reojo la cena.

-¿Qué hacer?, respondió el padre, reconocer que te habías propuesto un
desatino, que tu hermano estaba en lo cierto al preferir la sal, confesar
tu error y cenar alegremente.

Blanca se calló, alargó su plato y cenó de todo como sus hermanos.

-¿Ves como yo tenía razón?, decía Jacinto, frotándose las manos de gozo;
mañana comeremos los dos de todo, pues a mí también me gustan las cosas
dulces; pero sé y hoy lo hemos probado, que es mucho más fácil privarse de
ellas que de la sal, que se mezcla con todos los alimentos.

-Y cuenta, añadió la madre, que ni tú has notado una cosa, ni yo he
querido hacéroslo advertir; porque no era necesario llevar la privación al
extremo, para que tu hermana cediese de su empeño.

-¿Y qué era?, preguntó Jacinto, mientras Blanca devoraba los manjares.

-Es que Blanca no ha dejado de comer pan durante su apuesta, y el pan
tiene sal.

-Digo, más pronto se hubiese cansado, respondió Jacinto, si hubiese tenido
que tomar la leche líquida y las almendras y nueces sin pan.

-Tienen ustedes razón, dijo la niña; no creía que la sal fuese una cosa
tan indispensable.

Aquella noche giró la conversación sobre el mismo tema, y habiendo tenido
que asistir el dueño de casa a una reunión -152- literaria, su esposa
instruyó a los niños de esta manera:

-Habéis de observar, queridos míos, y conviene que os fijéis en ello, que
cuanto más necesaria es una materia cualquiera para la vida del hombre,
para su bienestar y hasta su recreo, sin los refinamientos de lujo y
placer que la Civilización ha inventado, con mayor abundancia la ha
repartido el Divino Hacedor sobre la Tierra.

Así notaréis que hay más sal que azúcar; como abunda más la piedra de
sillería de que se construyen edificios que los diamantes, y el hierro de

que se hacen los instrumentos de labranza sin los cuales la tierra sería poco menos que improductiva, se halla en nuestras minas en mucha mayor abundancia que el oro.

-Pues yo no sé si hay más sal que azúcar, dijo Blanca.

-¿Tú sabes cual de los dos artículos cuesta más caro?

-No, señora.

-Pues yo sí.

-Ya lo creo, como que usted toma la cuenta todos los días a la criada.

-Un kilogramo de azúcar cuesta diez o doce veces más que uno de sal.

-Eso parecería probar que es mejor.

-No hija, no, porque el precio de un artículo no está en razón directa de su importancia ni de las ventajas que nos proporciona; sino que es más caro cuanto más escasea y cuanto mayor es la demanda que se hace del mismo, la cual es hija muchas veces del capricho, de la moda, o de necesidades ficticias que los hombres se han creado.

Siguiendo en mi comparación, os diré que sin casas fabricadas con piedra yeso, arcilla, etc., no podríamos dormir seguros y tranquilos, y sin diamantes en las orejas, en los dedos o en el pecho viviríamos perfectamente, y sin embargo, cuesta más un diamante que un carro de cal, yeso, piedra o arena: el agua, que ya vimos el otro día que no nos cuesta nada, o nos cuesta poquísimo el adquirirla, es absolutamente necesaria; el vino, que cuesta más caro, no es indispensable y los licores, a los que se da un valor infinitamente mayor, suelen ser hasta nocivos en vez de saludables.

Del mismo modo, pero esto nos llevaría a otro orden de consideraciones, el segador que suda y trabaja para separar de su tallo las espigas, cuyo grano se convierte en sabroso pan, que es nuestro principal alimento, gana menos en un año que el torero, el cantante o la actriz en un rato de divertir al público con sus piruetas o sus gorgoritos.

-Eso es injusto, observó Jacinto.

-No tal, porque a eso te contestarán que hay muchos miles de segadores, al paso que es muy corto el número de los Gayorres y los Romeas. Y el común de las gentes da gracias a Dios, y las daría más fervorosas si reflexionase más; porque no puede pasar sin comer pan, y pasa perfectamente sin conocer las notabilidades del circo taurino o del teatro.

- Estoy convencida, dijo Blanca, de que lo que más cuesta y lo que nos halaga más no es siempre lo mejor ni lo más necesario. Pero dígame usted, mamá, ¿de dónde sale la sal, de dónde el azúcar?

Salina para extraer sal del agua del mar

-La primera puede tener dos distintas procedencias, -154- pues hay sal de piedra, la cual, como otro mineral cualquiera, se acumula y forma cordilleras de montañas, da donde se extrae con facilidad y la hay también di agua de mar, que depositada en ciertos pequeños lagos o pantanos se deja secar al Sol hasta que evaporándose la parte acuosa, queda sólo la sal, que como sabéis, contiene el agua del mar en grande abundancia, y que preparada convenientemente sirve para los usos domésticos.

Hay en Cataluña una población llamada Cardona, en cuyo término existen

unas famosas montañas de sal, no menos admirables por su utilidad que por su belleza, pues, reflejando y quebrando los rayos de Sol sus picachos prismáticos y cristalinos, deslumbran la vista con los más vivos y brillantes colores.

Recolección de la caña de azúcar

En cuanto el azúcar, ya es otra cosa: se cultiva en América, pues aunque parezca de piedra, procede de un vegetal llamado caña de azúcar o caña dulce. Se hacen de él grandes plantaciones, y cuando está en sazón se cortan las callas en pequeños pedazos, se trituran o reducen a pasta por medio de unos aparatos llamados trapiches, compuestos de tres cilindros; aquella pasta se filtra y después se dispone en calderas y se somete durante tres cuartos de hora o una hora a la temperatura de 60 grados, a fin de que vaya formándose en la superficie espuma expelida por las substancias que la impurifican.

Después de una hora de reposo se expone de nuevo al calor para producir una rápida condensación, que se aprecia por medio de un instrumento llamado areómetro, pero que los operarios suplen con un sencillo procedimiento, que consiste -155- en tomar una gota entre el pulgar y el índice juntando las yemas y separándolas hasta que forme un hilo consistente, Se cuele través de una tela de lana y prosigue la condensación hasta que el líquido se convierte en un jarabe muy espeso. Aquello se llama azúcar verde, que se deposita en toneles o bocoyes donde se deja enfriar.

Cuando ya, el azúcar se ha cristalizado, se abren los agujeros que hay en el fondo de los toneles, sale por allí la parte menos sólida, llamada melaza, baticiones o melote, quedando en lo interior la que llaman cogucho o azúcar moscabado. En el Brasil y en la isla de Cuba se le somete a una postrera operación, dentro de hormas cónicas de barro, obteniéndose de este modo el azúcar blanco.

El que se consume en Europa, se sujeta a la refinación, para lo cual primeramente se disuelve en agua, añadiendo en la debida proporción sangre de buey y otros ingredientes, después se somete la mezcla a una temperatura de 60 grados, y cuando todas las partes sólidas han subido a la superficie está concluida la clarificación, y se filtra el jarabe a través de carbón que le descolora. A esta operación sigue la de concentración que se hace en calderas de diferentes sistemas, pues la experiencia ha enseñado que debía realizarse a una temperatura relativamente baja, pero con la mayor rapidez posible.

Se pasa este jarabe a los moldes donde se cristaliza, y por medio de una máquina, se corta en trocitos de forma cúbica, que es como se entrega al comercio, aprovechando los fragmentos de figura irregular, que se muelen o se empaquetan aparte para venderlos a precio algo más bajo.

-¿Y la miel, preguntó Blanca, también se saca de alguna planta o de alguna flor?

-De muchas flores, respondió la madre, y especialmente de flores silvestres y tan modestas y sencillas como la del romero; pero no se prensan ni se someten a complicados procedimientos para extraer su dulce jugo, pues no son los hombres, sino unos animales muy chiquitos, los que

tienen -156- a su cargo la fabricación de este artículo, tan apreciado el comercio.

-¿Unos animalitos, dice usted? Cuénteme, cuénteme eso, que sin duda será muy bonito.

-No, hija mía, porque es muy tarde: otro día nos ocuparemos de ello.

Caña de azúcar

- XIV -

La miel y la cera

Blanca había asistido con su madre a una magnífica función de iglesia, de esas en que la devoción de los fieles pide al arte todos sus recursos, para ofrecer al Autor de cuanto hay grande y bello sobre la Tierra un humilde tributo de adoración. Preciosos frescos adornaban la bóveda y las paredes, hermosas esculturas se ostentaban en los altares, ricas arañas pendían del techo sosteniendo infinidad de velos, cuya luz se quebraba en el tallado cristal, produciendo brillante y variado colorido; el incienso, formando suaves espirales, subía a confundirse en una ligera nube, cuyas emanaciones aromatizaban la atmósfera mezcladas con los perfumes de las flores, que en grandes y artísticos grupos elegantes jarrones sostenían y los acordes sonos de la música acompañaban las robustas voces de los sacerdotes y las argentinas de los niños de coro.

-158-

La amable Blanca, piadosa por instinto y por efecto de su educación, y artista por intuición o por temperamento, estaba encantada.

Apenas llegó a su casa, preguntó a su madre:

-¿No es verdad, querida mamá, que habrá sido muy agradable a Dios y a su Santa Madre la función a la cual acabamos de asistir?

-Supongo que sí, respondió Flora.

-Es que nuestra maestra, que es muy sabia y muy buena cristiana, dice que el Señor no se satisface con exterioridades, y que a veces le es más grata la oración de un pobre niño que reza solo en su cuartito, la plegaria de la madre que vela junto a la cuna de su hijo, o la súplica del enfermo que gime en lecho de dolor (estas mismas palabras dice ella); que los cultos solemnes que con tanta riqueza y esplendor se le dedican.

-Estoy conforme con esa ilustrada señora, hija mía, y creo que Dios acepta benévolo cuanto con buena voluntad y sincera fe se le dirige, así el rezo del pobre ermitaño que se arrodilla en el fangoso suelo y fija su vista en el estrellado firmamento, como el de los sacerdotes que hoy le rendían adoración entre los esplendores del lujo y la magnificencia; pero creo también que el escultor, ni pintor, el músico o el poeta que emplean su inspiración en trazar una bellísima imagen los primeros, y en componer un

himno los segundos, hacen una excelente aplicación de sus facultades de artista, y que si estos hombres inspirados viven de su trabajo, como es lo general; los ricos que, además de emplear una parte de su capital en obras de caridad, consagran otra a la adquisición de aquellas obras para las iglesias, contribuyendo al culto externo con que se glorifica al Señor, se edifica a los fieles y se estimula a los indiferentes, hacen también el mejor uso de su fortuna.

Por la noche, Blanca refirió a su padre lo que había visto y oído, amén de las reflexiones propias y de las explicaciones maternas, y añadió:

-159-

-¡Si viera usted, papá, qué multitud de luces! Serían de esperma de ballena ¿verdad?

-No, querida mía, para el culto católico, respondió el padre, no se gasta por lo regular más alumbrado que el de aceite y el de velas de cera.

-¡Ah!, ya sé como las que se encienden en el colegio para rezar el rosario, y ¿de dónde sale la cera?

-Recuerdo, interrumpió la madre, que hace pocos días me preguntaste de donde salía la miel; pues bien, la miel y la cera tienen un origen semejante.

-Me dijo usted que la miel la fabricaban unos animalitos pequeños.

-Sí, las abejas.

-¿Y también fabrican la cera?

-No, la segregan, y después la preparan convenientemente, lo cual no es lo mismo.

-¿Y qué es segregar?

-Tu papá te lo explicará.

-¡No sudas tú muchas veces?, preguntó el aludido.

-Sí, señor, demasiadas.

-¿Y fabricas el sudor?

-No, señor, él solo se hace.

-Tú le expeles por los poros; a ese acto se llama secreción y es una función de nuestro organismo.

-¿Una función?, preguntó Jacinto que lleno de curiosidad se había acercado.

-Funciones son aquellos actos que ejecutamos sin que intervenga en ello nuestra voluntad, como la respiración, la digestión, el sueño, etc., y son acciones las que ejecutamos con premeditación y voluntad, como el andar, el hablar, el comer, etc.

-Pues secreciones serán también la saliva y las lágrimas, respondió Jacinto.

-Papá, dijo Blanca impaciente, deje usted estar a ése y hablemos de las abejitas.

-Vosotros ya conocéis ese insecto.

-160-

-¿Qué quiere decir insecto?, preguntó Jacinto.

-Así no acabaremos nunca; dijo Blanca.

-La palabra insecto siguió el padre, viene de la voz sección, porque los animales que se designan con ese nombre tienen su cuerpo formado por muchas secciones o anillos y no por un solo esqueleto, unido por la espina dorsal, como los cuadrúpedos, las aves y los peces.

Abeja reina, obrera y zángano

Lo que no sabréis vosotros es que las abejas forman una república o más bien una monarquía, puesto que tienen una reina, que mejor pudiéramos llamar madre, ya que ni reina ni gobierna y es la única que pone huevos, aumentando así la población; hay también algunos, machos, pocos en verdad, porque como estos no son aptos para el trabajo y las abejas, prudentes y hacendosas por instinto, no tienen afición a mantener holgazanes, cuando hay muchos zánganos (que así se llaman los machos) los echan de la colmena o los matan. El resto de la población, es decir, la gran masa de ella, la forman las abejas trabajadoras u obreras, que son hembras estériles, esto es, que no ponen huevos.

Tres son las partes principales de este precioso animalito: la cabeza, provista de dos antenas que parecen cuernos, y son los órganos del tacto, de cinco ojos, a saber, tres en la parte superior y dos a los lados, compuestos estos últimos de varias caras o facetas, y de la boca (semejante a un estuche) en que se encierra una prolongación del labio inferior y las mandíbulas, llamada trompa, destinada a extraer -161- el jugo de las flores. Viene después el pecho o tórax del que salen cuatro alas y seis patas y últimamente el vientre o abdomen muy abultado, pues está provisto de dos estómagos, y termina en un aguijón que es un tubo puntiagudo, que clava la abeja en el que llega a molestarla, y por cuyo tubo corre, un líquido venenoso, que depositándose en la herida, es causa de la rápida inflamación y el insoportable dolor que acompaña a las picaduras.

-Dígame usted papá, observó Blanca ¿por qué les habrá dado Dios tantos ojos?

-Para suplir la movilidad de que carecen, pues la mayor parte de los animales pueden volver la cabeza, y aun, sin esto, girar los ojos en su órbita gracias a la docilidad con que los músculos obedecen a la voluntad del que quiere variar la dirección de su mirada. Los insectos, pues, tienen ojos inmóviles, mas compuestos de varios puntos luminosos o facetas, para que puedan ver por todos lados; pero lo que no está todavía bien averiguado es si cada uno de ellos les presenta una imagen distinta, o si todos ellos van a reunirse en un único nervio óptico, presentando una sola imagen.

Las patas posteriores de la abeja tienen un canastillo o cesta y un cepillo, formado el último de pelo proporcionalmente largo y fuerte, con el cual recogen y barren el polen de las flores, que depositan en el cestillo anteriormente citado.

-¿Qué es polen, papá?, interrogó Blanca.

-Parece que todos preguntamos, observó Jacinto.

-Porque todos deseáis saber, repuso el padre. Polen es el polvillo, generalmente amarillo o blanco, de las flores, polvillo fecundante que cubre una parte de ellas, llamada estambres y que cayendo en otro órgano de las mismas, que se denomina pistilo, lo transforma en fruto.

-¡Ah!, ya lo sé: a veces he ido a oler una flor, y me ha quedado en la nariz un polvo amarillo.

-Eso es.

-¿Y qué hacen con el polen?

-162-

-Llevarle a la colmena, y depositarle donde te diré después. Ahora hablaremos de la cera. Debajo del vientre tienen las abejas unas cavidades de las cuales sale la cera, ellas la cogen con las patas, la llevan a la boca, la mastican y amasan, y reuniendo las secreciones de muchos miles de obreras, se forman los panales compuestos de celdillas que son...

-Ya sé, unos agujeritos redondos.

-Redondos precisamente, no, porque entonces tendrían la forma de un ojete de los que haces cuando bordas.

-¿Y no son así?

-No, sino que tienen una forma hexagonal, esto es, que consta de seis lados iguales, pero tan exacta, que ningún geómetra pudiera construirla mejor.

El jugo de la mayor parte de las flores es muy dulce, las abejas lo saben; y aun prefieren las más a propósito para su objeto; le chupan con su trompa, y al llegar a su colmena le vacían en aquellas celdillas o alvéolos de que hemos hablado, mejor dicho le vomitan, pues le han digerido ya en su primer estómago y mediante esta función se ha convertido en miel; allí, junto con aquel dulce licor depositan el polen, y cuando está lleno un agujero cubrenle con una cúpula de cera, para que su contenido se conserve mejor. Los panales son dobles, es decir que si los inviertes encontrarás en la parte inferior iguales alvéolos que en la superior, pero separados por un tabique.

-No recuerdo yo qué forma tienen los panales, dijo Blanca.

-Redondos u ovalados, según la que afecte la colmena en que se han construido, pues lo primero que hacen las obreras, en cuanto se posesionan de una de estas habitaciones, es forrarlas o cubrirlas interiormente con una substancia que extraen de las yemas y retoños de las plantas leñosas, llamada por los naturalistas própolis, y por los labradores, tanque y a este tapiz pegajoso o glutinoso, adhieren los bordes de sus panales, que van colocando uno sobre otro con pequeños espacios hasta llenar la colmena.

-163-

Algunos huequecillos o alvéolos no se llenan de miel, sino que sirven de cuna o nido para las larvas o gusanillos que nacen de los huevecitos que pone la reina o madre. Las abejas estériles o trabajadoras despliegan actividad suma en la alimentación y cuidado de estas larvas, bien así como las niñas mayores de una familia dan las papillas a sus hermanitos menores y les prodigan todo género de cuidados.

-¡Cuán buenas son esas abejitas!, dijo Blanca.

-Son, en efecto, modelo de previsión, de amor al trabajo y de infatigable actividad. Están, además, encargadas de la custodia de su habitación, así es que salen a volar alrededor de la piquera, que así se llama la puertecita o abertura de la colmena, y si se acerca una abeja la reconocen con sus antenas; si no es de las de la sociedad la ahuyentan a picotatos, y lo mismo hacen con cualquier otro insecto que intente perturbar su tranquilidad.

-¿Con qué, además de fabricantes de cera y miel, son niñeras, y centinelas que dan el quién vive al que se acerca?

-Así es.

-Y ¿de qué son las colmenas?

-De corcho, de cañas, de madera y aun se ha probado construirlas de cristal.

-¿Con qué objeto?

-Con el de ver cómo trabajan y sorprender todas sus operaciones; pero es inútil o poco menos la diligencia del hombre en este punto, pues los industriosos insectos embadurnan las transparentes paredes con el própolis o tanque y se quedan a oscuras.

-De manera, dijo reflexionando Jacinto, que si no se les hiciesen las habitaciones no podrían trabajar, y aun así, no sé quien les dice donde hay una colmena vacía.

-Si no hallasen local más a propósito, aprovecharían un tronco hueco o la cavidad de una roca para formar su república, como dice Cervantes en su precioso discurso de la edad de oro, que pone en boca de Don Quijote; pero como la utilidad -164- de las abejas es tan notoria, los que se dedican a la cría y aprovechamiento de ellas tienen cuidado de procurar colmenas de repuesto para que, cuando la población volátil no quepa en las que ya están llenas, ocupe las demás.

Colmena

Llegado el caso de que les falte sitio para colocar sus panales, o haya varias reinas en una colmena, sale una de ellas con gran séquito de obreras a buscar nueva habitación. Los labradores que ven pasar el enjambre, que así se llama este ejército volante, como quiera que no se remonta mucho, arrojan al aire arena o tierra o queman alguna materia que produzca humo muy denso, haciendo al propio tiempo ruido con calderos, sartenes, etc., o bien con dos tejas; los animales, aturdidos, se paran, apiñándose unos -165- sobre otros en compacto pelotón; entonces los cobijan con una colmena vacía, que a este efecto está destapada por un lado, la invierten, la cubren completamente y ya está instalada la familia en su nueva habitación.

-Doy preguntas voy a dirigir a usted, dijo el curioso Jacinto.

-A ver.

-Ha dicho usted que de los huevecillos de la abeja nacían gusanos y no abejas, ¿cómo se convierten, pues, en animales de la especie de su madre?

-Como todos los insectos alados; creo que ya te lo dije al tratar de las mariposas: todos son primero larvas, después gusanos y más tarde crisálidas. Los gusanitos de que tratamos hilan un capullo sedoso, del que salen con alas y todos los demás órganos de la abeja.

-Otra pregunta. ¿No es la miel su alimento?

-Ciertamente.

-Pues si les quitan los panales, ¿cómo viven?

-Su instinto les dice que en invierno no tendrán flores de que chuparla; por tanto, en la primavera y el estío hacen de ella abundantísima provisión, y los apicultores, que así se llaman los que explotan este útil animalillo, les roban el fruto de su trabajo al terminar la primavera; las infatigables obreras vuelven a fabricar sus panales, y en el otoño sufren un segundo despojo; pero no tan completo como el de la estación florida,

pues entonces se les deja lo que se calcula que han de necesitar para su manutención durante el invierno.

-¿Y qué más se hace de la cera?, dijo Blanca.

-Los farmacéuticos la emplean para la confección de ungüentos; ya has dicho tú que sirve para iluminar los altares y para los exvotos, etc.; pues bien, derritiéndola y vaciándola en moldes de la forma que se quiere, se hacen de ella frutas, flores e infinidad de objetos. En cuanto a la miel, ya sabéis que es un dulcísimo manjar y que se emplea en la preparación de varias clases de dulces o confituras, especialmente -166- las que pertenecen a la doméstica repostería.

-¡Benditas sean las abejitas!, dijo Blanca.

-¡Bendito sea Dios que las ha criado!, contestó la madre.

-¿Sabéis vosotros, dijo Basilio, que hasta entonces había estado escribiendo, quién es comparable a las abejas?

-Sí tal, respondió Blanca, las niñas hacendosas.

-Y en general, repuso el hermano mayor, todas las personas industriosas, activas y aplicadas. ¿Queréis oír una fábula que he aprendido en un libro de educación?

-Dila, dila.

El padre de familia y sus dos hijos

Por el ameno prado,
paseaba cierto día
de fiesta, con dos hijos,
un padre de familia.

Ambos eran dotados
de comprensión muy viva,
mas sus inclinaciones
en nada parecidas:

el uno era estudioso
y dócil, prefería
el otro hermano el juego
a Vives y Nebrija.

Común entre estudiantes
suele ser tal desidia,
pero en grado el más alto
el nuestro la tenía.

Bien sus diversos genios
el padre conocía
y para el perezoso
buscaba medicina.

Cuando esto le ocupaba,
en la extensa campiña
-167-
Vio volar dos insectos
de prendas muy distintas:

la infatigable abeja
y la mariposilla
liviana; el padre atento
a su prole querida,

el caso aprovechando,
esta lección les dicta,
señalando a los bichos
que cerca discurrían:

-«¿ Veis esos dos insectos
que entre las flores giran?
Pues son de vuestros genios
imágenes cumplidas.

Tú, que con tal cuidado
al estudio te aplicas
en la prudente abeja
tu fiel retrato mira.

Como a ella su trabajo
da mieles exquisitas,
así honor, ciencia y bienes
te darán tus fatigas.

Mas, hijo, tú que ocioso.
(Vuelto al otro seguía)
El estudio abandonas
y a jugar te dedicas;

en esa mariposa
ligera y aturdida
hallas bien retratada
tu inquietud y desidia.

De flor en flor volando
sigue la pradería,
sin que del vano juego
fruto alguno consiga,

y después de mil vueltas
inútiles y listas,
al fin, sin hacer nada,
viene a acabar su vida.

-168-

¿Y esperas otra suerte,
si como ella deliras?
Lo mismo digo a todos
los niños que la imitan.»

Blanca y Jacinto dieron las gracias a su hermano, los padres le felicitaron por su buena memoria y por la oportunidad con que había hecho aplicación del apólogo, y mutuamente complacidos se retiraron todos a descansar.

- XV -

El jardín encantado

Cuento

Blanca se hallaba enferma de sarampión y guardaba cama, obedeciendo las prescripciones del médico, permaneciendo cuidadosamente tapada y tomando los medicamentos que aquél le propinaba.
Los niños mayores, dóciles también a las órdenes de sus padres y a los

consejos del doctor, se privaban de acompañar a su querida hermanita para evitar el contagio, pasaban el día en el colegio y la noche en las habitaciones más distantes de la que ocupaba la enfermita y a Enrique le habían llevado a casa de su tío, donde el pobrecillo se entristecía

-170- algunos ratos recordando a su familia, especialmente a la mamá y Blanca; pero se consolaba con las caricias que le prodigaban sus tíos y primos, y se distraía con los juguetes que le habían traído de su casa y los muchos y variados que de nuevo le compraban diariamente sus amables tíos.

Luego que cedió la calentura que acompaña por lo regular a tales erupciones, Blanca se cansaba de estar en la cama y deseaba tener distracción y compañía; pero los solícitos padres, al paso que la exhortaban a tener paciencia, permanecían a su lado todo el tiempo que les dejaban libres al uno sus negocios y a la otra sus domésticas ocupaciones.

Una noche suplicó Blanca a su mamá que le permitiese leer un ratito en el precioso libro de cuentos que, como recordarán nuestros lectores, había recibido como regalo de los Reyes; pero la señora se negó a ello, ofreciéndose, en cambio, a leer ella misma en alta voz para proporcionar distracción a la enferma, mientras no podía conciliar el sueño.

-¿Qué cuento va usted a leerme, querida mamá?, decía la niña.

-El que tú prefieras.

-Pues yo los he leído todos; pero hay algunos, y uno en particular, que nunca me cansan.

-¿Cuál es?

-El del Jardín encantado, pues hay una niña muy buena y muy desgraciada, que después logra la recompensa de todos sus sufrimientos.

-Si era buena, quedaría muy agradecida a la Providencia.

-No sólo a la Providencia, sino a las personas que habían manifestado interés por ella y se habían compadecido de su desdichada suerte. Lea usted, mamá mía, lea y verá que bonito. La madre dio principio a la lectura en los términos siguientes:

El jardín encantado

«Había en una rica y hermosa ciudad cierto acaudalado comerciante, que tenía una excelente esposa y dos preciosas -171- niñas: la mayor de éstas, llamada Juanita, tenía 9 años; le menor, cuyo nombre era Elisa, contaba solamente 4, y era hermosa como un ángel, con una carita redonda y sonrosada, unos labios rojos y finos como las hojas del clavel, ojos pardos, claros y brillantes, guarnecidos de largas y sedosas pestañas y una cabellera graciosamente rizada. Los padres y la hermana mayor amaban a Elisa con delirio, pero no por estos encantos físicos que acabamos de describir, sino porque era dócil y cariñosa con todos: si hubiese sido fea la hubieran amado lo mismo, pues la belleza no es un mérito en las niñas, ya que no está en su mano el adquirirla: la bondad, la obediencia y la dulzura de carácter, sí son meritorias y deben recompensarse.

Elisa jugaba por las tardes con Juanita que la cuidaba y vigilaba en un pequeño jardín perteneciente a la casa de sus padres. Este edificio era grande y tenía la entrada principal en una calle céntrica y hermosa, mas el jardín tenía una puerta pequeña que daba a una callejuela estrecha y poco frecuentada.

Una tarde Juana quedó arrestada en el colegio y Elisa bajó sola al jardín, la mamá tenía visitas, y al ir la niña a pedirle permiso para jugar, le reiteró la orden que le daba todos los días de no traspasar el umbral de la puerta que salía a la citada calle.

La niña era dócil, como se ha dicho, pero la mayor parte de las criaturas de su edad y aún muchas mayores, cuando se entregan al juego se olvidan de las advertencias que se les hacen y no piensan más que en aquello que momentáneamente fija su atención; así es que habiendo visto una mariposa dorada y matizada de rojo y azul, que pasó por delante de sus ojos, la siguió con la vista para observar dónde se paraba; detuvo el insecto su vuelo en la rama de un rosal y ella, andando de puntillas y conteniendo el aliento, se acercó, alargando la mano para cogerla; pero en el instante en que iba a realizar su deseo, la mariposa voló y fue a posarse en una dalia blanca; igual tentativa y el mismo -172- inútil resultado, el insecto voló por encima de la tapia del jardín y la rapazuela franqueó la puerta en su seguimiento, la fugitiva continuaba alejándose con su incierto y engañoso vuelo y la perseguidora no se daba cuenta de la ruta que seguían. Detúvose la primera, cansada al parecer, en el hueco de una pared (pues allí ya no había árboles ni flores). Elisa fue a cogerla y, como siempre, se vió burlada en su esperanza; pero esta vez el animalito remontó tanto el vuelo y tardó tanto tiempo en descender, que la niña la perdió de vista. Entonces fue cuando trató de volver a entrar en su casa, pero mirando en rededor se vió en un sitio desconocido.

-Es verdad, se dijo a sí misma, que cuando la mariposa voló por encima de la tapia, yo salí por la puerta del jardín, pero ésta no debe estar lejos.

La cuitada había torcido a la derecha sin fijarse en ello, dando vuelta a una esquina, así fue que aunque volvió atrás y anduvo de prisa y aturdidamente, como pasó por delante de la calle sin entrar en ella, continuó alejándose de su casa.

Empezaba a anochecer, y la pobre Elisa cansada y llena de tristeza y miedo, se puso a llorar, gritando:

-¡Mamá, mamá! ¡Juanita, Juanita!

Pasaba a la sazón una mujer y acercándose a la triste niña, le preguntó:

-¿Por qué lloras, hermosa, qué tienes?

-Quiero ir con mi mamá, respondió la niña.

-¿Quién eres, cómo te llamas?

- Me llamo Elisa Príncipe.

Bueno es que los niños desde su más tierna edad sepan decir su nombre y domicilio, pero es mejor que todo que obedezcan exactamente los mandatos de sus padres, porque si la pequeñuela de nuestra historia no se hubiese separado de la orden recibida, se habría ahorrado los muchos disgustos que sufrió desde aquel aciago día.

Hemos visto que Elisa sabía su nombre y apellido, cosa que no olvidó jamás: con esto habría bastado si hubiese encontrado una persona honrada que hubiera tenido intención -173- de devolverla a su padre, porque el nombre de éste era bastante conocido para que, entregando la niña el alcalde de barrio, éste hubiese hecho las diligencias necesarias al efecto; cuando no es así, las criaturas perdidas son recogidas por los dependientes de la autoridad, y los periódicos publican el hallazgo para

que los interesados pasen a recogerlas.

Desgraciadamente Elisa cayó en manos de una mujer infame, que la llevó a su casa diciéndole que la conducía al domicilio paterno.

-Estamos muy lejos, decía la niña, me canso.

-Ya llegamos, respondió la malvada mujer.

Y para que la pobrecita no llorase, la tomó en brazos.

Entraron, por fin, en una casucha fea y sucia.

-Se ha equivocado usted, esta no es mi casa, dijo Elisa.

-Mañana te llevaremos, dijo otra mujer que había en la casa. Ahora es muy tarde, cenarás y dormirás con nosotras.

La niña no se atrevió a replicar, pero lloraba en silencio.

Más tarde llegó un hombre, cuyo aspecto impuso miedo a la pobre niña; cenaron todos una especie de rancho o bazofia que la pequeña comió con bastante repugnancia, y la echaron en un jergón de paja en compañía de una de las mujeres. Por la mañana, el hombre salió y regresó acompañado de otro que le dió dinero y se llevó la niña dándole dulces y colmándola de caricias.

-¿Me llevará usted con mi mamá?, dijo ella.

-Sí, hija mía, al momento, contestó.

¡Mas ay! ¡Cuán lejos estaba de su pensamiento el hacer esta obra de caridad!

El tal sujeto era un saltimbanquis, que compraba criaturas robadas o extraviadas y les enseñaba a bailar en la maroma o en la cuerda floja, a pasar por un aro, a tenerse en equilibrio en el palo de una silla, apoyándose con las manos y teniendo los pies a lo alto, y otras habilidades por el estilo. A la sazón tenía un muchacho de unos diez años, a quien había enseñado ya, y se dedicó a enseñar a Elisa.

Lo que la pobre niña sufrió hasta adquirir la agilidad necesaria -174- para tales ejercicios, no es para explicarlo. Si sus miembrecitos no se doblaban como el dueño quería, los torcía, arrancando el dolor a Elisa gritos amargos que no conmovían el corazón del titiritero; si se caía de la silla o de la cuerda, le daban golpes.

¿Por qué no me lleva usted con mi papá y mi mamá?, preguntaba ella.

-Porque te he comprado para enseñarte a ganar dinero.

-Y ¿quién me ha vendido?

-Aquella mujer de cuya casa te saqué.

-Aquella mujer será muy mala, dijo la niña llorando.

-Mala será, pero te ha vendido.

-Es que yo no era suya, sino de mi papá y mi mamá.

-Ella te encontró en la calle. ¿A dónde ibas sola?

La pobre afligida contó lo que le había acontecido, y añadió:

-¡Ay! ¡Cuán mal hice en salir del jardín, cuando me habían mandado que no saliese! Pero yo me pensaba que los niños no se vendían, nada más las muñecas y las cosas buenas para comer.

-Todo se vende.

El saltimbanquis se embarcó con el muchacho, Elisa y una mujer que tocaba el organillo mientras ellos trabajaban, desembarcó en una ciudad populosa; y allí se mostró en las calles y plazas llamando más la atención de las gentes la pequeña Elisa que el grandullón su compañero y el maestro, que tragaba estopa encendida y la sacaba después por la boca convertida en

cintas de colores.

Iba la niña vestida de blanco, y en su traje y en la cinta azul que sujetaba su rizada cabellera brillaban las lentejuelas y las piedras de vidrio blancas, verdes, o rojas, simulando diamantes, esmeraldas y rubíes, de manera que parecía un ángel.

Presentose también en el circo ecuestre sobre un gran caballo y mientras, temblando de miedo, y con el corazón oprimido por la tristeza y la nostalgia de la ausencia de los -175- seres queridos, lucía sus habilidades, las niñas de su edad la creían feliz viéndola tan bellas y tan graciosas; pero las madres oprimían los niños chiquitos contra su corazón, compadeciendo, sin conocerlos, a los padres de la pequeña titiritera.

Así vivió cinco años, al cabo de los cuales murió el maestro, y el chico aprovechándose de la confusión de los primeros momentos, recogió lo que pudo de las ropas y efectos pertenecientes a la compañía, y se escapó. Quedó Elisa sola con la mujer del organillo, pero por fortuna habían regresado a su patria y precisamente a la ciudad nativa de aquella, cosa que ella ignoraba, pues ni recordaba el nombre ni conocía las calles, tanto menos cuanto que vivían en un barrio pobre, muy distante del en que había habitado en unión de sus padres.

Así paseaban calles y plazas...

Lo que nunca olvidó fue su nombre y apellido, a pesar de que los saltimbanquis la llamaban Lisina.

La mujer, que era viuda y pobre, daba vueltas a su manubrio produciendo las pocas tocatas que tenía el instrumento; así paseaban calles y plazas, y en cuanto reunía un pequeño auditorio, formando corro o asomado a los -176- balcones, Elisa, ejecutaba algunos saltos y piruetas, terminados los cuales recorría el círculo; y miraba a los balcones con una pandereta en la mano. Caían en ella algunas monedas, y las pobres se retiraban a su casa, comprando al paso pan y legumbres para su alimento.

Así vivieran cerca de un año, hasta que la viuda cayó enferma de gravedad, y aunque la niña, que era naturalmente buena y compasiva, le prodigaba con cuidados, ni su edad ni sus recursos le permitían asistir a una persona que se hallaba en tal situación. Advirtiéronlo los vecinos, al principio ayudaron a Elisa y le proporcionaron alimentos y medicina; mas como todos eran pobres, se vieron obligados a renunciar a socorrerla en adelante, y dieron parte a la autoridad competente, la cual dispuso la traslación de la enferma al hospital, donde falleció pocos días después.

Hallose la pobre Elisa falta de apoyo en el mundo, pero la Providencia no desampara a nadie y dispuso que una sociedad benéfica ofreciese un premio de quinientas pesetas a la familia que recogiese y amparase a la que todos creían huérfana. Presentose el primero ofreciéndose el efecto un pobre zapatero remendón, que hacia pocos días había perdido a su esposa, hallándose con algunas deudas contraídas durante la enfermedad de aquella, de modo que más bien por conveniencia que por caridad recogió a la niña; pero en el fondo era bueno y la trató, sino con cariño, a lo menos con benevolencia.

Tenía el viudo dos hijos: una niña del tiempo de Elisa, diez años escasos,

y un niño algo menor, los cuales recibieron con cierto despegue a la pequeña huésped, y les fue poco simpática porque les inspiraban envidia, especialmente a la chica, la belleza de Elisa, su gracia natural y cierta urbanidad y finura de modales que parecía innata en ella; mas esta hostilidad no se tradujo en riñas, porque la recién llegada las evitaba, con su prudencia, contentándose con el rincón más oscuro de la habitación, con dormir en la orillita de una cama dura, que compartía con la hija de la casa, -177- y comer el pedazo de pan más duro y el más pequeño trozo de queso.

No se crea, empero, que Dios dejó sin consuelo a una niña tan amable y resignada, pues le proporcionó en el seno mismo de aquella familia una generosa protectora.

El zapatero tenía madre, una excelente mujer de 60 años, muy buena cristiana y por consiguiente compasiva y cariñosa para con los desgraciados, y ésta animaba a Elisa con sus consejos, fortaleciendo su esperanza de otra vida mejor, y reprendiendo a sus nietos porque no trataban a su hermana adoptiva con toda la consideración a que sus desgracias la hacían acreedora.

Vivía esta familia en un arrabal inmediato a la ciudad, pasado el arrabal había una frondosa alameda, y a uno y otro lado colocadas sin orden algunas casas de campo de aspecto risueño y pintoresco; una especialmente llamaba la atención de nuestros niños por hallarse rodeada de un grandioso y amenísimo jardín.

Los hijos del zapatero y su compañera iban a la escuela; en honor de la verdad debemos confesar que los tres estaban bastante atrasados, pero Elisa era mucho más aplicada y desde luego se hizo simpática a la directora y auxiliares del establecimiento, por su docilidad y su deseo de saber.

De día hubiera deseado estudiar, pero era necesario ayudar a la abuela en sus ocupaciones domésticas y como la nieta no quería hacerlo, recaía el trabajo sobre ella; por la noche, después de la cena, la anciana reunía a la familia y se rezaba el Rosario, después mandaba a los niños que cada cual cogiese su libro y estudiase la lección para el día siguiente; los dos hermanos se apoderaban de los sitios más inmediatos a la opaca luz de aceite que iluminaba la estancia, y Elisa quedaba poco menos que a oscuras estudiando con dificultad hasta que los otros se cansaban y se ponían a jugar o se echaban a dormir en un rincón: entonces se acercaba a la luz y estudiaba con afán hasta que el sueño la vencía o le mandaban irse a la cama.

-178-

-Estudiaré el jueves, se decía a sí misma, pero, llegada la tarde del día feriado; había que ir a buscar leña o bien yerba para unos conejitos que se criaban en casa. La hija del zapatero, a quien no le gustaba trabajar, siempre encontraba una excusa para quedarse en casa, mientras su hermano y Elisa marchaban cada uno por su lado a cumplir su cometido.

La niña se dirigía siempre a un bosque algo distante, en cuyo camino se hallaba la gran casa rodeada del magnífico jardín de que hemos hablado, y a la ida o a la vuelta se quedaba encantada contemplando las frondosas acacias, los floridos rosales y otras bellísimas plantas que le adornaban, y el estanque donde se bailaban los cisnes: más lejos un pavo real llamaba

la atención de la leñadora, por su pequeño cuerpo y su larguísima cola, pero rara vez lograba ver como la extendía en forma de abanico de brillantes colores, que a los rayos del Sol resplandecían como piedras preciosas.

El jardín encantado llamaba Elisa al recinto de que nos ocupamos, y no le faltaba razón para ello, porque al paso que las trilladas y limpias sendas, las recortadas e iguales enredaderas, que formaban rústicos pabellones, y las podadas y regadas plantas en general acusaban la existencia de una mano solícita, que se ocupaba en cuidarlas constantemente; fuese casualidad u otra causa cualquiera, nunca veía jardinero ni otra persona alguna que pasease entre los árboles, ni el claro estanque reflejaba jamás humana forma. Alguna vez, pocas en verdad, la puerta de hierro que daba al camino estaba abierta; probaba Elisa a traspasar sus umbrales, pero espantada de su osadía se quedaba como clavada en el suelo, retrocedía después y tomando su hacecillo de leña que había dejado para descansar, emprendía el camino de la casa del pobre zapatero.

Mientras estuvo con los saltimbanquis, había oído la niña con gran placer cuentos de hadas y encantadores, que exaltaron su imaginación; y como no había tenido a su lado una persona prudente que desvaneciese aquellos errores, la -179- pobrecita esperaba que del encantado jardín o de las entrañas sombrías del bosque surgiría un hada protectora, que la volvería a los brazos de su madre o que por otro medio cualquiera la colmaría de felicidad.

No sabía ella que no hay más genio sobrenatural que el Dios de las misericordias, que con su paternal providencia dirige los sucesos de modo tal, que sin prodigios ni encantamientos, lleguen a poseer la dicha y el contento aquellos que con sus virtudes se hacen dignos de ello.

Una tarde salió Elisa de casa más triste que nunca. En lo recóndito del bosque pensó en aquellos bonitos cuentos, pero viendo que las hadas con su varita de marfil y su vestido bordado de oro no venían a su socorro, y sólo el murmullo del viento entre las frondosas ramas contestaba a sus gemidos, recogió poca leña y de mala gana, y se dirigió a su casa por el camino que solía. Al pasar por el jardín encantado, un espectáculo bellissimo se ofreció a su vista: el pavo real había extendido su magnífica cola, y los rayos del Sol poniente, que iluminaban sus plumas, hacían resaltar en ellas el color dorado, el verde y el azul, como si verdaderamente estuviesen esmaltadas de oro, esmeraldas, turquesas y zafiros.

Elisa, admirada, se fue acercando; la puerta estaba abierta y la franqueó, mas he aquí que cuando más absorta se hallaba en la contemplación del hermoso animal, oyó a su espalda el ruido de la puerta que se cerraba; volviose a ver si esto era efecto del viento o si alguna persona se hallaba en donde jamás había visto a nadie, y vio con sorpresa y temor un hombre de aspecto rudo, pero bondadoso, que, después de correr un cerrojo por la parte interior, se alejó tranquilamente.

-¡Buen hombre! ¡jardinero!, suspiró más bien que articuló Elisa, pero ni se atrevía a gritar, ni hubiera podido hacerlo aunque lo hubiese intentado, porque el miedo le anudaba la voz en la garganta, de modo que el hombre no la oyó, y entonces corrió a la puerta e intentó abrirla. Mas

-180- ¡ay!, el cerrojo estaba muy alto y sólo llegaba a tocarle con las puntas de los dedos, cuando para que corriese era necesario cogerle bien y emplear bastante fuerza.

Convencida de la inutilidad de su tentativa, empezó a recorrer el jardín andando de puntillas con la mayor timidez, y llorando en silencio, pero alimentado la esperanza de encontrar al hombre que había cerrado la puerta y suplicarle que volviese a abrirla, para franquear el paso a quien contra su voluntad se hallaba encerrada en aquel delicioso recinto. Muy diferente de lo que ella creía fue el encuentro que tuvo, pues al pasar por delante de una glorieta cubierta de enredadera, cuyas flores en forma de campanillas blancas y moradas se enlazaban graciosamente, vió bajo aquel toldo de follaje una bellísima joven, casi una niña que ella tomó por una de las hadas de sus ilusiones. Llevaba un vestido blanco con florecitas de color de rosa, y de este mismo color era el lazo que ceñía su esbelto talle y el que adornaba su sencillo peinado. Estaba sentada y parecía distraída por algún pensamiento triste; mientras su codo izquierdo e apoyaba en el rústico banco y la frente en la palma de la mano izquierda, con la derecha iba deshojando las ramas que estaban a su alcance. Juntó las manos Elisa en ademán suplicante, y se acercó a la joven diciendo:

-¡Señorita!

Levantó la cabeza la de la glorieta, abrió sus rojos labios una dulcísima sonrisa, y mirando a la que la llamaba, le dijo:

-¡Hola, chiquitina! ¿Qué quieres? ¿Por dónde has entrado?

Aturdida la niña con estas preguntas, si bien animada por la suave forma en que se le dirigían y el apacible semblante de su interlocutora, contestó:

-La puerta estaba abierta, entré y la volvieron a cerrar.

-Y te encerraron dentro, es claro, si no hubieses entrado no te habría sucedido, dijo la de la casa sin dejar de sonreír.

-181-

-Yo no quería coger la fruta ni las flores...

-Ya lo creo, porque tienes cara de buena chica. ¿Qué querías, pues?

-Nada más que ver de cerca el pavo real. ¡Es tan hermoso!

-¿Y le has visto ya?

-Sí, señorita.

-¿Qué deseas ahora?

-Que me dejen salir.

-Ya daré orden para que te abran la puerta.

-Pero pronto, porque he dejado fuera la leva y tengo miedo de que me la quiten.

-¿Qué sucedería si te la quitasen?

-Que el señor Pedro se enfadaría mucho.

-¿Quién es el señor Pedro?

-El hombre que me sirve de padre. Pero ¡por Dios, señorita, que me abran la puerta!

-Yo misma te la abriré, pero dime, pobrecita, ¿te pega ese señor Pedro?

-No me pega, porque no es malo; lo peor que suele hacer es dejarme sin cenar.

-¿No tienes padre ni madre?

-No señorita, al menos no estoy con ellos.
-¿Dónde los tienes?
-No lo sé; y hasta ignoro si viven, porque me marché de casa cuando era muy pequeñita, y no supe volver.
-¿Cómo te llamas?
-Elisa Príncipe.
-¿Estás cierta de lo que dices?
-Sí, señorita, bien cierta.
-¡Hermana de mi alma!, dijo la de la casa, ¡ven a mis brazos, querida hermanita!, y la abrazó estrechamente.
-¿Usted mi hermana?
-Sí, sí, ¿no tenías una hermana mayor?
-Sí, Juanita.
-Pues yo soy Juanita.

-182-

Y cogiendo de la mano a la atónita Elisa la introdujo en la casa, gritando:

-¡Mamá! ¡Papá! Aquí está mi hermanita, mi querida hermanita. ¡Nuestra Elisa ha parecido!

Un caballero y una señora, desconocidos ya para la niña, se presentaron a su vista quedando tan sorprendidos como ella.

En pocas palabras explicó Juanita a sus padres las circunstancias del providencial encuentro; y mientras hablaba, cubría de besos y caricias a su hermanita, que antes de terminar le fue arrebatada por los autores de sus días.

La madre la estrechaba en sus brazos, la separaba un poco para contemplarla con fruición, y decía:

-Sí, no hay duda, esta es la hija de mi corazón por quien tanto había llorado, estos son sus hermosos ojos, esta es su preciosa boquita, estos sus cabellos, aunque crespos y enmarañados.

Y volvía a besarla con frenesí, hasta que su esposo se la quitaba para acercarla a su seno y llenarla de caricias.

La gozosa turbación de Elisa es más fácil de sentir que de expresar; pero de pronto se separó de los brazos de los padres, y dijo:

-Aquellas buenas gentes estarán con cuidado.

-¿Quiénes, hija mía?

-Los que hacían conmigo las veces de padres.

-Ya les mandaremos un recado.

-Necesitarán la leña para hacer la cena.

Llamó el padre a un criado, le mandó que cargase una mula con cuanta leña pudiese llevar, y la condujese a la casa cuyas señas le daría Elisa.

-Muy bien está, señor, dijo el criado algo sorprendido; y ¿pondré con la otra leña la que traía esa niña, que aun está junto a la verja del jardín?

-No por cierto, replicó el dueño, aquel hacecillo se guardará como un recuerdo precioso, porque ha sido conducido sobre los delicados hombros de mi hija...

-183-

El criado miró pasmado a Elisa.

-Porque habéis de saber tú y todos tus compañeros que esta niña,

pobrementemente vestida, y que conducida por la mano de Dios ha llegado a nuestra casa, es una hija idolatrada a quien yo lloraba perdida; es, pues, tan señorita en esta casa como su hermana Juana.

El criado se inclinó.

-Di, a las personas a quien ella te dirige, que Elisa ha encontrado a sus padres, y que ya no necesita de su protección, a la que, sin embargo, queda agradecida; que irá a despedirse y a manifestarles su reconocimiento.

Marchó el criado, y el caballero volviéndose a su familia continuó: -Ese hacecillo guardado en un armario será en lo sucesivo un objeto que os recuerde vuestros deberes, hijas de mi alma. Si algún día os olvidáis de los necesitados, él os recordará cuán duramente y con cuanto trabajo se proporcionan el pedazo de pan que llevan a la boca y la lumbre que cuece sus pobres manjares. Si os olvidáis de dar gracias a Dios por las comodidades que disfrutamos, el hacecillo de leña os recordará que hay muchos que están privados de ellas; mientras a nosotros, sin ningún mérito de nuestra parte, se nos han concedido. Si os ocurriese murmurar de la Providencia, por cualquier otro motivo, la gratitud os sellaría los labios a la vista de esa leña, porque os traería a la memoria el beneficio que hoy nos ha dispensado el Señor, volviendo a Elisa a nuestros brazos; finalmente, si, lo que no creo, alguna vez os ocurriese desobedecer a vuestros padres y superiores, ella os recordaría cuán severamente castiga Dios la desobediencia.

Poco después, Elisa se sentó a una bien servida mesa y participó de una suculenta cena, su madre misma la lavó cuidadosamente, le mudó la ropa interior y la acostó en un limpio y mullido lecho. Aquella misma noche se llamó a una modista para que le hiciera vestidos iguales a los de su hermana, y en la tarde siguiente un coche paraba a la puerta de la casa del pobre zapatero, descendiendo lisa con su elegante -184- traje blanco con florecillas de color de rosa, y cubierta su linda cabeza con un sombrerito de paja.

Acompañábanla sus padres y su hermana, y tomando la palabra el caballero, contó que habían vivido en otro barrio lejano, donde tenían una casa de alquiler con un pequeño jardín, desde el cual salió imprudentemente la pobre Elisa, salida que fue el origen de todas las desgracias hasta entonces sufridas; que después mejoró su fortuna y habían adquirido en propiedad la casa que habitaban, pero que ni las comodidades que aquella ofrecía, ni la belleza del jardín, esmeradamente cultivado, habían sido parte a distraer la melancolía que les causaba la pérdida de su hija menor, y los temores que les inspiraba su hasta entonces ignorado destino.

Después, como estuviese minuciosamente enterado por Elisa de cuanto a ésta le había ocurrido en aquella casa, entregó una suma de dinero al padre de familia, y dijo:

-En cuanto a estos niños, continúen ustedes mandándolos a las escuelas municipales, con la posible puntualidad; yo los recomendaré a sus respectivos maestros, y velaré sobre su conducta; deseo que se eduquen como hijos de un artesano y no como hijos míos, pues no es bueno crear en los pequeños, hábitos que después han de echar de menos, y necesidades que no han de poder satisfacer.

-Usted, buena mujer, prosiguió volviéndose a la anciana, sé que ha sido el ángel tutelar de mi Elisa: así, permanezca usted aquí mientras sus nietos necesiten de sus cuidados, que cuando puedan prescindir de ellos y el peso de los años haga penosos para usted los quehaceres domésticos, tendrá un asiento en mi hogar y un cubierto en mi mesa, y se la tratará como si fuese la abuela de mi hija.

La señora añadió algunas frases de gratitud, la niña regaló algunos dulces a los que habían sido sus compañeros, abrazó a toda la familia llorando de ternura y volvió a subir al coche acompañada de los suyos.

El zapatero, alma vulgar, se alegró de tener una carga -185- menos y de haber adquirido derecho a la protección de personas ricas, los muchachos vieron con gusto alejarse de su lado a la que era para ellos objeto de envidia; pero el gozo más puro y desinteresado fue el de la abuela, que con la delicadeza de sentimientos que así puede existir en la mujer del pueblo como en la dama de la aristocracia, vió con sumo placer a la humilde niña a quien tanto amaba elevada a un rango tan diferente, y rodeada de cariño y comodidades, y si algún rato vertía lágrimas por la ausencia de aquella dulce criatura, las enjugaba al momento y daba gracias a Dios por la suerte que le había deparado.

Pocos días después, llevaron a Elisa a despedirse de su maestra y condiscípulas, pues sus padres habían determinado que los maestros de Juanita, que iban a la casa, diesen también lección a su hermana. Los padres manifestaron a la profesora su gratitud por el celo que había desplegado en la educación de una alumna de quien ninguna recompensa material esperaba, atendida la humilde clase a que se creía perteneciera, y rogáronle aceptase un espléndido regalo, expresión de su reconocimiento. La digna profesora se alegró mucho del cambio de situación de su querida alumna, protestó de que cuanto había hecho por ella no era más que el cumplimiento de un deber, y si aceptó la dádiva, fue únicamente por no mostrarse orgullosa.

Pasaron los años, y cuando el hijo del zapatero fue maestro en el oficio de su padre y su hermana se halló en disposición de desempeñar el trabajo de la casa, la abuela fue trasladada a la de Elisa, donde pasó tranquilamente los últimos años de su vida, hasta que una enfermedad la postró en el lecho y la condujo al sepulcro. Murió en los brazos de Elisa, que jamás olvidó la compasión y el cariño que le había manifestado cuando la creyó huérfana y desvalida, porque los corazones nobles y generosos agradecen siempre los beneficios recibidos. Llorola como a una persona de su familia, y después se distrajo con su ocupación predilecta, que era cuidar sus aves y sus flores.

-186-

El jardín encantado, triste, y solitario algún día, es hoy la morada favorita de dos hermosas jóvenes, que enlazando cariñosamente sus brazos, pasean sus calles, se sientan a la sombra de las floridas acacias o tejen guirnaldas de jazmines y madreselva. »

-¿Ve usted como tenía yo razón al afirmar que ese cuento era muy bonito?, dijo Blanca con soñolienta voz.

-Sí, hija mía, y también al decir que Elisa era buena; sin embargo, cometió una indisculpable falta.

-Sí, la de salir del jardín contra las órdenes de su madre, pero la expió

bien la pobrecita.

-Imítala en todo menos en esa pequeña desobediencia, sé, como ella, paciente, cariñosa, agradecida y aplicada; y ahora duérmete, que el sueño tranquilo y el apetito moderado sientan muy bien a los convalecientes.

-Buenas noches, mamá.

-Buenas noches, querida mía.

Y la madre, después de dar y recibir un cariñoso beso, salió de la habitación.

Juanita y Elisa

- XVI -

Excelencia del trabajo

Hallábase Blanca restablecida completamente de su dolencia, y habían aprovechado la tarde del jueves para ir a dar un largo paseo, sus padres, hermanos y la alegre niña, que, como había pasado algún tiempo retirada en su dormitorio, gozaba doblemente al disfrutar de nuevo el goce que proporciona la vista del campo en el feraz estío.

Halagados por la frescura del ambiente y la claridad de la Luna, el paseo se prolongó hasta después de anochecer, así fue que quien no tenía estudiadas sus lecciones del día siguiente tuvo necesidad de estudiar con luz artificial, si bien solamente Jacinto se hallaba en este caso, pues Blanca y Basilio (más previsores) habían dedicado a sus libros las horas del calor, mientras él se entretenía con el pequeño Enrique enseñándole el uso de una escopetita que su tío le había comprado.

-188-

-¡Cuán fastidioso es cuando hace calor, tener que estudiar con luz!, decía el muchacho.

-Pues estudia a oscuras, si te parece, dijo Flora riendo.

-Ya sabe usted que esto no es posible, mamá.

-Lo que tú quieres decir es que es fastidioso estudiar con luz artificial, pero tú tienes la culpa por no haberlo efectuado de día como tus hermanos.

Creía que vendríamos más pronto de paseo; pero, vamos, lo dejaré para mañana; madrugaré y estudiaré mi lección.

-Nunca dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. El chico, dócil a la voz de su madre, abrió de nuevo el libro que había cerrado y fijando en él la vista recorrió con atención sus páginas.

Pasada una hora escasa, dijo con alegría:

-Ya sé la lección, pero ¡tengo unos deseos de ser hombre para no estudiar!

-¡Y cómo emplearás el tiempo?, preguntó el padre.

-Mire usted, como otros muchos.

-¿Y cómo le emplean esos que tú dices?

Paseando, fumando, tomando café, leyendo periódicos, viendo las funciones del teatro...

-¡Magnífica vida! ¿Y crees que hay muchas personas que se emplean únicamente en esas cosas?

-Muchas, no; pero habrá algunas.

-¿En qué te fundas para asegurar o sospechar eso?

-En que si alguna vez vamos al teatro, a paseo o al café, encontramos muchísima gente.

-También encontramos mucha gente en la iglesia.

-También.

-¿Y crees que aquellas personas pasan todo el día rezando?

-Eso no.

-Pues lo otro tampoco. Los individuos que ves en los sitios públicos no son siempre los mismos, nosotros que aumentamos su número estamos allí de momento y vamos -189- inmediatamente a entregarnos a nuestras respectivas ocupaciones.

-Hay, sin embargo, y lo he observado si alguna vez me lleva usted al café, sujetos que cuando llegamos ya tienen las tazas vacías delante de sí, y cuando nos marchamos continúan hablando y fumando sin dar señales de prepararse a salir.

-Existen, desgraciadamente, personas de uno y otro sexo que en nada se ocupan; pero estos no son en tan gran número como tú crees, ni son dignos de envidia ni mucho menos de que ningún niño cristiano trate de imitar su conducta que tiene más de reprochable que de digna de elogio.

-Pero los ricos ¿qué necesidad tienen de trabajar?, preguntó Blanca.

-¿También tú participas de las ideas de tu hermano?, replicó la madre.

-Atended, dijo el padre con cierta gravedad. Desde la caída de nuestros primeros padres, el Dios de bondad y misericordia, al imponer al hombre una expiación de su delito, dispuso que esta fuese tal que hiciese grata su peregrinación sobre la tierra, que contribuyese a herosear su morada, descubrir las propiedades de los seres de que lo había rodeado, a sacar partido de estas mismas propiedades para bien de la humanidad y a conocerle a Él mismo, el Ser Creador, estudiando el ingenioso y perfecto artificio de las obras creadas.

Si la tierra entera fuese un fertilísimo campo, que produjese toda clase de frutos sin necesidad de cultivo; si nuestra robustez física fuese tal como la del hombre primitivo y nuestras necesidades tan limitadas como las suyas, bastaríanos (como dice Cervantes) alargar la mano y coger el dulce y sazonado fruto con que los árboles nos brindarían, apagar la sed en las limpias aguas del cristalino río, y tendernos sobre la alfombra de yerba del florido prado; mas desde luego que esterilizó la tierra hasta cierto punto haciéndola no obstante dócil y agradecida al trabajo del hombre, -190- que el rigor de las estaciones nos obligó a buscar asilo y este mismo rigor o inclemencia, amén del pudor, a cubrir nuestro cuerpo con vestidos; fue necesario discurrir medios para proveer a todas las necesidades. El estudio del origen de las artes y oficios es curiosísimo,

pero no es mi objeto explicárosle por ahora, básteos saber que Dios ha recompensado siempre los esfuerzos de la humanidad en general y de los individuos en particular, permitiendo que cada día progrese la ciencia con nuevos descubrimientos, se enriquezcan las artes con nuevos medios de perfeccionamiento, y a medida que la civilización, el lujo y (según dicen algunos) la decadencia física de nuestra especie lo requiere, se van aumentando de un modo natural y progresivo los medios de satisfacer las necesidades que surgen cada día.

-Y entre esos medios, dijo el atolondrado Jacinto, está la invención del dinero, con el cual se proporciona cuanto es necesario para la vida, y por eso el que adquiere o hereda una gran cantidad de él no necesita trabajar.

-El que le adquiere de un modo lícito no puede hacerlo sino a fuerza de un trabajo material o intelectual: si éste dura algunos años, justo será que en la edad madura se entregue aquel hombre al descanso y al goce del fruto de sus afanes; pero nadie tiene derecho a pasar toda su vida en la poltronería ni en los placeres, siendo un miembro inútil en la sociedad.

-¿Ni el que hereda una fortuna?

-Ni ese, porque el ser rico no es excusa de ningún modo para ser ignorante y perezoso; antes al contrario, quien tiene recursos pecuniarios puede adquirir conocimientos que le están vedados al pobre jornalero por no poder costear libros ni profesores, y una vez adquiridos aquellos conocimientos, es un deber moral emplearlos en el bien de nuestros semejantes; ya formando parte de esas sociedades científicas o filantrópicas que discuten, racionan, se comunican los conocimientos adquiridos por cada individuo, y redactan revistas y libros en que hacen público el resultado de sus -191- investigaciones; ya viajando para estudiar las leyes, las costumbres y hasta las producciones de otros países con objeto de mejorar, si para ello tiene facultades, el modo de ser de su patria, o favorecer su comercio o su industria.

-Pero ¿si emplease su caudal en hacer cuantiosas limosnas?

-Ese lo que quiere es no trabajar, dijo con gracia Basilio.

-Ni aun así, hijo mío, ni aun así, repuso el padre, fuera tan agradable a Dios ni mereciera bien de la patria y de la humanidad, como si contribuyese con sus luces al bien general.

El dinero no es la felicidad, no es más que un medio de adquirir algunas cosas necesarias o a veces superfluas, y de remediar ciertos males, no todos; así el opulento que emplea sus riquezas en socorrer a una familia, a una población o a una comarca hace una obra buena; pero se concreta su acción benéfica a un círculo más o menos limitado; mientras Benjamín Franklin que inventó el pararrayos, librando a los edificios y a sus habitantes de los horribles efectos de la chispa eléctrica, Lavoissier que descompuso el aire en los dos diversos gases de que está formado, Newton que descubrió la gravedad y tantos otros como a fuerza de estudios y trabajo han averiguado alguna verdad científica; merecen con justicia el título de bienhechores de la humanidad.

-De modo que es preciso trabajar.

-Indispensable.

-Yo creía que el trabajo era patrimonio de los pobres.

-Pues es ley del género humano.

-Así no podremos echarle nada en cara a un jornalero.

-Ni del otro modo tampoco; en caso, te podrían echar en cara ellos a ti tu inutilidad y tu ocio. Cuando yo salgo a dar un paseo por el campo y veo a un semejante mío inclinado sobre la tierra, levantando con sus nervudos brazos la pesadísima azada y dejándola caer una y otra vez para romper la dura corteza, enjugando de cuando en cuando el sudor que baña su rostro, me quito el sombrero y le saludo con -192- amor y respeto, reflexionando que sin ese humilde trabajador y sin el pastor que por solitarios y agrestes senderos conduce su rebaño al prado en que encuentra fresca y abundante yerba, y sin el panadero y el cortante y otros muchos que convierten los productos de la madre tierra en alimentos que puedan satisfacer nuestro apetito, y el albañil que construye nuestra vivienda y el sastre que nos viste y el zapatero que nos calza; ni el sabio podría entregarse a sus científicas especulaciones, ni el literato a sus libros, ni el artista a las inspiraciones de su talento, distraídos constantemente por las mil necesidades a que tendrían que acudir.

Aquel que, conduciendo el pesado arado, abre surcos en la tierra para arrojar en ellos la semilla, que debe convertirse en alimento de pobres y ricos, de sabios e ignorantes, tiene derecho a que el médico le restituya la salud cuando la pierda, a que el sacerdote bendiga su unión con una mujer, o introduzca a sus hijos en el seno de la iglesia, a que un profesor se los eduque y a que un jurisconsulto defienda su derecho. Hubo un tiempo en que los nobles se desdeñaban de estudiar y mucho más de cultivar las artes (y no hablemos de los oficios,) dedicándose únicamente a la guerra, y en tiempo de paz, a la caza; pero hoy que las ideas y las costumbres se han modificado, vemos que un vástago de familia reinante asiste a las aulas y estudia y ejerce la medicina, otro estudia náutica y manda un buque; otro elige una carrera militar científica, sirve a las órdenes de un jefe superior y gana sus ascensos, no con la fuerza de su brazo, sino gracias a su inteligencia.

-De todos modos, dijo Basilio, hemos de trabajar o estudiar, o mejor dicho, estudiar primero para trabajar después.

-Sí por cierto, replicó el padre, y cree, hijo mío, que aunque yo fuese millonario os daría una carrera y exigiría de vosotros que estudiaseis con fe y con ardor, no precisamente para obtener un título académico como un mero adorno, -193- sino para ilustrar vuestra inteligencia y para que pudieseis ser útiles a vosotros mismos y a los demás.

La fortuna puede perderse por la mala administración, por los azares de la guerra y por otras causas; y los conocimientos quedan mientras el hombre existe y conserva su razón; y respecto a los demás, la limosna en metálico fomenta la mendicidad y hasta la vagancia, al paso que el que aventaja en instrucción al común de las gentes siempre está en situación de dar un buen consejo, corregir un error o extirpar un vicio.

-Pero ahora, que no somos millonarios ni mucho menos, añadió Basilio, tendremos una carrera y la ejerceremos para ganar dinero y con él asistir a usted y a nuestra cariñosa madre en su vejez, indemnizándoles las molestias y cuidados que les ocasiona nuestra instrucción y educación, y después, constituiremos a nuestra vez una familia.

-Así, si trabajas para ganar dinero no harás bien a la humanidad, observó Jacinto.

-¿Quién te lo ha dicho? Si soy abogado, serviré bien a mis clientes, y haré que, gracias a mis esfuerzos y a mi instrucción, triunfe su causa, si es la de la razón y la justicia.

-¿Y si no lo es?

-No me encargaré de ella.

-Si soy médico, haré cuanto esté en lo posible por aliviar y consolar al enfermo y por arrancarle de las garras de la muerte y devolverle al cariño de su familia.

-¿Y si se muere?

-Me quedará el consuelo de haber hecho cuanto se podía hacer para evitarlo.

-Si soy arquitecto, no omitiré diligencia para que los edificios que se levanten bajo mi dirección reúnan las ventajas de salubridad y solidez apetecibles; si ingeniero de ferrocarriles, cuidaré de que las líneas que bajo mi vigilancia se construyan ofrezcan completa seguridad a los viajeros; y así al mismo tiempo que provea a mis necesidades y las de mi familia, prestaré verdaderos servicios a mis semejantes.

-194-

-Has hablado muy bien, hijo mío, respondió el padre.

-Pues bien; ¿qué carrera seguiremos?, P preguntó Jacinto.

-Ya ves que tu hermano, que es mayor que tú, dijo el padre, no está decidido; mucho menos puedes elegirla tú, que apenas tienes idea de los deberes de cada profesión; de consiguiente es menester que adelantéis más en vuestros estudios, que consultéis vuestras aficiones, vuestra aptitud y vuestra fuerza moral e intelectual, que todo esto constituye lo que se llama la vocación, y entonces es cuando puede elegirse.

-Pues hay niños, dijo Blanca, que desde pequeños manifiestan inclinación a una carrera.

-Pero eso, repuso el padre, no es vocación ni mucho menos, así observarás que no suelen decir deseo ser soldado, ni cura de aldea, sino General, Obispo, etc., y es que ven pasar al uno en su carruaje, al otro montado en brioso corcel, brillando en las ropas de ambos la seda y el oro y rodeados casi siempre de numeroso séquito, y les deslumbran las apariencias; pero ¿qué sabe nuestro pequeño e inocente Enrique de las fatigas del soldado, de los peligros de la carrera militar, ni de las vigilias del estudiante?

-Pero a nosotros, que ya somos mayorcitos, nos gustaría que nos explicase usted las ventajas e inconvenientes que tiene cada barrera científica, cuál es más costosa, cuál ofrece más lucro y cuál reporta más beneficios a la sociedad, ya que esto también debe tenerse en cuenta; dijo Jacinto.

-Para contestar debidamente a cuanto me preguntas, repuso el padre, sería necesario, no hablar un breve rato, no escribir algunas páginas, sino un voluminoso libro; sin embargo, procuraré enteraros del objeto de las carreras a que has aludido, su importancia y los probables resultados que obtiene el que a ellas se dedica, advirtiéndote también que hay otras profesiones, que sin llevar el pomposo adjetivo que tú has usado....

-¿El de científicas?

-Sí. Decía, pues, que sin eso hay profesiones honrosísimas, -195- útiles y hasta cierto punto lucrativas, y además, las bellas artes, las artes mecánicas y los oficios; todo esto será objeto de una explicación que os daré otra noche: por hoy, como es ya tarde y estamos cansados, tú,

Jacinto, buscarás en este libro y leerás una poesía que me llamó la atención días pasados cuando me entretenía en hojearle. En ella se enaltece el trabajo, que, como he dicho antes, es el castigo de la especie humana, al propio tiempo que su rehabilitación y ensalzamiento. Jacinto leyó:

En la dorada edad Saturnia, cuando
la amable paz abajo dominaba,
alegres todos iban disfrutando
los dulces frutos que risueña daba.
Quién en el verde prado, do soplando
Céfiro manso de su don gozaba,
quién en la margen del sonante río,
quién en el bosque pavoroso, umbrío.

Unos las cuerdas de la ebúrnea lira
pulsan acordes y en el aire puro
otros sus voces que la selva admira
depositan y no en acento oscuro.
Éste por danzas ágiles suspira,
aquel se afana por coger maduro
fruto, que en rama rústica colgando
a gustar su dulzor está incitando.

Pero al mortal, de todo fastidiado,
ya no place la cítara canora,
ni el claro río, ni el ameno prado,
ni zampona, ni selva encantadora.
El ocio ¡ocio fatal y malhadado!
Degrada la razón, su luz desdora,
y con fecundo parto al orbe entero
llena de horror y llanto lastimero.

Ve desde el cielo el Padre Omnipotente
la paz interrumpida, y con clemencia
la medicina aplica prontamente
para sanar benigno la dolencia.

-196-

Siente el hombre inflamada la alta mente
e intrépido abrazo la diligencia
que le estimula acá en el orbe bajo
al decoroso y pródigo trabajo.

Vieras el punto de la madre tierra,
su seno abierto con el corvo arado,
la abundancia nacer, de la ardua sierra
el bien robusto abeto derrocado,
trazar quilla tajante que destierra
a su autor de la mar al otro lado, D
do la abundancia lleva y a su suelo
traslada la de allá con vivo anhelo.

Las humildes cabañas son trocadas
en espantosas moles, cuyo peso
el suelo oprime; siéntenlo elevadas

nubes que arrolla el aquilón travieso.
Ya la fábrica ostenta en sus fachadas,
bien en el mármol duro o dócil yeso,
o de la alta Corinto la hermosura,
o dórica o toscona arquitectura.

¡Ay! con qué gentileza los Apeles
en los delgados lienzos ejercitan
con acertadas líneas sus pinceles,
con que a feraz naturaleza imitan.
¡Grecia inmortal! ya miro tus cinceles
que a los bronce y mármoles incitan
a engreírse en vivientes transformados
y en membrudos Laocoontes animados.

Ciencias brillar a par de sus hermanas
artes nobles, se ven acordemente;
La Historia muestra venerandos canas
con el pincel conciso y elocuente;
De Tulio las palabras soberanas
mueven el corazón más indolente;
Y el eco del clarín del Mantuano
oye el río suspenso, el bosque ufano.

Y a las sublimes causas con que entiende
Dios gobernar la gran naturaleza
en trino reino, ya el mortal atiende,
y a su ser, y de Dios a la grandeza.

-197-

Con las certeras líneas que él extiende
lo largo y ancho mide con la alteza
de masa natural, y en verdaderos
cálculos cuenta el giro a los luceros.

De profesores sabios y celosos,
vosotros, respondiendo a los desvelos,
jóvenes ilustrados y estudiosos,
siempre habéis de emular bellos modelos.
Seguid vuestros instintos generosos
y serán vuestros lícitos anhelos
en las ciencias crecer con recto modo
que el ímprobo trabajo vence a todo.

Obstinado trabajo, al que el viviente
fuera en provecho suyo condenado
por el Supremo Numen justamente,
cuando cayó del venturoso estado.
Imitad a Diana, que creciente
gira a ver su hemisferio iluminado,
opuesta en el azul y claro polo
a su risueño hermano el rubio Apolo.

Y cual pomposa vid, en fuerte abrazo,
del álamo crecido se sustenta
juntad vosotros con estrecho lazo
la virtud, que al saber su brillo aumenta.

De la terrena vida amargo el plazo
solamente con esto se contenta,
y aquestas sendas lúcidas hollando
héros fueron al cielo caminando.

- XVII -

Las carreras

Qué bien, papá mío, ¡qué bien!, decía Blanca, Dios me ha escuchado.

-¿Y qué le habías pedido, que tanto te alegra?, preguntó el padre.

-Le había pedido que lloviese, porque cuando esto acontece no suele usted salir de casa, por la noche, y mire usted que agüita tan hermosa cae.

-¿Y por qué deseas que yo no salga?

-Siempre me gusta mucho que se quede usted con nosotros, pero hoy particularmente, porque anoche nos prometió hablarnos de las carreras.

-Nos lo prometió a Basilio y a mí, interrumpió Jacinto, puesto que tú no has de seguir ninguna.

-Pues bien, yo lo oiré, y nada perderé con enterarme de lo que podéis llegar a ser, y a lo que podéis aspirar, y cuando yo sea ya una mujer, si un joven me pide un consejo sobre el particular, se lo daré con conocimiento de causa.

-199-

-No creas que tu hermana está privada de obtener un título académico, dijo el padre a Jacinto; yo te hablaré sin embargo de las carreras de los hombres, y otro día tu madre o yo explicaremos a Blanca la misión de la mujer.

Entre las carreras, prosiguió diciendo el padre, de dedicarse un joven, que cuente con inteligencia para los estudios y recursos pecuniarios para costearlas, ocupa el primer lugar la del Sacerdocio, para la cual se ha de estudiar Teología, palabra derivada del griego que quiere decir ciencia de Dios. No todos los jóvenes son aptos para ejercer esta misión semi-divina, pues es menester para ella una vocación especial, un carácter pacífico, sufrido, un exterior modesto y decoroso y un abandono completo de las diversiones y placeres que tanto seducen a la juventud.

El Ministro de Jesucristo celebra todos los días el Santo Sacrificio de la Misa, representación (como sabéis) de la vida y muerte del Salvador, administra los Sacramentos, PREDICA la paz de las familias y de las poblaciones, el perdón de las injurias, el amor universal y el desprendimiento de los bienes terrenos; socorre a los pobres, visita a los enfermos y no sólo ejerce esta sagrada misión en las naciones civilizadas, que pagan y agradecen sus servicios, sino que muchas veces

por gusto o por obediencia va a llevar la doctrina salvadora y su nobilísimo ministerio a las naciones salvajes, que le reciben con desconfianza o con hostilidad, a veces le maltratan, y aun sucede acaso que es víctima del fanatismo y la obcecación de los que trataba de redimir, sellando con su sangre su doctrina a imitación del Divino Maestro.

-¡Y yo que pensaba que los Obispos estaban tan bien! Observó Jacinto.

-Los Obispos no están exentos de disgustos y trabajo, pero ocupan una buena posición social y disfrutan de la consideración a que su jerarquía los hace acreedores; mas ten en cuenta que ni siempre han sido prelados, ni todos los sacerdotes sabios y virtuosos llegan a serlo.

-Pero, vamos, que de todos modos es una gran cosa el ser ministro del Señor y ejercer la noble y respetable carrera del sacerdocio, dijo gravemente Jacinto.

-Los jurisconsultos estudian las leyes y las aplican. Para vivir en paz los ciudadanos, es necesario que haya quien -201- vele por los intereses generales y particulares, quien proteja al inocente y castigue al culpable; y para eso hay tribunales de Justicia compuestos de magistrados que se enteran de los procesos y fallan con perfecta equidad, absolviendo o castigando después de oír a los testigos que acusan, al fiscal que en nombre de la sociedad ofendida pide el castigo que la ley señala, y al abogado que atenúa la criminalidad del reo, buscando excusas a su falta.

Los abogados y los jueces además sentencian los pleitos, resolviendo las cuestiones que surgen entre pueblo y pueblo, entre familia y familia y a veces hasta entre los mismos parientes, para la posesión de una finca, la distribución de una herencia o legado y otras cosas análogas. Los notarios, depositarios de la fe pública, autorizan con su firma los documentos importantes y reciben y ponen en evidencia, de un modo correcto, preciso e indubitable la última voluntad de moribundo.

-También todo eso es muy hermoso, dijo Blanca, pero yo si fuera hombre no estudiaría esa ciencia que no sé como se llama.

-Se llama leyes, derecho o jurisprudencia, repuso el padre, y ¿por qué no la estudiarías, hija mía?

-Porque temería llegar a Juez.

-Vaya un temor, dijo Basilio, pues pregúntales a los estudiantes de leyes si abrigan esos temores.

-Pues yo no querría ser fiscal, por no tener que pedir la pena de muerte; ni juez, ni magistrado, por no tener que sentenciar a tan terrible castigo.

-El representante de la ley, querida mía, por severa que ésta sea, no grava su conciencia aplicándola en los términos prescritos en el código penal: yo, en mi humilde criterio y muchas personas ilustradas conmigo opinamos que la pena de muerte desaparecerá, en época no lejana, de la legislación de todos los pueblos civilizados, sustituyéndola con otra que reduzca al criminal a la impotencia de causar darlo a sus semejantes, dejándole la existencia hasta que al Árbitro supremo -202- le plazca privarle de ella, sujetándole a la ley común de la humanidad. Pero hasta que esto suceda, hay que aplicarla como las demás que marca la ley, y el

magistrado cumple con su deber castigando al delincuente, para que los ciudadanos pacíficos puedan entregarse tranquilamente a sus ocupaciones y al goce de lo que legítimamente les pertenece, convencidos de que sus vidas y haciendas están garantizadas por la ley y la justicia.

-Mira usted, papá, insistió Blanca, si todos fueran buenos, no habría necesidad de matar ni castigar a nadie.

-Ya lo creo, pero desgraciadamente no lo son. ¿No es cierto que en tu colegio la directora castiga muchas veces a las alumnas?

-Sí, señor.

-Pues si eso sucede entre niñas inocentes y de pocos años ¿qué no sucederá en la sociedad, donde hay personas de todas edades, carácter y condiciones?

-Hay alumnas muy díscolas.

-Pues ya ves como es imposible evitar los castigos.

-No me parece mal la carrera de leyes, dijo Basilio. Dígame usted ahora algo, querido papá, de la ciencia de Esculapio.

-¿Qué es eso de Esculapio?, interrumpió Jacinto.

-203-

-Que te lo diga tu hermano que le ha nombrado.

-Esculapio, según los apuntes de Mitología que yo he estudiado, era el dios de la medicina, y como la ciencia de curar la juzgo una de la más provechosas de la humanidad, me gustaría dedicarme a ella, aun cuando no me ofreciese tanto lucro como otras, por tener la dulce satisfacción de devolver la salud a los enfermos.

-En efecto, el médico ha estudiado Fisiología y Anatomía, es decir que conoce la parte material del ser humano con todas las modificaciones que puede recibir, ya de los agentes exteriores, ya de sus propios sentimientos y pasiones. Posee también conocimientos de Historia natural, es decir que le son familiares los individuos de los tres reinos de la Naturaleza, y sabe las propiedades de algunos animales, de muchísimas plantas y de ciertos minerales que encierran virtud medicinal. Estudia la enfermedad, y conocida ésta y el temperamento y circunstancias del paciente, aplica la medicina que cree más indicada; pero desgraciadamente la ciencia de curar es de las más atrasadas, y a pesar de los progresos que cada día se observan en ella, hay multitud de enfermedades llamadas incurables, para las cuales el más hábil doctor se confiesa impotente y su misión en tal caso se limita entonces a atenuar los sufrimientos del paciente, y advertir a la familia de la inminencia del peligro para que proporcione a aquel los auxilios de la religión y se prepare ella con cristiana conformidad para el trance cruel de la separación de aquel ser querido. Mas si esto es triste y doloroso ¡cuán grato es en cambio, cuán bello, el ser llamado a tiempo de prevenir los estragos del mal, evitar sus terribles efectos, y ver como las pálidas mejillas del enfermo se van coloreando, sus pupilas recobran el brillo de la salud, su cuerpo abatido se levanta otra vez firme y robusto, recobra el apetito, y al despedirse el médico lleva consigo las bendiciones de una familia, a la quo ha devuelto el padre, la madre, el hijo o el esposo!

-Si no se muriera ningún enfermo, dijo Basilio, ser, muy agradable el ser médico.

-204-

-Y aunque se muera alguno, lo cual veo que es inevitable, repuso su hermano, me parece muy buena carrera.

Sonrióse la madre, y notándolo Jacinto, le preguntó:

-¿De qué se ríe usted, mamá?

-Ya te lo diré después, respondió la señora:

-Siga usted, pues, papá; indíquenos otras carreras, dijo el muchacho.

-Hermana de la medicina, continuó el interrogado, puede llamarse la farmacia, que es la ciencia de preparar los medicamentos, pues de nada serviría que el médico conociese la enfermedad y supiese aplicar el remedio, si un farmacéutico ignorante o descuidado equivocase o confeccionase mal la bebida que debe tomar el paciente, el preparado que ha de servir para fricciones o el unguento que hay necesidad de aplicar a la llaga.

-El farmacéutico o boticario no tendrá necesidad de estudiar tanto como el médico, dijo Basilio.

-Sin embargo, estudia Física, Química e Historia natural, y desde su laboratorio presta grandes servicios a la humanidad doliente, preparando con esmero y exactitud lo que el médico ha recetado, sin omitir gasto ni diligencia para -205- tener surtido su establecimiento de cuanto la ciencia moderna ha descubierto, que puede contribuir al alivio del que sufre alguna dolencia o a su completa curación.

-Me parece, observó Jacinto, que el farmacéutico tendrá una existencia más tranquila que el médico.

-Es cierto, añadió Basilio, porque si el enfermo se cura, gracias a sus excelentes medicamentos, carecerá del placer de verle recobrar la salud; pero en cambio, si se muere, no tendrá el penoso deber de anunciarlo a su familia, ni oír las dolorosas quejas de ésta, mezcladas a veces con reconvenciones.

-Como carreras civiles quedan las de arquitecto, que es el que después de estudiar matemáticas, dibujo, etc., dirige la construcción de los edificios, haciendo que en ellos se una la solidez a la belleza y elegancia; los ingenieros en los diversos ramos que abraza esta profesión, pues unos se dedican a la construcción de ferrocarriles, dependiendo de su -206- pericia y saber la vida de millones, de viajeros, que sucesivamente recorrerán aquella vía; otros, a la de maquinaria para la industria...

-Esos no tendrán tanta responsabilidad, observó Blanca, como los de ferrocarriles.

-¿Por qué no?, dijo Flora.

-Porque como dice papá que de su acierto y pericia depende la vida de millones de viajeros, creo que los que dirigen la construcción de máquinas, no serán lo mismo.

-Pues no dudes que un descuido, un cálculo errado respecto al impulso que debe darse al motor de una máquina a la presión que puede resistir, etc., produce a veces la explosión de una caldera y la ruina de un edificio, perdiendo la vida o quedando inútiles muchos infelices operarios.

-Vamos, veo que los ingenieros necesitan estudiar mucho para no exponerse

a cometer esos errores que pueden ocasionar tan horribles desgracias, dijo Jacinto.

-Pero son muy útiles, añadió Basilio; por mi parte aseguro que no me disgustaría ser ingeniero.

-Hay también, continuó el padre, ingenieros de minas, de montes, etc.

-Y los que dirigen las fortificaciones de las plazas ¿no los nombra usted?, preguntó Basilio.

-Esos son ingenieros militares, después os hablaré de los diferentes cuerpos del ejército.

-Pues que, ¿hay más carreras civiles?

-La que es fuente y origen de todas: la del profesorado.

-Es verdad, sin maestros nadie podría estudiar teología, ni leyes, ni nada de lo que usted ha dicho.

-Pues bien; si alguno merece el título de bienhechor de la humanidad, es el maestro de primera enseñanza, humilde sacerdote de la educación, que por un módico sueldo despierta la dormida inteligencia de los niños de corta edad, pone en sus labios las primeras oraciones, dirige sus sentimientos, y, empezando por darlos a conocer el abecedario y las diferentes articulaciones que con las letras se forman, les enseña -207- el maravilloso arte de la lectura, base de todos los conocimientos, y el o menos precioso de la escritura, por medio del cual le pone en relación con el resto de la humanidad.

-Los maestros de primeras letras no tendrán que estudiar mucho, observó Jacinto, pero me parece que son dignos de todo cariño y respeto por su paciencia y bondad, porque nos quieren como verdaderos padres.

-Sí, hijo mío, y además porque ponen los cimientos, el fundamento de toda la ciencia.

Ya se ha dicho que para estudiar es necesario saber leer; tú, Jacinto, estás ya bastante adelantado en Aritmética, y tú, Basilio, estudias Álgebra y Geometría: pues bien, ¿no es verdad que la base de todas las matemáticas consiste en saber que uno más uno es dos y dos menos uno es uno?

-Sí por cierto, querido papá.

-Escribís y habláis medianamente, sino con toda la corrección que sería de desear: pues para eso, lo primero que habéis tenido que aprender son los nombres y propiedades de las partes de la oración. Ved, en consecuencia, como esas nociones que parecen insignificantes son un manantial de ciencia y de bienestar, pues nos ponen en condiciones de llegar a adquirir los más útiles y preciosos conocimientos.

-Pero hay muchas clases de escuelas. ¿No es verdad? Preguntó Jacinto.

-208-

-La 1ª enseñanza se divide en enseñanza en párvulos, elemental y superior: en la primera se enseñan a los niños los rudimentos de todo, pero de un modo muy superficial, atendiendo al desarrollo físico de los pequeñuelos, por medio de juegos, y ejercicios gimnásticos: bien dirigidos; en las elementales ya sabéis que se aprende cuanto el hombre necesita para ser un obrero o un artesano inteligente y virtuoso, y cuanto la mujer debe saber para ser excelente esposa y madre y perfecta ama de casa. En las escuelas superiores se amplía y perfecciona esa enseñanza.

Los catedráticos de Institutos son unos maestros a quienes se exigen conocimientos superiores a los que debe poseer el profesor de 1ª enseñanza: deben ser licenciados en letras o en ciencias, y enseñan a los jóvenes que cursan la 2ª enseñanza preparándose para seguir una carrera en la Universidad.

-Nosotros ingresaremos pronto en el Instituto ¿verdad? Interrogó Jacinto.

-Tu hermano, el año que viene, si es aprobado en los exámenes de ingreso; tú, todavía no, porque eres muy niño por los años y aun más por tu atolondramiento y falta de reflexión.

-Pues bien, procuraré reflexionar más, ser más juicioso y aplicado, e ingresaré en el Instituto y después en la Universidad. Y a propósito ¿quién enseña en las Universidades?

-Catedráticos como los de los Institutos, sino que a éstos se les exige el título de Doctor en las facultades mencionadas o en cualquiera otra, cuyo título supone mayor grado de instrucción.

-Magnífico es eso de seguir una carrera; pero usted, mamá ¿por qué se ha reído cuando otra vez he dicho que me gustaba la de médico? ¿Le parece a usted que no sería bueno para el caso?

-No precisamente por eso, sino porque por todas manifestabas igual entusiasmo, diciendo a cada paso: «¡Qué bueno es eso! ¡Qué hermoso es eso! ¡Cómo me gustaría!» Y me reía yo de tu inexperiencia y candidez, pensando que si le preguntas -209- al médico, al abogado, al boticario (y ya no digo al sacerdote porque éste, si tiene verdadera vocación, no se quejará de unas penalidades que tienen tan noble objeto y tan suprema recompensa), todos te dirán que su profesión es la peor, y es que ven los trabajos y disgustos que la acompañan, como a todos los estados y situaciones de la vida, y no pueden observar los inconvenientes de las demás: por eso termina una bonita fábula de Samaniego con estos notables versos:

La espada por feliz tiene el arado,
como el remo a la pluma y al cayado;
y se tienen por míseros, en suma,
remo, esteva, cayado, espada y pluma.

-¿Y cuál puede ser la causa de que todos se quejen de su respectiva profesión?, preguntó Basilio.

-Entre otras razones filosóficas y morales, que ya he insinuado y que tu papá ampliará si gusta, hay una que si existía en el tiempo en que Félix María de Samaniego escribió la fábula, ha tomado infinito incremento; y es la comezón de seguir carrera, de ser licenciado o doctor, de llevar levita y sombrero de copa, que se ha apoderado de los hombres del pueblo, de modo que el que podría ser un buen labrador o un excelente industrial se empeña en ser un mal letrado; de lo que resulta el escaso lucro que alcanzan la mayor parte de ellos, ya por la deficiencia de muchos, ya por el excesivo número de individuos que a cada carrera se dedican.

-Pero papá, en los bonitos versos que mamá ha recitado se hablaba de la espada, dijo Basilio, y usted nada nos ha dicho de la carrera de las armas.

-El ejército repuso, es una institución indispensable en toda nación para

hacerse respetar de los demás estados, y para conservar el orden interior, apoyando con la fuerza material la autoridad moral de los poderes constituidos. Los individuos de tropa son alguna vez voluntarios, pero casi siempre sorteados entre los jóvenes de cada población; la oficialidad se compone en parte de estos mismos soldados que, terminado el tiempo del servicio forzoso, continúan en la milicia, pasando por las clases de cabo y sargento para llegar a oficiales; y otros que ingresan, en los colegios o academias de las diferentes armas, y terminados sus estudios, salen ya con el grado de subtenientes o tenientes según las carreras.

-¿Y cuáles son las diferentes armas del ejército?

-Empecemos por los ingenieros, de quienes hablamos anteriormente: los oficiales dirigen y los individuos hacen baluartes, muros, fosos, puentes y cuanto se necesita para defender una población o un castillo y a veces para atacarle. Los artilleros están encargados de las diferentes máquinas de guerra que se emplean para atacar y defenderse; ya sean cañones de grueso calibre y grande alcance, que se colocan sobre las murallas, ya piezas de montaña, que son conducidas sobre los lomos de las caballerías a través de los senderos estrechos y difíciles, ya ametralladoras, etc. Además existe la caballería que sirve para batir a los enemigos y perseguirlos en terreno llano; y la infantería, que si no puede alcanzarle con tanta facilidad, en cambio es susceptible de penetrar en bosques, en barrancos, en cualquier clase de guaridas; y que, dividiéndose en pequeños grupos o guerrillas molesta a los contrarios sin que sea dable a estos destruirla.

-Si no hubiese guerras, ¿no estaríamos mucho mejor? Objeto Blanca. Porque me da horror el pensar el daño que causarán esas máquinas de guerra de que usted habla. ¡Pobrecitos soldados!

-Sí, hija mía, tienes razón. ¡Pobres soldados! Aunque muchas veces lidien por una mala causa, como ellos, fieles a su deber, tienen que batirse defendiendo la bandera que han jurado, debemos compadecerlos cuando caen muertos o mal heridos. También es verdad que sería mucho mejor que no hubiese guerras; pero si un rey o un gobierno ambicioso intenta engrandecer su nación apoderándose de un territorio vecino que pertenece a otro estado, es lícito y hasta obligatorio al atacado defender su derecho y rechazar la fuerza con la fuerza.

-De todos modos, dijo la madre, la guerra es cosa muy triste. Es de suponer que cuando el verdadero progreso, basado en la moral de Jesucristo se abra camino a través de la ambición y el orgullo de los individuos, de los pueblos y de las razas; el respeto mutuo, el derecho a la posesión legítima de lo bien adquirido serán una verdad; y la paz y fraternidad universal reinarán por do quiera.

-Es posible, amiga mía, que eso suceda; pero no lo veremos nosotros ni nuestros hijos. Entretanto, si un muchacho de clara inteligencia y ánimo esforzado se siente llamado a la carrera de las armas, y mediante sus estudios y valor llega a los más altos grados de la milicia, poniéndose al frente de las tropas para luchar contra una invasión extranjera o para defender el orden interior, amenazado por gente mal avenida con las leyes del país y con la pública tranquilidad; aquel hombre, digo, ya venza y se

cubra de gloria, ya sucumba en el campo del honor, es digno del aprecio y del respeto de sus conciudadanos.

-Sin embargo, yo no quisiera ser militar, respondió Jacinto. ¿Y tú, Basilio?

-212-

-¿Yo? ¡Quién sabe!, respondió el, interrogado con reflexivo ademán.

-Pensaréis, pues, la carrera a que vuestra respectiva vocación os inclina y entretanto procurad ilustrar vuestra inteligencia por medio del estudio; pues el hombre ignorante, por opulento que sea, se ve privado de los infinitos placeres intelectuales que la ciencia proporciona, al paso que el que posee una sólida instrucción es apto para desempeñar importantes cargos, dando honra y provecho a su país y siendo la gloria y el orgullo de una familia que le ama y le bendice.

-Eso deseamos nosotros, papá mío, dijo Basilio.

-Sí, eso queremos, repitió Jacinto, y por eso voy a estudiar mucho de hoy en adelante.

- XVIII -

La misión de la mujer

Hoy le toca a usted, mamá, decía Blanca, papá ha salido y como prometió que usted nos hablaría del destino de la mujer, me parece que nos cumplirá la palabra, o mejor dicho me la cumplirá, puesto que aquí no hay más mujer que yo.

-Cuando lo seas, replicó Jacinto.

-Pero vosotros no lo seréis nunca.

-Seremos hombres, que vale mucho más.

-Sobre eso hay varias opiniones, dijo la madre.

-De todos modos, estáis aquí de más, insistió la niña.

-Si mamá lo manda, nos retiraremos, dijo Basilio; pero si nos lo permite, puesto que ya tenemos aprendidas nuestras lecciones, tendremos el gusto de escucharla.

-Eso es hablar en razón, replicó la madre, y no tengo inconveniente en que os quedéis en nuestra compañía.

-Nos quedamos, pues, repuso Jacinto, y así cuando alguna joven nos pida consejo acerca de su destino y ocupaciones, -214- le podremos contestar con conocimiento de causa, como decía mi hermanita cuando se trataba de las carreras de los hombres.

-Dijo tu padre entonces, que tú, Blanca, o cualquier señorita podía obtener un título profesional, y ahora lo tenéis explicado, pues al decir que en las escuelas de niñas se enseñaba todo lo que necesita una mujer para ser buena esposa, buena madre y excelente ama de casa, debisteis

comprender que habría señoras bastante instruidas para comunicar a las alumnas los conocimientos necesarios.

Hubo un tiempo en que se creía que para ser mujer de su casa bastaba saber guisar, barrer, coser y remendar la ropa, y a lo sumo leer y mal escribir, y aún en época no lejana, se decía que la instrucción era perjudicial a nuestro sexo; como si la criatura humana no amase más a Dios cuanto más por sus obras le conociere; o como si las facultades intelectuales de que el Creador nos ha dotado, estuviesen destinadas a no recibir cultivo ni desarrollo alguno, quedando en completo abandono tan preciosos dones, con que al igual que al hombre nos ha enriquecido.

Hoy se comprende que la mujer puede y debe instruirse, cultivando las facultades de que acabo de hablar, sin perjuicio de ocuparse en el gobierno de la casa, lo cual ejecutará con tanto mayor acierto cuanto sea menos ignorante. Dicen algunos que si nuestro sexo poseyese ciertos conocimientos desdeñaría las faenas y ocupaciones que nos son peculiares; pero si esto podía verificarse en alguna vanidosa, no sucedería de fijo en las de recto juicio, y tanto menos cuanto este se hallara más desarrollado. Sin ser instruidas, y por lo mismo que no lo son, vemos hoy mujeres que no tocan una escoba, unos zorros, ni una plancha, ni mucho menos un puchero por no encallecer sus blancas manos; y hasta os diré que las hay capaces de abandonar sus hijos pequeñuelos a personas extrañas, por ahorrarse las molestias y trabajo de la lactancia, que marchita la tez y es causa muchas veces de que, pasando malas noches prodigando sus cuidados -215- al tierno angelito, se levante la madre pálida y ojerosa. Se comprende que cuide tanto de conservar la belleza física la que no tiene otra cualidad; pero quien posea la hermosura del alma, la virtud, el talento y la instrucción, dones que no se pierden con los cuidados maternales, con las enfermedades, con la vejez, ni aún con la muerte (pues acompañan siempre a su espíritu inmortal), ésta no debe temer que el cumplimiento de sus deberes marchite sus atractivos.

Vosotros tendréis noticia de la revolución española de 1868.

-Sí, señora, contestó Jacinto, hemos leído eso en nuestro compendio de Historia de España: destronaron a Doña Isabel 2ª, convocaron Cortes constituyentes y...

-Calla, calla, no te han preguntado tanto, interrumpió Basilio.

-Pues bien, cuando en una nación tiene lugar uno de estos acontecimientos, se llevan a cabo en poco tiempo reformas que debían ser obra de muchos años; y como la opinión no está preparada ni ha llegado la sazón oportuna para tales reformas, son como las primeras flores de la primavera que, anticipándose a la estación, mueren de frío en la primera noche de escarcha.

Digo esto, porque a raíz de la revolución de Septiembre, es decir, en el año próximo de 1869, el Gobierno provisional del Duque de la Torre dictó un decreto para que las mujeres pudiesen matricularse en Institutos y Universidades y cursar, cualquier carrera lo mismo que los hombres. Apresuráronse algunas jóvenes, no muchas a la verdad, a usar del permiso concedido; pero fue lo bastante para probar que la debilidad física, que se atribuye a nuestro sexo, y la viveza de imaginación de que, sin disputa, nos hallamos generalmente dotadas, no están reñidas con la disposición para aprender una ciencia cualquiera, ni con la perseverancia

en el estudio.

Decía que tales progresos son como flores de primavera, y en efecto, otro decreto dictado poco después de la restauración, dispuso que las alumnas matriculadas para los estudios -216- de segunda enseñanza o de facultad continuasen, si querían, hasta terminarla carrera; pero que no se admitiesen nuevas matriculas.

En aquel corto período llegaron a obtener el doctorado en medicina algunas señoritas que cursaron con brillantes notas, otras estudiaron farmacia, sé de alguna que ha concluido la carrera de ingeniero o no sé si diga ingeniera industrial; y otra de profesora mercantil. Creo, a pesar de todo, que el seguir una de estas carreras y sobre todo el ejercerla es más propio del hombre que de lo mujer; si bien, la farmacia por ejemplo, o la medicina tratándose especialmente de enfermedades de señoras o de niños, la podría desempeñar una persona de nuestro sexo; pero siendo muy cierto, como decía tu papá, que sobran hombres de carrera, y ninguna de ellas da de sí lo suficiente para que vivan todos los que a su ejercicio se dedican, sólo faltaba que fuésemos nosotras a hacerles la competencia, para que no pudieran ganarse el sustento.

En Inglaterra, en los Estados Unidos y en Alemania es bastante frecuente que una señorita obtenga el bachillerato, la licenciatura y hasta el doctorado en cualquier facultad; en nuestro país, puede decirse que no hay más carrera para las jóvenes que la de maestra de primera enseñanza, carrera que, si no enriquece a la que a ella se dedica oficial ni privadamente, ofrece un medio muy decoroso para vivir del producto de su trabajo a una viuda, a una huérfana o a la hija de padres poco acomodados, a quienes ayudaría y sostendría en la ancianidad, teniendo al propio tiempo la dulce satisfacción de ejercer la más noble de las profesiones: el sacerdocio de la enseñanza; tomando las niñas de manos de sus padres, que delegan en ella su autoridad y le entregan criaturas siempre ignorantes y muchas veces llenas de vicios y de defectos, para que las devuelva en su día hacendosas, corregidas de sus faltas, modificadas sus inclinaciones aviesas e instruidas en todo lo necesario para hacer la felicidad de su familia.

-217-

Yo había oído decir, dijo Blanca, que también había chicas que estudiaban y hacían oposiciones para la carrera de Telégrafos.

-Así es en efecto, pero hoy por hoy, la joven que a esto se dedica no pasa de auxiliar, y no creo que en lo sucesivo ofrezca tampoco ese cuerpo un gran porvenir para nuestro sexo.

-Papá no nos dijo nada de la carrera de Telégrafos, dijo Basilio.

-Ya lo observé, respondió la madre; quizá fue un olvido suyo, acaso le faltó tiempo, o sería que considera estos empleados y los de Correos como los demás de las oficinas del Estado.

-Y ¿es buena esa carrera de empleado?

-Según: la de Telégrafos no es mala, porque está constituida en cuerpo facultativo, requiere estudios especiales, se ingresa en ella por oposición y se asciende del mismo modo; pero en la mayor parte de las oficinas de la Nación, empezando por las de los ministerios y concluyendo por las de los ayuntamientos, como se entra casi siempre por favor o recomendación, sucede muchas veces que en los cambios políticos quedan

cesantes muchos empleados, cuyas plazas se aprovechan para colocar a los amigos, parientes y recomendados de los nuevos jefes de oficina.

-Y ¿qué se ha de estudiar para ser oficial de correos o de telégrafos?

-Para correos, basta la enseñanza que se recibe en una buena escuela de 1ª enseñanza, dando un poco más de extensión a la Geografía; pues de no estar bien enterado en ella el que distribuye las cartas, podría extraviarse alguna o llegar más tarde a su destino, por ignorar la situación del pueblo, o la vía férrea, carretera o línea de navegación que al mismo conduce. En cuanto a los telégrafos es otra cosa, pues, dependiendo su mecanismo de la electricidad, los principales empleados han de estudiar Física.

-He oído decir, añadió Jacinto, que también Matemáticas.

-Es cierto, y alguno o algunos de los idiomas de las naciones -218-

que más comunicación tienen, con la nuestra, para poder descifrar los telegramas que vengan en el lenguaje de los expresados países.

-¡Magnífica cosa es por cierto comunicarse por medio de un alambre un pueblo con otro, y hasta un continente con otro continente!

-Yo he visto los postes y los alambres telegráficos, dijo Blanca, pero no sé como pueden correr por ellos las palabras.

-Te daré una ligera idea, querida mía.

Los alambres están en comunicación con un aparato productor de electricidad, que se llama pila. El telegrafista encargado de comunicar los telegramas interrumpe o agita según conviene la corriente de dicho fluido, produciendo vibraciones que en la estación receptora se traducen en puntos y rayas, combinados de un modo convencional, tan inteligible para los que las reciben como para nosotros las letras del alfabeto.

-¿Y dónde se marcan esos signos convencionales?

-En una cinta de papel fabricada expresamente con ese objeto, y la cual se va desarrollando y apareciendo en ella dichos signos.

-¿Y para qué sirven aquellas campanas de loza o porcelana que están junto a los palos o postes?

-Llámanse aisladores, y como su nombre indica, tienen por objeto aislar el fluido eléctrico del contacto de la madera, que siendo un buen conductor, se apoderaría de una parte de él e interrumpiría la corriente.

-¿Y con los chismes aquellos de porcelana no sucede eso? -No, porque la porcelana, como el vidrio y el cristal, son malos conductores.

-No lo entiendo mucho.

-Pues dejémoslo estar, y ocupémonos de la misión de la mujer, objeto predilecto de la conversación de esta noche, y del cual nos hemos separado.

-Una pregunta no más, mamá mía.

-Habla hija, si tanto te interesa.

-219-

-¿Dice usted que de un continente a otro van telegramas?

-Sí, y de una isla a un continente.

-¿Y cómo ponen los postes?

-No hay postes: el alambre está sumergido, descansando en el fondo del mar como una enorme serpiente, y sólo sus extremos salen a tierra.

-¿Y no se escapa la electricidad por el agua?

-No, gracias a un tubo de caucho que envuelve el cable eléctrico en toda

su longitud, haciendo el efecto de aislador.

-¿Qué es el caucho?

-Una materia impermeable, semejante a la goma o guta percha.

Decía, pues, que la carrera única a la cual puede dedicarse una señorita, no con gran lucro, pero sí con mucha honra y decoro es la de maestra de 1^a enseñanza; por lo demás, su instrucción puede ser tan lata como permitan las facultades intelectuales de cada una en particular, y el tiempo y los recursos materiales de que pueda disponer durante su primera juventud; pero bien entendido, que los estudios a que se dedique nunca deben impedirle el que se ejercite en trabajos de aguja, es decir, en las labores propias de nuestro sexo, y sobre todo, que adquiera práctica en el arte culinario, que sepa limpiar una habitación, hacer una cama y llevar el gobierno de la casa.

Los partidarios de la ignorancia de nuestro sexo suponen que a estas últimas cosas únicamente debemos consagrarnos, pero a mí me parece poco, para llenar la existencia de un ser espiritual e inteligente, ese trabajo material y rutinario de la plancha, la aguja y la escoba, y más poco todavía para ponerse a una altura no muy inferior a la del esposo que se elige por compañero, y algo superior a la de los hijos que se están educando y cuya dirección Dios nos confía.

Creo también que la mujer que ha aprendido lo suficiente para ponerse al frente de un establecimiento de educación, cuidará de sus hijos mejor que la ignorante que sólo, posea el ciego instinto de la maternidad; que la que tenga -220- algunas nociones de higiene, de fisiología, etc., cuidará mejor a un enfermo que la que sólo por rutina ejerza esté útil y sagrado ministerio; que la que sepa aritmética llevará mejor la contabilidad de su casa y ajustará con prudente exactitud los gastos a los ingresos; que con estos conocimientos y algunos otros, estará en el caso de aconsejar a su marido y aún de sustituirle en caso de ausencia o enfermedad según la profesión a que aquel se dedique, y, sobre todo, que en el día de la viudez y la orfandad, la mujer instruida tendrá más medios de libertarse de la miseria que la que se halle sumida en la ignorancia. Suponen los adversarios de la ilustración femenina que la mujer en tales condiciones perdería algo de la dulzura de su carácter; pero no hay que abrigar semejantes temores, pues la que tenga un corazón sensible, la que sea modesta, afable y cariñosa por naturaleza, nada desmerecerá por cultivar su inteligencia: creer lo contrario, valdría tanto como suponer que la flor que se cuida y se riega, pierde su perfume; que el diamante pulido no es piedra tan rica como el que se halle en bruto, o que el género de un vestido no es tan fino y tan suave porque la hayamos dado elegante forma.

La misión de la mujer es ser respetuosa hija, amable esposa, madre previsora y prudente ama de casa, y tanto mejor cumplirá estos deberes cuanto mejor se haya educado su inteligencia y su corazón. Por lo demás, por instruida que sea una señora, como quiera que sus deberes la retienen en el hogar, y los libros no le privarán de atender a cosas tan gratas como necesarias, experimentará un placer al coserla ropa blanca de su marido, al bordar y guarnecer con encajes las camisetas del nido de pecho, al cortar y coser el traje de la niña y al ejecutar tantas y tan variadas labores como podemos hacer en el día, gracias a los adelantos que en este

ramo se introducen y que son el encanto de la mujer hacendosa.

-Como hace usted, querida mamá, que trabaja tanto y tan -221- primorosamente... -Al llegar, aquí Blanca dió un grito y con un brusco movimiento se levantó de la silla.

-¿Qué tienes, hija mía?, preguntó con inquietud la madre.

-Mire usted lo que me ha caído encima, y mostraba una pequeña araña, pendiente de un finísimo hilo.

-No es nada, dijo la madre, una arañita. Mira, ella también estaba trabajando.

Jacinto dió un manotón al animalillo, le hizo caer al suelo, y poniéndole el pie encima lo aplastó diciendo:

-Insecto importuno, ya tienes tu merecido por haber asustado a esa melindrosa, e interrumpido las agradables explicaciones de nuestra querida mamá.

-Ya había terminado, dijo la madre; pero debo advertirte que el inocente animal a quien has quitado la vida no es insecto.

-¿Pues qué es?

-Un animal de otra clase especial, parecida a la de los insectos; pero que no son insectos y que se llaman arácnidos.

-¿Y dice usted, mamá, que estaba trabajando?, preguntó Blanca.

-Sí: estaba tejiendo, con paciencia suma y habilidad que sólo existe en su especie, su finísima tela.

La araña casera, animal bien conocido, tiene (como habréis observado) ocho patas, su vientre es grueso y provisto de cuatro glándulas, las cuales segregan un líquido, que al ponerse en contacto con el aire se convierte en hebras sutilísimas; pero tanto que cada una de las glándulas produce muchos hilos, generalmente mil, y reunidos los de las cuatro forman una cuerda más delgada que el más fino hilo de encaje, de modo que como aquel cordón consta de tres o cuatro mil cabos, apenas se concibe la delicadeza de las sutiles hebras primitivas, pudiendo asegurarse desde luego que escaparían a la vista del hombre por muy perspicaz que fuese. Apodérase la arena de un oscuro rincón, extiende un hilo de una pared a otra contigua, desde el ángulo que estas forman, va tirando varios otros hilos que afectan a la forma o colocación -222- de los radios de un círculo los cuales constituyen la urdimbre de la tela, y sobre ellos va colocando otro que son la trama, resultando un tejido finísimo y delicado, generalmente de forma triangular, queda sirve de habitación para ella y sus hijuelos, y de red para coger la caza.

Araña en la tela

-Pero es cosa muy sucia la tela de las araras, observé la niña.

-No lo creas, repuso la madre. Si me dices que no es muy limpia el ama de casa o la criada que deja que las arañas fabriquen sus telas en sus habitaciones, te diré que tienes razón; aunque no siempre puede evitarse por la actividad y rapidez con que trabajan, pues es admirable ver como corre de uno a otro lado, moviendo sus patas traseras con las cuales hilan y tejen al propio tiempo su fina gasa, que no tiene en si nada de sucia.

-Pues se pega a los dedos.

-Eso consiste en que es muy tenue y por lo tanto tiene poco peso y también

en que es algo viscosa o pegajosa; razón por lo cual las moscas y mosquitos, más bien que enredados, quedan adheridos a ella, como los pájaros se cogen o prenden en las varillas de liga que disponen los muchachos.

Esta propia cualidad hace que el polvo se adhiera a ella fácilmente, o que cuando nosotros las vemos se encuentren en ellas alguna mosca o los restos de ella, lo cual no te niego que es algo repugnante; pero la tela tal como sale de sus manos o mejor dicho de sus patas, no causa asco.

-223-

Además, en el vértice de aquel ángulo, o sea en el rincón de la pared, para que Blanca lo entienda, forma un capullo sedoso que sirve de nido para sus hijuelos; cuando salen de él, empiezan a andar por su habitación, y después que salen de allí, la madre los sostiene con unos hilos que les sirven de andadores.

¿No es cierto que algunas mujeres podrían aprender de este animalito a ser hacendosas, provisoras y amantes de sus hijitos?

-Cierto es, mamá mía, y también lo es que las obras de Dios son tan perfectas que en todo encontramos algo que admirar y que aprender.

-Ahora, hijos míos, idos a recoger; pero no os entreguéis al descanso sin antes dar gracias al Todopoderoso por que entre el maravilloso número de seres que ha creado, nosotros pertenecemos a la única especie dotada de inteligencia, sensibilidad y voluntad, a la única capaz de conocerle amarle y servirle.

- XIX -

La marina. La brújula

¿Sabe usted, papá, que el otro día dejó muchas carreras sin explicar?, decía Jacinto.

-Hijo mío, os hablé en general de las más comunes para que fuerais examinando vuestra vocación y preparándoos con los estudios que para la mayor parte de ellas son necesarios; pero no es posible que en una breve explicación abarque todas las profesiones, artes y hasta oficios a que un joven instruido puede dedicarse.

En el mutuo comercio humano y en el actual estado de la civilización, son muchas las ocupaciones que brindan al hombre ocasión de prestar servicios a sus semejantes, adquiriendo, al propio tiempo, honra y provecho.

-Pero la carrera de telégrafos, que necesita estudios especiales, no le mereció a usted particular mención, y habiéndole preguntado a mamá nos habló de ella.

-225-

-¿Pues qué más, quieres?

-Es que hay otras. Por ejemplo, la marina, que por cierto me llama mucho la atención, pues me encanta ver un oficial de marina con su bonito

uniforme, su elegante gorrita y pensar que se lanza en su buque a recorrer los mares, arrojando las tempestades.

-Creía que no te gustaba ser militar.

-Le diré a usted: lo que no me gusta es andar a tiros con los hombres que en una guerra civil pueden ser mis compatriotas, mis paisanos y aún mis parientes; y aun cuando sean de otro país, no me gusta, digo, mandar hacer fuego y que caigan gravemente heridos o muertos algunos de mis semejantes, y francamente, tampoco me gustaría que me matasen a mí de un balazo, y menos todavía, que me llevasen brazo o pierna y me dejaran estropeado para toda mi vida.

-Pues sepas que esos oficiales que tú ves con levita y gorra de uniforme pertenecen a la marina de guerra, de manera que no tan sólo tienen que luchar con las tempestades y arrostrar los furiosos de la naturaleza, más terribles e incontrastables que los de los hombres, sino que también han de andar a tiros con sus semejantes; ya se encuentren dos escuadras enemigas frente a frente, ya reciban orden los jefes de un buque de bombardear una plaza, que desde sus fuertes hace también fuego contra los barcos que la hostilizan.

-Yo no he visto nunca un barco por dentro, dijo Blanca, así es que le agradecería a usted mucho que nos explicase cómo son, en qué consiste que anden, y cómo se inventó la navegación.

-Os llevaré a ver un buque mercante y otro de guerra, y entretanto, escuchad:

Así como las primeras habitaciones fueron chozas formadas de ramaje y se han ido perfeccionando hasta convertirse en templos y palacios de jaspes y mármoles labrados, también la náutica tuvo su origen en la observación que se hizo -226- de que un madero sobrenadaba y era conducido por la corriente de un río. Cortando tablas, y uniéndolas fuertemente por medio de cuerdas, se formaron rústicas balsas: después se discurrió el cubrir las embarcaciones y así se navegó, pero solamente en una dirección; siendo preciso para volver el barco al punto de partida, ligarle cuerdas o cadenas y arrastrarle desde la orilla, tirando de ellas hombres o animales. Pensóse después en utilizar la fuerza del viento, con lo cual se conseguía el bogar no sólo en los ríos, contrastando la corriente, sino a través de los mares procelosos; y se fabricaron buques de vela, empezando por pequeños esquifes y llegando a construirse magníficos navíos que son arrastrados con gran velocidad por sus hinchadas velas de lona.

-Pero si querían dirigirse, por ejemplo, a Oriente y el viento soplaba de Occidente, ¿cómo lo hacían?, preguntó Jacinto.

-Lo que hacían y hacen, respondió el padre, pues todavía hay barcos de vela, es no moverse del puerto mientras soplan vientos contrarios, y aprovechar los favorables para hacerse a la vela.

-¿Y los contrarios les sorprenden en medio del viaje?

-Si los sorprenden en alta mar, recogen las velas y esperan que el viento cambie.

-Así necesitan perder mucho tiempo.

-Para obviar esos inconvenientes, se aplicó el vapor al arte de navegar, pues este medio de locomoción es rápido y constante.

-¡El vapor!, dijo Blanca meditando; parece imposible que una cosa tan tenue y tan ligera pueda mover barcos y otras cosas.

-Sí, mujer, respondió Basilio, eso todos lo sabemos. El agua desprende vapores a todas temperaturas; calentándola a 100 grados, hierve y entonces la producción del vapor es muy grande. Si esto es verifica en una vasija destapada, no ocurre nada de particular: el vapor, ligero y tenue, se eleva -227- y se desparrama por la atmósfera. Pero si la vasija es cerrada pugna por salir y ejerce, por consiguiente, una presión contra las paredes; presión que es tanto mayor, cuanto más se eleve la temperatura y que puede ser causa de la explosión de la vasija.

Esta gran tensión que adquiere el vapor encerrado es la utilizada en las máquinas de vapor para poner en movimiento el eje principal, el cual por medio de ruedas que engranan unas con otras, mueve ya los telares y cualesquiera aparatos de una fábrica, ya un tren de ferrocarril, ya un buque, etc. ¿Lo he explicado bien, papá?

-Medianamente. Hoy existen buques de vapor; tanto de guerra, los cuales suelen estar blindados, esto es, forrados con gruesas planchas de cobre, como mercantes, es decir, destinados a conducir los géneros que abundan en un país a otro que carece de ellos; hay también vapores correos, que salen con perfecta regularidad de nuestros puertos, conduciendo la correspondencia a todas las poblaciones marítimas del mundo, y regresan también periódicamente al punto de partida. Estos admiten, generalmente, carga y pasajeros; y tanto los que acabo de indicar como los del comercio y de guerra, se construyen hoy con el mayor lujo, disfrutándose durante el viaje de todas las comodidades que pueden gozarse en tierra.

Sus cámaras de finísimas maderas están alfombradas, sus lechos son cómodos, su sillería elegante y su comedor magnífico, con rica vajilla, y tan bien servido como el de una buena fonda.

-De modo, dijo Jacinto, que los pasajeros podrán hacerlo todo menos pasear.

-Pasear por un bosque o por una alameda no, pero sí sobre cubierta.

-Lo que no podrán es oír misa, observó Blanca.

-También, porque hay capellán y oratorio.

-¿Y médico?

-Sí, y también botiquín.

-228-

-Pues diga usted que es un pueblo.

-Sí, un verdadero pueblo flotante. Ahora querréis saber cuando están en alta mar cómo lo hacen, para no equivocarse su derrotero; pues el que viaja por el ferrocarril o la carretera, además de los pueblos, caseríos, valles, bosques y montañas, que sucesivamente encuentra y deja atrás, tiene los postes de piedra o de madera que, al lado de la vía colocados, señalan los kilómetros recorridos; pero en la inmensidad de los mares, cuando no se ve más que la llanura sin límites del océano y la bóveda azul que en el horizonte se confunde con ella, no podría precisarse el punto en que se encuentra la embarcación si no fuese por la brújula.

-He oído hablar de la brújula, dijo Basilio, pero no sé bien lo que es.

-Yo, ni bien ni mal, añadió Jacinto.

-Habéis oído hablar también del imán, sin duda alguna.

-Sí, señor, pero tampoco sabemos lo que es, repuso el niño.

-Pues es una piedra negruzca que tiene la propiedad de atraer el hierro, cualidad que, si hemos de creer a la tradición, se descubrió de un modo

que llamaríamos casual, si no estuviéramos convencidos de que nada hay casual en el mundo, sino que todo es obra de la Providencia.

Cuéntase que un pastorcillo llamado Magnés apacentaba sus ganados en el monto Ida, en Grecia; y que habiéndosele extraviado una oveja, el pobre zagal que la buscaba en todas direcciones, quedó aterrado al llegar a cierta parte del monte y encontrarse clavado en el suelo, sin poder avanzar ni retroceder un solo paso; y no sólo sus pies estaban como adheridos a las peñas, sino también el cayado en que se apoyaba. Como habréis comprendido ya, el prodigioso suceso se explica diciendo que el calzado del pastor estaría claveteado de hierro, y que la piedra que había pisado era la que hoy llamamos imán y que tomó su nombre precisamente de Magnés, que, como he dicho, era el que llevaba el pastor a quien se debe el descubrimiento.

-229-

-¡Pobre muchacho, dijo Blanca, cuán pasmado se quedaría el pobre! ¿Y cómo salid de allí?

-La historia no dice, continuó el padre, si dio voces y vino gente, o si abandonó el cayado y los zuecos o zapatos y se fue descalzo a continuar la persecución de la res fugitiva; el caso es que desde entonces se conoce el imán y sus propiedades, siendo la más notable la de atraer el hierro.

Aquél era un imán natural, pero hoy el hombre confecciona imán artificial, es decir, magnetizan o imanar (pues de las dos maneras se dice) una varilla de acero o de hierro, y adquiere las mismas propiedades que aquel cuerpo; pero hay dos clases de fluido magnético, llamados respectivamente positivo y negativo. Ahora bien, los fluidos de un mismo género se rechazan y los de diferente género se atraen mutuamente. En una varilla imantada, un extremo tiene el fluido positivo y el otro el negativo, quedando equidistante de ambos una línea que se llama neutra, en la cual el imán no ejerce atracción, porque se neutralizan las dos fuerzas.

-Pero ¿y la brújula?

-La brújula es una flecha o una aguja que podría tener otra forma cualquiera, que está imantada. Considerando la Tierra como un inmenso imán, sus polos son los extremos a que acuden los fluidos y el Ecuador es la línea neutra; por eso en el hemisferio Norte la brújula vuelve siempre un extremo hacia el polo Norte; y en el hemisferio meridional, la vuelve hacia el polo Sur, que es el más inmediato.

Nosotros, interrumpió Jacinto, ya sabíamos que la Tierra era una grande esfera, que el Ecuador era la línea que la dividía en dos partes iguales llamadas hemisferios, y que los polos eran los extremos de la Tierra; pero no sabíamos en qué consistía la brújula, ni sé aún por qué ni cómo vuelve.

-En la mayor parte de los descubrimientos humanos, la práctica ha precedido a la teoría, es decir, que se ha observado un hecho constante, un fenómeno cualquiera, y los hombres sin saber la causa de aquel hecho o las leyes a que obedecía el fenómeno, han sacado de él la utilidad que podía proporcionarles; después los sabios lo han estudiado, lo han comprendido hasta cierto límite, pues siempre quedé en la ciencia un punto oscuro, como si Dios quisiera recordarnos nuestra pequeñez o insuficiencia; y al paso que han indagado las causas, han utilizado con más conocimiento los efectos.

Antes de que se conociera la ley de la atracción de los cuerpos, y antes de que se descubrieran las propiedades de los imanes, y cuando no se consideraba aún la Tierra como un imán inmenso, se observó que una aguja que se hubiese rozado por un extremo en esta materia, volvía siempre aquel extremo hacia el Norte; y de esta observación dedujeron que se podría formar un aparato cuya parte principal fuese una aguja imantada, colocada de modo que pudiese girar libremente, y que, hallándose siempre vuelta hacia dicho punto, indicaría la dirección que seguían los viajeros por mares o tierras desconocidas.

Principio de la brújula

Nada más sencillo que disponer un vaso lleno de agua y colocar en él la aguja indicadora, flotando en una madera ligera o en un corcho; hízose así, y existió la primera brújula. Después se discurrió colocar la aguja sobre un eje puntiagudo, situado en el fondo de una cajita que se cubre con un cristal; feliz invención que se atribuye generalmente a un marino napolitano llamado Flavio Gioja. Sucesivamente se fue perfeccionando el aparato, y hoy se construye de un modo análogo; pero poniendo en el fondo de la caja la rosa de los vientos, que no es otra cosa que una estrella de 32 puntas, una de las cuales corresponde a la de la aguja (que tiene la forma de una flecha): ésta tiene una N. e indica el Norte; la otra al extremo opuesto y se indica con una S., pues señala el Sur o mediodía; otra a la derecha, que se marca con una E, pues señala el Este o Levante; otra a la izquierda, que tiene -231- una O, que quiere decir Occidente o Poniente; equidistantes de éstas están las que señalan el N. E. que se lee Noreste, etc.; en los puntos intermedios las otras 8, y finalmente otras 16 en los que median entre los 16 anteriores.

Brújula

-Esa rosa de los vientos, cualquiera puede dibujarla sabiendo un poco de Geometría, dijo Basilio.

-Y diga usted, papá, preguntó Jacinto, ¿Cristóbal Colón llevaría brújula?

Carabelas de Colón

-Sí por cierto; sin su auxilio no se hubiera arriesgado a un tan largo viaje por mares remotos y desconocidos. Con todo, fue extraordinario su valor de lanzarse en alta mar con tres carabelas, que son buques pequeños.

-Yo creía que los marinos consultaban el Sol de día y las estrellas de noche, y así se orientaban en su rumbo.

-Esto sucedía en efecto, antes de inventarse el aparato de que hemos hablado; pero en un día de niebla o en una lóbrega noche, el Sol y las estrellas se ocultan a nuestros ojos; y cuando un buque, después -232- de haber sido desviado de su derrotero por la fuerza del viento y de las encrespadas olas, queda sobre un mar negruzco y bajo un cielo plomizo con un horizonte oscuro, ¿cómo se orientarían el capitán y el piloto, mientras no se descubrió el sencillo mecanismo que hoy le guía a través de la

oscuridad?

-Y sin brújula, ¿cómo se sabe dónde está el Norte, el Sur, etc.?, preguntó Blanca.

-Si papá no quiere molestarse, yo, te lo explicaré, respondió Basilio.

Accedió el padre, y el muchacho se explicó así:

-El Oriente, y de aquí viene la palabra orientarse...

-Yo no decía el Oriente, sino el Norte.

-Calla, mujer, sabiendo dónde está uno de los cuatro puntos cardinales, se sabe todo lo demás.

Modo de hallar los puntos cardinales

-¡Si es más tonta!, dijo moviendo la cabeza Jacinto, con ademán desdeñoso.

-Decía, continuó Basilio, que el Oriente corresponde al punto por donde sale el Sol...

-Pero el Sol no sale siempre por el mismo sitio.

-233-

-Es cierto, el punto por donde sale el Sol en el equinoccio de primavera.

-¡Ah! ¡ya!, sobre el 21 de Marzo.

-Justamente. Si estamos de cara a este punto tendremos el Occidente a nuestra espalda, el Norte a la izquierda y a la derecha el Sur o Mediodía.

O bien, si te sitúas de modo que tu derecha se dirija a Oriente y tu izquierda a Occidente o Poniente, que es el punto en donde se pone el Sol el 22 de Septiembre; tendrás enfrente el Norte, y a espaldas el Sur.

-Ahora sí que lo entiendo. La segunda explicación podías haberla ahorrado, pues es igual a la primera.

-¿Para qué más sirve la brújula?, interrogó Jacinto.

-¿Sabes lo que es un túnel?, preguntó a su vez el padre.

-Ya lo creo. Cuando viajamos en el ferrocarril, vemos que encienden los farolillos siendo de día, y digo yo: ahora vamos a pasar un túnel. En efecto, silba la máquina y entramos en un sitio oscuro donde, si no fuera por la luz de los faroles, todo estaría negro como a media noche, aún peor, porque no se ven las estrellas; el tren allí dentro hace más ruido, vuelve a silbar la máquina, salimos y volvemos a ver la hermosa luz del Sol.

-Bien explicado. Pero, ¿sabes por qué está allí el túnel?

-Usted me dijo un día que, encontrándose alguna montaña en el sitio por donde tiene que pasar la vía, el rodearla costaría tiempo y dinero y sería causa de que el trayecto fuese más largo; y para evitar esto se horada la montaña, formando un camino subterráneo que es el túnel.

-¿Y cómo se pueden horadar una montaña?, preguntó Blanca.

-Las rocas más duras se hacen saltar valiéndose de una materia explosiva, pólvora o dinamita, el ingeniero y sus operarios abren aquella vía en las entrañas del monte, y en la profunda oscuridad que allí reina, la brújula, como la mano de un sabio, mejor diría, como el dedo de Dios, los guía marcándoles la línea recta, que (como sabéis, es siempre -234- la más corta que conduce de un punto a otro) para llegar a la boca que se han propuesto abrir como término de aquella vía subterránea, y para que el

tren pueda seguir marchando a la luz del día, como ha dicho Jacinto. Ya veis, pues, que, el que viajemos cómodamente, con rapidez y seguridad por mar y tierra, se debe, como otras tantas ventajas que disfrutamos, por una parte, a las maravillosas propiedades de que Dios ha dotado a la materia inanimada que nos rodea, y por otra, a la inteligencia con que ha enriquecido al hombre para estudiarlas.

-Bendigamos su Providencia infinita, dijo Flora que con el niño menor dormido en su regazo había escuchado las explicaciones de su esposo. Ahora, añadió, vamos a descansar, para madrugar mañana y entregarnos a nuestras respectivas ocupaciones.

- XX -

El pájaro de Enrique

Otra vez la primavera difundía movimiento y vida en la naturaleza. Blanca acababa de entrar en su habitación, pues había acompañado a su mamá, que había ido a hacer algunas compras, y empezaba a cepillar su linda capota, cuando le llamaron la atención los gritos de su hermano menor.

-Mira, Blanca, mira, tengo un pajarito, decía chillando y riendo, a cuyos gritos y risas se mezclaban los dolientes píos de una avecilla.

La niña salió inmediatamente y vio que, en efecto, Enrique tenía un gorrión jovencito, a cuyas patas había atado un hilo bramante, y dejándole volar todo lo que permitía la longitud del hilo, que él retenía por el otro extremo, el pobre animal caía al suelo con las alas abiertas, dándose fuertes goles en el pecho.

¿Quién te ha dado ese gorrión?, preguntó su hermana.

-El chico de la lavandera, dijo el niño.

-¿Pero no ves que le haces mucho daño?

-¡Quiá! Si está muy contento. Escucha cómo chilla.

-Esos gritos se los arranca el dolor. Como a ti, cuando caes y te haces daño.

-¡Ah! ¿Es que llora?

-Sí

-236-

-¿Qué sabes tú?

Y volvía a soltar el pajarillo que intentaba volar y caía de nuevo.

-Si que lo sé: mira, decía la compasiva niña, ese cordel le lastima las patitas y se las romperá si tardasen desatarle, y cuando cae, se hace mucho daño en el pecho, y al fin, reventará.

Enrique no lo entendió o no quiso creerlo, y continuó con su cruel entretenimiento, hasta que Blanca se decidió a coger unas tijeras, y en el

momento en que el pobre animal empezaba una de sus tentativas, cortó resuelta el nudo que unía sus patitas, diciendo:

-¡Eh!, basta de contemplaciones.

El pájaro voló, al principio, torpemente y como atontado, por la habitación; luego, acertó a salir por la abierta ventana, y se lanzó al espacio piando de alegría.

El párvulo se quedó parado con el hilo en la mano, y después echó a llorar amargamente.

-¡Se ha roto el hilo o le has cortado tú?, preguntó a Blanca.

Ésta, que no quería mentir, no contestó.

Entonces Enrique le cogió la falda del vestido con la mano izquierda, y con la derecha la golpeaba fuertemente.

La niña se reía de la impotente cólera de su hermanito, y decía filosóficamente:

-Llora y pega; más quiero esto que no ver cómo matas a un inocente pajarillo.

Mas como su llanto no cesaba, llamó al fin la atención de Flora, que acudió diciendo:

-¿Por qué lloras hijo mío?; y tú, niña, ¿por qué no te has desnudado?

-Este no me ha dejado.

El niño contó el caso a su manera, Blanca rectificó, y excusó el acto de privar al chiquitín de su diversión con la lástima que le inspiraba la víctima, añadiendo:

-¿Verdad que he hecho bien, mamá?

La madre hizo un signo afirmativo y distrajo al niño enseñándole un juguete que le había comprado.

Enrique era como la mayor parte de los niños pequeños, y como son algunos ya grandecitos, hasta que una prudente -237- educación, basada en los generosos y nobilísimos preceptos del cristianismo, modifica sus instintos y dulcifica los sentimientos.

¿Habéis observado, queridos lectores, lo que hacen muchos de vuestros compañeros, tanto en la familia como en las escuelas y colegios?

No sé si lo habréis hecho vosotros también... ¡Lo sentiría! Reciben un golpe de un hermanito o de un compañero y lo devuelven. Se les dice que no deben tomarse la justicia por su mano, que den parte a sus superiores y se castigará al ofensor, y entonces, a la primera ocasión, acuden al padre o al maestro y reproducen cien veces, si es necesario, su queja con infatigable insistencia, hasta que el ofensor es castigado.

Una sonrisa de placer brilla en los labios del ofendido.

¿Es esto el espíritu de justicia satisfecho.?

No, que en tan temprana edad no existen ideas tan elevadas y tan abstractas.

Es un espíritu de venganza lo que le anima, sentimiento indigno, que los educadores tratarán de extirpar, en cumplimiento de su sagrado deber.

Enrique, digo, no estaba satisfecho, porque ni Blanca había hecho como que lloraba, fingiendo que le dolían mucho sus golpes, ni la madre la castigó; por eso, en cuanto vió a su padre, le dijo con plañidero acento:

-Papá, Blanca me ha quitado un pajarito que yo tenía.

-¿Por qué has hecho eso, Blanca?, dijo el padre.

-No se lo he quitado, lo he dejado volar.

-De todos modos, has obrado de ligero, porque no era tuyo.
-Lo hubiera muerto, papá, repuso Blanca con lágrimas en los ojos, y contó conmovida el modo cómo lo trataba.
-Podías habérmelo dicho, que lo hubiera evitado.
-No estaba usted en casa.
-Pues a tu mamá.
-Perdóneme usted, pero cuando he visto que sufría tanto no me he podido contener.

-238-

La niña lloraba, el rostro de Enrique se iluminaba de gozo. El padre que lo observaba, le dijo:

-¿Quieres que peguemos a Blanca?

-Sí, repuso vivamente.

-¿Qué quieres mejor, que castigemos a tu hermana, o que te compremos otro pajarito?

-Las dos cosas.

El padre se puso serio, y dijo:

-Si yo pego a tu hermana, ¿volverá el pajarito?, reflexionó el niño y respondió:

-No, pero yo quiero las dos cosas.

-Tu hermana tiene buen corazón, y tu papá la quiere mucho. Los niños que desean que castiguen a sus hermanitos son malos y nadie los ama. Te proporcionaré otro pajarillo, pero a condición de que no le has de hacer daño.

Jacinto, que acababa de entrar, dijo:

-A mí me traerán uno, pero no se lo dejaré a él. El mismo hijo de la lavandera, que ha traído ese gorrión, me ha dicho que sabe un nido que tiene tres huevos, y que antes que los pajaritos sepan volar, me traerá uno.

-Y no lo sabrás criar, dijo el padre, de modo que no le darás una muerte violenta como se la hubiera dado Enrique, pero se te morirá de hambre.

-Pues bien, le diré que no me lo traiga hasta que sepa comer.

-Cuando sepa comer, volará del nido, y ya no podrá cogerle.

-¿Pues cómo lo hacen otros niños, que cogen pajaritos pequeños y los crían en casa, viviendo después domesticados?

-Yo no sé cómo lo hacen; tendrán menos que hacer que tú, no estudiarán ni irán al colegio, y les darán con frecuencia pan mojado o cualquier otra materia blanda, que les meten por fuerza en el pico, y aún así, te puedo asegurar que se mueren la mayor parte. Sin embargo, puedes indicarle a ese niño un medio para que tu gorrión llegue a saber comer y volar sin escaparse.

-A ver.

-Dile, que en cuanto estén cubiertos de plumas, que ya no necesiten el calor de la madre, coja el nido, lo ponga dentro de una jaula y cuelgue ésta en el mismo sitio en -239- que estaba aquel. Los padres irán asiduamente a llevarles el alimento, y metiendo el piquito por entre los alambres, los sustentarán hasta que vean que no necesitan de sus cuidados.

-¿Y después?

-Después se les cortan las plumas de las alas, se les abre la puerta de la

jaula y se les acostumbra a comer en el suelo, encima de una mesa y hasta en la palma de la mano.

-Así lo haremos. Yo le daré la jaula por si él no tiene.

-Eso me recuerda una preciosa fábula de Compoamor, dijo Basilio. ¿Quieren ustedes que la recite?

-Dila, a ver si es la misma que yo leí, respondió la madre.

-Dice así:

Los padres y los hijos

Un enjambre de pájaros, metidos
en jaula de metal, guardó un cabrero,
y a cuidarlos voló, desde el otero,
la pareja de padres afligidos.

«Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
sus hijos a cuidar con tanto esmero,
ver cómo cuidan a sus padres quiero
los hijos por amor, y agradecidos.»

Deja entre redes la pareja envuelta;
la puerta abre el pastor, de duro alambre,
cierra a los padres y a los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató a los padres el dolor y el hambre.

-Es un precioso soneto y lo has recitado muy bien, dijo el padre.

-Será soneto, pero el libro no lo dice.

-Sea lo que quiera, lo que fueron esos pájaros jóvenes es unos ingratos y unos bribones, dijo Blanca.

-Todos sus congéneres hubieran hecho lo mismo, hija mía.

-¿Y por qué no habían de haber cuidado ellos a los padres?

-Porque la piedad filial, como tantos otros sentimientos nobles y virtuosos son privativos del hombre; que tiene un -241- alma dotada de muchas preciosas facultades de que los demás carecen.

Otro día hablaremos despacio de eso, por hoy me limito a decirte que los animales, no teniendo más que un alma irracional, esto es, que carece de razón, obedecen al instinto; que así llaman los naturalistas a la voluntad

que a veces parece inteligente y premeditada, pero que sólo tiende a satisfacer las necesidades de conservación y reproducción.

El instinto de conservación incita a las fieras a cazar y devorar otros animales, a las aves a emigrar a otros países, lejanos a veces, en la época precisa en que maduran las frutas, están en sazón las semillas, o nacen los insectos de que se alimentan: este mismo instinto es causa de que todos los irracionales, menos los que viven en domesticidad, se oculten de la vista del hombre y de los demás animales que podrían dañarlos; el de reproducción les obliga a buscar lugar a propósito donde colocar sus pequeñuelos, construirle cuando es necesario, y allí alimentarlos, abrigarlos y prodigarles todo género de cuidados, hasta que, llegados a la edad adulta, pueden vivir por sí y constituir otra familia. Para nacer, alimentarse, reproducirse, envejecer y morir es lo que basta: por eso no saben más ni pueden hacer otra cosa.

-Pero ¿no es verdad que si los niños o los jóvenes hubiesen hecho una acción semejante a lo que refiere el soneto de Compoamor, serían unos infames, dignos de reprobación y de desprecio?, insistió Blanca.

-En efecto, hija mía, el ser humano, dotado de razón, está en el caso de comprender, agradecer y recompensar los cuidados, la solicitud, las privaciones a veces, que los padres se imponen para que nada falte a su débil infancia en el orden material; esto es, habitación, alimento, vestido, etc., ni en el moral, o sea la educación e instrucción; pues Dios, que no prescribió de un modo explícito y terminante que los padres amaran a los hijos, lo prescribe expresamente en uno de los Mandamientos de su ley divina, el primero, precisamente, después de los tres que se refieren a su mayor honra y gloria, el primero de los que marcan al hombre sus deberes para con el resto de la humanidad.

-¿Y porqué no habrá mandado a los padres que amen a -241- sus hijos, y a estos sí, que sirvan y honren a los autores de su existencia?, preguntó Jacinto.

-Sin duda porque su inmensa Sabiduría comprendió que para lo primero bastaba el simple instinto de la naturaleza, que sólo hombres inferiores en racionalidad y en bondad a las bestias feroces, dejarían de cumplir este deber sagrado; pero que para lo segundo ya se necesita reflexión, gratitud y cierto grado de abnegación; y que sería necesario mandarlo expresamente, imponerlo como un deber ineludible, y aún así habría quien faltase a esta santa obligación, desconociendo lo que sus padres han hecho por él, llenando de amargura el corazón de sus progenitores y atrayendo sobre su cabeza el castigo del Cielo.

-Eso será sin duda entre los salvajes, observó Blanca.

-Y también, por desgracia, entre los hombres que viven en países civilizados, hija mía. Se dan casos, aunque pocos, de padres que maltratan a sus hijos, que no satisfacen sus necesidades, o los castigan severa y hasta cruelmente, sin tener en cuenta la debilidad de los pocos años; y hay también hijos tan bárbaros y desnaturalizados que abandonan a sus padres en la vejez, como una carga enojosa, o los tratan con dureza, o los confían a manos mercenarias, y a veces mal retribuidas, por no sufrir las molestias que lleva consigo el cuidado de un anciano enfermo y achacoso, y acaso lo irascible de su carácter, efecto de los sufrimientos.

-Aun cuando todo eso sea, dijo Blanca conmovida, a los padres siempre se

les debe querer y cuidar mucho y tratarlos con muchísimo respeto. Si llegan ustedes a viejecitos y yo vivo, los amaré tanto como ahora, más si es posible, y si alguno de mis hermanos fuese un mal hijo, le odiaría con toda mi alma.

-Tus hermanos no lo serán, dijo gravemente Basilio.

-Pues bien, a cualquiera que lo fuese.

-Los cristianos no debemos odiar a nadie, hija mía; si conoces una persona de corazón tan duro, de tan ingratos y pérfidos sentimientos, que olvide lo que debe a los autores de su existencia, y los trate con desabrimiento, negándoles su amor, su asistencia y su respeto, compadécela, que bien lo merece.

-¡Compadecer a un monstruo semejante!

-242-

-Sí, querida, mía, porque si no experimenta igual tratamiento de parte de sus hijos, que es lo más común, pues Dios lo permite para escarmiento de los demás; sufrirá indefectiblemente en la otra vida el castigo de tan infame proceder.

- ¿No recuerdas haber leído una máxima de un esclarecido poeta, que dice:

Los delitos aborrece,
Y al culpable compadece?

-Sí, señor; es de Martínez de la Rosa.

-Pues ya ves, detestar el mal; pero odiar a nuestros semejantes?...

¡Jamás!

-Pues bien, no los aborreceré, pero les diré que no lo hagan.

-Eso es otra cosa, y si tus consejos y advertencias alcanzan a corregir el mal proceder de tu prójimo, en este o en cualquier sentido, harás una obra de caridad. Es un deber moral de las personas instruidas y bien educadas el corregir al que yerra, enseñar al ignorante y dar buenos consejos al que obra mal tal vez por impremeditación; pero si nos desoyen, si hacen el mal por perversidad de corazón y con conocimiento de causa, entonces apartémonos de ellos con horror, y roguemos a Dios que con sus superiores luces los ilumine.

No hablemos, pues, de los malos hijos: son, por fortuna, execrables excepciones; son monstruos, como les ha llamado muy bien Blanca; dejémoslos, y mañana nos ocuparemos de lo que sucede en una familia de buenas costumbres, cuyos individuos cumplen todos con su deber.

- XXI -

Edades del hombre. La familia

Al siguiente día el padre de Blanca, fiel a su promesa, reanudó la conversación de la víspera, en los términos siguientes:

-El niño, en su primera infancia, es quizá el más torpe de los animales.

El polluelo de la gallina y de la perdiz, en cuanto salen del huevo, andan con objeto de buscar su alimento y picotean las semillitas que encuentran en su camino; los demás animales, con gritos y movimientos diversos, según su género, indican el deseo de satisfacer sus necesidades; mientras el niño recién nacido espera inmóvil en el blando lecho que la previsora madre le preparara, que esta misma cariñosa madre introduzca el pezón en sus labios y le haga tragar algunas gotas de leche. Desde entonces es objeto del cariño y de los cuidados de la familia: necesita mamar varias veces al día, pero no tan a menudo que sufra indigestiones, reposar en una cama o cuna en habitación que tenga la temperatura conveniente, mudarle la ropita -244- siempre que lo exija la limpieza, y otras muchas cosillas, que la infancia requiere, pero que a veces exagera la excesiva ternura de la madre. Sin embargo, la época de la dentición es penosa para los parvulillos, y algunos sucumben a la irritación de vientre, diarrea y otros sufrimientos que lleva consigo.

La madre, inclinada sobre la cuna o colocando la criatura en su regazo, mitiga los dolores del chiquitín con sus caricias, o le adormece con dulcísimos cantares.

¿Dónde está el padre entonces?

El padre está en la cátedra, en el laboratorio, en el taller, en la oficina, en el campo manejando la azada o el arado, o en el de batalla defendiendo su hogar de la invasión extranjera; tal vez cruzando los mares; pero donde quiera que esté, su pensamiento se halla fijo en aquellos seres queridos, su imaginación le presenta el momento en que los estrechará en sus brazos, y pondrá en manos de la mujer amada el fruto de sus afanes y trabajo, para que nada falte al sustento, al abrigo y al regalo de los dos.

Cuando el chiquitín empieza a andar solo, los padres se regocijan; cuando balbucea las primeras palabras, se celebra como un gran acontecimiento. Con estos hechos coincide ordinariamente el destete, que suele tener lugar cuando el niño cuenta un año o poco más, y entonces se le alimenta con sopa, fécula y otras sustancias nutritivas pero de fácil digestión; porque ni le han salido aún los dientes molares, que son los que sirven para la masticación, ni su estómago tiene suficiente fuerza digestiva para los alimentos sólidos y fibrinosos.

La madre o la maestra de párvulos comienza poco después a darle las primeras nociones del bien y del mal, dirige sus sentimientos y pone en sus labios las primeras oraciones.

Al llegar a los 7 años los dientes de leche, que no tenían raíz, le caen; otros fuertes vienen a reemplazarlos, que van saliendo paulatinamente hasta el número de 32, a saber: 4 incisivos en medio de la encía inferior e igual número en la superior; cuatro caninos, uno a cada lado de los incisivos, y veinte molares colocados cinco a cada uno de los extremos de ambas encías.

-245-

Cuando empieza esta segunda dentición, la criatura puede comer de todo; y los padres prudentes la acostumbran a los alimentos sanos y sencillos, con

preferencia a los dulces y golosinas. Desde los 6 años, el niño ya no es párvulo y puede asistir a una escuela elemental, su juicio se halla bastante desarrollado para saber lo que hace y por qué lo hace, y por consiguiente, es acreedor a premios o castigos y merece elogios o censuras según su comportamiento. La protección y el cariño de sus progenitores le siguen a la escuela o colegio; los buenos padres no escasean gastos ni diligencias para que los hijos aprendan y se eduquen convenientemente, estiman y respetan a los profesores que se encargan de la instrucción de aquellos seres queridos, y se ponen de acuerdo con ellos a fin de excogitar los medios que conviene emplear para vencer las dificultades que encuentren en la enseñanza, extirpar sus nacientes vicios y alentarlos para que se perfeccionen de día en día y adelanten en el saber y la virtud.

¡Cuán culpables son los padres que, en vez de obrar de este modo, colocan a los niños, y hasta a las niñas, en una fábrica o taller, donde reciben un mezquino jornal, premio de un trabajo superior casi siempre a sus débiles fuerzas, privándolos de la educación e instrucción, que es alimento del alma!

-Algunos lo harán porque, siendo pobres, no podrán costear la enseñanza, dijo Blanca.

-Esa sería una excusa, si los gobiernos de todas las naciones civilizadas no atendiesen a la enseñanza de todos sus súbditos. En nuestra patria, en cada población hay una o más escuelas de niños e igual número para niñas, en que las personas de pocos recursos pagan una exigua retribución por la educación de sus hijos, y los muy pobres, absolutamente nada, facilitándoseles, además, libros y cuantos útiles son menester.

-¿Y se enseña bien en esas escuelas?

-Mira si se puede y se debe enseñar bien, que cuando hay una vacante y se provee por oposición, se presentan, a veces, cincuenta o más profesores, que prueban su idoneidad ante un respetable tribunal, el cual la confiere al que muestra mayor grado de ilustración y mejor aptitud para comunicar los conocimientos.

-246-

-Las oposiciones serán como en las otras carreras, dijo Basilio.

-Así es. De los trece a los quince años, termina la niñez y empieza la adolescencia o pubertad; entonces el niño ha llegado por lo regular al máximo de su estatura, de modo que en la parte física sólo le falta robustecerse; también ha adquirido los conocimientos más necesarios para la vida, pero le falta madurar su juicio y formar cabal idea de los hombres y las cosas con las lecciones de la experiencia.

El adolescente sale de la escuela para continuar sus estudios en otro establecimiento, o se dedica a un arte u oficio, según las circunstancias; y la adolescente queda en el hogar paterno, que hermosea y anima con su presencia.

La madre, que pasaba sola las largas horas que la niña permanecía en el colegio, ya tiene a su lado una mujercita que le ayuda en los quehaceres domésticos.

-Así haré yo, mamá mía, interrumpió Blanca.

-Ya cuida a sus hermanitos pequeños, que encuentran en ella una segunda madre, ya embellece la habitación con las preciosas labores de sus manos,

y todo acusa la presencia de una jovencita, que confirman la franca risa y los alegres cantares que salen de su rosada boca.

Esta edad ama cual ninguna los placeres, y uno y otro sexo suspiran en ella por el teatro, el baile, la reunión y el paseo; pero los padres están allí para enfrenar aquellos deseos, para prescribir el estudio y el trabajo como objetivo principal de la juventud, al propio tiempo que como antídoto contra la sed inmoderada de deleites; y ofrecen las diversiones como una compensación de la aridez de aquellos, y como un premio a la buena conducta y la aplicación.

A los 25 años el cuerpo ha llegado a su completo desarrollo y, la razón y el juicio también; regularmente, se ha concluido una carrera o se ha aprendido un oficio. Entonces el joven, que ya se halla en la edad viril, siente la necesidad de buscar una compañera con quien compartir sus satisfacciones y sus pesares. Otra familia se constituye: el hombre es pronto padre de familia, y a su vez colma de cuidados y caricias a los chiquitines que Dios le envía; entretanto, los padres que tanto se desvelaron por su educación e instrucción, se encuentran ya en la ancianidad, que empieza a los 60 -247- años. Algunos han llamado a esta edad la segunda infancia, y es cierto que más o menos tarde, con la fuerza corporal decaen también las facultades intelectuales.

El paso del anciano es vacilante, la vista débil, la voz cascada, su rostro surcado de arrugas carece de belleza; el cabello encanece o se cae; la memoria empieza a faltarle; su comprensión se hace tardía y su conversación pesada.

Frecuentemente, las enfermedades acibaran esta última fase de la humana existencia... ¡Cuánta amargura no experimentaría el que a todas estas penalidades inevitables tuviese que añadir la ingratitud o el abandono de sus hijos! Triste y desvalido caería en la pobreza y en el desaliento, sin fuerzas para levantarse, como cae la planta trepadora cuando le falta el robusto tronco en que se apoyaba.

Pero el hombre cristiano y virtuoso, que hemos seguido desde la cuna, cuida a sus ancianos padres con solicitud y cariño, comparte entre ellos, su dulce compañera y los hijos de su amor, el fruto de su trabajo, animalos cuando ve que sufren, los distrae, los consuela... llega el momento supremo, y toda la familia rodea el lecho del moribundo para recoger su último suspiro y recibir sus bendiciones. Después le llora, y reza sobre su tumba.

Los días de la vejez se acercan ya para el que fue buen hijo; pero no los teme, porque sabe que los suyos aleccionados por él con la doctrina y el ejemplo, endulzarán y llenarán de consuelos los últimos años de su vida. Esta es la bendita cadena que une los individuos de una familia, a pesar de la diferencia de edades: estos lazos de amor y gratitud, esta reciprocidad de tiernos afectos, es lo que enaltece al hombre y uno de los distintivos que jamás puede alcanzar el más perfecto de los irracionales.

El hijo de la lavandera, el hermano de aquella niña que según referimos en un artículo anterior había acostumbrado los pajarillos, hambrientos en el invierno, a que entraran por la ventana de su habitación a comer las miguitas de pan, parte de su frugal almuerzo; siguió fielmente las instrucciones de Jacinto, y le entregó un gorrioncito joven, desalado, que corría toda la casa, volaba lo bastante para subirse a una mesa o al hombro de su dueño y acudía cuando éste le llamaba con un silbido. Jacinto estaba contentísimo con su avecilla, y durante el corto intervalo que mediaba entre la salida del colegio y la hora del estudio jugaba con él y le enseñaba a tomar la comida de la mano o de los labios, posado en el hombro o en el borde de una mesa, a beber en una jícara y bañarse en un vaso.

Un jueves, salió a paseo con su padre y hermanos, y habiendo pedido permiso para llevar su pajarito, el padre se lo negó diciendo:

-¿No comprendes que si no le sueltas de la mano, tendrá menos libertad que en casa, y si le sueltas puede escaparse?

-¿No ve usted como en casa no se escapa?

Allí, si no salta o se cae de un balcón, abajo, cosa que -249- el día menos pensado te sucederá, no tiene donde meterse; pero en el campo, se escondería debajo de la yerba o entre unas matas, y te sería difícil cogerle cuando lo intentases.

-Saldría al momento, porque conoce mi voz y me quiere mucho. Verá usted. En efecto, el muchacho silbó, y el gorrion se presentó saltando y piando.

-Sería posible que también sucediese eso en el campo; pero como no vamos a ningún desierto, podría suceder que al verle correr por el suelo, antes que tú le cogiera un perro o un chiquillo, que con la sana intención de que no se escapase, le apretara más de lo que conviene a su salud o a la conservación de su vida.

Jacinto no insistió, se despidió del pajarillo, dándole un trocito de almendra y muchos besos, y siguió a su familia. Llegados a una frondosa huerta, se sentaron sobre la yerba y merendaron alegremente.

El Sol se había puesto, y en un matorral poco distante se situó un ruiseñor y empezó a dejar oír sus dulcísimos gorjeos.

No sé si mis lectores se habrán fijado alguna vez en ello, pero el ave de que tratamos tiene un canto especial, que supera en dulzura y armonía a todos los de los otros pájaros, incluso los canarios; de modo que aquellas notas tan llenas, tan suaves al propio tiempo, repetidas sin cesar, parecerían enseñadas con artístico esmero, si una variación súbita, un grito más agudo, pero no menos grato al oído, no revelara la salvaje independencia del pequeño cantor.

Nuestros amigos estaban embelesados.

-¡Ay, papá! ¡qué lástima!, decía Jacinto.

-Lástima de qué, preguntó el padre. No me atrevo a decirlo.

-Si es alguna cosa mala, haces bien.

-Malo no es, pero...

-Pero ¿qué?

-Dirá usted que soy pesado.

-Habla, hijo, no seas tonto.

-Decía, pues, que es lástima que no me hubiera usted permitido traer mi gorrión, porque hubiera aprendido a cantar de ese ruiseñor.

-250-

-Pues no es lástima, porque no hubiera aprendido nada.

-En una vez sola, no, pero si le oyera todas las tardes...

-Lo mismo, ni más ni menos.

-¿Está usted seguro?

-Segurísimo, y con una prueba que voy a darte, lo estarás tú también.

-Me basta que usted lo diga.

-Pero deseo que te convenzas. Los gorriones que viven en libertad, que son la mayor parte, oyen todos los días a los ruiseñores; igualmente los oyen los jilgueros, las golondrinas y otras mil clases de pájaros, sin que ninguna tenga la vana pretensión de imitarlos; y cantan toda su vida los ruiseñores, como ruiseñores; los jilgueros, como jilgueros; y los gorriones, no hacen más que piar como gorriones.

-Tiene usted razón. ¿Y en que consistirá eso?

-Ya te lo diré otro rato. Ahora calla y escuchemos al cantor de los bosques, cuya privilegiada garganta produce tan dulce melodía que parece se propone convencernos de su indiscutible superioridad.

-Ya alegre, porque a mí también me gusta oírle, dijo Blanca.

Jacinto puso el dedo índice sobre sus cerrados labios.

Poco después, un labriego montado en su mula, pasó por un sendero inmediato al sitio que ocupaban Blanca y su familia.

Venía cantando una de esas canciones peculiares de la gente del campo, con toda la fuerza de sus vigorosos pulmones; pero su voz no tenía nada de agradable.

Suspendió su canto para saludar al caballero y sus hijos, y después de un atento a «Dios guarde a ustedes», volvió a emprenderle desde el punto en que le había dejado.

El ruiseñor ya no se oía; sin duda, asustado con los gritos del labriego, había volado más lejos.

-¿Habéis leído en los periódicos si canta Gayarre en nuestro mejor teatro?, dijo el padre.

-Sí señor, contestó Basilio. ¿Quiere usted llevarnos?

-No lo decía por tanto, repuso el padre, tal vez antes que abandone esta ciudad iremos a oírle, porque no hay ocasión de admirar todos los días notabilidades como Julián Gayarre; pero una vez sola, porque personas de fortuna tan modesta como la mía, no pueden permitirse oír muchas veces a quien vende tan cara su habilidad.

-¿Esa vez será esta noche?, preguntó Jacinto.

-No por cierto, porque tu mamá no está prevenida, y podría no ser de su gusto nuestra determinación; además, será preferible la víspera de un día feriado, pues mañana hay que madrugar para ir el colegio.

-¿Pues por qué lo decía usted?

-Lo decía para consultar vuestra opinión acerca de un asunto.

-Sírvese usted decirlo, a ver, a ver.

-¿Os parece que si hiciésemos ir esta noche y algunas otras al labrador que ha pasado, a que oyese al célebre tenor, llegaría a cantar como él?

-Yo creo que no, repuso Jacinto.

-Es claro, añadió Blanca.

-Soy de la misma opinión, dijo Basilio.

-¡Ah!, esto lo dice papá por lo del gorrión, exclamó Jacinto.

-Y con tanto más motivo, dijo Basilio, cuanto que el paleta es un hombre como Gayarre, y el gorrión pertenece a otra especie de pájaros muy distinta.

-Otro ejemplo, continuó el padre. ¿Veis ese animalito que hace rodar trabajosamente una bola de excremento de buey?

-Sí, señor, dijo Blanca, es un escarabajo pelotero.

-Así se llama, y ¿sabéis con qué objeto hace esa pelota y por qué la arrastra?

-No, señor.

-Pues bien; ahí ha depositado sus huevecillos o larvas, con el doble objeto de que estén calientes y resguardados, y de que, cuando nazcan los pequeñuelos, tengan alimento que lo será y muy apropiado a la blandura de su boquita, el estiércol que hay en el centro de la bola, cubierta de tierra del camino.

-Y ¿dónde la lleva?

-La lleva lejos de los sitios transitados donde fácilmente sería aplastada por los pies de los hombres o de las caballerías, y la enterrará entre yerba seca o tierra blanda, dejando terminada su obra.

-252-

-Pues mire usted, no deja eso de ser ingenioso.

-Sí; mas compara ese tosco nido con las celdillas del panal de las abejas, o con las casitas que fabrican los castores a la orilla de un río, formando un dique, cual pudieran los albañiles dirigidos por un hábil arquitecto, y admira las distintas aptitudes de que Dios ha dotado a sus criaturas, y los diferentes grados de instinto que ha puesto en los irracionales.

-Es muy cierto, contestó Basilio, pero tratándose de hombres que todos tienen las mismas facultades, los mismos órganos, etc., me parece que la diferencia que existe entre unos y otros es más bien hija de la educación, de la sociedad en que se vive y otras circunstancias.

-No te negará, dijo el padre, que la educación influye mucho; pero la inmensa mayoría de los individuos que reciben una misma enseñanza no pasan de la categoría de medianías en un arte o una ciencia, y uno solo quizá entre ellos, se levanta a la altura de un cantor como el que ha dado margen a esta conversación, de un compositor de música como Mozart o Gounod, de un pintor como Fortuny o Madrazo, de un poeta como Calderón, Lope de Vega o nuestro contemporáneo Zorrilla; porque en el cielo del arte, como en el reino de los cielos, muchos son los llamados y pocos los escogidos.

-De modo, observó Jacinto, que es más difícil dedicarse a un arte que seguir una carrera.

-En marcha, repuso el padre, y por el camino hablaremos. Las personas que se dedican a las artes mecánicas, llámanse artesanos; y para esto les

basta una inteligencia clara, un poco de imaginación y lo demás lo hace la práctica.

Los carpinteros, ebanistas, herreros, pintores de edificios; plateros, joyeros, sastres, etc., son artesanos. Las bellas artes son la música, la poesía, la pintura y la escultura; y para llegar a ser un artista regular no basta la enseñanza ni la práctica, ni la mejor voluntad del mundo; es necesario algo superior, algo sublime que se llama inspiración.

Los artistas necesitan una imaginación más viva, unos sentimientos más delicados y al que sin estas cualidades quiere brillar como poeta, como pintor, etc., le sucede frecuentemente lo que al cuervo de la fábula.

-253-

-¿Y qué le sucedió al cuervo de la fábula?, querido papá, preguntó Blanca.

-¡Ah! ¿no sabéis la fabulilla de Samaniego? Pues dice así:

Un águila rapante,
con vista perspicaz, rápido vuelo,
descendiendo veloz de junto al cielo,
arrebató un cordero en un instante.
Quiere un cuervo imitarla, de un carnero
en el vellón sus uñas hacen presa,
queda enredado entre la lana espesa
como pájaro en liga prisionero;
Hacen de él los pastores vil juguete,
para castigo de su intento necio.
¡Bien merece la burla y el desprecio
el cuervo que a ser águila se mete!

-Muy bonita es, y tiene usted mucha razón en decir que el que se pone a hacer lo que no sabe, se pone en ridículo, dijo Blanca.

-Pues bien, se dice generalmente que el poeta nace, y lo mismo se puede decir de todas las bellas artes; ni el nacimiento, ni la fortuna, ni la educación influyen para que un individuo llegue a poseer un alma de pintor o de músico: por eso se asegura que todas esas artes son hermanas.

-Todas necesitan la inspiración, como ha dicho usted; pero ¿qué es la inspiración?

-Voy a daros una idea de ella:

¿Veis cuánta belleza hay en esa bóveda celeste, bañada por la tibia luz de la Luna? ¿Véis cuál brillan las primeras estrellas con fulgor suavísimo; oís el suave murmullo del viento entre las hojas, los susurros de los insectos y el rumor lejano del arroyo?

-Sí, señor, sí, respondió Jacinto, todo es muy agradable.

-Así lo comprendemos todos y experimentamos una sensación de placer; pero si con nosotros viniese un poeta, inspirado por esa misma sensación, sublimada por ese don especial de que el Cielo le ha dotado, lo describiría de un modo elegante, armonioso: cosa que ni vosotros ni yo sabemos -254- hacer. Si nos acompañase un pintor, tal vez se sentiría inclinado a trasladar a un lienzo este hermoso paisaje iluminado por el astro de la noche; si fuese un músico, acaso escribiría una armonía

imitativa, sintiéndose emocionado por esos cien rumores vagos y cadenciosos, que a nosotros nos encantan, pero que nos contentamos con elogiar.

-¡Cuán dichosos son lo que nacen artistas!, dijo Basilio.

-¡Quién sabe si son o no dichosos!

En confirmación de lo que os decía anteriormente, de que la inspiración y el genio artístico no conocen época, edad ni condición, os citaré a Esopo, que era un infeliz esclavo frigio, el cual vivió más de cuatro siglos antes de Jesucristo.

Enterado de que los filósofos dictaban sus sentencias y explanaban sus teorías en un lenguaje grave altisonante, él se propuso hacerse entender del pueblo y la nobleza, de los ignorantes como de los sabios, componiendo fábulas o apólogos en que las más sanas máximas morales estaban al alcance de todos, valiéndose de los animales, las plantas y las cosas inanimadas a quienes ponía por modelo y hacía hablar cuando le convenía, es decir, suponía que hablaban y dictaban sabios consejos.

No tan sólo alcanzó su emancipación, sino que los reyes y los poderosos desearon conocerle y le colmaron de favores. Sus fábulas se han traducido en todos los idiomas: Fedro, Lafontaine, Iriarte, Samaniego no han hecho más que traducir y versificar sus pensamientos; pues la mayor parte de las que han escrito, y entre ellas la que he citado hace poco, son de aquel celeberrimo y antiguo sabio.

-Pero los pintores, si no los enseñan, no podrán hacer cuadros, dijo Basilio, porque es diferente de hablar o escribir.

-No hacen cuadros desde luego; como los poetas no escriben sus versos si no les enseñan a formar las letras, como le sucedía a Lope de Vega, uno de los más preclaros poetas españoles, que a los ocho años componía versos que dictaba a sus discípulos, porque él, aunque leía correctamente en castellano y en latín desde tres años antes, aun no sabía escribir más que en papel pautado.

En cuanto a los pintores, también nacen pintores; pues el malogrado Fortuny, hijo de una pobre familia de Reus, -255- en Cataluña delineaba con carbón, en las paredes de su morada o en las tapias de los vecinos huertos, figuras y paisajes que revelaban su admirable talento. Rafael de Urbino, también empezó a manifestar desde sus mas tiernos años el genio sublime que le ha conquistado fama universal; se le buscaron maestros, y a los 17 años pintó el templo de Santo Tomás de Tolentino. Poco después, colaboraba en Roma con Miguel Ángel, en la pintura del Vaticano, y ejecutó los célebres frescos que han sido y son la admiración del mundo; después, han brotado de su mágico pincel Vírgenes inimitables, cuadros de la Sagrada Familia y otras infinitas producciones.

-¿Qué son frescos?, preguntó Blanca.

-Son cuadros, respondió el padre, que no se pintan en un lienzo, sino en una pared recién construida, fresca todavía, de cuya circunstancia toman su nombre. Una pintura de esta clase tiene tanto mérito como otra que está sobre el lienzo, y es más duradera.

-Ya lo creo, observó Jacinto, dura tanto como el edificio; pero tú calla, para que papá nos pueda hablar, antes de llegar a casa, de alguno que ha nacido músico, y como tal se ha distinguido.

-Rossini, el compositor de la música de óperas tan magnificas y conocidas

como la Semiramis, Otelo, Moisés, Il Barbiere y otras varias, era hijo de un pregonero de Pésaro, el cual, comprometido en una revuelta política, fue encarcelado, y la madre del futuro compositor, que poseía bonita voz, pasó a Bolonia y se ajustó de corista en un teatro para ganar su propio sustento y el de su hijo, a quien proporcionó un maestro de piano, pues notaba en él disposición para la música; pero el pequeño Joaquín, travieso y desaplicado, no se aprovechaba de las lecciones de Prinetti, que así se llamaba el profesor.

Descontento el padre de su comportamiento, en cuanto salió de la cárcel le puso de aprendiz en casa de un herrero; cambió entonces de conducta, suplicó a sus padres que le volvieran a la carrera de la música, y a los diez años ya subvenía a las necesidades de su familia, cantando de soprano en las iglesias.

Más sorprendente aun es la infancia de Mozart, nacido a -256- mediados del siglo XVIII en Salzburgo, ciudad de Austria. No ha existido quien mostrara mayor precocidad: apenas tenía tres años, ponía las manos en el teclado del piano y expresaba grande alegría al hallar un acorde; a los cuatro años compuso algunos bailes, y a la edad de seis, acompañado de su padre, recorría las capitales, entusiasmado a los reyes y a los músicos, que quedaban absortos ante aquél niño extraordinario.

Y basta, pues ya hemos llegado a casa.

-¡Ay, papá!, cuántas cosas buenas nos ha enseñado usted, dijo Blanca.

¡Cuán bueno es usted, y cuánto sabe!

-Pues aún le iba yo a preguntar otra cosa, añadió Jacinto.

-Quédese para mañana, respondió el padre. Id ahora a saludar a vuestra mamá.

- XXIII -

El alma humana

¿Qué me querías preguntar anoche, Jacinto?, decía el padre al día siguiente del paseo referido.

El niño contestó:

-Usted dijo que los poetas y demás artistas tienen una imaginación muy viva; y el otro día el señor maestro, reprendiendo a un niño muy guapo y muy listo, que sin embargo no suele saber las lecciones, le dijo: «tiene usted poco juicio y demasiada imaginación.» ¿Qué es, pues, la imaginación? ¿Es una cosa buena o mala? ¿Perjudicial o provechosa?

-Entraremos en materia, después de hacer algunas observaciones, que espero escuchéis con la mayor atención, respondió el padre, y añadió volviéndose a su esposa:

Mira, querida, sería conveniente que hicieses salir a Enrique, porque está

molestando a su hermanita, que quisiera escuchar lo que voy a decir. La señora llamó a la criada, y le entregó una colección de bonitos cromos, encargándole que se llevase al niño y le distrajese enseñándoselos. El pequeñín se fue contento, y Blanca dió las gracias a su buena madre por su amabilidad.

-¿No es verdad, hijos queridos, dijo el padre, que os consideráis muy superiores a todos los demás seres de la creación, que no pertenezcan a la especie humana?

-Sí, señor, respondió Basilio, nosotros y cualquier persona, por ignorante que sea.

-258-

-¿Y vosotros, qué respondéis?

-Opino como mi hermano, repuso Jacinto.

-Y yo también, añadió Blanca.

Tú, niña, habla primero, ¿en qué fundas tu aserto?

-En que ningún animal que estuviese aquí entendería lo que usted dice, y nosotros lo entendemos.

-Sin embargo, hay perros, monos y caballos sabios que hacen cuanto se les manda; y señalan, a su modo, la hora, el día del mes, etc., el uno con ladridos, el otro con pataditas. ¿No has visto todo eso?

-Sí, señor.

-Pues señal que entienden lo que se les dice.

-Yo hablo, y ellos no.

-Tú hablas, y en algunas ocasiones demasiado, porque no eres muda; pero hay niñas que lo son, y en cambio, una cotorra, un loro habla como tú y más que una niña muda.

-Pues no sé qué decir.

-¿Confíasas que te habías equivocado?

-No, señor, y creo que usted piensa como yo.

El padre se sonrió y dijo a Jacinto:

-¿Y tú en que te fundabas?

Me fundaba y me fundo en que tengo un alma racional. Usted mismo lo dijo el otro día.

-Pero no basta que lo diga yo, puedo equivocarme. Tú ¿qué opinas?

-Que somos superiores a los animales más inteligentes, que no hay tales perros ni monos sabios, pues no ejecutan más que ciertas operaciones que les han enseñado, sabe Dios cómo, yo creo que a latigazos o privándolos de comer; pero si usted o yo les mandásemos algo, no nos contestarían ni nos obedecerían; y un niño dirá lo poco o mucho que sepa; lo mismo a su maestro que a cualquier otra persona. En cuanto a los loros, la pobre Blanca no ha sabido contestar, pero estoy cierto de que piensa lo mismo que yo, que aquellos animalitos hablan, pero no saben lo que dicen.

Blanca hacía signos afirmativos.

-Y tú, Basilio, ¿cómo defiendes tu opinión?

-Yo digo que ningún animal es capaz de resolver la más sencilla operación de Aritmética.

-259-

-Tenéis razón. El hombre, hasta en su estructura material, es superior a todos los demás seres de la creación. Sus formas delicadas, sus órganos perfectos, sus manos formadas de modo que pueden llevar a cabo toda suerte

de obras, sobre todo su posición erguida y la vista que se dirige con frecuencia e instintivamente a la altura, manifiestan nuestra indiscutible superioridad sobre todas las especies del reino animal, el cual es, a su vez, superior al vegetal, como este lo es al mineral.

-Es cierta cuanto a vuestra manera habéis indicado. Ningún ser irracional es capaz de comprender las ideas expresadas por medio del lenguaje y si ellos hablan, es porque repiten las palabras que les han enseñado; pero las repiten de un modo mecánico, porque aquellas palabras no pueden ser en ellos expresión de una idea que no son capaces de concebir.

-Eso iba a decir yo antes, repuso Blanca más animada, que conozco una niña sordomuda que es muy superior a todas las cotorras del mundo, ¡tan hermosa, tan inteligente!

-¿Quién es esa niña?, preguntó Flora.

-Es una hermanita de una de mis compañeras de colegio, y cuando a veces viene a buscar a su hermana y salimos juntos, habla con ella por señas con una viveza y una mímica tan expresiva que da gusto el verlas. Yo alguna vez entiendo algo, pero casi siempre me quedo en ayunas.

-Pues bien, esa pobre niña, privada del oído y por consecuencia del precioso don de la palabra tiene, como nosotros, un alma espiritual e inteligente, emanación sublime de Dios e imagen suya, soplo divino que nos hace capaces de conocer y amar al sumo Bien, de aspirar a su posesión, a su compañía, a su amor y la comprensión de sus perfecciones.

Ese espíritu es uno solo, indivisible e indestructible; nuestro cuerpo envejece y muere o acaso, antes de terminar el período de su decadencia, es violentamente destruido; pero el alma ni decae, ni se descompone, ni nadie puede anonadarla, porque es inmortal, como el Soberano Ser de quien dimana.

Como os decía días pasados, el alma piensa y a esta facultad fundamental suya se llama inteligencia; por medio de -260- ella, vosotros habéis adquirido varios conocimientos y poséis adquirir muchos más: siente, esto es, experimenta sentimientos de placer y dolor, muy diferentes de las sensaciones físicas, pero no menos intensos.

-Eso no lo entiendo mucho, interrumpió Blanca.

-Si yo os dijese que mañana es la noche señalada para ir a la ópera, y que pasado mañana, día festivo, saldríamos al campo y comeríamos alegremente sobre la yerba del prado, ¿qué efecto os produciría?

-A mí me causaría sumo placer, dijo Basilio.

-Y a mí también, añadió Blanca.

-Y yo, ya estoy saltando de gozo, decía Jacinto, acompañando la acción a las palabras.

-¿No es diferente esa grata sensación que experimentáis a la sola idea de tales diversiones, de la que os causa, por ejemplo, el beber un vaso de agua cuando os abrasa la sed.

-Sí, señor, es muy diferente, respondió Basilio.

-Pues esto es un placer físico, aquello un placer moral.

-¿Y diga usted, lo el teatro y el día de campo no era más que una hipótesis?

-Sí, era una suposición.

-¡Ah!, exclamaron todos, pintado el desaliento en sus semblantes, poco antes tan risueños.

-¿No experimentáis ahora un sentimiento de disgusto?

-Sí, señor, pero no nos cause usted muchos, dijo Blanca.

-¿No es distinto este dolor moral, que se llama desengaño, del físico que os causaría el chocar el codo o la rodilla contra un mueble o una piedra?

-Es claro, repuso Jacinto. Yo hubiera preferido lo último.

-La presencia de los seres amados, la adquisición de un objeto por mucho tiempo deseado, el premio que alcanza el estudio y la laboriosidad nos causan verdaderos goces morales; así como la ausencia de aquellas personas, la pérdida de aquel objeto, la privación de tales bienes, nos producen verdadero dolor, que no afecta en manera alguna a la materia o sea al cuerpo.

Tenéis, pues, idea de la inteligencia y del sentimiento; en cuanto a la voluntad, os será muy fácil comprenderla.

-Si yo os dijese: mañana no se va al teatro, pero os dejo en libertad de hacer lo que queráis, ¿qué haríais?

-261-

-Yo, dijo Basilio, iría a casa de mi amigo Manuel, que tiene un álbum de dibujos precioso y una pequeña máquina eléctrica, y pasaríamos la velada agradablemente.

- Por mi parte, respondió Jacinto, estudiaría la lección del lunes, para no tener que pensar en ello el Domingo, y me iría a la cama, porque, para no poder divertirme, prefiero dormir.

-Pues yo, dijo Blanca, haría un vestido que tengo cortado para mi muñeca, que la pobrecita siempre tiene que llevar el mismo traje, y después la vestiría y jugaría con ella toda la noche.

-Ya me habéis expresado vuestra voluntad; pues ahora voy a manifestaros la mía:

En vista de vuestra docilidad y buen comportamiento, decido ir al teatro con vuestra madre si quiere acompañarme, y con aquellos de mis hijos que prefieran esta diversión a las otras que habían elegido.

-Yo iré, yo también, todos iremos, dijeron los tres a una voz.

-Pues por esta vez, se hará vuestra voluntad, dijo el padre.

La facultad más compleja del alma, continuó, es la inteligencia, pues está auxiliada por otras muchas subalternas, siendo las principales: la percepción externa, la percepción interna, el juicio, el raciocinio, la atención, la memoria y la imaginación.

-¡Ah!, ya parecieron el juicio y la imaginación, exclamó Jacinto frotándose las manos.

-Asómate a ver que hace tu hermanito, Blanca, dijo el padre.

La niña obedeció.

-Ya se ha cansado de ver los cromos y hace correr su tren de ferrocarril, dijo.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque lo he visto.

-Pues bien; tú, por medio del sentido de la vista, te has enterado de lo que hacía tu hermano; esto es la percepción externa, facultad que por conducto de los sentidos nos pone en relación con los objetos que nos rodean.

El juicio, con ser tan útil y tan precioso, le compara un -262- sabio escritor a un laborioso operario que está escondido en un oscuro rincón,

esperando materiales, sin los cuales no puede trabajar.

Tú has formado un juicio, cuya facultad consiste en comprender si dos ideas convienen o no convienen entre sí. Si te dicen si Enrique se ha dormido, dirás que no, porque tus ojos le han visto jugar, a tus oídos ha llegado su risa; y ves que la idea del sueño, o sea la de estar dormido, no conviene con el actual estado de tu hermanito, y sí, la de hacer correr un tren. Es más, tú sabías que antes miraba los cromos, y ahora se ocupa en otra cosa, y calculas o deduces que ha dejado de mirarlos porque se ha cansado, de modo que de un juicio sacas otro juicio, y a esto se llama raciocinio. La memoria es una facultad preciosa, que consiste en recordar lo que hemos visto, lo que hemos oído, las ideas que hemos adquirido y los juicios y raciocinios que hemos formado. Sin ella, todos los estudios serían inútiles, porque lo que aprendemos hoy no lo recordaríamos mañana. La atención es la facultad de fijarse en aquellos objetos que nos interesa conocer, de modo que un niño que no preste atención a las explicaciones de sus maestros, difícilmente aprenderá nada. Si nos enseñan un objeto precioso, un bonito cuadro, por ejemplo, y lo miramos sin fijarnos, los ojos lo verán, pero no transmitirán al cerebro la idea fiel de aquel objeto con todos sus detalles, y no podremos formar juicio de él.

Las personas distraídas o ensimismadas son las que menos atención prestan generalmente a las cosas que se les presentan o enseñan, consistiendo lo primero en querer ver y oírlo todo en poco tiempo, sin fijarse constantemente en cosa alguna; y lo segundo, en estar ocupado el pensamiento en una idea fija, de modo que mira uno sin ver, y suenan las palabras en el oído sin que nos demos cuenta de su significado. Entonces es necesario que los que están con el distraído o ensimismado le llamen la atención, como se dice vulgarmente, esto es, le obliguen a salir de aquel estado y a fijarse en lo que le conviene. La atención sostenida sobre un objeto útil se llama aplicación, y cuando un niño la dirige al estudio y al trabajo, produce excelentes resultados.

-Ha dicho usted, papá, dijo Basilio, que la percepción externa -263- consiste en adquirir ideas por medio de los sentidos, de modo que yo puedo decir que la noche está serena porque lo he visto; que usted nos habla, porque le oigo; que las rosas son fragantes, porque las he oído; que el azúcar es dulce, porque lo he probado; y que la superficie de esta mesa es lisa, porque la toco. Pero ¿qué puede ser la percepción interna?

-Ahora os lo iba a explicar. ¿Conoces tú si tienes todas las facultades de que acabo de hablar?

-Yo creo que sí.

-¿Te crees capaz de aprender de memoria para mañana seis páginas de tu libro de Historia?

-Sí, señor.

-¿Y de extraer inmediatamente la raíz cúbica de un número cualquiera?

-También.

-Y de escribir un tratado de matemáticas?

-Eso no, señor, ni pensarlo siquiera.

-Y tú, Blanca ¿conoces si tienes memoria, atención y demás facultades intelectuales?

-En mayor o menor grado, sí, señor.

-Tienes también modestia. Así me gusta. ¿Y te juzgas capaz de hacerme unos

calcetines?

-En unos cuantos días, sí, señor.

-¿Y de hacer, un vestido para ti?

-Por ahora no; con el tiempo, tal vez.

-¿Cómo te conoces a ti misma, y sabes de lo que eres capaz?, porque esto no te lo enseñan los sentidos.

-Me lo enseña el conocimiento...

-Eso es la percepción interna, ¿verdad, papá?, interrumpió Jacinto

-Ya lo iba a decir tu hermana, ¿no es cierto, hija mía?

-No lo hubiese dicho tan bien. Iba a decir: el conocimiento que tengo de mí misma.

-Pues eso es precisamente la percepción interna, la propiedad de conocernos y formar juicio acerca de nosotros mismos.

-Pues si el juicio no es más que pensar que el papel es blanco, porque mis ojos lo ven de este color; que yo tengo poca memoria, porque necesito estudiar muchas veces la lección -264- para retenerla bien, ¿por qué le dijeron a mi compañero que tenía poco juicio? Me parece que en eso no hay poco ni mucho, sino tener o no tener.

-¿Y qué entiendes tú por no tener juicio?

-No poder juzgar de las cosas. Enrique, por ejemplo, no tiene juicio todavía.

-Tienes razón. Enrique aún no ha adquirido la facultad de juzgar, y si emite un juicio será únicamente sobre cosas materiales, y sobre todo si se relacionan con sus juguetes; así te dirá que su caballo es grande; pero si le preguntas si la obediencia es una virtud, no sabrá contestar, y si le dices que el talento es un don del Cielo, no te entenderá. Los tontos no tienen ni tendrán nunca ideas, y los locos las han perdido; y como ni unos ni otros pueden formar juicios acertados, se dice que no tienen juicio; y por la misma razón el que frecuentemente juzga de un modo erróneo se le dice que tiene poco.

Pueden provenir estos errores de varias causas, siendo las principales la precipitación en el juzgar y la pasión.

Me comprenderéis fácilmente por medio de ejemplos: yo soy, como sabéis, miope o corto de vista, salgo de casa anticipándome a tu mamá y la espero en un punto convenido; mi memoria me recuerda que se ha puesto un vestido negro, y al ver que se acerca una señora con traje del indicado color, me figuro que es ella; pero como por medio de la percepción interna me conozco y sé lo imperfecto que es en mí el sentido de la vista, antes de decir a otro: «Allí viene mi esposa», ni aún de persuadirme yo mismo de que lo es, aguardaré a que esté cerca; al paso que otro que juzgue con precipitación, estará esperando una procesión, o un entierro que va acompañado de la música, oír a lo lejos unas notas armoniosas, y asegurará que ya viene lo que espera, que ya está cerca; sonrojándose después el convencerse de que las notas que había oído procedían de un organillo o un piano callejero.

Respecto a las pasiones, que son el amor o la antipatía a determinadas personas y objetos, la envidia, la cólera, etc., contribuyen poderosamente a viciar o extraviar. nuestro juicio: por ejemplo, una niña tiene una amiguita muy querida, y aunque los demás reconozcan en la última que es -265- perezosa o desaplicada, ella la juzgará perfecta y su cariño ño le

dejará conocer aquellos defectos; al paso que otra de quien haya recibido un agravio, le parecerá mala y hasta fea, aun cuando sus facciones sean correctas y graciosas; mientras que si su juicio estuviese libre de pasión, lo formularía así: «Conmigo se ha portado muy mal pero confieso que es muy bonita, y quizá será buena para los demás.»

La imaginación es una facultad que nos representa las especies de la memoria enriquecidas, engalanadas con el más vivo colorido. Algunos le han llamado facultad creadora, pero no hay tales creaciones, sino concepciones engendradas siempre por recuerdos.

El pintor que traslada al lienzo una imagen de la Virgen María, el escultor que la talla o cincela, han concebido aquella figura en su imaginación, pero no la han creado; porque si no han visto a la Reina de los cielos, han visto mujeres hermosas, y no hacen más que combinar los rasgos de belleza que les son más simpáticos o que su fe y su ternura atribuyen a dicha Señora.

El que pinta un cuadro de costumbres, el poeta que escribe una leyenda, un poema o un drama, si no hubieran visto algo semejante a lo que describen, no lo podrían inventar: lo que hacen es vestirlo con las galas de su imaginación.

-Pues yo tengo mucha imaginación, dijo Blanca, porque a veces me pongo a pensar que me gustaría tener para mi muñeca, un vestido de terciopelo bordado de oro y guarnecido de encaje, y que la sillería, el tocador y todo el mueblaje de mi Sara fuera de marfil, y me parece que lo veo todo tan bonito, tan rico, que algunas noches me desvelo pensando en ello.

-En efecto, esos son, como decía yo antes, unas concepciones de tu imaginación, la cual no crea, porque tú has visto terciopelo, oro, encajes y marfil y no luces más que asociar la idea de estas preciosas materias a la de los trajes y muebles de tu muñeca; pero como al propio tiempo tienes juicio, éste te dice que tales objetos costarían muy caros, y te abstienes de pedirlos. Si hicieses lo contrario, te diríamos, como al compañero de Jacinto, que tienes poco juicio y mucha imaginación.

Los sabios que se han ocupado de Psicología, que así se llama la ciencia que trata de las facultades del alma, han considerado la imaginación como una de las más preciosas pues es útil y aun necesario no sólo a los que cultivan las bellas artes, de que hemos tratado, sino a los que se dedican a otras muchas, como la ebanistería y la joyería por ejemplo, no menos que a la mujer para los bordados y la confección de trajes y adornos. Ha habido sin embargo, quien le ha llamado la loca de la casa, por que, si no se la sujeta y se cortan sus velos, produce lamentables resultados.

-Explíquenos usted, eso, papá, dijo Basilio.

-Si te imaginas, llevado de un impulso generoso, que has de encontrar siempre amigos leales, criados adictos y fieles y que cuantos traten contigo han de ser nobles y justos, la experiencia te convencerá de un modo bien doloroso de que te habías equivocado porque la humanidad está muy lejos de ser perfecta; si tu imaginación te finge un porvenir risueño, creyendo que tu aplicación al estudio y tu laboriosidad te han de proporcionar gloria y riqueza en esta vida, es fácil que sufras un amargo desengaño, porque no siempre Dios recompensa en el mundo, en que transitoriamente vivimos, las virtudes del hombre, ni satisface sus justas

aspiraciones.

Este espíritu nobilísimo de que hemos tratado tiene un destino más alto que el que desempeña unido al cuerpo mortal, y como su patria es la morada de Dios, de quien es imagen y hechura, debemos tratar de perfeccionarle ilustrando nuestra inteligencia, dirigiendo nuestra voluntad a lo que es justo y bueno, y fomentando aquellos sentimientos que nos elevan y enaltecen.

Sólo así seremos dignos de la eterna felicidad.

- XXIV -

Pena y gloria

El padre de Blanca, por asuntos de suma importancia, se vió precisado a separarse de su familia; y la madre, ocupada en sus quehaceres domésticos durante el día, empleaba las noches (que por otra parte eran ya muy cortas), en escribir diariamente a su esposo, corregir las cartas de sus tres hijos mayores, que también cotidianamente le daban parte de su comportamiento y adelantos, y repasarles sus lecciones; así es que se habían suspendido aquellos sabrosos diálogos, que formaban las delicias de la familia.

Un jueves por la mañana, Blanca salió del colegio profundamente desconsolada.

Preguntóle su madre la causa de su aflicción, y ella dijo que había perdido una compañera, que después de faltar unos días al colegio, había fallecido víctima de un ataque cerebral, según relación de la persona que había ido por encargo de sus padres a comunicar a la profesora tan triste nueva.

-¿Y qué niña era esa?, preguntó la madre.

-Una hija de un modesto industrial, de un carpintero: es la hermana de la muda de quien hablé días pasados.

-¿Y qué edad tenía?

-Nada más que ocho años, pero estaba muy adelantada, -268- porque era de las más aplicadas del colegio. Yo la quería mucho, por esto, y porque ella también me quería y era muy buena amiga.

-Pues bien, no llores, porque no remediarás nada con tu llanto, ni es de buenos cristianos el desconsolarse tanto por la pérdida de nuestros semejantes: cosa prevista, inevitable y conforme a las leyes de la naturaleza.

-Ha enviado a decir también su madre, que si alguna de sus compañeras quería asistir al oficio de ángeles que se celebrará mañana, quedaba invitada.

-No quisiera, hija, mía, contrariar tu deseo, pero tampoco me gusta que pierdas una mañana de clase, ni que ya vayas a ninguna parte sin tus padres o la maestra; pero esta tarde enviaré a tus hermanos a casa de tu tío, pasearán o jugarán con sus primos, y yo misma te acompañaré a la casa de la que fue tu amiga y te despedirás de sus restos mortales.

-Blanca aceptó con gratitud la oferta de su madre, y, llegada la hora oportuna, se trasladaron las dos a la casa mortuoria.

Sobre un modesto lecho estaba el cadáver de la niña, cuyas bellas facciones apenas había alterado la muerte.

Un sencillo vestido de muselina y una corona de blancas flores eran los únicos adornos con que el cariño maternal había engalanado aquel cuerpo sin vida; cuatro velas, colocadas en altos candeleros, alumbraban la estancia, interrumpiendo con su chisporroteo el lúgubre silencio que reinaba en ella.

Cuando llegaron madre e hija, estaba sola la familia que se reducía al carpintero, su esposa y la niña muda. Hallábanse en una estancia inmediata, porque la vista del cadáver aumentaba su dolor; pero cuando la señora y la niña se dieron a conocer, se levantaron los padres y las acompañaron: él, pálido y cabizbajo; ella, derramando copiosísimo llanto. Blanca, llorando también, se acercó, imprimió un beso en la pálida frente de la muerta, y deshojó sobre su cuerpo un ramo de rosas y jazmines que su mamá le había comprado.

Volviéron a salir y la compasiva niña se sentó al lado de -269- la mudita, y empezó a acariciarla sintiendo que la otra no pudiese oír las palabras de consuelo que de buena gana le hubiera dirigido.

Entretanto, la esposa del carpintero, mujer ignorante y poco resignada, como si su hija mayor hubiese estado dormida, y ella hubiera respetado su sueño, en cuanto perdió de vista su faz inanimada, empezó a decir con acento de profunda amargura:

-¿Ha visto usted, señora, desgracia como la nuestra?

-Triste es, por cierto, perder una hija, respondió la madre de Blanca.

-Pero no es sólo eso, es que mi desdicha no puede ser mayor.

-No diga usted eso, buena mujer; pues así como la misericordia de Dios y sus bondades son inagotables, también los golpes que puede descargar sobre una persona o una familia, cuando determina probarla o castigarla, pueden ser muchos y muy dolorosos.

-¿Pero no me ha quitado mi hija mayor, la única que hablaba y oía y me ha dejado esa infeliz, que no sirve ni servirá nunca para nada?

Afortunadamente, Luisa, que así se llamaba la aludida, tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabecita sepultada entre las manos, y no vió la mezcla de compasión y desprecio que había en la mirada de su madre. La señora levantó la cabeza de la niña, la miró con cariño y la besó en la mejilla.

Era una preciosa criatura de unos seis años, ligeramente morena, con hermosos ojos, labios encarnados como el coral y ensortijado cabello negro.

Sonrió al través de sus lágrimas, y con un gracioso ademán manifestó su

reconocimiento a la madre de Blanca. Esta señora tomó la palabra, y sentándose al lado de la afligida mujer, y tomándole las manos entre las suyas, le dijo:

-Escuche usted, amiga mía, cruel es para una madre perder una de las prendas de sus entrañas, pero...

-¿Se le ha muerto a usted algún hijo, señora?, interrumpió bruscamente la mujer.

-No, gracias a Dios.

-270-

-Sí se le muriera a usted esa señorita, veríamos si se consolaba tan fácilmente.

La señora experimentó un sentimiento doloroso, y dirigió a su hija una mirada llena de inefable ternura.

-A pesar de que creo que tiene otros hijos, y no son mudos como la mía.

-Tengo tres hijos varones, y esa sola niña, no son mudos, pero si lo fueran me conformaría con mi desgracia; y si Dios llama a su gloria a alguno de ellos, procuraré resignarme también.

-Pues cuando se le haya muerto alguno, veremos si se queja usted de la Providencia.

-Nunca. Dios me los ha dado y puede quitármelos.

-Pero ¿no podía haberse llevado la muda?

-Podía, pero cuando no lo ha hecho, es prueba de que convenía que sucediese de este modo y no del otro. ¿Qué sabemos si alcanzando una vida muy larga hubiese cometido graves faltas o hubiera experimentado terribles desgracias, y hubieran ustedes sentido morir y dejarla sin consuelo en esta miserable vida? Comprendo la pena de usted, aunque no haya sufrido pérdidas semejantes, la compadezco y le suplico me perdone si mis palabras la han ofendido.

-Señora, usted ha de perdonarla; porque como la pobre está tan desconsolada, le ha respondido de un modo poco conveniente, dijo el marido, que hasta entonces no había hablado.

-Ese Dios de quien usted se queja, continuó la señora, ha querido librar a su niña de las amargas y desengaños de la vida, de la pobreza, de las enfermedades; y después de pasar breves años en compañía de sus padres y de su hermanita, querida de su familia, de su maestra y compañeras, una corta enfermedad la ha sacado de este mundo y le ha abierto las puertas de la gloria.

A estas horas, ella, inocente y pura como los ángeles que la rodean y acompañan, goza de la presencia del Altísimo, que es el verdadero, el sumo bien, la única felicidad que puede saciar el corazón. Seguramente que si dentro de algunos años un príncipe poseedor de grandes estados, querido y respetado de sus súbditos, la hubiese pedido por esposa, ofreciendo sentarla en trono de marfil y oro, cubrirla de -271- púrpura y pedrería, alfombrar las sendas que pisara de flores maravillosamente hermosas y fragantes, regalar su oído con música variada y deliciosa; si ese rey fuese además hermoso, amable y justo sobre toda ponderación, ¿no es verdad que hubieran tenido a gran dicha el concederle su mano, aunque hubiesen tenido que imponerse el sacrificio de privarse de su presencia?

-Sí, señora, ciertamente, dijo el padre.

-Pues cuanto he dicho y cuanto puede imaginarse bello, rico y precioso es

una pálida sombra de la gloria, de la dicha, del contento que rodean a la hija que ustedes lloran con tanta pena, y a quien los ángeles sonríen, acompañándola triunfalmente a la presencia del inmaculado y Divino Esposo.

-¡Cuán consolador es lo que usted nos dice, señora! Me gustaría tenerlo escrito, para leérselo a esta pobre, cuando llora se desconsuela, dijo el carpintero.

-Mañana, respondió Flora, les enviaré a ustedes unos versitos que escribió una amiga mía en ocasión semejante.

-Pero aunque nuestra hija sea dichosa, nosotros y esa pobre criatura seremos muy desgraciados. Nosotros confiábamos en que, cuando Dios nos llamara a sí, quedarían juntas las dos hermanas y nuestra Angelita sería el apoyo de la pobre muda; pero ahora, ¿que va a ser de ella, sola en el mundo?, dijo la madre llorando.

-Edúquenla ustedes bien y sabrá ganarse la vida. ¿Quién la enseñará?

-Las profesoras que tienen a su cargo la educación de esas desgraciadas.

-Nosotros no tenemos recursos para costear la enseñanza. ¿Ignoran ustedes que el Municipio sostiene un establecimiento en que podrá recibir gratuitamente la más esmerada instrucción y educación?

-No lo sabíamos.

-Pues bien, dentro de pocos días, yo acompañaré a Luisa a la escuela municipal de sordomudas, y la recomendaré a la Directora, a quien conozco y estimo en lo mucho que vale, pues su talento y paciencia son dignos de todo elogio.

-¡Bendita sea usted, señora!

-Bendito sea Dios, que es el consolador de los afligidos, y -272- de quien los mortales no somos más que indignos instrumentos, dijo la madre de Blanca levantándose para marcharse.

-No olvide usted enviarnos el escrito que nos ha prometido, dijo el artesano.

-Mañana sin falta, después de introducir en él las modificaciones que crea necesarias, le remitiré, respondió ella.

En el día inmediato envió la siguiente poesía:

¡Dichosa tú!

Dime, niña, ¿por qué causa
dejaste el límpido cielo,
trocando por este suelo
la mansión del querubín?
¿Qué esperas hallar, hermosa,
en este valle infecundo?
Sólo pesares da el mundo
y un negro sepulcro el fin.

¿No temes mojar tus alas,
delicada mariposa,
en el agua cenagosa
de este inmundo lodazal?
Flor del Edén, ¿no recelas
perder tu fragancia pura
o que manche tu blancura
el contacto mundanal?

¿Por qué vivir, hija mía,
una vida triste y larga
y un cáliz de hiel amarga
hasta las heces beber?
¿Por qué vivir? si te faltan
de tus padres las caricias,
nunca tan puras delicias
podrán para ti volver.

Cuando la Iglesia cristiana
te acogió piadosamente
y selló tu blanco frente
con la señal de la cruz,
Ángela te dió por nombre
y el ángel mora en el cielo,
-273-
alza , pues, tu raudo vuelo
a la mansión de la luz.

¿Por qué tus labios de rosa
pierden el brillo primero?
¿Por qué tu rostro hechicero
pálido y marchito está?
¡Pobre niña!, flor temprana
que un rayo del Sol hiriera,
¡Esa dolencia ligera
traerá la muerte quizá!

Vive la hortensia en su tallo
si la toca el Sol ardiente,
inclinada tristemente
sin perfume ni color;
pero el jazmín delicado
muere al punto de tristura,
perdida la esencia pura,
perdido el primer albor.

Así tú, por no exponerte,
en esta tierra maldita,
a llevar triste y precita
una vida sin virtud;
cual la flor dobla su tallo,
doblas tu linda cabeza,
y encierras tanta belleza
en un sencillo ataúd.

Ya expiró. Padres amantes,
¿por qué lloráis sin consuelo?
¿No esta mejor en el cielo
que en este mundo falaz?
Tendréis un ángel que ruegue
por vosotros al Eterno,
y mande al hogar eterno
la bendición y la paz.

Del céfiro en los suspiros
oiréis su plácido acento,
beberéis su puro aliento
en la esencia de la flor,
y en la bóveda celese
al contemplar una estrella,
-274-
Veréis su mirada bella
llena de dicha y de amor.

Y al terminar el destierro
que aquí las almas cautiva,
en su patria primitiva
venturosa la hallaréis.
¡Niña hechicera, en buen hora
dejaste el mísero suelo!
Volvióse el ángel al cielo,
pobres padres, ¡no lloréis!

La madre de Blanca cumplió su palabra y acompañó a la hija del carpintero a la escuela de sordomudas, donde fue acogida por las profesoras con suma cortesía y amabilidad, llevándose su protectora la certeza de que aprendería cuanto era susceptible de aprender, atendida la falta de que adolecía.

Pasaron dos años sin que tuviese el gusto de ver a su recomendada, si bien alguna vez preguntaba por ella a la profesora a quien solía visitar. Esta le decía que estaba satisfecha de la aplicación y comportamiento de Luisa, pero no quería presentarla a la señora hasta que pasase algún tiempo, puesto que los adelantos de estas desgraciadas son siempre más lentos que los de las que poseen el precioso sentido de que ella carecía.

-Deseo dar a usted una sorpresa, añadió la profesora.

En efecto, una tarde la maestra se presentó en casa de Blanca acompañada de Luisa y la madre de ésta, llevando sencillos pero primorosos regalos para su protectora y para -276- la niña, como muestra de su destreza en las labores. Había hecho para la madre un bonito pañuelo de encaje y para Blanca, un escote de camisa bordado al realce, amén de algunos pequeños objetos de cañamazo y de papel brístol.

Luisita saludó a las señoras y les manifestó su cariño y reconocimiento por la protección que le dispensaban, rogándoles aceptasen aquella ofrenda de su gratitud, con una mímica tan graciosa y expresiva que las personas a quienes se dirigía, aunque poco acostumbradas a semejante lenguaje, comprendieron en globo lo que les decía, explicándolo más detenidamente la maestra que la acompañaba.

-¡Cuánto me gustaría poder hablar un rato con ella!, dijo Blanca.

-Es lo más fácil del mundo, señorita, respondió la profesora.

-Dirija usted las preguntas que quiera, yo las traduciré a nuestro lenguaje, y ella contestará por escrito.

La niña de la casa fue corriendo buscar recado de escribir, y empezó a dirigir preguntas a la muda, primero sobre asuntos familiares y sencillos, y luego, invitada por la maestra, sobre Doctrina, Gramática, Historia y Geografía.

La maestra hablaba unas veces por señas y otras formando las letras con los dedos de la mano derecha, y la pequeñita tomaba la pluma y contestaba al punto por escrito con letra bastante clara.

-¿Qué hace usted con los dedos?, preguntó Blanca.

-Letras, como ustedes con la pluma, respondió la interrogado.

-Y Luisa, ¿sabe responder del mismo modo? Transmitida la pregunta, la muda contestó primero con los dedos y después por escrito.

-Sí sé, pero ustedes no me entenderían.

-¡Qué hable, qué hable por los dedos!

La profesora manifestó el deseo de Blanca, y Luisa al punto dijo a su manera varias oraciones, versitos y otras cosas que la profesora recitaba en alta voz.

-¡Cuanto me gustaría saber hablar así!, decía Blanca entusiasmada.

-Eso no es difícil, respondió la señora: con estudiar un poco el abecedario que yo le enviaré a usted, y recibir dos o -277- tres lecciones que le daré muy gustosa, para facilitar la práctica, hablará como Luisa y como yo misma.

Alfabeto de sordomudos

-Acepto el ofrecimiento que hace usted a mi hija, dijo Flora, pues aunque ella no necesita esa habilidad, no tengo inconveniente en acceder a ese capricho suyo.

-¡Quién es capaz de calcular lo que con el tiempo puede serle útil!, respondió la profesora. Voy a referir a ustedes un pasaje de la historia contemporánea, de que usted probablemente tendrá noticia, porque de él dieron cuenta los periódicos; pero creo que la señorita Blanca lo ignorará. Cuando el General español Pavía, Marqués de Novaliches, recibió una herida en la boca, durante la batalla del Puente de Alcolea, en Septiembre de 1868, estuvo muchos días postrado en el lecho, sin poder hablar; y por consiguiente, siendo preciso que manifestara por escrito cualquier necesidad o cualquier deseo, con gravísima molestia, teniendo que incorporarse y airearse continuamente, lo cual era causa, muchas veces, de que le aumentase la calentura.

La hermana de la Caridad que le asista había estado en una escuela de sordomudas y poseía perfectamente la dactilología, que así se llama el arte de que nos ocupamos. «Si el General supiese formar las letras con los dedos, dijo a las demás personas que rodeaban el lecho, no tendría más que sacar la mano de entre las sábanas y yo le entendería.»

El rostro del paciente se iluminó de gozo, y tocando éste en el brazo a la hermana para que se volviese, le dijo por medio de la dactilología: «Si sé.» - «Perfectamente», repuso la hermana frotándose las manos con alegría.

-278-

-El Marqués refirió de igual suerte, que cuando niño había aprendido, por entretenimiento, con otros amigos suyos, lo que tan útil iba a serle en aquella ocasión.

Desde entonces, sin ninguna molestia, comunicó sus órdenes a la cariñosa enfermera, que las transmitía inmediatamente de viva voz, hasta que, cicatrizada la herida, pudo expresarse verbalmente.

-Ignoraba ese curioso detalle, dijo la madre de Blanca, sólo sabía que ese bravo militar capitaneaba las tropas que permanecían fieles a Doña Isabel II, cuando ya casi toda España se había pronunciado en contra, y que su herida y su derrota decidieron el triunfo de la revolución.

-La maestra de Luisa invitó a la señora y a la niña a presenciar los exámenes de los ciegos y sordomudos de uno y otro sexo, que debían celebrarse tres días después; invitación que hacía extensiva a los demás individuos de la familia, y que aceptaron desde luego los que se hallaban presentes.

La mujer del artesano manifestó su gratitud a la benéfica dama, a cuya iniciativa y protección debía su hija la enseñanza, y se separaron mutuamente satisfechas.

El día designado, toda la familia de Blanca, excepto el pequeño Enrique,

asistió a los exámenes como había prometido. Ante la numerosa y escogida concurrencia que llenaba el local, los ciegucecitos leyeron correcta y expresivamente, aunque con pausa, en libros cuyas letras de relieve conocían perfectamente; por medio del sentido del tacto, finísimo en ellos y exquisitamente educado, y contestaron con precisión a cuantas preguntas se les dirigieron sobre las diferentes asignaturas que formaban el programa de su enseñanza; los sordomudos ejecutaron, con mayor amplitud y perfección, las habilidades de que Luisa había dado muestra en casa de Blanca, y resolvieron en el encerado varios problemas de Aritmética, Álgebra y Geometría.

Pasaron los examinadores y los concurrentes a la clase de niñas, y después de haber practicado iguales o semejantes ejercicios que los ejecutados por sus compañeros de desgracia, presentaron al público una ordenada exposición de labores, en la que se hallaban colocadas en distinto lugar, las de las ciegas de las que eran obra de las sordomudas. Las primeras, como se comprenderá, eran en menor número y -279- menos primorosas, pero bien hechas y admirables, para quien tuviese en cuenta que las que las habían trabajado estaban privadas del precioso sentido de la vista: en las otras, podía verse desde la modesta calceta al riquísimo encaje, y desde la sencilla camisa al primoroso bordado en blanco que cometía con el de sedas y oro.

Mientras las autoridades y demás convidados visitaban la exposición, una orquesta de ciegos del establecimiento dejaba oír algunas piezas escogidas, ejecutadas con notable maestría y ajuste, que alternaban con un coro de niñas, ciegas también, que entonaban sentidas y bellísimas letrillas, propias del acto que se celebraba, el cual terminó con un discurso del Director y unos versitos que recitó un niño ciego, dando las gracias a las personas que habían asistido.

El padre de Blanca felicitó cordialmente al Director, y éste tuvo la amabilidad de explicarle los métodos y procedimientos que empleaban para poner a los desgraciados seres, cuya educación se les confiara, en posesión de tantos y tan útiles conocimientos, y en condiciones de poder subvenir a sus necesidades, haciendo más llevadera y menos sensible su situación.

Despidióse toda la familia muy complacida, no sabiendo qué admirar más, si los adelantos de la ciencia pedagógica, la paciencia y caridad de los profesores y profesoras, o la aplicación de los ciegucecitos y sordomudos de uno y otro sexo, que con tanto trabajo ilustraban su inteligencia, faltándoles a unos y otros alguno de los órganos de la percepción externa, y supliendo, los unos con la vista el sentido del oído, y los otros, con el del tacto, el precioso y esencialísimo de la vista.

-Demos gracias a Dios, dijo la madre, porque ha proporcionado a esos pobrecitos prójimos y hermanos nuestros un consuelo en su desgracia, y guardemos en el fondo de nuestro corazón profundísimo y tierno reconocimiento, por habernos dotado de todas las facultades del alma y órganos del cuerpo, con preferencia a tantos otros que están privados de alguna de estas cosas.

-Es verdad, dijo Basilio, cuando uno ve que el Señor lo ha enriquecido con todos los dones que pueden conducirle a ser bueno, instruido y dichoso, comprende la necesidad de -280- emplearlo, todo en su servicio y en el

bien de nuestros semejantes.

-¿Has visto, Basilio, como formaban las letras con los deditos aquellos niños y niñas?, dijo Blanca.

-Sí, pero no los entendía: hasta que lo explicaban los maestros, no sabía lo que habían dicho.

-Yo tampoco, pero ahora voy a aprender la dactilología, que así se llama ese arte y sabré hablar como ellos. Así, si alguna vez tengo mal en la boca, me entenderán como a aquel General que contó la profesora que enseña a las sordomudas.

-¡Ah! ¿Sí?, la interrumpió Jacinto, pues tú me enseñarás a mí, ¿verdad?

-Sí, Jacinto, y hablaremos los dos sin que nadie nos entienda.

-¿Queréis, pues, tener secretos para vuestros padres?, dijo la madre.

-No señora, ¡Dios nos libre!, repuso Blanca, pero no nos entenderán los criados o cualquiera otra persona no iniciada en nuestro precioso arte; a usted y a papá se lo contaremos siempre todo.

- XXVI -

Doce años después

Papá, papá, he sacado la nota de sobresaliente en los exámenes: mire usted la papeleta, decía un gracioso adolescente a un caballero de edad proveceta que le estrechó en sus brazos, y volviéndose a la criada que había abierto la puerta, dijo:

-No cierre usted, que sube mi hermano.

-Pero, muchacho, ¿cómo has subido la escalera?, decía un gallardo joven que lo seguía riendo y jadeando.

-No lo sé; pero mire usted, papá, mire usted mi nota.

-Hombre, te creo, me basta que tú lo digas.

-Pero es que yo mismo no lo quería creer.

-¿Tan mal has contestado?

-Perfectamente, papá, dijo el hermano mayor. No se podía exigir más.

-282-

-Sí pero me han tocado preguntas muy fáciles, respondió modestamente el estudiante, ruborizándose; ¿dónde están mamá y Blanca?

Este nombre habrá revelado a nuestros jóvenes lectores quien era el que acababa de examinarse.

Enrique se preparaba para ingresar en la escuela de Ingenieros, ya se ha visto con cuánta aplicación y aprovechamiento. Aquel día le había tocado sufrir el examen de matemáticas y mis lectores saben la brillante nota que había obtenido.

-Tu madre y tu hermana han ido a la iglesia, dijo el padre, contestando a la pregunta de Enrique.

-A rogar por mí ¿verdad? Pues voy a decirles que no recen más, que ya estoy listo.

-Pero, atolondrado, ¿sabes por ventura a que iglesia se han dirigido?

-Indudablemente a Santa María, pues allí están las Cuarenta horas.

Y el alegre muchacho bajó la escalera tan precipitadamente como la había subido.

Apenas dió algunos pasos en la calle, cuando vió venir a las personas en cuya busca corría, y acercándoseles con grave ademán, puso la papeleta abierta ante sus ojos.

La madre le tomó las manos y se las estrechó con ternura, mientras el más puro contento brillaba en las hermosas facciones de Blanca.

Basilio, entretanto, después de explicar al padre las preguntas que habían tocado en suerte a su hermano menor, lo satisfactoriamente que había contestado, para persuadirle de que no al favor, sino a la justicia, debía su honrosa calificación, dijo:

-Si nada más tiene usted que mandarme, bajaré al despacho.

-Ve, hijo mío, a cumplir con tus deberes, respondió el caballero.

Nuestro antiguo conocido bajó el entresuelo de la misma casa, donde tenía su despacho de ahogado, pues se había dedicado al foro y pocos meses antes había recibido la investidura de Doctor.

Todo lo prosaico y desagradable de la embrollada legislación desaparecía o se poetizaba en aquellos anchurosas salas, cuyos balcones con persianas verdes daban vista o un espacioso -283- jardín. Los blancos y fragantes jazmines, las suaves lilas y las moradas e inodoras campanillas esmaltaban y adornaban el barandal, pues sus ramas trepadoras subían por la pared y se enlazaban graciosamente sobre los hierros de los balcones. En aquel recinto, a los preceptos de Licurgo y Séneca, al Digesto y las Siete partidas, se mezclaba el canto de los pájaros.

En la primera sala había tres mesas cargadas de legajos de papeles, ordenadamente colocados, y de gruesos volúmenes; y en cada una de ellas trabajaban dos escribientes, sin charlar ni fumar, sin que interrumpiera el silencio que reinaba en la estancia nada más que los trinos de los cantores del jardín, y el tenue rumor de las férreas plumas que se deslizaban rápidamente sobre el papel; sin que suspendieran el trabajo para quitarse y ponerse el cigarro en la boca, quemando con alguna chispa o ensuciando de ceniza el tapete, los libros y los papeles, e impregnando la atmósfera de ese olor nauseabundo que produce el humo del tabaco de mala calidad, olor sui generis propio de todas las oficinas públicas y despachos particulares de nuestro país.

El abogado Don Basilio no fumaba, y los escribientes, si tenían este vicio dispendioso y antihigiénico, se entregarían a él en su casa o en la calle.

A lo largo de la pared se hallaban sentados los clientes que esperaban turno para sus consultas, entre los cuales había algunas señoras.

Pasó Basilio, saludando cortésmente, levantó el elegante portier que separaba su despacho del de sus dependientes, se sentó en un cómodo sillón ante una gran mesa, y, tocando un timbre, dió la señal de introducir al primer cliente.

Era Basilio un modelo de jurisconsultos. Cuando un litigante a quien no asistía la razón, le suplicaba se encargase de defender su derecho (o lo

que creía tal), lo desengañaba y por ningún interés del mundo aceptaba el encargo; pero cuando la razón y la justicia estaban de parte de su defendido, su lógica era contundente, irrefutables sus argumentos y rara vez dejaba de salir de sus razonamientos la verdad, a pesar de las argucias de sus contrarios, como sale brillante el Sol, de entre los negros nubarrones que tienden a ocultar sus fulgores.

-284-

Cuando le tocaba de oficio defender a un desgraciado criminal, describía con tal elocuencia la fragilidad de la humana naturaleza, siempre combatida por tiránicas pasiones, sacaba tanto partido, ya de la falta de educación, ya de los malos ejemplos que habla recibido y lo limitado de sus alcances, imploraba la clemencia de los jueces con frase tan conmovedora, que arrancaba lágrimas de los ojos de sus oyentes. En los pleitos defendía a los pobres gratuitamente, con amor y caridad; pero las personas pudientes, que velan por la actividad y talento de su abogado asegurada su fortuna, le recompensaban pródigamente, de modo que el oro, los billetes de banco y los regalos afluían a sus arcas; él se alegraba porque esto compensaba a sus padres los sacrificios materiales que habían hecho por su educación e instrucción; pero, más que las riquezas, estimaba su buen nombre y su intachable fama.

Blanca era el encanto de su familia y de cuantos tenían el placer de tratarla, y lo era más que por su belleza (que ésta es un don del Cielo, y nadie reconoce mérito en poseerla), por las virtudes que atesoraba su corazón, por su excelente carácter y afable trato.

Hacendosa cual ninguna, lo mismo dirigía y aun ayudaba a las criadas en el arreglo y aseo de las habitaciones, que preparaba un principio o un postre que sabía eran del gusto de sus queridos padres; lo mismo cosía tosca ropa blanca, para repartir entre las familias pobres, que ejecutaba un primoroso bordado. Zurcía y remendaba cuando era necesario, y las alfombras, los transparentes, los cortinajes y hasta las preciosas flores que en sendos jarrones se ostentaban en el salón, y las acuarelas que adornaban las paredes, eran obra suya.

La piedad más sincera, sin ostentación ni gazmoñería resplandecía en todos sus actos, y los más de los días festivos, después de asistir a los divinos oficios con su mamá, pasaba, también en su compañía, a las casas de las personas desgraciadas donde sabían que había lágrimas que enjugar, miserias que socorrer o enfermos a quienes asistir; y aquella misiva preciosa doncella era el adorno de los salones cuando se presentaba en ello, haciéndose admirar por su gracia natural y la distinción de sus modales.

Vestía sin lujo, con esa encantadora sencillez que tan bien -285- sienta a una señorita, y era citada entre las personas de buena sociedad como un modelo de buen gusto en los trajes y adornos.

No se prodigaba mucho en los bailes y reuniones, y así en todas partes era acogida con alegría y entusiasmo; sobre todo si conseguían que dejase oír su voz de ángel, pues cantaba muy bien y tocaba el piano con notable maestría, y sobre todo, con expresión y sentimiento.

En cuanto al teatro, asistía a él toda la familia cuando tenía que admirar algún célebre cantante, de cuando se representaba un drama de notable mérito literario, pero que no ofendiese a la moral, como desgraciadamente

sucede con harta frecuencia. Nada de autorizar con su presencia esas zarzuelas absurdas, esos espectáculos chabacanos, en que el buen sentido, la literatura y la moral salen igualmente lastimados.

Mientras Blanca se quitaba la mantilla y el traje de calle, la doncella anunció a Luisa y recibió orden de introducirla en el gabinete de la señorita.

Como las dos jóvenes se entendían ya perfectamente, la recién llegada, que se había desarrollado mucho y rebosaba salud y vida, contó a su protectora que bordaba para un bazar y que le daban cuanta labor podía hacer, de modo que, como su madre tenía a su cargo todos los quehaceres domésticos, ella tenía tiempo de sacar un bonito jornal, gracias al cual ayudaba a su padre a mantener la familia y había colocado algunas módicas cantidades en la caja de ahorros.

Le enseñó una docena de pañuelos que llevaba ya bordados para devolverlos; Blanca los enseñó a su madre, aplaudiendo ambas la habilidad de la muda, y le ofreció la hija en nombre de su madre y suyo, que si alguna vez le faltaba trabajo, ellas se lo proporcionarían por cuenta propia o buscándole entre sus amigas.

Pero, dirán nuestros jóvenes lectores, ¿ese autor o autora se ha olvidado del locuaz, del preguntón Jacinto? ¿Es que no existe? ¿Es que, cual el hijo pródigo de la parábola, abandonó la casa paterna para correr en pos de los placeres?

Nada de eso. Jacinto vive y goza de buena salud, y si no se ha presentado en escena en el último capítulo, es porque está ausente del paterno hogar, mediante el consentimiento de los autores de sus días. Jacinto es un valiente oficial de marina, que navega en un buque de guerra y que mientras -286- sucede lo que estamos relatando, se dirige al archipiélago Filipino.

Por eso Enrique, en cuanto entró en su casa acompañando a su madre y hermana, se puso a escribir una larga y afectuosa carta que con otra de cada uno de los demás individuos de su familia, debía salir en el próximo correo, a fin de que la recibiese inmediatamente que desembarcara en Manila. Inútil es decir que el principal objeto de Enrique era participarle el feliz resultado de sus exámenes.

Faltaba, pues, de la casa el hijo segundo, pero ¡qué consuelo tan grato experimentaban los padres y hermanos cuando recibían carta del querido y amante marino! ¡Qué inefable placer disfrutaban cuando tras larga ausencia podían estrecharle entre sus brazos!

Dios derrama sus favores sobre los individuos de esta bendita familia, y plácida y tranquila se desliza su existencia.

¡Dichosos ellos, que admirando durante su niñez las maravillas de la creación aprendieron a conocer al Señor por sus obras, y aspiraron a servirle y adorarle!

¡Dichosos vosotros, queridos lectores, si sabéis imitar su ejemplo, adelantando en la ciencia y la virtud, pues en ellas está vinculada la verdadera felicidad!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

